

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

E. L. TODD

Viernes

TODOS TENEMOS UN ALMA GEMELA.
SÓLO TENEMOS QUE ENCONTRARLA.



SERIE ATEMPORAL: CINCO

VIERNES

ATEMPORAL #5

E.L. TODD

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Viernes

Copyright © 2018 E. L. Todd

Todos los derechos reservados.

Idiota
Marie

NUNCA EN MI vida me había sentido tan estúpida.

Cuando estábamos juntos en la cama, nunca pensaba con claridad. Hacía lo de siempre: sentir. Cada vez que se movía dentro de mí y me besaba, sentía algo. Era algo más que el deseo físico o una caricia placentera. Significaba mucho más que eso. Yo era una flor y él era mi sol. Yo era el cordero y él era el lobo. Tal vez no debí haber dicho lo que dije, pero no había podido evitarlo.

Me había salido del corazón.

No esperaba que él se levantara y se marchara de esa forma. Se largó hecho una furia sin darme ninguna explicación. Cuando le pedí que se quedara, se negó. Por alguna razón estúpida, había creído que sentía lo mismo que yo. Que algo había surgido entre nosotros a lo largo de los últimos meses, y que lo nuestro no era simplemente una aventura sin importancia.

Había creído que él también me amaba.

Y no sólo me sentí avergonzada por haberme expuesto de esa manera. También me sentí herida.

En realidad, me había derrumbado.

Iba a clase como si todo fuera normal y me concentré en mis estudios. Cuando estaba en The Grind, sólo pensaba en preparar cafés y mantener limpia la cafetería.

Pero, por supuesto, mis pensamientos siempre acababan volviendo a él

irremediablemente.

¿Qué significaba todo eso? ¿Habíamos acabado? ¿Así de simple?

Transcurrió toda una semana y no tuve noticias tuyas. Como él era el que se había ido, me negaba a ser la primera en llamar. Puede que tuviera el corazón roto por lo que me había hecho, pero no estaba tan desesperada.

Axel era un hombre de honor, siempre sincero. Si no me amaba, no lo iba a decir sólo para hacerme feliz. Pero no pensaba que fuera la clase de tío que se largaba sin más. Era una actitud muy fría, por no decir algo peor.

Con cada día que pasaba, me resultaba más difícil hacerme la valiente y fingir que todo iba bien. Cuando estaba con Francesca, procuraba por todos los medios aparentar normalidad. No quería cargarla con mis problemas emocionales, especialmente porque se trataba de Axel.

Francesca acababa de sacar una bandeja de muffins del horno. Olían a manzana y canela, y toda la casa estaba envuelta en el aroma a pastelería. Por muy delicioso que fuera, no podía enmascarar la fetidez de mi dolor.

Apoyó la bandeja sobre la encimera y esperó a que se enfriaran.

—Qué raro no ver a Axel por aquí. —Partió un trozo de uno de los muffins y se metió un pedazo en la boca.

—Sí, está muy ocupado. —Me senté delante de la mesa de la cocina con el portátil abierto. Tenía que entregar un trabajo de diez páginas y sólo había escrito un párrafo. ¡Y eso que la introducción era siempre lo más fácil!

—¿Demasiado ocupado para ti? —Se echó a reír como si fuera la idea más absurda—. Imposible.

Antes Axel era muy cariñoso conmigo. Lo tenía a mi lado como un perrillo faldero, e incluso cuando necesitaba un respiro, se negaba a separarse de mí. Dormía conmigo todas las noches y siempre encontraba motivos para besarme. Añoraba la forma en que me miraba, como si yo fuera todo su mundo.

¿Cómo había podido equivocarme tanto con él?

Francesca sacó otro muffin, lo colocó en un plato y me lo plantó delante.

—¿Algo va mal?

—No —respondí rápidamente, y mantuve la vista baja. Me acerqué el muffin porque necesitaba desesperadamente consolarme con algo dulce.

Francesca se quedó de pie junto a la mesa, ladeando ligeramente la cabeza para verme mejor.

—¿Estás segura? Llevas una temporada muy callada.

—Es que estoy muy estresada con la universidad... El semestre está a punto de acabar.

Francesca me conocía mejor que nadie, así que sabía que estaba con la mierda al cuello.

—En serio, ¿qué te pasa? Últimamente has estado muy rara, y al principio pensé que era por cansancio, pero ya llevas mucho tiempo así... ¿Qué es lo que no me estás contando?

No quería ocultárselo. Se lo contaba todo, y su amistad siempre me hacía sentir mejor. Pero como Axel era su hermano, me resultaba muy incómodo hablar del tema.

—Nada.

Cogió una silla y se desplomó en ella.

—No me vengas con gilipolleces. ¿Qué pasa?

Desmenucé el muffin y jugué con las migas entre los dedos.

—Vamos, tía, cuéntamelo. Sé que algo te preocupa. —Me miró fijamente y se quedó esperando a que respondiera.

—Es Axel... Creo que hemos roto.

Fue incapaz de ahogar el grito.

—¿Qué? ¿De verdad? ¿Cómo?

Me encogí de hombros.

—Se marchó, y fin de la historia.

—¿Se marchó? ¿Qué significa eso? Marie, empieza por el principio. —El televisor estaba puesto de fondo, pero nos olvidamos de que estaba encendido.

Suspiré y seguí desmenuzando el muffin.

—Me da vergüenza...

—Puedes contármelo. No me va a parecer raro.

—Bueno, pues *debería* hacer que te sintieras incomodísima.

Francesca chasqueó los dedos delante de mis narices.

—Ya soy mayorcita, Marie. Eres mi mejor amiga y tengo que saber esas cosas, aunque se trate de mi hermano.

—Vale... Estábamos juntos...

Sabía exactamente a qué me refería, pero no hizo ni una sola mueca.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Y dije algo que no debería haber dicho... —El recuerdo me mortificaba.

—¿Qué dijiste?

—«Te amo».

Abrió los ojos como platos.

—¿De verdad?

Asentí, sintiéndome más tonta con cada segundo que pasaba.

—¿Y qué ocurrió? ¿No te respondió con lo mismo?

—Dejó de hacer lo que estaba haciendo, se vistió y se marchó.

Francesca se tapó la boca y carraspeó tan fuerte que casi pareció un grito.

—¡Ay, Dios!

Aparté el muffin porque no tenía apetito.

—¿Lo dices en serio? —me soltó—. ¿Se marchó, sin más? ¿Te dejó tirada?

Asentí.

—¡Qué cabrón de mierda!

A pesar de lo mal que me sentía, era incapaz de llamarle así.

—¿Has hablado con él?

Negué con la cabeza.

—No lo he llamado y no le he mandado ningún mensaje. Él tampoco lo ha hecho.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Una semana.

—Es increíble.

Volví a asentir, porque no sabía qué más hacer.

—Todavía no me lo puedo creer. ¿Le dices que le amas y él se larga? ¡Qué gilipollas!

Estaba claro que su actuación no le dejaba en buen lugar.

—¿Y no te ha llamado para darte una explicación? ¿Y ya está? ¿Se... acabó?

—Supongo. —La posibilidad de que la relación fracasara siempre había estado ahí, pero había creído que terminaríamos de otra forma. Lo que habíamos compartido era demasiado bueno para una despedida sin palabras. Me había dejado como si yo no significara nada para él, como si mis sentimientos no importaran. Nunca me habían roto el corazón de esta forma.

—Vaya... Creo que voy a cantarle las cuarenta.

—Te lo agradezco, pero no te metas en esto. —En realidad, no había mucho en lo que meterse—. Me siento estúpida por haber pensado alguna vez que lo nuestro iba a alguna parte. Pensaba que Axel era distinto, pero resulta que me equivocaba... No ha cambiado nada.

Cuando Francesca vio la tristeza de mis ojos, acercó aún más la silla y me rodeó con sus brazos. Me dio el afecto que necesitaba, el abrazo que había anhelado.

—Marie, todo se solucionará.

Ahora entendía cómo se había sentido Francesca cuando Hawke la dejó. Yo no estaba perdiendo la cabeza y tampoco tenía pensamientos suicidas, pero estaba destrozada. Había sabido lo que sentía por él antes de que se marchara, pero, ahora que ya no estaba, comprendí algo más.

Era el amor de mi vida.

Odio
Axel

ESE RECUERDO se me quedó grabado en la cabeza para siempre. Me enfundé la polla todavía húmeda en los vaqueros y salí de allí como un cobarde. El peso de la situación me cayó encima como un yunque de dibujos animados e hice lo único que sabía hacer.

Huir.

Me importaba Marie y sabía que merecía algo mejor, pero no pude soportar lo que había dicho. No estaba preparado para oír esas dos palabras. Todo estaba yendo demasiado rápido. No pensaba que lo nuestro fuera un rollo sin importancia, pero tampoco creía que fuera tan serio. Ella sabía lo que pensaba del tema a causa de lo ocurrido con mi padre y mi hermana. Provengo de una estirpe de personas con graves problemas emocionales. No podía ser el hombre que ella buscaba.

Nunca sería el hombre que Marie necesitaba.

Ya había transcurrido una semana y aún no me había puesto en contacto con ella. Cada vez que lo pensaba, me acobardaba. ¿Qué iba a decirle? ¿Que no la amaba? ¿Que nunca la amaría? ¿No empeoraría todavía más las cosas? ¿No sería mejor dejarlo todo como estaba?

Pero no decir nada era igual de malo.

En algún momento, Marie se lo contaría a Francesca. Y mi hermana vendría hecha una furia y me daría de bofetadas. Lo más triste es que yo no intentaría detenerla. De hecho, debería venir a darme una paliza con un bate

gigantesco.

Todo era un desastre.

Iba a trabajar todos los días, aunque en realidad no prestaba atención a lo que hacía. No dejaba de pensar en la última vez que había visto a Marie. Estaba desnuda bajo las sábanas, horrorizada al verme marchar.

Había visto cómo se le partía el corazón.

Pero en ese momento no supe qué otra cosa podía hacer. En esa situación las palabras no me ayudarían. De hecho, el lenguaje no serviría de nada. Sólo podía confiar en mi habilidad para salir pitando tan rápido como pudiera.

Era rastroso y me odiaba a mí mismo.

HAWKE CONTESTÓ AL TELÉFONO.

—¿Qué pasa?

—¿Qué estás haciendo?

—Hola a ti también.

—Contesta a la pregunta.

—Acabo de salir de trabajar. ¿Por qué?

—¿Podemos quedar en el bar al que fuimos la última vez?

—Espera —dijo—. ¿Estás en la ciudad?

—Sí.

—Mierda, ¿qué ha pasado?

—Ven al bar. —Colgué y dejé el teléfono encima de la mesa. Tenía la cerveza delante de mí, pero no la había probado. La espuma todavía flotaba en la jarra y el cristal estaba cubierto de agua condensada. Cualquier otro día me habría parecido irresistible. Pero en ese momento sólo era mi billete para sentarme en una mesa.

Hawke se deslizó en el asiento frente a mí veinte minutos más tarde.

—Tienes toda mi atención, Axel. Y mi preocupación.

—Estoy de mierda hasta el cuello y no sé qué hacer.

—¿Mierda con la M de matar?

—No. Mierda con la M de Marie.

—Ah, vale... problemas con las mujeres.

—Estábamos follando la semana pasada y de repente me dijo que me amaba. —Hawke se me quedó mirando sin pestañear, como si esperase más

explicaciones—. ¿Me has oído?

—Sí. Pero... ¿cuál es el problema?

—Me dijo que me *amaba*. —Di un puñetazo a la mesa—. ¿Qué cojones se supone que debía contestar?

—¿Me estás diciendo que no le dijiste que tú también la amabas?

—No. No le diría esas palabras a una mujer ni en un millón de años.

—¿Y qué ocurrió después? ¿Te limitaste a seguir...?

—No. Me vestí y me marché.

—¿Y ya está? —preguntó incrédulo—. ¿No le dijiste nada?

—Sólo le dije que me tenía que ir. —Ahora que estaba contando la historia en voz alta, me di cuenta de la mala pinta que tenía.

—¿Estás de broma? —Arqueó tanto las cejas que parecían flechas apuntando al techo.

—No.

—¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Hace una semana.

—¿Y no has vuelto a hablar con ella?

Negué con la cabeza.

—Axel... ¿Eres idiota?

Me encogí de hombros.

Se frotó la sien y suspiró.

—Axel, eso está mal... muy mal.

—Me siento como una mierda.

—Imagina cómo se debe sentir ella.

Me estremecí.

—Tienes que hablar con Marie. Has esperado demasiado tiempo, y tal vez hayas perdido tu oportunidad. Tienes que arreglarlo.

—¿Cómo?

—Regresa y dile que por un momento te asustaste, pero que tú también la amas.

—De acuerdo, lo haré... —Me callé cuando me di cuenta de lo que había dicho—. Pero no la quiero.

—Deja de decir gilipolleces. Sí la amas.

—No es verdad.

—Axel, no es momento de negar lo evidente. Sé lo que sientes por ella. Lo supe desde el principio.

—Mira, siento mucho cariño hacia ella y creo que es fantástica, pero no,

no la amo.

—Chorradas.

—Si la amara, lo sabría.

—Tal vez simplemente te niegas a admitírtelo a ti mismo. Estar enamorado no es algo malo.

—No he dicho que lo fuera. Pero todavía no he llegado a ese punto.

Hawke volvió a frotarse las sienes.

—Axel, ya sé que es una locura, pero tienes que aceptarlo. Amas a esa mujer. Te lo puedo asegurar.

—No es verdad.

—¿Quieres estar con otras?

Lo miré con fastidio.

—Esa respuesta es irrelevante.

—No, no lo es —soltó—. ¿Quieres estar con otras? Contesta a la pregunta.

—No. —Ni siquiera podía imaginarme con otra chica.

—¿Piensas en ella cuando no estáis juntos?

—Sí

—¿Cómo te sentirías si ella estuviera con otro hombre?

«Totalmente destrozado».

—No me gustaría...

—La amas.

—Hawke, no es eso.

—Sí es eso.

Nunca antes había estado enamorado, así que era posible que no lo reconociera aunque lo tuviera delante de las narices y Hawke estuviera en lo cierto, pero sabía que no me sentía así. Marie era especial para mí, pero hasta ahí llegaban mis sentimientos.

—Da igual si tienes cojones para decírselo o no, tienes que hablar con ella. No puedes dejar tirado a alguien de esa manera.

Se me hincharon las narices de rabia y me entraron ganas de estrangularlo.

—Mira quién fue a hablar.

Recibió el golpe sin reaccionar.

—Es algo completamente diferente. Yo no me largué y después acabé con la relación. Hablé con ella cara a cara y le dije lo que pasaba. No actué como una nenaza, que es exactamente lo que tú estás haciendo ahora.

—No soy una nenaza.

—Ha pasado toda una semana y no le has dicho nada.

—Ella tampoco me ha llamado.

Hawke me miró con incredulidad.

—¿Qué se supone que tenía que decirte? ¿Crees que tiene que llamarte y preguntarte por qué no le dijiste que la amabas? Es lo bastante lista como para adivinarlo ella solita.

Sabía que lo único que estaba haciendo era buscar excusas.

—Si no hablas pronto con ella, la vas a perder.

—Ya la he perdido. —¿Cómo íbamos a volver juntos después de lo que había pasado? No podía estar con ella si sentía eso por mí, porque yo no sentía lo mismo. Esas emociones eran demasiado intensas para mí. Quería que tomáramos un camino por el que yo no podía seguirla.

—¿Qué? —Me miró entrecerrando los ojos—. ¿Esa es tu forma de romper con ella?

—No... Pero ahora no podemos seguir juntos.

—¿Por qué no? —preguntó—. Sólo tienes que hablar con ella.

—No puedo estar con Marie sabiendo lo que siente por mí... Punto final.

—Pero tú sientes lo mismo.

—Cállate. No es verdad.

Hawke me miró desesperado.

—Lo que tú digas, tío. Vas a perder lo mejor que te ha ocurrido en la vida sólo porque eres terco como una mula y un ignorante.

—Otra vez... Mira quién fue a hablar...

Hawke apartó la mirada con los dientes apretados.

—No es lo mismo. Los dos lo sabemos.

—Yo no veo la diferencia.

Volvió a mirarme con ojos que traicionaban su enfado.

—Entonces, aprende la lección de alguien que ha perdido a la única persona que le importa de verdad. La perdí y ahora soy un completo desgraciado. Nunca volveré a ser feliz. A veces tengo momentos de alegría en mi vida, pero es una alegría hueca y superficial. Desaparece como el viento, y después parece como si nunca la hubiera sentido. Mi existencia es agobiante y todos los días me limito a esperar a que acabe el dolor, aunque sé que nunca desaparecerá.

No sabía qué decir y me limité a mirarlo.

—Axel, vuelve a casa y arréglalo. No creo que quieras terminar como yo.

Si de verdad se sentía así, ¿por qué no quería volver con ella? ¿Por qué pasaba las noches con la primera mujer que se cruzaba en su camino? ¿Por qué

se había trasladado a una ciudad distinta de donde vivía ella?

—Marie y yo no somos como vosotros dos.

Hawke sacudió la cabeza.

—Eso es lo que te crees tú.

—Marie quiere algo serio y yo no puedo dárselo. Primero cené con sus padres, luego Francesca comentó algo de que nos casáramos, y después va ella y me suelta que me ama... Es demasiado. No soy un hombre familiar. Nunca seré un buen esposo y padre. Todo esto ya se lo dije... pero no me creyó.

—Porque sabe que te equivocas.

«Entonces es que no me conoce muy bien».

—Axel, te lo advierto. Arréglalo o lo lamentarás el resto de tu vida.

Me puse a mirar por la ventana.

—En serio, hazme caso.

—Tengo que olvidarla.

Hawke sacudió la cabeza.

—Por lo menos háblalo con ella. No vayas por ahí fingiendo que no ha pasado nada. Es lo peor que puedes hacer.

¿Cómo iba a enfrentarme a ella y volver a decirle lo mismo sin arrepetirme? Me sentía incapaz de hacerlo.

Hawke se rindió cuando comprendió que no lograría nada. Cogió mi cerveza y se bebió la mitad de un solo trago. Después estrelló la jarra contra el posavasos y derramó unas cuantas gotas sobre la mesa. La mirada de decepción que me dirigió estuvo a punto de matarme.

—Este es tu entierro, tío.

Una visita
Axel

ALGUIEN EMPEZÓ A APORREAR MI PUERTA.

—¡Abre la puerta, gilipollas!

Sabía quién era.

Francesca.

—¡Abre la puta puerta o la echo abajo, te lo juro! —Volvió a aporrearla con las dos manos.

No quería tener que vérmelas con ella, no después de la bronca que me había echado Hawke el día anterior. Pero si no me enfrentaba a ella, seguiría dándome la tabarra hasta que consiguiera su minuto de gloria.

Abrí la puerta y me alejé.

—¿Qué? —me gritó.

Entró detrás de mí, dando un portazo al cerrar.

—¿Qué quieres decir con *qué*? —pregunté mientras me acomodaba en el sofá.

—Le has jodido la vida a mi mejor amiga. Eso es el qué.

Sabía que, en algún momento, Marie se lo contaría a Francesca. De hecho, había creído que lo haría antes.

—No lo he hecho.

—Eres un cabrón cobarde. ¿Cómo te atreves a dejarla tirada de esa forma?

—Me entró el pánico y no supe qué hacer.

—Vale —dijo—. Supongo que puedo entenderlo hasta cierto punto. Pero

han pasado casi dos semanas y ni siquiera has intentado hablar con ella. Cree que habéis roto.

—Porque hemos roto.

—¿Y así es como acabas tú las cosas? Axel, has estado seis meses saliendo con ella.

—No es verdad. Fueron más bien tres.

—Da igual —soltó—. ¿Así es como piensas terminar? ¿Huyendo sin dar la más mínima explicación?

—No exactamente. —Apoyé los antebrazos en las rodillas y me incliné hacia adelante—. No sé qué más hacer. No me di cuenta de lo que siente por mí hasta que ya era demasiado tarde. Creo que lo mejor para ella es que me mantenga alejado.

—Sí que sabías lo que sentía por ti, Axel. —Bajé los ojos hacia el suelo para evitar su mirada—. Porque yo también lo sé. Lo lleva escrito en la cara. ¿Y sabes qué? Veo el mismo sentimiento imposible de ocultar en la tuya.

«Primero Hawke y ahora Francesca».

—Comprendo que te asusta lo que sientes. Todos sabemos lo que es eso. Pero tu comportamiento es totalmente inaceptable.

—A mí me gusta menos que a ti.

—Entonces ve a hablar con ella.

No estaba seguro de estar preparado para eso. Me odiaba demasiado a mí mismo.

Francesca sabía que no iba a llegar a ninguna parte conmigo.

—Abre los putos ojos y espabila antes de que sea demasiado tarde, Axel.

—Salió y cerró dando un portazo tan fuerte como pudo.

Me quedé sentado en el mismo sitio, sintiéndome terriblemente solo.

Dos semanas
Marie

HABÍAN PASADO dos semanas desde la última vez que había visto a Axel. El tiempo había transcurrido rápidamente, pero, en mi cabeza, había parecido una eternidad. El teléfono no se había iluminado con ningún mensaje ni llamada suya. Empezaba a tener la sensación de que nunca habíamos estado juntos.

Fiché para salir del trabajo y me dirigí a casa, conduciendo más lentamente de lo normal. Ya no había ninguna emoción en mi vida y no estaba ansiosa por llegar a ninguna parte. Antes me habría apresurado a casa para darme una ducha, porque habría estado deseando ver a Axel. Pero ahora sabía que no había nadie por quién arreglarme.

Cuando aparqué en el camino de entrada, vi la camioneta de Axel en la acera.

El corazón me dio un vuelco y apenas podía respirar. No podía creer que estuviera allí esperando a que llegara. En lo más profundo de mi corazón, deseaba que hubiera venido para arreglar las cosas. Para disculparse por su estupidez, para decirme que me amaba y pedirme que volviera con él.

Sabía que yo le diría que sí.

Pero, ¿y si había ido para decir algo totalmente diferente? Por ejemplo, para acabar con una relación que ya estaba muerta. Entonces, ¿qué iba a hacer yo?

Respiré profundamente antes de salir del coche. Me eché el bolso al hombro como de costumbre e intenté mantener la compostura tanto como pude.

Después de haber presenciado cómo Francesca se sumía en una espiral de dolor, comprendí que no querría que nadie me viera así, tan débil y patética. Mantuve la cabeza bien alta mientras me acercaba impasible a su camioneta, fingiendo que nada me importaba.

Salió por el lado del conductor y dio la vuelta por delante del vehículo, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Me miró con ojos que mostraban una mezcla de tristeza y culpa. Me sorprendió que fuera capaz de mirarme a la cara.

—¿Tienes un minuto?

Ya sabía qué clase de conversación iba a ser. Se me volvió a romper el corazón, pero mantuve mi dolor a buen recaudo en mi interior. Me negaba a darle la satisfacción de verme hundida.

—Sólo un minuto. He quedado. —Me quedé mirándolo fijamente y mantuve un tono de voz tranquilo.

No preguntó qué clase de planes tenía.

—Lamento la forma en que me fui... Estuvo mal.

«Estuvo muy mal».

—Me entró el pánico y no pensé. Simplemente hui. No fue justo para ti.

«No, no lo fue».

—No pretendí herirte. No estaba preparado para oír esas palabras y, cuando las pronunciaste, no lo llevé bien.

—No pasa nada, Axel. Ahora ya me parece que todo eso sucedió en otra vida. —Mantuve la sangre fría, pero por dentro me estaba muriendo. Ya le había dicho que lo amaba, así que no estaba segura de poder seguir fingiendo. ¿Podría convencerlo de mi indiferencia cuando sólo dos semanas antes le había abierto mi corazón?

—Me siento como una mierda. —Su voz se quebró, como si sintiera cada palabra que decía—. Me encantaba nuestra relación, realmente me importas, pero yo... no siento lo mismo que tú.

«¡Ay!».

«Un dolor insoportable».

«Duele».

«Que pare ya, por favor».

—Y nunca sentiré lo mismo —continuó—. Es que no soy de esa clase de personas. Después de lo ocurrido con mis padres y con Francesca, no puedo ser esa clase de hombre. No me veo casándome ni teniendo niños. No esperaba que te enamoraras de mí, así que estuvo bien hasta entonces, pero

ahora que sé lo que sientes por mí, no puedo seguir contigo.

Su creencia de que había algo malo en él era estúpida. Era perfectamente capaz de ser un gran hombre. Tenía un potencial infinito para amar. Había cuidado de Francesca como un padre. Todas esas inseguridades y dudas eran idioteces, pero no perdí el tiempo haciéndoselo ver. Axel ya había tomado una decisión.

—No pasa nada, Axel. —Sabía que, en cuanto me encerrara en mi dormitorio, estallaría en un llanto incontrolable. Pero en ese momento me estaba haciendo la fuerte—. Lo entiendo.

—Perdona... por todo.

—No pasa nada. La vida sigue. —Lo único que podía hacer era mostrarle frialdad, de la misma forma que él había sido frío conmigo cuando se largó del dormitorio. Quería decirle mucho más, que me había defraudado y me había roto el corazón. Al principio no había confiado en él porque me había parecido superficial y peligroso. Al final resultó que mi instinto había acertado de pleno. Pero Axel no merecía mi tiempo y sólo conseguiría parecer enfadada y amargada.

Me miró como si no supiera qué más decir. Estaba claro que había esperado que la conversación discurriera por otros derroteros, que yo reaccionara de un modo más emocional.

«Joder, no».

Miré la hora en el teléfono.

—Tengo que darme una ducha y arreglarme. Ya nos veremos. —Di media vuelta y caminé por el sendero que conducía a la puerta principal. En cuanto entrara en casa podría derrumbarme y dar rienda suelta a mi dolor. Sólo unos pasos más.

—¿Marie?

Me detuve y respiré profundamente antes de girarme.

—¿Qué? —Mantuve la voz firme, pero no podría aguantar mucho más.

—Me gustaría de verdad que las cosas fueran distintas... —Respiró profundamente mientras me miraba. Después, sin despedirse siquiera, se metió en su camioneta y encendió el motor.

Entré en casa y cerré la puerta lo más despreocupadamente que pude, intentando que pareciera como si su presencia o ausencia no me afectaba lo más mínimo. Pero, en cuanto la puerta estuvo cerrada, empezó a temblarme el labio inferior y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Corrí hacia mi habitación y cerré la puerta, deseando quedarme a solas

con mi dolor. No le había permitido ver cuánto daño me había causado, pero obtuve muy poca satisfacción de ello. Lo único que quería era dormir y no volver a despertar. Sollocé, tapándome la cara mientras las lágrimas me resbalaban por las manos y los brazos. De alguna forma, me sentí peor por dejar que me afectara tanto.

Un par de cálidos brazos me rodearon y llegó hasta mí el aroma de Francesca. Colocó mi cabeza sobre su regazo y acarició mi cabello mientras yo seguía sollozando. Trató de consolarme acariciándome la espalda con cariño, haciendo todo lo posible para que me sintiera mejor.

—Marie, lo lamento...

Intenté dejar de llorar, pero no pude.

—Te mereces a alguien mejor. Y un día lo encontrarás.

Tragué saliva y las lágrimas dejaron de brotar por unos instantes.

—¿Resultaría muy patético si te dijera que a pesar de todo quiero estar con él...?

Su mano se detuvo en medio de mi espalda antes de volver a moverse.

—No. Claro que no.

Naufragio
Axel

—AXEL.

Salí bruscamente de mi ensoñación al oír la voz de mi jefe. Me enderecé en la silla y dejé de mirar embobado la pantalla del ordenador.

—¿Sí, señor?

Tiró una carpeta sobre mi mesa.

—¿Qué demonios es esto?

—¿Perdone? —Agarré la carpeta y la abrí.

—¿Por qué estos informes son de hace una semana?

Pasé rápidamente las páginas y me di cuenta de que tenía razón. Eran viejos documentos que había tenido intención de tirar. No sabía cómo habían acabado dentro de la carpeta.

—Se me deben haber mezclado los papeles.

—¿Que se te han mezclado? —gritó—. He estado a punto de darles esta carpeta a los Peterson. Ya sabes quiénes son, los dueños de NAIL & STEEL. ¿Comprendes que habría quedado como un idiota si se la hubiera dado?

—Tiene razón. No volverá a suceder.

—Por supuesto que no volverá a suceder. Cojones, céntrate, Axel. Llevas más de una semana como un zombi. —Dio media vuelta y salió furioso, mientras todos los demás fingían que no habían oído la bronca desde sus respectivos cubículos.

Dejé la carpeta en la mesa y cerré los ojos, rezando para que la pesadilla

acabara de una vez. Era incapaz de concentrarme en nada. Sólo podía pensar en Marie. Cuando rompimos, me pareció que a ella no le había importado lo más mínimo. Estaba tan enfadada conmigo que ya le daba igual.

Ahora que ella ya no estaba, había regresado a mi existencia vacía. Mi cama me resultaba incómoda porque ella ya no dormía allí. Me daba igual el trabajo, porque ya no tenía ningún objetivo. Tenía constantes palpitaciones, como si el corazón no me funcionara bien.

Era muy desgraciado.

Romper con ella había sido la decisión acertada, a pesar de lo mucho que me dolía.

O eso era lo que debía seguir diciéndome a mí mismo.

Marie tenía que estar con alguien que pudiera darle todo lo que se merecía. No había sido consciente de que me veía como un posible marido o padre para sus hijos. No me había dado cuenta de que me amaba.

Lo que sí sabía es que la adoraba y que era todo mi mundo. Si le ocurriera algo, me moriría. Sentía un cariño hacia ella que no acertaba a explicar. Si fuera necesario, me dejaría matar por ella.

Pero no la amaba, eso de ninguna manera.

Simplemente no era capaz de amar, no después de todas las personas a las que había perdido o había estado a punto de perder. Yo era material defectuoso, tanto si quería admitirlo como si no. Marie estaba llena de vida y energía. Merecía estar con alguien que la amara sin reservas, alguien que se quedara a su lado cuando vinieran tiempos difíciles.

No merecía a un cobarde como yo.

—Joder, ¿qué coño te pasa? —Alexia se acercó a mi cubículo luciendo una falda ridículamente corta, como de costumbre.

—Un mal día. —Un mal mes, en realidad.

—Ya me he dado cuenta.

—Estoy atravesando una época complicada... No me puedo concentrar.

—¿Problemas con alguna chica? —Se inclinó sobre mi mesa.

—Se podría decir así. —¿Tenía problemas con una chica cuando ni siquiera tenía chica?

—¿Qué ha pasado?

—Rompiamos... —Me dolió decirlo en voz alta. Mucho más de lo que esperaba.

—Qué pena. —No parecía sincera ni por asomo. De hecho, parecía que no le importaba una mierda.

—Sí.

—¿Puedo preguntarte por qué?

No podía darle una respuesta sencilla.

—No funcionó, eso es todo... —Porque, con lo jodido que estaba yo, no podía joderle la vida a ella.

—Parece complicado.

—Sí. —Regresé a mi ordenador porque supuse que la conversación había terminado—. Bueno, debo seguir trabajando.

Alexia no se marchó.

—¿Quieres tomar una copa después del trabajo? —Cruzó las piernas, haciendo que su falda se levantara ligeramente y mostrara más muslo del necesario. Tenía unas piernas bonitas, similares a las de Marie.

Eché un vistazo a sus pantorrillas y luego aparté la mirada. Ya había estado con Alexia y el sexo con ella era bueno. Era de tipo carnal, de ese en el que el cabecero se estrella una y otra vez contra la pared hasta que hace mella en el yeso, no como el sexo tranquilo y sensual que había disfrutado con Marie. A lo mejor follar me hacía sentir mejor y lograba pasar página.

Pero no quería hacerlo.

—Esta noche no. Tal vez en otra ocasión.

—De acuerdo. Supongo que me la tomaré sola... —Se alejó de mi cubículo y se paseó por la oficina, balanceando las caderas a propósito.

Volví la cabeza hacia mi ordenador e intenté concentrarme en el trabajo.

Pero sólo podía pensar en Marie.

ME TUMBÉ EN LA CAMA CON LA MIRADA FIJA EN EL TECHO.

Por mucho que lo intentara, no conseguía dormir. Seguía allí tumbado con los ojos abiertos. Mi apartamento estaba en silencio, demasiado en silencio. Y empezaba a oler. Cuando Marie me visitaba con regularidad, aireaba la casa. A veces encendía velas aromáticas en el baño, normalmente de lavanda. Lavaba los platos del fregadero sin que yo se lo pidiera. Y todos los viernes lavaba las sábanas con su propio detergente.

En resumen, hacía que mi apartamento oliera a ella.

Pero ahora, ese aroma se había desvanecido. Empezaba a oler a ropa de gimnasio sudada y a platos sucios.

Mi aroma.

No había dormido bien ni una sola noche en un mes. El colchón era incómodo, y las sábanas demasiado gruesas. Cada vez que cambiaba de posición, me dolía la espalda. No estaba bien en ninguna postura. No dejaba de dar vueltas de un lado a otro.

Uf.

No tenía ningún problema para quedarme dormido sobre la mesa de la oficina, probablemente porque el sonido distante de las voces, los teléfonos y el teclear de mis compañeros me inducían el sueño. Pero cuando me quedaba solo, acechado por el fantasma de Marie, no encontraba la paz.

La echaba de menos.

Como un loco.

¿Me echaba de menos ella a mí? ¿Pensaba alguna vez en mí?

¿Me odiaba?

Me di la vuelta de nuevo y suspiré al comprobar que estaba aún más incómodo que antes. Como no había forma de dormir, me levanté y cogí la camioneta.

Era la una de la madrugada y no había ni un solo coche por la calle. Encendí el motor y conduje hacia la casa de Marie, sin saber muy bien qué demonios estaba haciendo. Lentamente, me acerqué a la casa y vi que las luces estaban apagadas. Después de aparcar en la acera, apagué el motor.

Veía su ventana desde allí. Justo en ese momento estaría tumbada en la cama, acurrucada con una almohada entre las piernas. Siempre dormía así porque le gustaba mantener las rodillas separadas. Probablemente se habría puesto una de sus viejas camisetas de softbol. Era lo que usaba para dormir cuando no tenía nada mío que ponerse. Casi seguro que se habría recogido el cabello en una coleta y tendría las uñas pintadas de un color brillante.

No estaba junto a ella en la cama, pero estaba todo lo cerca que podía estar. Como necesitaba desesperadamente descansar un poco, decidí echarme a dormir allí mismo. Unos segundos después, se me cerraron los ojos y el ritmo de mis pulsaciones descendió.

Y por fin me quedé dormido.

Soltera
Marie

«LAS RUPTURAS SON UNA MIERDA».

No pensaba que Axel fuera a convertirse en mi marido, pero tampoco creía que lo nuestro terminaría tan pronto. Ahora estaba otra vez en el mercado, intentando encontrar a alguien nuevo. Pero, mirara hacia donde mirara, sólo veía a Axel.

A pesar de lo que me había hecho, todavía quería estar con él. Lo echaba de menos.

Y aún lo amaba.

—¿Cuánto tiempo dura esta sensación de mierda? —Estaba sentada frente a Francesca en la mesa de la cocina. Me estaba pintando las uñas de negro, un fiel reflejo de mi estado de ánimo.

Francesca se encogió de hombros.

—No sabría decirte.

—¿Cuánto tiempo tardaste en superar lo de Hawke?

Francesca enarcó las cejas.

—Joder... —Había olvidado que no debía volver a mencionarlo nunca—. Olvida la pregunta.

Francesca estaba hojeando una revista de Martha Stewart.

—¿Quién te ha dicho que lo he superado?

Dejé de pintarme las uñas y la miré.

—¿No lo has...? —Seguía saliendo con Cameron y parecía que les iba

bien. Había supuesto que Hawke era algo del pasado.

—Nunca lo superaré, Marie. No, de verdad.

Cuando decía cosas como esa, conseguía que me diera cuenta de lo insulsa que era mi ruptura comparada con la suya. La ausencia de Axel me destrozaba, pero nunca había creído que fuera mi alma gemela.

—Ah...

—Pero sí puedo decirte que se hace más llevadero... con el tiempo.

—Dobló la esquina de una página y tomó algunas notas.

—Como... ¿Cuánto tiempo más o menos?

—Al menos tres meses. Quizás más.

«¿Tres putos meses? ¡Joder!».

—Genial...

—Lo siento. Es la verdad.

—Ojalá no hubiera salido nunca con él. —Se me fue la mano y me manché de esmalte la punta de los dedos. Los limpié con un poco de acetona. Terminé retirando la laca de las demás uñas y tuve que empezar de nuevo.

Francesca me miraba sin juzgarme.

—Ojalá sólo nos hubiéramos acostado y nada más. Ojalá no hubiera sucedido nada entre nosotros. —Comencé a aplicar una nueva capa de esmalte en las uñas.

Francesca seguía observándome.

—Por si sirve de algo, creo que te amaba. De hecho, en mi opinión aún te ama.

«Dios, ojalá fuera verdad».

—No me quiere, Frankie. Me lo dijo a la cara.

—Sí, ya sé lo que te dijo. Pero también creo que no sabe que te ama.

La miré con incredulidad.

—Mira, conozco a Axel mucho mejor que tú... en otros aspectos. A veces le entran esas ideas raras y otras veces ni entiende lo que siente sobre ciertos temas. Creo que le da miedo enamorarse porque no podría soportar perder a otra persona... porque ya ha perdido a demasiada gente. Y casi me pierde a mí... Es un mecanismo de defensa. Es más fácil romper contigo ahora que más tarde.

—¿Todas esas gilipolleces las aprendes en clase de Psicología?

—Marie. —Ahora su voz sonaba acalorada—. Sé de lo que hablo.

—A mí me parece que no, la verdad. Llegó a decirme que nunca me amaría.

—Te lo digo de nuevo: se niega a aceptarlo.

—Bueno, pues aunque fuera así, a mí no me ayuda. —Me soplé las uñas para que se secaran más rápido.

—Tal vez estar un tiempo separados le haga darse cuenta de lo que ha perdido y vuelva.

La imagen de Axel de rodillas suplicándome que volviera con él me llenó de una alegría totalmente antinatural. Pero era un sueño... que no se acercaba ni remotamente a la realidad.

—No voy a quedarme sentada esperándolo.

—No te he dicho que lo hagas.

—Me alegro de que nos entendamos. —Me mostraba hostil con Francesca aunque ella no tuviera ninguna culpa, pero, después de toda la mierda por la que me había hecho pasar Axel, tenía derecho a desahogarme.

—¿Quieres salir en una cita?

—¿Contigo? —Dejé de soplarme las uñas y la miré fijamente.

—Supongo que podríamos hacerlo... si estuvieses interesada en mí. Pero me refería a Jason. Lo recuerdas, ¿no? Te invitó a salir en The Grind.

—Ah, sí... —Se me había olvidado.

—Puedo preguntárselo a Cameron.

Acababa de decir que no me iba a quedar esperando a Axel, pero ahora que me había puesto en la situación, no sabía qué hacer. La idea de salir con otro, besar a otro e incluso acostarme con otro, me revolvió el estómago.

Francesca captó mi malestar.

—No tienes que decidirlo ahora mismo. Date un poco más de tiempo.

—Es que creo que no estoy preparada para salir con otros hombres...

—Lo comprendo.

Me habría apostado lo que fuera a que Axel andaba ligando por toda la ciudad como antes. La imagen me provocó tantas náuseas que tuve que tragarme el vómito que me subió por la garganta. Pensar que estaba con otra... era algo que no podía ni imaginar.

—¿QUIERES SALIR CON CAMERON Y CONMIGO? FRANCESCA SE HABÍA arreglado para su cita. Se había puesto una blusa y una falda, y se había peinado con unos rizos muy bonitos.

—¿Y estar de sujetavelas? No, gracias. —Me metí un puñado de palomitas en la boca y cambié de canal.

—No estarías de sujetavelas. —Entró en la sala de estar y se puso delante del televisor.

—Sí lo estaría. No te preocupes por mí. Sal y diviértete.

—¿Cómo puedo salir cuando mi mejor amiga está destrozada?

—No estoy destrozada.

Me miró de arriba abajo, como si fuera un montón de basura que hubiera aparecido en el sofá.

—Vale, no estoy en mi mejor momento. Pero tampoco estoy destrozada.

—Pues entonces sal...

Llamaron a la puerta.

Le dije adiós con la mano.

—Diviértete.

Francesca suspiró y abrió la puerta.

—Hola, Cam.

—¡Guau! Estás increíble. —Entró en casa.

—Gracias —respondió Francesca.

—¿Lista para irnos? —preguntó.

—En realidad...

Yo sabía a dónde quería llegar con eso.

—Es mejor que os vayáis y lo paséis bien. No pienso levantarme de este sofá para nada. —Me metí otro puñado de palomitas en la boca.

—¿Se encuentra bien...? —Cameron intentó bajar la voz para que yo no lo oyera.

—Estoy genial —respondí.

—¿Te importa si cenamos aquí? —preguntó Francesca—. Yo cocino.

—Joder, ni se te ocurra. —Dejé el cuenco de palomitas en el sofá y me volví hacia ella—. Lárgate de una vez, señorita.

—No te voy a dejar sola estando así —dijo, cruzándose de brazos.

—Estoy bien, de verdad. —Tenía una pinta horrible, pero estaba bien.

Cameron se metió las manos en los bolsillos.

—¿Y si quedamos otro día?

—No. —Lo señalé con el dedo—. Necesita follar mucho más que yo.

Las mejillas de Francesca se tornaron de un color rojo brillante.

Cameron cambió el peso de pie y se quedó mirando la televisión como si no hubiera oído lo que acababa de decir.

—Vamos a cenar aquí —dijo Francesca—. Da igual que Marie sea una compañía pésima.

—Frankie, vete. —¿Cuántas veces tenía que decírselo?

—No. Tú te quedaste conmigo cuando yo ni siquiera me tenía en pie. Pensar que yo haría menos por ti es absolutamente ridículo. —Agarró la mano de Cameron y lo llevó a rastras a la cocina—. ¿Quieres ayudarme?

—Claro.

Desaparecieron en la cocina, pero seguía oyendo sus voces.

—Esto... ¿qué le pasa? —susurró.

—Axel y ella han roto.

—Oh... Qué pena.

—Sí. Yo también esperaba que funcionara.

—¿Hay algo que podamos hacer por ella?

—En realidad, no —contestó—. Podemos quedarnos para que sepa que la queremos. Marie lo hizo por mí y me ayudó más de lo que cree.

—Eres una buena amiga —dijo Cameron tras una larga pausa.

—No. Es mi amiga. Es de mi familia.

TERMINAMOS DE JUGAR AL MONOPOLY SOBRE LAS DOCE DE LA NOCHE.

—¿Por qué ganas siempre? —pregunté.

Francesca se encogió de hombros.

—No estoy segura. Debo ser más lista que vosotros.

—Más modesta no, desde luego —se burló Cameron.

Metí las fichas en la caja.

—Estoy cansada, pero no creo que pueda dormir... —Llevaba bastante tiempo sin dormir bien. A veces pensaba en meterme en la cama de Francesca, pero no sabía a ciencia cierta si dormía sola.

—¿Sabes lo que me ayuda a mí? —dijo Cameron—.

—¿Qué? —pregunté—. No me digas que contar ovejas, por favor.

Cameron se echó a reír.

—Ver un episodio de una serie que haya visto cientos de veces. Te aburre tanto que te quedas frito en un pis pas.

Valía la pena intentarlo.

—Probaré.

—Lo digo en serio, funciona. —Me ayudó a colocar el dinero del juego antes de cerrar la caja.

—Yo también estoy cansada —dijo Francesca—. Es apoyar la cabeza en la almohada y ya estoy dormida.

—Zorra con suerte —murmuré.

Francesca ignoró el comentario.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Cameron—. ¿O prefieres que me quede...?

Francesca se puso tensa al oír la pregunta, como si nunca hubiera insinuado algo así.

Intenté fingir que no estaba escuchando, excusándome mientras me levantaba de la mesa y recogía el cuenco de palomitas del sofá.

—Eh... No lo sé. —La voz de Francesca surgió débil y un poco asustada.

—Perdona, no tenía intención de presionarte —se disculpó Cameron—. Era sólo curiosidad. —Se levantó de la mesa y se metió el teléfono en el bolsillo—. De todas formas, es hora de que me vaya a casa. Tengo que hacer la colada y esas cosas.

—Esto... Espera un momento. Dame un minuto. Espérame aquí. —Francesca salió disparada hacia mí, que todavía estaba en la sala de estar—. Ayúdame.

—¿Que te ayude a qué?

—¿Qué hago?

Eché un vistazo a Cameron, que estaba de pie cerca de la puerta, mirando un cuadro de la pared.

—No entiendo a qué te refieres.

—¿Debería invitarlo a pasar la noche?

—Frankie, es decisión tuya. Haz lo que quieras.

—Pero no sé...

—¿Qué es lo que no sabes? —Seguí hablando en susurros para que él no oyera nada.

—Es que... ¿Seis meses es demasiado pronto para estar con otro?

Hawke hacía ya mucho que se acostaba con otras mujeres.

—No hay un tiempo definido. En realidad, depende de ti. —Francesca se mordió la uña del pulgar—. ¿Qué quieres tú?

—No lo sé...

—O te quieres acostar con él o no.

—Si lo hago, estaré pensando en Hawke todo el tiempo.

—¿Y no va a ser así por mucho que esperes? —pregunté—. Lo tendrás dentro de la cabeza, hagas lo que hagas. Pero, después de unas cuantas veces, dejarás de pensar en él. Sé sincera con Cameron y habla con él.

—Supongo...

—No tienes por qué acostarte con él. Puedes limitarte a tontear. Ya sabes, meteros mano y esas cosas. Porque eso ya lo habéis hecho, ¿no?

Lo negó con un gesto.

—¿Sólo os habéis besado?

Francesca asintió.

—Entonces ve despacio. Paso a paso.

—Creo que eso sí puedo hacerlo.

—Y, si después quieres acostarte con él, pues adelante. Tienes todo el derecho del mundo. Y te gusta, ¿no?

—Sí.

—Entonces déjate llevar.

—Vale. —Se quedó allí de pie.

—Ahora vuelve y habla con él.

—Ah, claro. —Giró sobre sus talones y se dirigió hacia él—. Sí, quiero que te quedes.

—¿De verdad? —Sus labios se curvaron en una gran sonrisa—. Genial.

Frankie y Cameron desaparecieron por el pasillo. Entraron en su dormitorio y cerraron la puerta.

Como ya se habían ido a la cama, decidí echar la llave a la puerta principal. Me alegraba que Francesca volviera a la vida romántica con un buen tipo, pero debía admitir que me sentía celosa. Esa noche tenía un hombre con el que acostarse.

Lo único que tenía yo era mi almohada.

Debilidad Axel

ME QUEDÉ SENTADO dentro del coche en el aparcamiento durante casi una hora.

No hacía más que mirar hacia la cafetería para contemplar a Marie moviéndose detrás del mostrador. Llevaba uno de esos delantales que se atan alrededor de la cintura, con unas bermudas que realzaban sus largas piernas. Estaba guapa incluso con el uniforme de trabajo.

Había estado yendo todos los días con la esperanza de verla. Su horario de trabajo nunca era igual. Algunas semanas trabajaba de noche, y otras de mañana. Si entraba en ese preciso instante, parecería una coincidencia.

Y podría hablar con ella.

Pero me quedé dentro del coche, como un cobarde.

¿Por qué estaba allí? ¿Podría salir algo bueno de todo aquello?

Yo sólo sabía que la echaba de menos. Quería verla, aunque fuera sólo unos minutos. Tarde o temprano, acabaría encontrándome con ella. ¿Por qué no hoy?

Por fin reuní el valor suficiente para salir del coche. Me aseguré de tener la camisa bien metida en los pantalones del traje, me peiné, me enderecé la corbata y me dispuse a entrar intentado que pareciera un encuentro casual, como si no esperase encontrármela allí.

Abrí la puerta y entré, advirtiendo que el local estaba bastante vacío. Tampoco parecía haber nadie cuando salía de trabajar, y me preguntaba cómo podían mantener abierta la cafetería. A lo mejor entraban miles de chicos sólo

para ver a Marie.

La campanilla de la puerta sonó e inmediatamente Marie se acercó a la caja registradora. No había levantado la vista porque primero tenía que limpiar los restos de granos de café del mostrador.

—¿Sabe ya lo que desea tomar? —Se secó las manos con el delantal y por fin levantó los ojos.

Joder, había olvidado lo hermosa que era.

La sorpresa inundó su rostro cuando me vio. Casi no podía creer que estuviera mirándome allí mismo. Entreabrió la boca y abrió los ojos de par en par. Su cara estaba enmarcada por una hermosa melena rizada que le daba un aire de princesa. Llevaba bastante maquillaje y parecía una supermodelo. Se recobró al instante de la sorpresa y suavizó sus facciones, mutándolas de repente a una calculada indiferencia.

Eso me dolió.

Me acerqué al mostrador y, en cuanto estuvimos cerca, noté su perfume. El aroma me trajo inmediatamente antiguos recuerdos de noches en las que le había hecho el amor en mi cama. Olía como las velas que una vez encendió en mi baño. Unos mechones sueltos le caían por el pecho, aunque intentaba mantener la melena detrás de los hombros. Nunca olvidaría lo sedosos que eran entre mis dedos.

Ahora que estaba allí, no sabía qué hacer. Me había quedado sin habla al contemplar su belleza, como si nunca la hubiera apreciado de verdad. Lo único que deseaba era saltar sobre ese mostrador y besarla apasionadamente. Ya no era mía, pero, por alguna razón, seguía pensando que sí lo era.

Dios, cómo la añoraba.

Me costaba esfuerzo recordar por qué había un mostrador entre nosotros. Me había dicho que me amaba y yo no sentía lo mismo. Queríamos cosas distintas. No había otra solución.

Me miró con paciencia, esperando que pidiera algo.

Me di cuenta de que ninguno de los dos nos habíamos dirigido ni una sola palabra. Simplemente nos mirábamos en silencio, intentando ocultar al otro nuestros pensamientos.

—Hola...

—Hola...

Era como en los viejos tiempos.

—¿Qué vas a tomar? —Tenía el iPad delante de ella.

«Eso es». Se suponía que debía pedir algo.

—Tomaré un té *London Fog*, por favor.

Marie tocó la pantalla con los dedos.

—¿Algo más?

«A ti».

—No.

—Dos sesenta y cinco.

Empujé el dinero hacia ella.

Lo cogió y sacó el cambio a la velocidad de la luz. Me lo acercó arrastrándolo por el mostrador como si estuviera maldito.

—Ahora mismo. —Se volvió y preparó la bebida, moviéndose de un lado a otro entre las máquinas.

La observé, atesorando su imagen todo el tiempo que pude.

Después de ponerme la leche hirviendo, dejó el vaso sobre el mostrador.

—Tu té *London Fog* está listo.

Lo cogí y le ajusté la tapa.

—Gracias.

Marie se volvió y se puso a limpiar la máquina.

Me quedé de pie como si fuera a suceder algo, como si fuera a decirme algo para que me sintiera menos solo. Pero no lo hizo.

—¿Cómo estás? —Sólo quería hablar con ella. Desde que salí huyendo, me sentía como si hubiera perdido a mi mejor amiga.

—Genial. ¿Y tú?

—He estado mejor...

—Francesca y yo probamos el nuevo restaurante japonés. Es bastante bueno.

—Estupendo. Llevo tiempo pensando en ir. —No le había dado ni un sorbo al té.

—Bueno, que tengas un buen día. —Se dirigió a la trastienda y desapareció detrás de una cortina.

Sospechaba que no volvería a salir hasta que la campanilla de la puerta volviera a sonar indicando que me había marchado o que había entrado un nuevo cliente. Me quedé mirando el brebaje y fui hacia la papelera que había al lado de la salida. Ni siquiera me gustaba el té y no sabía por qué lo había pedido.

Lo tiré y me marché.

Mensajes
Marie

—¿QUÉ? —Francesca sacó la bandeja del horno y la dejó sobre la cocina—.
¿Axel ha ido a The Grind?

Me quité el delantal y lo dejé sobre el respaldo de la silla.

—Eso es. Entró y pidió un té *London Fog*.

—¿Qué dijo?

—Hola.

—¿Y qué más?

—Nada más. Nos saludamos y eso fue más o menos todo. Después se marchó. —Sabía que The Grind estaba cerca de su oficina, así que probablemente habría entrado de camino a casa, sin saber si yo estaría allí. El siguiente Starbucks estaba a ocho kilómetros, y no querría ir hasta allá cuando tenía The Grind al final de la calle.

—¿Crees que fue allí a propósito?

—No lo sé... Lo dudo.

—¿Por qué? —Se había manchado de azúcar la camiseta negra y también tenía un poco en la nariz.

—Si quería verme habría dicho algo más. Se limitó a coger su té y largarse. Supongo que antes o después tendremos que vernos a la fuerza. Tal vez se dio cuenta y decidió pasar el mal trago cuanto antes.

—O quizás te echa de menos...

«Ojalá».

—No lo parecía.

—Me reafirmo en lo que dije antes. —Se giró hacia la fuente y sacó los muffins—. Te ama. Sólo tiene que darse cuenta. Estar este tiempo separados servirá para que espabile de una puta vez.

Si así era como iba a espabilar, no pensaba quedarme esperando. Había ido a la cafetería, había dicho dos palabras y se había marchado. Normalmente adivinaba lo que estaba pensando Axel, pero en esos momentos no tenía ni idea.

—¿Qué tal anoche con Cameron?

Francesca dejó la bandeja de muffins en la mesa de la cocina y se sentó.

—Estuvo bien.

—¿Qué hicisteis?

—Tonteamos un poco. Nos besamos, nos tocamos, cosas así.

—¿Sexo oral?

Francesca asintió.

No parecía muy entusiasmada.

—¿Al menos lo disfrutaste...?

—Sí. Pero seguía pensando en él... —Cogió un muffin y lo empezó a desmenuzar, pero no dio un solo bocado.

—Ya pasará.

—Es que es raro. Es el último chico al que he besado... El último chico con el que he estado. Me resulta muy raro hacer todas esas cosas con otro. Cuando estaba con Hawke, pensaba que nunca saldría con nadie más. Volver a las citas e intentar encontrar a otro... es una mierda.

Ahora que estábamos en el mismo barco, lo entendía muy bien.

—Sé lo que quieres decir.

—Cameron es un tío estupendo, de verdad —afirmó Francesca—. Comprende por lo que estoy pasando y no me lo echa en cara. Tengo suerte de haber encontrado a alguien dispuesto a aguantarme. Pero... no siento nada por él.

—¿Nada?

—A ver, me siento atraída por él y me gusta, pero no lo amo.

—Bueno, el amor es algo extraño. Tarda en llegar. —El único hombre al que yo había amado era Axel. Y había tardado veintitantos años en sentirlo. Había salido con un montón de tíos que me atraían, pero esos sentimientos habían sido superficiales. Lo que había tenido con Axel sí había sido real. ¿Llegaría a sentir lo mismo por otra persona?

—Marie, no creo que vuelva a suceder. —Cogió un muffin y me lo acercó—. Pruébalo y dame tu opinión.

Me quedé mirando el muffin sin asimilar lo que me había dicho.

—Sucederá, Francesca. Dale tiempo.

Francesca sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. Era mi alma gemela. Esa clase de amor sólo se encuentra una vez en la vida.

¿Se sentía así incluso después de la frialdad con la que Hawke la había abandonado?

—¿Lo crees de verdad?

—Sí —afirmó sin dudar.

—¿Estás segura de que no estabas simplemente encaprichada con él? A veces se pueden confundir los sentimientos.

—Marie, comprendo que te parezca una locura, pero sé lo que siento. Es lo que teníamos.

Cogí el muffin y dejé de discutir.

—¿Qué llevan estos?

—Naranja y arándanos.

—Los tienen en Starbucks.

—Pero estos son mejores —replicó—. Están hechos con corteza de naranja de verdad. Y los arándanos no son secos, así que no están tan amargos. Pruébalos.

Di un bocado al muffin y mastiqué lentamente. Los sabores que inundaron mi boca eran deliciosos sin empalagar.

—¡Guau! ¡Están buenísimos!

—Creo que van a funcionar genial en la cafetería.

—Como todo lo que haces. No te olvides de escribir las recetas y guardarlas en una caja fuerte blindada.

Francesca se echó a reír.

—No creo que sean tan buenos...

Francesca tenía un talento de verdad para esas cosas.

—¿Has vuelto a pensar en lo de la pastelería?

—Sí. Sigo con intención de abrirla.

—Estupendo. —Me alegraba que tuviera un objetivo en mente, algo que la apasionara de verdad—. El semestre casi ha terminado y deberías empezar a planteártelo en serio.

—Justamente ahora estaba pensando en eso mismo. —Tamborileó con los

dedos en la mesa—. No tengo claro que una pastelería vaya a funcionar bien aquí. Hay muchos turistas durante el verano, pero después esto está bastante muerto. Necesito un lugar por donde pase mucha gente caminando.

—Pues Manhattan parece la elección ideal.

—Sí, pero fijo que el alquiler es astronómico.

—O lo intentas a lo grande o te quedas en casa, ¿no?

—Tengo el dinero que me dejaron mis padres, pero sólo puedo usar la mitad. El resto pertenece a Axel, y no sé si será suficiente. Supongo que podría solicitar un crédito y ver qué tal me va... aunque no tengo nada para avalarlo.

Si algo había aprendido de Axel durante el tiempo que habíamos pasado juntos, era lo increíblemente generoso que podía llegar a ser. Probablemente le daría todo el dinero a Francesca si se lo pedía. Deseaba el éxito para ella más que para sí mismo.

—Encontraremos una solución.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Cómo va la búsqueda de trabajo?

Después de que Axel y yo rompiéramos, había dejado todo en suspenso. No tenía motivación para hacer otra cosa que no fuera quedarme sentada.

—Digamos que, en ese aspecto, he tirado la toalla...

—Bueno, pues habrá que volver a ponerse en marcha. —Apartó los muffins y cogió el portátil—. Busca unas cuantas ofertas para puestos con pocos requisitos y contratos en prácticas, y preparamos tu currículum. Soy bastante buena para estas cosas. Aprendí mucho en mi clase de Empresariales sobre qué tipo de empresas están dispuestas a contratar savia nueva.

—No tienes por qué ayudarme, Frankie. Puedo hacerlo sola. Cuando encuentre la motivación, claro.

—No me importa, Marie. Además, será mucho más divertido si lo hacemos juntas. —Me dedicó una sonrisa y me hizo una seña—. Ven aquí y pongámonos manos a la obra.

Cuando cuidé de ella tras la marcha de Hawke, lo hice sin esperar nada a cambio. Si venían tiempos difíciles, sabía que ella también estaría a mi lado, pero no esperaba este tipo de apoyo. Me tomó de la mano y me guio, ayudándome a superar esta difícil etapa de mi vida.

—Gracias.

Dolor y sufrimiento
Axel

EN CUANTO SALÍ DEL EDIFICIO, me aflojé la corbata. Había tenido dos entrevistas de trabajo seguidas y me sentí aliviado cuando por fin terminaron los interrogatorios. Llevar corbata era lo peor de todo. Sentía que me estaba ahogando todo el tiempo, por muy suelta que la llevara.

Tenía bastante confianza en las dos entrevistas, pero eso no quería decir nada. Probablemente habría otros veinte candidatos para el mismo trabajo y seguro que todos habían ido a la Universidad Stanford. Yo no había ido a una universidad muy competitiva porque no me lo había podido permitir, y eso mermaba seriamente mis posibilidades.

Lo único que podía hacer era esperar que todo saliera lo mejor posible.

Me reuní con Hawke pocos minutos después.

—¿Cómo te ha ido? —Estaba sentado frente a mí y había pedido una cerveza negra IPA.

—Psé —Me encogí de hombros mientras me quitaba la cazadora—. Parece que ha ido bien, pero vete a saber.

—Encontrarás algo. A lo mejor no es exactamente el trabajo de tus sueños, pero es la forma de meter la cabeza.

—Supongo. —Siempre había querido mudarme a la Gran Manzana, pero, ahora que podía, dudaba si estaba preparado para ello. Era un mundo totalmente distinto. Encontraba caras y lugares extraños allá donde mirara.

—No te estreses. Todo saldrá bien.

Di un trago largo a mi cerveza porque necesitaba calmar los nervios.

—¿Has hablado con Marie?

—La vi hace unos días, pero en realidad no nos dijimos mucho.

Me lanzó la misma mirada que de costumbre.

—Me refiero a vuestra relación.

—Bueno, le dije que habíamos terminado y que nunca la amaría. Si te soy sincero, no me pareció que le importara demasiado.

—¿De verdad le dijiste eso? ¿Eres idiota?

—Es la verdad.

Se frotó la barba incipiente de la mandíbula con gesto irritado.

—Eres estúpido, ¿lo sabías?

—Lo que tú digas.

—¿Realmente vas a dejar que esa mujer se te escape entre los dedos?

—Ya se me ha escapado, tío.

Hawke sacudió la cabeza.

—Has cometido el mayor error de tu vida.

Me sentía muy desgraciado.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Vuelves a acostarte con la primera que te encuentras?

—No. No he estado con nadie más. —Habría sido muy fácil llevarme a Alexia a la cama, pero no la deseaba.

—¿Y por qué no?

Me encogí de hombros.

—No lo sé... Simplemente no me apetece.

Hawke me miró desesperado.

—Tienes la verdad delante de las narices y no la ves.

—Tú te vas acostando por ahí, y sin embargo sigues jurando que amas a Francesca. ¿Qué pretendes demostrar?

Hawke frunció el ceño.

—No es lo mismo.

—No es muy distinto —contraataqué.

—Tú todavía puedes estar con Marie. Para ti no es demasiado tarde.

—No viste la cara que puso cuando entré en la pastelería. Fue como si yo no existiera. No le importo. Ha superado lo nuestro.

—¿Cómo puede haberte olvidado después de decirte que te ama? —preguntó—. Es obvio que se está haciendo la valiente. ¿No lo ves?

—No lo sé... Marie es bastante despegada.

—El amor no desaparece, al menos no tan rápido.

—Sé lo que vi.

—Por intentarlo no va a pasar nada.

Negué con la cabeza.

—Esto es lo mejor para los dos. —Me quedé mirando la jarra mientras la espuma desaparecía lentamente de la superficie.

—¿Y estás contento con la situación?

Cuando reflexioné sobre mi vida durante el mes anterior, comprendí que nunca había sido tan desgraciado.

—En realidad, no. Últimamente tengo insomnio, así que aparco delante de su casa. De alguna forma, saber que está cerca me ayuda a conciliar el sueño. Pienso en ella a todas horas, especialmente en el trabajo. Ahora que ya no forma parte de mi vida, todo es distinto. Entré en The Grind sólo para verla, porque la echo muchísimo de menos.

—¿Y todavía crees que no la amas? —preguntó sarcásticamente.

—Me encariñé con ella. Eso no significa que la ame.

—Tío, eres la persona más irritante que he conocido.

—Justo después de ti. —No me hacía falta recordarle toda esa mierda extrañísima que tenía él con Francesca.

—Todavía no es demasiado tarde.

—Déjalo ya, joder. —No quería seguir hablando de ella. De alguna forma, decirlo en voz alta había conseguido que el dolor y la pena aumentaran aún más. Nuestra ruptura era definitiva y nunca nos reconciliaríamos. Caería rendida a los pies de otro que la amaría para siempre.

Y yo sería el gilipollas perdedor que la había dejado escapar.

Un invitado inesperado
Marie

—TENGO QUE IR A TRABAJAR. —Francesca se ató el delantal negro alrededor de la cintura y se sujetó el pelo en una coleta—. Nos vemos luego.

—Vale. —Acabábamos de enviar mi currículum a un montón de revistas de Nueva York. Muchos eran para contratos en prácticas no remunerados. Con suerte, conseguiría un trabajo real que me permitiera comprar comida. De lo contrario, acabaría viviendo en la calle durante un año.

—No te preocupes por eso. —Francesca me había leído el pensamiento, como siempre—. Ya saldrá algo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Se echó el bolso al hombro.

—Siempre se arregla todo... al final. —Me lanzó un beso antes de salir y se marchó.

Ahora estaba sola en casa sin nada que hacer. Tenía un montón de ropa para lavar, además de una pila enorme de platos, pero ninguna de esas cosas me pareció apetecible. Así que me senté y miré a la pared.

Cuando estaba a solas, mis pensamientos se iban siempre hacia Axel. Me preguntaba qué estaría haciendo y con quién estaría. Esa mujer, Alexia, le habría echado la zarpa en cuanto yo desaparecí de escena. Probablemente Axel compartía su cama con ella todas las noches.

La idea me puso enferma.

Había transcurrido un mes desde que tomáramos caminos diferentes, y no

creía ni por asomo, que se la hubiera dejado guardadita en sus pantalones durante todo ese tiempo. Probablemente habría ligado con una chica distinta todos los fines de semana y se las habría follado en su cama hasta perder el sentido, en esa misma cama en la que había estado conmigo. Ahora yo sólo era un recuerdo para él, si es que me recordaba.

Cuando lo vi entrar en la cafetería, había soñado con que estuviera allí por una única razón: para decirme que había cometido un error. Mi mente seguía fantaseando con esa idea a pesar de no querer admitirlo. Nunca se haría realidad y debía dejar morir esa esperanza.

«¿Por qué me enamoré de él?».

Sonó el timbre.

Había estado tan absorta en mis pensamientos que no había advertido el sonido de unos pasos acercándose por el sendero. Caminé hacia la puerta de entrada y eché un vistazo por la mirilla, esperando ver a unas niñas scouts o a algún joven bien vestido que intentaría convertirme a una nueva religión.

Pero era Hawke.

«Espera... ¿Qué?».

¿Por qué tenía a Hawke de pie al otro lado de mi puerta?

¿Había venido a ver a Francesca?

¿Por fin había recuperado la razón?

Abrí la puerta con más fuerza de la que pretendía y la estampé contra la pared. El tope no fue suficiente para amortiguar el golpe. Ahora había una marca visible.

«Mierda».

Hawke vio el agujero.

—Te lo puedo arreglar.

La reparación era lo de menos en ese momento.

—Acaba de salir. —No se había cruzado con Francesca por sólo tres minutos. Ahora tendría que esperar seis horas hasta que terminara su turno.

—No estoy aquí para verla a ella.

—¿Qué? —Toda la esperanza que había renacido en mi interior murió en un instante. Había creído que estaba allí para reconquistarla. Me había imaginado la felicidad en la cara de mi amiga, incrédula al ver que el amor de su vida había regresado.

—Estoy aquí para verte a ti.

—¿Por qué...?

—¿Puedo entrar?

Me hice a un lado.

Hawke entró y cerró la puerta a su espalda.

—He esperado hasta que se marchara Francesca. No volverá en bastante tiempo, ¿verdad?

—Así es.

—Vale. —Examinó el desconchón de la pared antes de volverse hacia mí—. Quería hablarte de Axel.

—Ah...—La conversación estaba adquiriendo un cariz inesperado.

—Es... —Se pasó los dedos por el pelo mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas—. Es un idiota, Marie. Sé lo que siente por ti. Dice que no te ama, pero sé que está lleno de amor por ti.

El corazón me latía a toda velocidad.

—Está confundido. Piensa que está tomando la decisión correcta, pero no es así. Sin ti está destrozado.

«¿De verdad? Si dijera que me alegro de oírlo, ¿sería una persona terrible?».

—Traté de hablar con él sobre el tema, pero no me escucha. Así que comprendí que tenía que acudir a ti directamente.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo?

—Eso no lo sé...

«Genial, menuda ayuda».

—A lo mejor puedes hablar con él. Hacer que se enfrente a la verdad.

—¿Convencerlo de que me ama y debería quedarse conmigo? Hablas del sueño de cualquier chica hecho realidad...

—Sé que no es lo ideal y que mereces algo más, pero es mejor que la otra alternativa.

—¿Que es...?

—Seguir con vuestras vidas por separado.

Ya había estado un mes sin él y lo odiaba. Aborrecía la sensación.

—Ha pasado un mes, Hawke. Si a estas alturas no ha cambiado de opinión, nunca lo hará.

—Deberías oírle hablar de ti... Dice algunas cosas increíbles. Me acaba de decir que aparca fuera de tu casa por la noche porque sólo así se puede dormir... estando cerca de ti. —Me quedé boquiabierta—. También me ha contado que no se ha acostado con nadie porque no quiere estar con otra que no seas tú.

Mi corazón empezó a latir con nueva vida.

—Dice que sin ti no es nada. Apenas puede concentrarse en el trabajo, y la razón por la que fue a The Grind es porque quería hablar contigo... porque te echa de menos.

Era demasiado bueno para ser verdad.

—No se puede decir todo eso y no estar enamorado. Simplemente no es posible.

Me crucé de brazos e intenté mantener la calma. Todo lo que decía era música para mis oídos. Axel estaba sufriendo tanto como yo. No soportábamos estar separados el uno del otro. Lo que teníamos era algo más que una simple aventura pasajera.

—¿Ha dicho eso de verdad?

Asintió.

—Te lo juro.

La sangre se me agolpó en la cabeza y me sentí un poco mareada.

—Habla con él.

—¿Y qué le digo?

—Dile todo lo que te acabo de explicar. Hazle entrar en razón. Está claro que yo no puedo.

Después de herirme de esa manera, dudaba que pudiera hacerlo. Nunca me había considerado una mujer orgullosa, pero temía que mi pundonor me impidiera hacer algo así. Era él quien debería arrastrarse hasta mí, y no al revés.

—Ya sé que no es lo ideal. Ojalá espabilara de una puta vez. Pero no sé qué más hacer. Es mi mejor amigo y no quiero que acabe como yo. Merece ser feliz.

—¿Acabar como tú?

Se encogió de hombros.

—Completamente desgraciado.

Lo miré con compasión porque ni siquiera en ese momento era capaz de entender su problema.

—He hecho mi parte y he venido a hablar contigo. Lo demás depende de ti.

—Se volvió hacia la pared—. Por casualidad no tendrás herramientas, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Francesca guarda algunas en el garaje.

—De acuerdo. Ya me encargo de esto.

FRANCESCA ENTRÓ Y CERRÓ LA PUERTA PRINCIPAL.

—Estoy en casa.

—Hola. —Recé para que no notara la mancha húmeda de yeso en la pared. Si no la miraba directamente, probablemente no se daría cuenta.

La voz de Francesca vaciló.

—¿Qué es esto?

«Joder».

—¿Qué? —Intenté hacerme la tonta.

—Hay un agujero en la pared. ¿Qué has hecho?

—Ah, eso... No es nada.

—Y está parcheado.

—Abrí la puerta demasiado fuerte sin querer e hice un boquete.

Se acercó y dejó el bolso sobre la mesa.

—Debes haber abierto la puerta con una fuerza tremenda.

—Sí... Vi un perro grande afuera y me asusté.

—¿Te asustas y abres la puerta de par en par?

No tenía ningún sentido, claro que no.

—Me entró el pánico. —Volví a concentrarme en la televisión y recé para que la conversación terminara de una vez.

—¿Quién lo ha arreglado?

Francesca sabía que yo no era una manitas precisamente. Era incapaz de distinguir un destornillador de un clavo.

—Lo he hecho yo...

—¿Has arreglado tú el agujero? —Me lanzó una mirada incrédula, como si no creyera ni una palabra de lo que acababa de contarle.

—Sí... ¿cuál es el problema?

—Está muy bien arreglado. No parece obra de alguien inexperto.

¿Por qué me estaba interrogando de esa forma?

—Vale. Llamé a un albañil. Déjame en paz.

—¿Por qué has mentado?

—No sé... Pensé que te enojarías conmigo por derrochar dinero.

—No soy tu madre, Marie.

—Pues es como si lo fueras. Me estás haciendo un montón de preguntas.

—¿Por qué no esperaste a que volviera a casa?

—Fue culpa mía y no quería agobiarte. —¿Acabaría alguna vez la

conversación?

—Tú nunca me agobias.

Francesca debería meterse a policía, por Dios.

—¿Qué tal el trabajo?

—Como siempre. —Dejó el delantal en la silla y se soltó el pelo de la coleta. Alzó la barbilla y olisqueó el aire, como si hubiera en el ambiente un aroma que reconocía.

—¿Qué...?

—Ese olor...

«Mierda».

—Conozco ese olor...

¿Reconocía el olor de Hawke a esa velocidad? ¿Todavía podía detectarlo? Había estado en casa treinta minutos como máximo.

—Sí... El albañil, que se había bañado en colonia.

—No huele a colonia...

Las cosas empeoraban por momentos. No podía decirle que Hawke había estado en casa. Se derrumbaría otra vez y tendría que empezar de nuevo. Las cosas le iban bien con Cameron y estaba mejor. Todo el progreso que había hecho se iría a la mierda si se enteraba de que él había estado allí, aunque sólo hubieran sido cinco minutos.

—¿Va a pasarse Cameron por aquí?

Francesca continuó olfateando el aire y me ignoró. Sus ojos tenían la mirada perdida y su mente viajó a otro lugar. De alguna manera, supe exactamente lo que estaba pensando. Francesca sabía que era su olor. Le trajo viejos recuerdos, besos y caricias de otro tiempo. Respiró profundamente, tomando aliento con un anhelo infinito.

—¿Siempre me atormentará así...?

Nunca había sentido tanto dolor por otra persona.

—No.

Me miró con los ojos nublados por las lágrimas.

—Ojalá pudiera creerte.

Se hace tarde
Axel

ESTABA REVISANDO una pila de ropa cuando encontré una de sus bufandas.

Era de color morado, verde y rojo mezclados. La llevaba puesta una noche que vino a casa después de una fiesta. Se la había metido por dentro del abrigo para estar abrigada y calentita. Le sentaba muy bien y resaltaba el color verde de sus ojos.

Le había quitado el abrigo y había empezado a besarla, sintiendo sus labios fríos. Al final la había desnudado completamente, pero le había dejado la bufanda puesta. Quedó colgando, acariciando su cuerpo y ocultando sus pezones de la vista. Marie conseguía que una simple bufanda fuera endiabladamente erótica.

Nunca lo olvidaría.

Y todavía la tenía. La acaricié con las yemas de los dedos y, sin pensarlo dos veces, me la acerqué a los labios y la olí. Su aroma me inundó como un intenso recuerdo. Aquel beso me pareció real, como si acabara de suceder otra vez.

La estrujé con la punta de los dedos y sentí el tejido, valorándola aún más porque una vez le había pertenecido a ella. Podría usarla como excusa para verla, para devolvérsela. Pero dudaba que pudiera separarme de la bufanda, un recuerdo de lo que habíamos compartido.

Sonó el timbre y mis pensamientos se esfumaron de mi paraíso personal. Metí la bufanda en la mesita de noche y abrí la puerta principal, esperando ver

a alguien que venía a venderme algo.

Pero era Alexia.

—Oye, ¿me puedo quedar aquí esta noche?

—Esto... ¿por qué? —Habíamos tenido una aventura, pero nunca habíamos sido amigos.

—Mi compañera de piso se ha traído a casa a un tío que me da muy mal rollo... —Hizo un gesto con la cabeza como si tratara de sacudirse el encuentro—. Encima, hacen un ruido enorme y son muy vulgares. Mañana tendré unas palabras con ella. No conseguiría nada hablándolo esta noche.

—¿No tienes novio? —Nunca me había interesado por su vida personal, así que no tenía ni idea.

—En realidad, no.

«Qué triste».

—Esto... supongo que puedes quedarte. —Abrí la puerta y entré. No la quería allí, pero tampoco podía portarme como un cabrón—. El sofá es todo tuyo. Creo que tengo una manta de sobra en alguna parte.

—¿No vas a ofrecerme tu cama? —preguntó incrédula.

—No. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque es lo caballeroso.

—Bueno, yo no te he invitado. Acabas de aparecer en mi puerta y no me dejas otra opción. Puedes apostarte lo que quieras a que te vas quedar en el sofá. —Abrí el armario y saqué una manta vieja—. Me voy a dar una ducha y después a dormir. —Se la arrojé a los pies antes de irme.

—Gracias...

Ignoré su tono sarcástico y me encaminé hacia el baño. No estaba de humor para bromas. Si había venido para echar un polvo, tampoco lo iba a conseguir. Mi deseo sexual había desaparecido en cuanto Marie salió de mi vida. No estaba seguro de cuándo volvería.

Decepcionada
Marie

ME QUEDÉ MIRANDO la puerta durante diez minutos antes de llamar por fin.

No podía creer que estuviera siguiendo el consejo de Hawke. Axel me había dejado y ahora yo iba a intentar convencerlo para que volviera conmigo. Era la cosa más patética del mundo. Una vergüenza para todas las mujeres. Me estaba vendiendo por nada y sabía que no debía hacerlo.

Pero todavía lo quería.

La puerta se abrió, pero al otro lado no apareció Axel, sino Alexia.

Alexia.

«Tiene que ser una broma».

Tardó unos segundos en reconocermé. Me miró a la cara con ojos entrecerrados y luego apareció una fría mueca en sus labios.

—Y aquí llega la ex...

Axel le había dicho que habíamos roto. Y estaba en su apartamento. Era fácil atar cabos.

—¿Te puedo ayudar en algo? —Se cruzó de brazos y se apoyó contra la puerta, impidiéndome entrar.

Intenté no vomitar. Estaba en su apartamento y probablemente acababa de levantarse de su cama. Estaba claro que Hawke había entendido mal lo que había dicho Axel. O tal vez Axel había vuelto a las andadas en cuanto terminó de hablar con Hawke.

—¿Hola? —preguntó con desdén—. En este momento mi novio y yo

estamos muy ocupados.

—¿Novio? —le solté.

—Sí. *Novio*. ¿Necesitas limpiarte los oídos?

Estaba a punto de abalanzarme sobre esa zorra.

—¿Disfrutando con mis sobras?

Se encogió de hombros.

—La basura de una chica es el tesoro de otra, ¿no?

No me lo podía creer. Para ser sincera, cuando Hawke me dijo todas esas cosas, había tenido la esperanza de que Axel me amara de verdad. Pero comprobar que me había reemplazado tan rápidamente por esa puta me asqueaba. Si se hubiera tratado sólo de un buen polvo, habría podido soportarlo, pero mantener una relación seria con ella era harina de otro costal.

Me repugnaba.

Se apartó de la puerta y gritó por el pasillo.

—¡Cariño, aquí hay alguien que quiere verte!

«¿Cariño? ¡Que puta zorra!».

—Sólo dile que he venido para devolverle algunas cosas. Pero que, si realmente las quiere, puede venir él a recogerlas a mi casa. —Era la única excusa que se me ocurrió en tan poco tiempo.

Alexia volvió al pasillo.

—Da igual, cariño —le dijo.

No oí la respuesta de Axel, pero puede que se me hubiera escapado.

—Adiós —me despidió Alexia con cajas destempladas.

No le dije adiós porque estaba demasiado cabreada. Deseé arrancarle el cabello y prenderle fuego. Me había enfadado con Axel por pasar página tan rápido, pero estaba mucho más cabreada con Alexia. Tenía la palabra zorra escrita en la frente. ¿De verdad se fue directamente de mis brazos a los suyos? Tal vez nunca me quiso de verdad.

Quizás nunca le importé.

AL ACABAR LA CLASE, ME ACERQUÉ A LA FILA DONDE ESTABA SENTADO JASON.

—Hola.

Alzó la vista cuando se dio cuenta de que estaba allí.

—Ah, hola. ¿Qué tal te ha salido el examen?

—Horrible, como siempre. ¿Quieres salir esta noche?

—Esto... —No pudo ocultar su sorpresa por mi osadía—. Joder, sí.

—Genial. Recógeme a las siete.

—Por supuesto.

Me eché el pelo hacia atrás y salí, orgullosa de mí misma por conseguir una cita para esa noche. No iba a dejar que Axel arruinara mi vida más tiempo. Me había hecho más daño que ninguna otra persona en el mundo, pero para mí se habían acabado las bobadas. Iba a romper con todo aquello. Iba a llevar la cabeza bien alta y a seguir adelante.

Conduje a casa y luego entré. El yeso de la pared estaba seco y apenas se notaba el agujero. Hawke lo había parcheado muy bien. Arrojé la mochila sobre la mesa y vi a Francesca en la cocina.

—Tengo una cita esta noche.

—¿Has quedado con un chico? —Acababa de meterse un chorro de sirope de chocolate directamente del bote. Tragó y luego se limpió el chocolate de los labios con el dorso del antebrazo—. ¿Qué? ¿Con quién?

—Con Jason, el amigo de Cameron.

—Vaya, genial. —Tenía el bote de sirope en las manos—. Esto... Creía que no estabas preparada para citas... todavía.

—Bueno, pues ahora ya lo estoy. —No dije una palabra sobre Alexia. Si lo hacía, tendría que empezar por explicarle por qué había ido a casa de Axel, lo que significaría que tendría que contarle que Hawke había venido a casa. Y tampoco podía decírselo a Axel, porque entonces él podría decirle a Francesca que había sido por Hawke... Todo el asunto era una maldita pesadilla.

—¿Estás segura?

Tan sólo unas semanas antes había llorado a lágrima viva por Axel. Pero eso se había terminado. No me volvería a hacer daño nunca más y me negaba a seguir sufriendo por él. Le había dicho que lo amaba, y su reacción había sido vestirse y largarse justo cuando estábamos haciendo el amor.

«Gilipollas».

—Estoy completamente segura.

—Está bien... —Francesca giró la tapa del sirope hasta que se cerró y luego volvió a meterlo en la nevera—. Entonces supongo que es algo bueno.

—Es fantástico. Jason estará aquí a las siete.

—Genial. —A Francesca no acababa de gustarle la idea, pero tampoco puso más objeciones—. ¿Alguna llamada o entrevistas?

Ni siquiera una.

—No...

—Bueno, ha pasado poco tiempo. Espera un poco más.

Esa era mi única opción a esas alturas.

—Me voy a duchar y a arreglarme.

—Vale. —Abrió la nevera y volvió a coger el bote de sirope de chocolate.

—¿Qué mosca te ha picado?

—¿Qué? —Abrió el bote—. Es que en estos momentos me apetece chocolate.

—Algo está empezando a... —Me fui por el pasillo y me dirigí al baño.

—¡Cierra la puta boca!

Entré en el baño y me metí bajo la ducha. Estaba de muy buen humor, pero sabía que en realidad la sensación era falsa. Todavía me sentía aturdida por el dolor y tenía un cabreo de campeonato. Estaba tan enfadada con Axel que eso anulaba todo lo demás. Tenía ganas de vengarme a sangre fría. Quería que viera lo bien que me iba sin él, que nunca había estado mejor en toda mi vida.

—¿HAS MANDADO TU CURRÍCULO A *VOGUE*? —PREGUNTÓ JASON—. Es alucinante.

—Pero no creo que me den trabajo. Ni siquiera espero que me cojan para prácticas.

—No seas tan modesta. —Jason tenía el plato limpio porque lo había devorado todo. Casi había terminado también su segunda cerveza. Lo estábamos pasando bastante bien. Era agradable y divertido.

—Sólo estoy siendo realista. ¿Cuáles son tus planes después de la universidad?

Se encogió de hombros.

—Trabajar en la empresa de construcción de mi padre.

—Entonces, ¿para qué has estudiado periodismo?

—Siempre quise ir a la universidad, aunque luego acabara trabajando en un sector completamente diferente. Además, ir a clase es mejor que trabajar. Lo he estado evitando el mayor tiempo posible.

—Si no te gusta ese trabajo, ¿por qué no haces otra cosa?

—Soy hijo único y heredaré la empresa. No tengo otra opción.

—Pero tú...

De nuevo se encogió de hombros.

—Es muy importante para mi padre y no quiero decepcionarlo.

Como ya lo tenía decidido, no insistí. Era una conversación demasiado profunda para la primera vez que quedábamos.

—Lo entiendo.

—¿Te apetece vivir en Nueva York?

—Sí y no. —Terminé las brochetas de pollo y me dispuse a dar buena cuenta del arroz—. Quiero ir porque mi mejor amiga se va a mudar allí. Pero no estoy segura de poder acostumbrarme a la locura de la ciudad.

—Seguro que te irá muy bien.

—Además, no me queda otra. Todos los trabajos buenos para escritores están en la Gran Manzana. A menos que quiera escribir para un periodicucho local, claro está.

—Bien visto —asintió—. Seguro que te encantará. Puedes pedir comida china a las tres de la mañana y el metro funciona continuamente. Nunca dormirás.

—Bueno, me encanta dormir, así que dudo que eso me vaya a servir.

Jason se echó a reír.

—Encontrarás el equilibrio, ya verás.

Terminé de comer y noté que mi vestido se tensaba de forma muy incómoda.

—Estaba delicioso.

Me miró durante unos segundos antes de apartar la mirada.

—Entonces... ¿las cosas no funcionaron con ese tío con el que salías?

Sabía que surgiría el tema.

—Eso es. Nuestros caminos se separaron hace aproximadamente un mes.

—Vaya, lo lamento.

Me encogí de hombros.

—Es lo que hay.

—¿Puedo preguntarte qué pasó?

—Eh... —Era una historia incómoda de contar—. Le dije que lo amaba durante el sexo y se fue. —Jason me miró sin comprender, como si esperara que siguiera con el chiste—. Y ya está.

—¿Lo dices en serio?

—Por desgracia, sí.

—Entonces... ¿se marchó así, sin más? ¿Se vistió y se largó?

—Eso es.

—¡Qué puto idiota!

—No fue su mejor actuación...

—Entiendo que puede ser incómodo si no sientes lo mismo, pero largarte sin más... es un poco cabronada.

—A mí tampoco me hizo mucha gracia que digamos.

—Parece alguien a quien es mejor perder de vista cuanto antes. Me encogí de hombros.

—Probablemente no debería habérselo dicho en ese momento, pero me salió sin pensar.

—No deberías disculparte. Si eso es lo que sientes, no deberías sentirte mal por decirlo.

Axel no había estado de acuerdo.

—¿Y tú? ¿Alguna historia de malas rupturas que me haga sentir mejor?

—En realidad, no —contestó—. Nunca he tenido novia formal. Por mi vida han pasado bastantes mujeres, pero por lo general no se quedan más de unos meses.

—¿Por alguna razón en concreto?

—En realidad nunca he sentido esa punzada, ¿sabes? Ese sentimiento del que habla la gente cuando encuentra a alguien con quien quiere estar todo el tiempo. Por desgracia, nunca he tenido ese tipo de sensación.

—La tendrás. Dale tiempo. —Jason era un tipo guapo, por lo que probablemente recibía muchas ofertas. Tenía suerte de estar sentada frente a él.

—Gracias.

—No sé tú, pero no creo que pueda tragar un bocado más.

—Yo tampoco —dijo él—. Aunque, en realidad... probablemente tenga hambre dentro de una hora. Pero da igual.

Me eché a reír.

—Es por culpa de todos esos músculos.

Flexionó su bíceps y me lo enseñó.

—¿Te gusta?

—Sí. —Le pellizqué ligeramente el brazo.

Cuando llegó la cuenta, la agarró antes de que pudiera verla.

—Sólo para que lo sepas, odio cuando las chicas intentan pagar.

—Bueno, entonces no te voy a gustar mucho. —Intenté arrebatársela—. Al menos déjame pagar la mitad.

Puso el dinero sobre la cuenta y lo dejó en el extremo opuesto de la mesa, donde yo no podía alcanzarlo.

—Es una cita. Mis damas nunca pagan cuando cenan conmigo.

—¿Tus damas?

—Ya sabes lo que quiero decir.

No me molesté en discutir. Jason ya había tomado una decisión.

—Vale, gracias.

—De nada. ¿Lista para irnos?

—Sí.

ME ACOMPAÑÓ HASTA LA PUERTA DE CASA.

—He pasado una noche estupenda.

—Yo también.

—¿Puedo volver a invitarte?

—Si me dejas pagar. —Me detuve frente a la puerta y lo miré a la cara, intentando no pensar en Axel y en lo que estaría haciendo con esa zorra de Alexia.

—Ni lo sueñes.

—¿A qué viene toda esta basura pasada de moda? —pregunté—. Estamos en el siglo veintiuno, por Dios.

—Algunas cosas no cambian nunca. —Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros—. ¿Qué tal el viernes? ¿Estás libre?

—Como un pájaro.

—Genial. Quedamos para hacer algo entonces. —Se inclinó y me plantó un beso en los labios. Fue un beso con la boca cerrada, pero tenía mucho potencial. Dejó que el beso se prolongara varios segundos antes de alejarse.

Sentí atracción hacia él durante el beso y sabía que podíamos tener futuro. Pero también lo comparé con los besos que había compartido con Axel. Aquellos besos siempre me abrazaban tanto que casi me hacían sentir frío.

Pero tenía que dejar de pensar en él.

—Nos vemos —dijo.

Entré en casa y dejé el bolso sobre la mesa.

—¿Cómo te ha ido? —Francesca saltó del sofá en cuanto supo que estaba en casa.

—Bien. Es majete.

—Entonces, ¿te gusta?

—Sí. Es guapo y dulce... ¿Qué más se puede pedir?

—¿Lo besaste?

—Sí.

—Guau... —Francesca me miró con incredulidad—. ¿De verdad has superado totalmente lo de Axel?

Era difícil imaginar que algo así fuera posible, pero sabía que iba en la dirección correcta.

—Ya casi lo he conseguido.

La vida pasa
Axel

¿ERA NORMAL?

Habían pasado cinco semanas desde que Marie y yo habíamos roto y todavía me sentía tan desgraciado como el primer día. No había cambiado absolutamente nada. La tristeza seguía invadiéndome cuando abría el cajón y me quedaba mirando su bufanda. Todavía aparcaba fuera de su casa las noches en las que no conseguía dormir y, cuando estaba en el trabajo, me quedaba absorto pensando en ella.

¿Había algo en mí que no funcionaba bien?

Había pasado cinco semanas sin follar, mi récord personal. La última vez que había estado en el dique seco tanto tiempo había sido en el instituto. Pero en estos momentos no tenía ningún problema que me impidiera volver a la acción.

Simplemente no quería.

Hacía tiempo que no me pasaba por su casa para ver cómo estaba Francesca, y pensé que sería una excusa absolutamente legítima para entrar y ver a Marie. Tal vez si pudiéramos ser amigos no me sentiría así. Quizá sólo añoraba su compañía y su presencia. Pasar de hablar con ella todos los días y luego frenar en seco nuestra relación era una situación demasiado extrema. A lo mejor ese era el problema.

Probablemente ya habían hecho la compra, pero de todos modos me detuve en la tienda. Compré ingredientes y utensilios de pastelería para Francesca, y

perritos rebozados congelados para Marie. Sabía que le encantaban.

En lugar de usar mi llave para abrir la puerta, llamé al timbre. Francesca no me había dado la llave de su casa, pero, cuando su vida se descontroló, tomé su llave de repuesto y comencé a entrar y salir a placer.

—Soy yo. —Entré en la cocina y dejé las bolsas. El corazón me latía fuertemente, a punto de salirse del pecho, y me sentí un poco mareado. Pretender que todo era perfectamente normal era mucho más difícil de lo que había creído.

Marie estaba sentada en el sofá, y Francesca se había vuelto a sentar a su lado. Ni siquiera alzó la vista cuando entré.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Francesca se levantó y se acercó a mí.

—Pensé que te estarías quedando sin ingredientes. De nada, por cierto.

Francesca echó un vistazo al contenido de las bolsas y vio todos los ingredientes de pastelería.

—Es muy amable de tu parte, pero no era necesario. Ya gano suficiente dinero para pagarme mis cosas. No hace falta que sigas ayudándome.

—Vale. No estaba seguro. —Seguí mirando a Marie, esperando que me saludara.

Francesca sacó el molde para *cupcakes* con forma de fresa que le había comprado.

—Tengo que reconocer que es genial.

—¿Soy o no soy un buen hermano?

—Normalito. —Se encogió de hombros y guardó todo en la cocina.

Quería que Francesca se fuera para poder hablar con Marie a solas, pero no parecía que tuviera intención de irse a ninguna parte.

—¿Cómo van las cosas con Cameron?

—Bien. Me gusta mucho. —Metió los perritos en el congelador—. Marie, ha comprado los perritos rebozados que te gustan.

—Estupendo. —Su voz nunca había sonado tan aburrida.

Francesca cerró la nevera y se dirigió al otro armario.

Me acerqué a ella y le susurré al oído.

—¿Puedes irte a tu habitación o algo así? Quiero hablar con ella a solas.

—¿Me estás echando de mi propia cocina? —preguntó con gesto de incredulidad.

—Acabo de traerte comida.

—Me da igual. —Cerró los armarios y fue hacia el pasillo—. ¿Dónde he puesto el puto teléfono? —Sus pasos se detuvieron y la puerta de su

dormitorio se cerró un momento después.

Ahora que nos habíamos quedado solos, el ambiente era aún más tenso. La televisión seguía encendida, pero sabía que no la estaba mirando. Era imposible no sentir la tensión acumulada en la sala. Francesca había desaparecido de escena y ahora sólo estábamos ella y yo.

Metí las manos en los bolsillos y caminé hacia el sofá.

—Hola.

Tenía las rodillas apretadas contra el pecho y había un bote de esmalte de uñas sobre la mesa. Estaba abrazada a un cojín y parecía cómoda. Llevaba un pantalón de chándal Nike, que le quedaba ceñido en la cintura pero holgado en las piernas, y una camiseta de un solo tirante en la espalda que dejaba a la vista sus hombros redondeados. Tenía el cabello suelto, con amplios bucles que le enmarcaban el rostro.

Estaba preciosa, como siempre.

Después de casi un minuto de silencio, respondió.

—Hola.

Nuestro típico saludo incómodo por fin se había completado oficialmente.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

Era muy desgraciado. Completamente infeliz.

—Como siempre.

No me miró ni una sola vez.

Sin esperar a que me invitara, me senté a su lado y apoyé los antebrazos sobre las rodillas.

—Esperaba que pudiéramos hablar...

—¿Acerca de qué? —Cambió de canal sin apartar los ojos de la pantalla.

—De nosotros.

—¿Qué hay que decir?

Cogí el mando a distancia y apagué la televisión para que me mirase a la cara.

Marie se volvió hacia mí, pero su gesto no era nada amistoso.

—Sé que esto es difícil para los dos. Me está costando mucho superarlo...

Se rio en mi cara.

—Ya, claro.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

—Nada. —Marie se cruzó de brazos.

—En cualquier caso... me siento perdido. Mi mundo ya no es el mismo.

Ahora todo es diferente. No quiero perderte.

—¿Qué significa eso?

—Francesca es mi hermana y tu mejor amiga. Pase lo que pase, nos vamos a seguir viendo. Yo sólo... No quiero que nos evitemos ni que nos sintamos incómodos el uno con el otro. Me encantaría que pudiéramos ser amigos.

—Pero si nunca fuimos amigos.

—A lo mejor podemos empezar ahora. —No tenerla en mi vida era una tortura. No había nadie con quien pudiera hablar o compartir mis sentimientos. No podía perderla. Necesitaba que formara parte de mi vida de alguna forma.

—No lo sé...

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —pregunté—. Simplemente no puedo desaparecer así como así. Francesca es mi familia.

—Yo también soy como de su familia.

—Exacto —dije—. Entonces, ¿podemos hacer que funcione?

—Cuando dices amigos... ¿qué significa exactamente?

Me encogí de hombros.

—Que no me odies.

Por primera vez, sus ojos se suavizaron.

—Axel, no te odio.

—¿De verdad?

—No, por supuesto que no.

—Porque parece que... no sé.

—Bueno, es incómodo. No terminamos de la mejor forma y es difícil recuperarse de eso.

¿No terminamos de la mejor forma? Cuando rompí con ella, no pareció importarle demasiado. A menos que se estuviera refiriendo a cómo salí de su habitación con la camiseta del revés.

—¿Ayudaría si me disculpo?

Apartó la vista.

—Marie... no quiero que estemos así. Cuando entré, ni siquiera me miraste. Y cuando fui a la cafetería el otro día, parecía que te daba asco.

—No... No me das asco.

—Todavía me preocupo por ti y quiero estar en tu vida, si me lo permites.

Sus brazos se relajaron y puso las manos sobre su regazo. Marie miró fijamente la pantalla negra del televisor colgado en la pared mientras su mente pensaba en mi ofrecimiento. Se mordió suavemente el labio inferior, un gesto típico suyo cuando estaba sumida en sus pensamientos.

Si decidía que no quería que volviera a asomar las narices por allí, no sabía qué iba a hacer.

—De acuerdo.

Me volví hacia ella, sorprendido por la respuesta.

—¿De verdad?

Asintió.

—Seguro que no es bueno para Francesca que ya no nos llevemos bien. No quiero que se vea atrapada en medio de todo este embrollo. Va mucho mejor, pero aún no es la misma. No deberíamos darle ninguna razón para estresarse.

Por muy egoísta que me hiciera parecer, la verdad es que eso no me preocupaba lo más mínimo. Lo único que me importaba de verdad era ver a Marie, hablar con ella. Quería estar en su vida, aunque fuera a distancia.

—Tienes razón. Podría complicarle la recuperación.

Marie extendió su mano hacia mí.

—¿Amigos?

La miré y pensé en la forma en que sus manos recorrían mi pecho cuando hacíamos el amor. Recordé cómo me sujetaba la cara y me miraba a los ojos. Reviví la forma en que descansaba su mano sobre mi corazón cuando dormía. Pensé en todas las cosas que ya sólo podía disfrutar como recuerdo.

—Amigos. —Estreché su mano y la sacudí.

LLAMÉ ANTES DE ENTRAR.

—Hola. Soy yo.

—A nadie le importa. —La voz burlona de Marie surgió de la cocina.

Al escuchar esa voz que dejaba entrever una sonrisa, inexplicablemente estallé de felicidad.

—En eso te equivocas. —Levanté el correo y lo arrojé sobre la mesa—. Pasaba por aquí y...

Marie se abalanzó sobre el montón de cartas y se puso a buscar.

—Facturas... facturas... aviso de pago atrasado... facturas... Vaya, mierda.

—¿Qué? —Francesca estaba batiendo una masa en la encimera, pero se detuvo al escuchar el grito ahogado de Marie.

—Es una carta de *Vogue*. —Marie sostenía el sobre entre los dedos. Luego me lo pasó como si no supiera qué hacer con él—. Léela.

—¿Yo?

—Tienes razón. —La volvió a coger—. Espera, no. —Me la volvió a dar—. No me atrevo a leerla. ¿Y si dice que soy una chica estúpida que debería cavar un agujero, meterse dentro y desaparecer del mapa?

—Esto... Dudo que pierdan el tiempo en escribir cosas así. —«A menos que sean unos psicópatas».

—Marie, ábrela —intervino Francesca—. Apuesto a que son buenas noticias.

—Espera —dije—. ¿Para qué iban a enviar una carta por correo a tu casa? Si quieren hacerte una entrevista, probablemente te llamarían, ¿no? —No era lo mejor que se podía decir en ese momento, pero era lo lógico.

—Es verdad... —La cara de Marie se ensombreció.

—Dejemos de jugar a las adivinanzas y ábrela. —Francesca dejó el cuenco y se unió a nosotros, con el delantal lleno de manchas de masa y harina.

Se la devolví a Marie.

La rechazó con un gesto.

—¿Estás segura?

Marie asintió.

Rasgué el sobre y saqué la carta. Tras echarle un vistazo, comprendí que no traía buenas noticias. Sólo decepción y sueños rotos.

Francesca vio mi expresión y supo lo que contenía la carta.

Con cada segundo que pasaba, la luz de los ojos de Marie se apagaba un poco más.

—¿Me han rechazado?

Doblé la carta y la volví a meter en el sobre.

—Simplemente dice que no les quedan vacantes para prácticas. —Ojalá hubiera podido mentir y decir algo distinto. Marie era la mejor para ese trabajo. Eran unos estúpidos por no elegirla—. Lo siento...

Dejó escapar un sonoro suspiro.

—Es culpa mía. No debería haber puesto tantas esperanzas en esto...

—No. —Francesca la abrazó—. Simplemente son idiotas, Marie. No los escuches.

—Seguro que han escogido a universitarios de la Ivy League...

Tiré la carta sobre la mesa y sentí su dolor en mi corazón.

—Ya saldrá otra cosa —la animó Francesca—. No te preocupes.

—Francesca tiene razón —intervine—. Es sólo uno más de todos los

currículos que has mandado.

Marie se apartó del abrazo de Francesca y se alejó lentamente por el pasillo. Entró en su dormitorio y cerró la puerta a su espalda, dejando claro que quería estar sola.

—Pobrecilla... —Francesca sacudió la cabeza.

—Ellos se lo pierden. —Personalmente no podía dar fe de las habilidades de Marie, pero sabía que deseaba ese trabajo más que nadie que lo hubiera solicitado.

—Lo deseaba tanto... Me siento mal por ella.

—Lo superará. Ya saldrá algo mejor. —Francesca regresó a la encimera de la cocina y continuó batiendo la mezcla.

Yo seguía con los ojos puestos el pasillo, pensando en Marie y en su pena.

—¿Puedes darme esa bolsa de perlas de chocolate?

Oí que decía algo, pero no lo entendí. Estaba demasiado ocupado mirando la puerta de Marie al fondo del pasillo. Quería ir con ella, consolarla como buenamente pudiera. No merecía estar triste por algo así.

—¿Axel?

Caminé por el pasillo y me acerqué a la puerta de su habitación. La última vez que había entrado allí, Marie me había dicho que me amaba y yo me había largado. Ahora era difícil cruzar el umbral sabiendo que aquel era nuestro último recuerdo juntos. Mi necesidad de consolarla superó a mi vergüenza y entré.

Marie estaba sentada en la cama con su osito de peluche apretado contra el pecho. Parecía al borde de las lágrimas, pero se negaba a dejarlas salir. Tenía al osito de peluche doblado en un ángulo extraño, porque lo apretaba con mucha fuerza.

Me senté con ella en la cama, pero no la toqué.

Marie me miró sin ocultar sus emociones. No sólo estaba decepcionada por no haber conseguido las prácticas, estaba destrozada.

—Sé que no es más que un trabajo... y que ni siquiera me iban a pagar. Pero lo deseaba de verdad, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

Apoyó la barbilla en su osito de peluche.

—Lo peor es que no sé qué podría haber hecho mejor. Hice todo lo que pude y no fue suficiente.

—El problema no eres tú. Había muy pocas vacantes y cientos de solicitudes. —La mano se me escapó automáticamente hacia su cabello y le

aparté unos mechones de la cara. El gesto fue instintivo porque lo había hecho muchas veces.

No se apartó, como si quisiera que le mostrara mi afecto.

—¿Qué pasa si no consigo nada?

—Eso no va a suceder. —«Eso no sucederá».

—Pero ¿y si fuera así?

—No has solicitado todos los trabajos de escritora de la ciudad. Siempre hay una oportunidad en alguna parte. No te desanimes. Encontrarás algo. Aunque no sea el trabajo de tus sueños, lo conseguirás. Donde empieces no tiene por qué ser el lugar donde acabes.

—Supongo que tienes razón...

Me acerqué más a ella y la rodeé con mi brazo. Nada más tocarla, se me quitó un peso de encima. Me sentí muy bien abrazándola como antes. Esa cercanía e intimidad una vez fueron el motor de mi vida. Era hermoso y reconfortante para ambos.

Apoyé la barbilla en su cabeza y cerré los ojos, aferrándome al momento tanto como pude. Estar a su lado era mucho mejor que dormir afuera, en la camioneta. Escuchar su respiración, esos suspiros musicales, era la mejor canción de cuna que había oído nunca.

—Cariño, eres la mujer más inteligente y con más talento que conozco. Conseguirás algo grande porque te lo mereces. —La apreté contra mi cuerpo y la abracé de la misma manera que ella abrazaba al oso de peluche.

Su rostro se movió hacia mi pecho y cerró los ojos, permitiéndome cuidarla como un tesoro.

La mantuve así durante mucho tiempo porque me parecía haber vuelto a casa. Sentir su cuerpo entre mis brazos era mejor que cualquier otra sensación que hubiera experimentado nunca. Era mejor que el sexo. Aspiré el aroma de su perfume y deseé que mis sábanas aún estuvieran impregnadas de él. Sabía que la añoraba, pero no me había dado cuenta de cuánto hasta ese momento.

La noche avanzaba, pero no nos movimos. Francesca no vino a la puerta para ver cómo estábamos. Sentía los párpados pesados y los ojos se me cerraban y, cuando bajé la vista hacia su rostro, noté que ella también había cerrado los suyos. Se apoyaba en mí como en una muleta y había aflojado el oso de peluche que seguía en sus brazos.

Me recosté y la arrastré conmigo, colocando su cabeza a mi lado sobre la almohada. Sus ojos se abrieron apenas en una rendija y me miró. Todavía había somnolencia en ellos, pero se concentró en mi rostro. Apartó el osito de

peluche y automáticamente me rodeó con sus brazos.

Me quité los zapatos de una patada y la coloqué contra mi cuerpo. Estábamos completamente vestidos por encima de las sábanas, pero ninguno de los dos tenía frío. Extendí la mano hacia la lámpara que tenía junto a su cama y la apagué, dejando que la oscuridad nos envolviera.

Deslicé la mano por detrás de su camiseta y llegué a la parte baja de su espalda. Me encantaba apoyarla allí. Las curvas de su cuerpo eran seductoras, pero no sentí la dureza habitual en mis vaqueros. Era mi corazón el que había reaccionado, latiendo con fuerza y bombeando por todo mi cuerpo sangre suficiente para disfrutar de ese momento.

Deslicé mi mano desde su espalda hacia su cabello. Las yemas de mis dedos rozaron sus suaves mechones, recordando las noches apasionadas que habíamos pasado juntos en esa misma cama. En ese momento volvía a ser mía. Cerré los ojos y apoyé mi cara contra la suya, sintiendo que mi cuerpo se relajaba como antes. Me estaba quedando dormido, entrando en mi mundo de sueños.

Porque ella estaba a mi lado.

Estúpida
Marie

CUANDO DESPERTÉ esa mañana me sentí fresca, llena de energía y realmente feliz. No había conseguido las prácticas de Vogue, el trabajo que quería más que ninguna otra cosa en el mundo, pero, por algún motivo, ya no me importaba.

Entonces recordé por qué.

Abrí los ojos y vi a Axel a mi lado. Estaba acurrucado junto a mi cuerpo, transmitiéndome un calor acogedor. Tenía la mano enredada en mi pelo con los dedos hundidos en él. Sus facciones estaban relajadas, impresionantemente hermosas.

Añoraba esto.

Cuando entró en mi habitación la noche anterior, no había tenido fuerzas para echarlo. Quería que esas manos fuertes me envolvieran, para darme el consuelo que más anhelaba. Fui débil y dejé que mis defensas cayeran.

Y aún seguía allí.

Deseaba quedarme quieta y disfrutar de su cercanía unos minutos más. Tenerlo allí era un sueño hecho realidad. Anhelaba sus caricias. A pesar de que tenía novia, continuaba queriéndolo sólo para mí.

Después de contemplar su rostro durante unos minutos más hasta memorizar cada uno de sus rasgos, me levanté y comencé a prepararme para ir a clase.

Axel se removió en cuanto se dio cuenta de que me había ido. Se sentó en

la cama con el cabello revuelto por la forma en que se lo había acariciado en medio de la noche. Se frotó los ojos para alejar el sueño antes de centrar su vista en mí.

—Buenos días. —Dejarlo dormir conmigo había sido una mala idea. Estaba intentando olvidarme de él, trataba de seguir adelante con un buen chico que no me hiciera daño. Dormir con Axel no iba a ayudarme. De hecho, sólo me haría daño.

—Buenos días. —Se pasó los dedos por el pelo y parpadeó un par de veces antes de levantarse. Tenía arrugados los pantalones vaqueros y la camisa, pero aun así estaba atractivo.

—Deberías irte o vas a llegar tarde al trabajo. —Cogí mi ropa del armario y la puse sobre la cama. Me mantuve ocupada para no volver a caer en sus brazos y suplicarle que no se fuera nunca.

—Mierda. —Axel miró la hora—. Tienes razón. —Se puso los zapatos y se acercó a mí—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Sólo quería que se fuera. No nos habíamos enrollado, pero seguía creyendo que habíamos hecho algo malo. ¿Acaso a Alexia le parecería bien que Axel hubiera pasado la noche en mi cama? No me gustaba esa zorra, pero nunca quise ser la otra—. Seguiré mandando currículos con la esperanza de que me salga algo bueno.

Me miró como solía hacerlo antes, como si deseara poder solucionar todos mis problemas.

—Seguro que saldrá algo. Estás destinada a hacer grandes cosas. Lo presiento.

Ojalá se quedara. Cuando decía cosas tiernas como esa, deseaba volver con él a la cama y no levantarme nunca. Quería hacer el amor lentamente y con ternura, como lo hacíamos antes. Quería decirle que lo amaba y escuchar cómo me lo decía él.

—Deberías irte...

Miró el reloj de la mesita de noche.

—Ahora sí que voy a llegar tarde. —Pero, en lugar de irse apresuradamente como debería haber hecho, se quedó allí de pie. Me miró sin parpadear, contemplándome como si no deseara dejar de mirarme jamás.

Una sensación de tristeza llenó el aire y sentí todo el peso que caía de repente sobre mis hombros. Quería volver a la cama y arrancarle la ropa. Si estuviéramos juntos, me daría igual no conseguir esas prácticas. Todo lo demás me parecería totalmente irrelevante.

Cuanto más tiempo me miraba, más débil me sentía. Mi fuerza de voluntad se desvanecía y pronto no podría mantener las manos quietas. En lugar de esperar a que se fuera él, tenía que marcharme yo de allí... y rápido.

—Me voy a la ducha. Puedes irte cuando quieras. —Pasé a su lado y entré en el baño. Cerré la puerta lo más rápido posible y eché el pestillo para que no pudiera entrar. En ese momento necesitaba un muro de hormigón para mantenerme alejada de él. Mis manos tenían voluntad propia y querían acariciar ese poderoso pecho mientras tenía su cuerpo encima de mí. Mis labios anhelaban los suyos. Mis piernas se morían por rodear sus caderas y no volverlas a soltar.

Abrí el grifo de la ducha y me aseguré de que el agua estuviera fría. En ese momento necesitaba un baño de realidad. Debía guardar esos sentimientos muy en el fondo de mi corazón para que nunca pudieran escapar.

NADA MÁS ENTRAR EN THE GRIND, FRANCESCA ME ASALTÓ.

—¿Qué paso anoche?

Fiché y me até el delantal a la cintura.

—Hola a ti también.

Francesca estampó el pie en el suelo.

—¿Qué pasó anoche? ¿Volvéis a estar juntos? ¿Te dijo que te amaba? Por favor, dime que ha espabilado de una puta vez.

—No pasó nada.

Arqueó una ceja como si no me creyera ni por un segundo.

—Me estás diciendo que Axel estuvo toda la noche en tu dormitorio, ¿y no pasó nada?

—Sí —contesté. Francesca me miró atónita, cruzándose de brazos—. Me abrazó durante un buen rato e intentó hacerme sentir mejor... y luego nos tumbamos y nos dormimos. Eso es todo.

—No. Hay una diferencia enorme.

«¿Diferencia con qué?».

—¿Simplemente os quedasteis dormidos? ¿O lo que ocurrió es que os fuisteis a dormir juntos?

—¿Qué demonios importa?

—Sí importa —protestó—. Antes, Hawke y yo nos acostábamos juntos y

nos abrazábamos, completamente despiertos y sabiendo lo que estábamos haciendo. Nos tocábamos, conscientes de nuestra respiración y nuestro pulso. En ese momento éramos un solo ser, manteníamos una conversación muda. Estábamos así hasta que por fin nos quedábamos dormidos. Es completamente distinto a estar tan aburrido que te duermes sin darte cuenta de que el otro está allí. Así que, ¿cuál de las dos fue?

Definitivamente no había sido la segunda opción.

—Da igual. No volverá a suceder.

—Marie, será mejor que me contestes.

—La primera...

La campanilla sonó sobre la puerta, pero ninguna de las dos se dirigió al mostrador.

Francesca no me lanzó la esperada mirada triunfal.

—Marie, escúchame. Sé de lo que hablo. Las parejas no hacen ese tipo de cosas a menos que estén enamoradas.

—Pero...

—Cuando dos personas pueden dormir juntas sin follar, eso significa que hay algo serio entre ellas.

—¿No es todo lo contrario? ¿Que cuando dos personas están enamoradas no pueden quitarse las manos de encima el uno del otro?

—No. Definitivamente no.

En el fondo, sabía a qué se refería.

—Una relación es más que atracción y lujuria. Se trata del alivio que sientes cuando él está en la misma habitación que tú. Vuestros cuerpos se necesitan para coexistir pacíficamente. Ese tirón, esa atracción, trasciende a la comprensión humana. Las experiencias sobrenaturales, esas que no tienen sentido, son las que tienen más sentido. ¿Lo entiendes?

—No... y sí.

—Hawke y yo vivimos experiencias parecidas. Escucha a tu corazón y confía en lo que dice.

Sabía exactamente lo que me decía mi corazón.

—Francesca, te digo que da igual. Tal vez yo sí siento esa atracción, pero él no. Si la sintiera, estaría conmigo.

—Pero él sí quiere estar contigo.

No podía contarle lo de Alexia, no sin mezclar a Hawke. Tenía que guardármelo para mí.

—Es sólo que todavía no se ha dado cuenta —remató.

¿Cómo podía abrazarme y pasar la noche conmigo, y luego volver con su novia al día siguiente? No le encontraba el sentido.

—Deberíamos ponernos a trabajar...

—Piensa en lo que te he dicho.

Era en lo único que pensaba.

ESA NOCHE INTENTÉ DORMIR, PERO NO ENCONTRABA PAZ. DESPUÉS DE HABERME quedado dormida entre sus brazos la noche anterior, era incapaz de sentirme cómoda. Debería haberle pedido que se fuera en lugar de permitir que se quedara. Ahora tendría que acostumbrarme a dormir sola otra vez.

Me di media vuelta y miré la hora.

2:15 a. m.

«Puede que tenga que comprar pastillas para dormir o, mejor aún, comprarme una almohada en forma de novio».

Salí de la habitación y fui a la cocina. Comer de madrugada no era lo mejor para mi cintura, pero en ese momento me daba exactamente igual. Abrí la nevera y busqué algo rico. La mayoría de las cosas había que prepararlas y yo quería algo rápido. Cogí una loncha de queso y la mordisqueé como un ratón.

Me senté en la mesa de la cocina y miré por la ventana, y entonces fue cuando vi la camioneta de Axel aparcada en la acera.

Se me cayó la loncha de queso de las manos.

¿Era él de verdad? Me lancé hacia la ventana y eché un vistazo a través de las cortinas. En la calle todo estaba oscuro, pero conseguí distinguir algunas cosas. El asiento delantero estaba reclinado y no veía a Axel.

Pero estaba allí.

Hawke me había contado que hacía eso, pero después de ver a Alexia en el apartamento de Axel no me lo había creído. Sin embargo, ahí estaba, delante de mis ojos. Cogí un jersey, salí de casa y me dirigí a su camioneta.

Una vez allí, no supe qué hacer.

Eché un vistazo por la ventanilla del copiloto y lo vi en el asiento del conductor. Estaba profundamente dormido, vestido con vaqueros y un jersey. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y se removía incómodo en el asiento de cuero.

Lo miré unos instantes antes de llamar suavemente con los nudillos en su ventanilla. El sonido no lo despertó, así que seguí dando suaves golpes contra la chapa. Quería despertarlo sin que se asustara.

Por fin abrió los ojos y miró hacia mí. Cuando me vio, se llevó un gran susto y se sentó de un respingo. Me miró con ojos entornados, tratando de decidir si era real o sólo un sueño.

Pulsó el botón de desbloqueo de las puertas en el salpicadero y la puerta se abrió.

Entré y la cerré.

Axel no me miraba a la cara y vi un sentimiento de vergüenza en su rostro. Enderezó el respaldo del asiento hasta su posición vertical. Tenía el cabello hecho un desastre y el sueño aún no había abandonado sus ojos. A pesar de lo cansado que parecía, no daba la sensación de que estuviera descansando de verdad.

—Puedo explicarlo... —Me llevé las rodillas al pecho, esperando su explicación—. En realidad, no puedo.

—¿Haces esto muchas veces...?

—¿Qué? —susurró—. ¿Dormir en la calle?

Asentí.

—Más de lo que me gustaría admitir.

—¿Por qué?

—No puedo dormir. Cuando estoy cerca de ti... Tu presencia me reconforta. —Seguía sin mirarme y sus facciones aún delataban la vergüenza que sentía.

—Yo tampoco puedo dormir. Ha sido muy difícil para mí...

—Han pasado seis semanas desde... Ya sabes. ¿Por qué es tan difícil? ¿Por qué todavía me siento así? —Apoyó la cabeza contra la ventanilla—. Anoche fue la primera vez que dormí de verdad en mucho tiempo. Cuando me he ido a la cama hoy, ya sabía que no podría pegar ojo. No lo comprendo.

—Entiendo lo que quieres decir.

Respiró profundamente y su aliento empañó la ventanilla. Cerró los ojos por un momento para aclarar sus pensamientos. Luego se giró lentamente hacia mí, aunque apenas podía verle la cara a causa de la falta de luz.

—¿Podemos ser amigos que duermen juntos? Eso es bueno, ¿no?

—¿Amigos con derecho a roce?

—Supongo... pero no del tipo de amigo con el que follas. Ya sabes, podemos dormir juntos y hacer cosas juntos, salir a comer y ver películas.

Podemos ser amigos a los que simplemente les gusta pasar el tiempo juntos.

A primera vista sonaba genial.

—¿No estaríamos volviendo a donde estábamos...?

Sus ojos se entristecieron.

—Pero sería distinto. No tendríamos una relación.

Si volvíamos a eso, nunca superaría lo nuestro, nunca. Verlo de vez en cuando en casa era más o menos tolerable. Incluso me parecía normal salir con Francesca y él a divertirnos. Pero cualquier cosa que fuera más allá... era demasiado difícil.

—Axel, para mí no ha cambiado nada. —No quería decir esas palabras en voz alta, pero era la verdad. Habían pasado seis semanas, pero en mi corazón aún sentía lo mismo. Seguía enamorada de ese hombre y en ese momento temí que siempre estaría enamorada de él.

Axel apartó la vista.

En lo más profundo de mi corazón, esperaba que Axel dijera lo mismo. Deseaba que él me dijera que me amaba y que no podía vivir sin mí. Que Alexia no significaba nada para él, que yo era la única mujer que le importaba.

Pero sabía que no lo haría.

—Lo siento. —Comprendí lo que significaba realmente. No sentía lo mismo que yo y nunca lo sentiría.

Escuchar su rechazo por segunda vez me dejó paralizada. Decirle a alguien que lo amas y que no te responda lo mismo era una de las peores sensaciones del mundo. Había vuelto a malinterpretar sus acciones. Cuando me abrazaba, yo siempre daba por hecho que significaba algo. A lo mejor no significaba absolutamente nada.

—Me importas de una forma que nunca antes había sentido por nadie, pero...

—No hace falta que me lo expliques. —Abrí la puerta—. De verdad, no pasa nada. —Sentí que las lágrimas comenzaban a agolparse en mi pecho. Me había herido una vez y me había odiado a mí misma por permitirlo. Y ahora estaba permitiendo que volviera a suceder.

—Marie...

Salí de su camioneta de un salto y sujeté la puerta unos instantes.

—Vete a casa, Axel. —Agarré la puerta con fuerza antes de cerrarla—. No quiero volver a ver tu camioneta por aquí.

Bajó los ojos avergonzado, como si le hubiera arrebatado algo precioso.

—Buenas noches. —Cerré la puerta y volví a casa, sintiendo cómo me

temblaba el labio inferior. Nunca en mi vida había deseado tanto algo, pero no podía tenerlo. Ya me había hecho derramar muchas lágrimas y me negaba a hacerlo nuevamente. Si un hombre me hacía daño tantas veces, no merecía que yo sufriera por él. No sé cómo, pero conseguí apagar el dolor.

Y también mi corazón.

Solución
Axel

UNA NOCHE FUI feliz durante doce horas.

Feliz.

Pero al día siguiente el sentimiento había desaparecido. Volví a la realidad y me di cuenta de lo que estaba pasando realmente. Estaba solo y era muy desgraciado.

Marie me había pillado in fraganti delante de su casa. En lugar de inventar una mentira que no tendría ningún sentido, le había dicho la verdad: sólo podía dormir cuando estaba cerca de ella. Pasar la noche en la camioneta aparcada en la acera era lo más cerca que podía estar, y aquello me bastaba.

Sabía que parecía loco de atar.

Tuve la sensación de que ella me entendía porque sentía lo mismo que yo. Pero luego rechazó mi oferta de ser amigos... amigos especiales. Y entonces me recordó la razón por la que nunca podríamos estar juntos.

Todavía me amaba.

En lugar de producirme una alegría inmensa, esas palabras sólo me trajeron dolor. No podía corresponder a sus sentimientos, y esa había sido precisamente la razón por la que no estábamos juntos. Si me viera sólo como a un chico con quien estaba saliendo, alguien que simplemente le gustaba, estaríamos bien. Pero no era así.

No podía arrastrarla y ver su dolor. Había tenido que romper antes de que las cosas empeoraran. Pero, por algún motivo, romper parecía perjudicarnos

aún más a ambos.

¿Por qué las cosas no podían ser más sencillas?

FUI A LA CANCHA DE BALONCESTO CON UNOS AMIGOS PARA JUGAR UN PARTIDO. El deporte era mi pasatiempo favorito. Me distraía de todo lo que estaba sucediendo en mi vida. En ese momento, me ayudaba a no pensar en una preciosa rubia.

—Buen partido. —Tom chocó los cinco conmigo. Su camiseta estaba cubierta de sudor, al igual que su frente.

—Tú también has jugado bien. —Agarré la camiseta y me limpié la cara con ella.

—¿Pasa algo, tío? Estás muy callado. —Tenía el balón de baloncesto sujeto bajo el brazo.

—Estoy bien. —En realidad, no lo estaba. Empecé a pensar en Marie otra vez—. ¿Qué tal Stacy?

Stacy era su prometida. Vivía en Nueva York y Tom iba a mudarse allí después de la boda.

—Bien. Pero trabaja demasiado.

—¿A qué se dedicaba? —Apenas podía recordar los nombres, y mucho menos las profesiones.

—Trabaja en Prada. Es ejecutiva de marketing.

«Espera, ¿qué?».

—¿Trabaja en Prada?

—Sí. ¿Por qué?

—Es una empresa de moda, ¿no? —Lo sabía porque había salido con chicas que llevaban bolsos, zapatos y gafas de esa marca.

—Sí. —Tom enarcó las cejas—. No sabía que te gustara la moda.

—No me gusta, idiota. Mi novia... —El ácido gástrico me quemaba la boca—. Mi amiga ha solicitado un contrato en prácticas en *Vogue*, pero no se lo han dado. ¿Crees que Stacy podría conseguirme un enchufe?

—No lo sé —contestó—. Pero siempre puedo preguntar.

—Tío, te debo una de verdad.

—Ya me debes mucho —replicó con una sonrisa—. Todavía me debes doscientos pavos de este partido.

—Son tuyos si consigues que le hagan una entrevista.
Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa.
—Supongo que esa amiga tuya es guapa.
—Sí que lo es. Pero ese no es el tema.
—Claro. Como tú digas.
—¿Puedes conseguir la entrevista o no?
—Stacy viene el viernes para pasar el fin de semana conmigo. ¿Qué te parece entonces?
—Estoy libre cuando ella diga. —Si lograba conseguirle algo a Marie en esa empresa, sería la chica más feliz del mundo.
—Hablaré con ella.

—GRACIAS POR REUNIRTE CONMIGO. —CUANDO ENTRÓ EN EL RESTAURANTE, me puse de pie y le di un abrazo.

—Por supuesto. —Siempre es un placer verte, Axel.

No conocía demasiado a Stacy, pero siempre me había caído bien. Era agradable, y no era presumida como la mayoría de las chicas bonitas que conocía. Además, se llevaba fenomenal con Tom.

—Lo mismo digo. —Le separé la silla antes de sentarme frente a ella.

—¡Guau! ¿Cuándo te convertiste en un caballero?

—¿Quién ha dicho que lo sea?

—Pareces diferente... ¿tiene algo que ver con alguna chica?

No había duda de que Marie me había cambiado en el buen sentido.

—Tengo una amiga que me importa de verdad...

—Ajá. —Su sonrisa delató lo que pensaba.

—Es precisamente la persona de la que quería hablarte.

—Claro. Háblame de ella. —Cambió el chip, se puso en modo profesional y me escuchó con atención.

—Se licencia este año en Periodismo con sobresalientes. Es una escritora fantástica y le apasiona la moda. Es la profesional perfecta para Prada.

—¿Y *Vogue* la rechazó?

—Solicitó unas prácticas. La dejó destrozada.

—¿Por qué? —Dio un sorbo al vino.

—Sé que quiere trabajar en el mundo de la moda, y *Vogue* es una de las

mejores opciones.

—¿Ha enviado su currículum a Prada?

Odiaba tener que darle esa respuesta.

—No.

—Mmm... —Dio otro sorbo a su copa de vino ocultándose sus pensamientos.

—Stacy, es muy trabajadora, apasionada y leal. Si le dieras una oportunidad, aunque fuera para llevar el café, estaría muy agradecida. Si no crees que vaya a encajar en la empresa, lo entiendo. Pero te pido por favor que lo pienses. —No podía irme de la reunión con las manos vacías. Tenía que llevarle algo a Marie. Si volvía a ver esa mirada hundida en su rostro, me moriría.

—Bueno... —Se puso los dedos en el labio inferior mientras pensaba en mis palabras.

Desvié la vista hacia el fondo del restaurante, y fue entonces cuando vi algo completamente inesperado. Marie estaba allí, y no estaba sola. Había un tío con ella, de pelo rubio, ojos azules, y aspecto de modelo de Abercrombie & Fitch. Le apartó la silla para que se sentara. A juzgar por la forma en que hablaban entre ellos, no era su primera cita.

«Joder».

Stacy habló por fin.

—Nuestras prácticas son bastante selectivas. Los únicos candidatos que aceptamos vienen de universidades de la Ivy League...

¿Marie salía con alguien? ¿Con un chico guapo? ¿Cuánto tiempo llevaba saliendo con él? ¿Iban en serio? Los celos y el dolor crecieron en mi interior y empezó a dolerme el estómago. Hacía mucho que no me sentía tan mal. Era una pesadilla monstruosa a la que tenía que poner fin.

Pero entonces comprendí que no tenía derecho a estar molesto.

Me había dicho que me amaba y yo la había dejado. Le había dicho que sólo podíamos ser amigos y nada más. Cada vez que intentaba acercarse a mí, yo la rechazaba. Le hacía daño una y otra vez. Si me cabreaba por eso, sería un gilipollas integral.

En cuanto sintió mi mirada sobre ella, se volvió hacia mí. Sus ojos se clavaron en los míos, y el pánico atenazó mi cuerpo. Me miró con horror, dándose cuenta de que la había visto con otro chico. Pero luego sus ojos se posaron en Stacy y se llenaron de tristeza.

Desvió rápidamente la mirada y ya no volvió a girarse.

«Mierda».

Seguro que pensaba que mi reunión con Stacy era una cita.

Estaba claro que estaba saliendo con ese tipo, pero no quería que pensara que Stacy y yo teníamos algo. Lo último que quería era que supusiera que me iba acostando por ahí, cuando en realidad dormía solo todas las noches, generalmente en mi camioneta.

—Discúlpame un segundo.

Stacy estaba hablando, pero se detuvo a mitad de la frase.

—Como quieras...

Me dirigí a la mesa de Marie, sintiendo una opresión enorme en el pecho. Notaba cómo mi estómago se encogía dolorosamente y me sentía enfermo. Me resultaba repugnante acercarme a ella y a su acompañante. Me detuve ante su mesa y, una vez allí, olvidé de golpe lo que iba a decir.

Marie levantó la vista hacia mí, horrorizada al pensar en lo que podría hacer.

El chico me miró confuso, sin saber si yo era el gerente del restaurante o simplemente otro empleado.

No aparté los ojos de Marie.

—Hola...

Sostenía la carta con las yemas de los dedos, y parecía más menuda.

—Hola...

—Sólo quería que supieras que estoy en una reunión de trabajo. De hecho, estoy en medio de una entrevista para otro empleo. —Era mentira, pero era mejor eso a que pensara que estaba con una chica.

—Vale... —Eché un vistazo a su acompañante antes de volver a mirarme.

—No tenemos ningún tipo de relación romántica. No es una cita.

—Vale...

—Sólo quería que supieras que... —La última mujer que había estado en mi cama era Marie, y no había habido nadie más. Si no podíamos volver a estar juntos, la distinción carecía de importancia. Pero a mí sí me importaba.

—De acuerdo... —Me miró incómoda, como si no supiera qué más decir.

—Bueno, que paséis una buena noche.

—Lo mismo digo.

Estreché la mano de su pareja.

—Perdona, he olvidado presentarme. Soy Axel.

Miró mi mano confuso y me la estrechó. De repente, abrió los ojos asombrado al caer en la cuenta de quién era yo.

—Jason.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

—Eres un hombre afortunado. —Sentía cada una de las palabras que acababa de pronunciar. Ojalá estuviera yo sentado frente a ella en ese mismo instante. Ojalá pudiéramos tomar unas copas y después hacer el amor en mi cama. Pero esa noche volvería otra vez solo a casa.

—Lo sé. —contestó. Apartó la mano y se concentró en la carta—. Bueno, que paséis una buena velada.

Miré por última vez a Marie antes de volver a mi mesa, pero aún me sentía mal y muerto por dentro. Me derrumbé en la silla frente a Stacy y apuré mi copa de vino de un trago.

Stacy me miró preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí... Me duele la cabeza, nada más.

—Estás pálido como si hubieras visto un fantasma.

Me aflojé un poco la corbata.

—Es que hace calor aquí... ¿Qué decías?

Stacy siguió mirándome.

—¿Esa es la chica de la que hablas? —Miró por encima del hombro a la mesa de Marie.

Asentí.

—¿Tiene una cita?

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Sí.

Stacy podía leer mis sentimientos como en un libro abierto.

—Ella significa mucho para ti.

—Me preocupo por ella... —No tenía por qué avergonzarme por admitirlo.

—¿Por qué haces esto por una mujer que sale con otro?

Había un millón de razones y no tenía tiempo para explicárselas todas.

—Sólo quiero que sea feliz.

AHORA ERA AÚN MÁS DESGRACIADO QUE ANTES.

Marie estaba saliendo con un tío, y no era yo. A pesar de lo cabreado y

celoso que me sentía, no había nada que pudiera hacer. No podía decirle cuánto me molestaba, que aquello me mataba por dentro.

¿Qué clase de hombre sería si lo hiciera?

Mis días tenían aún menos sentido que antes. Iba a trabajar y volvía a casa. Me despertaba al día siguiente y vuelta a empezar. Las horas y los minutos se difuminaban y se mezclaban como si no tuvieran sentido.

Marie y yo no habíamos vuelto a hablar desde el día que me la había encontrado en el restaurante. Tenía noticias importantes para ella, pero no estaba preparado para verla. Seguía pensando en el tío que había visto sentado a su mesa. Parecía un buen tipo, y eso me hizo odiarlo aún más.

Una semana después, sabía que no podía posponer las cosas por más tiempo. Tenía que enfrentarme a la situación de una vez, aunque doliera. Después de salir del trabajo y ducharme, fui a su casa y entré. Francesca y Marie estaban sentadas a la mesa de la cocina pintándose las uñas con los libros y los apuntes sin abrir.

—Soy yo. —Cerré la puerta después de entrar.

Marie no mostró ninguna reacción, así que debía haberme visto acercarme por la ventana. Estaba concentrada, pintándose la uña del dedo índice.

—¿Qué te trae por aquí? —Francesca agitó la mano en el aire para que el esmalte se secase antes.

—Quería saber qué tal os va. —Me senté a la mesa, dejando una silla vacía entre Marie y yo.

Francesca nos miró a ambos, notando la tensión que acababa de surgir de la nada.

—Bueno, yo estoy genial. Cameron vendrá a recogerme dentro de nada.

—¿A dónde vais a ir?

—Al cine.

Miré sus uñas.

—¿De verdad va a poder verte las uñas en la oscuridad?

—Cállate. —Se las sopló para que se secaran más rápido.

Volví la vista hacia Marie, que seguía ignorándome.

—Hola...

—Qué tal... —Había decidido variar un poco el saludo.

Francesca nos miraba como si fuéramos los protagonistas de una telenovela.

Resultaba raro no mencionar al tipo con el que salía. Pero también era incómodo mencionarlo. No sabía qué decir, así que opté por sentarme y

quedarme callado.

Francesca continuó soplándose las uñas, aunque ya estaban secas.

—Jason parece agradable —dije por fin. Ya estaba dicho y había roto el hielo.

—Sí que lo es —asintió Marie—. Va a mi clase de Ética.

—¿Lleváis saliendo mucho tiempo? —¿Se había acostado con él?

—El día que nos viste era nuestra segunda cita.

Por lo tanto, había bastantes posibilidades de que aún no hubieran pasado a mayores. Gracias a Dios. No estaba seguro de poder soportar eso.

—Qué bien...

—¿Qué tal tu entrevista? —preguntó.

—En realidad, no estaba allí por trabajo —le confesé—. Es la prometida de un amigo.

—Da igual... —Marie no tenía ni idea de a dónde quería llegar.

—Trabaja en las oficinas de Prada en Nueva York. Estaba hablando con ella para intentar conseguirte unas prácticas...

—¿Qué? —Francesca se olvidó de las uñas.

La ignoré y seguí mirando a Marie.

—Pero no había nada disponible.

Marie dejó de pintarse las uñas a pesar de que le faltaba la mitad. La tristeza no desapareció de su rostro al oír mi anuncio.

—Bueno... has sido muy amable por intentarlo. Te lo agradezco mucho.

—Las prácticas se llenan muy rápido —le expliqué—. Sólo admiten a cinco candidatos.

Marie asintió con un gesto.

—Pero te he conseguido una entrevista para un puesto de editora.

—Esperé a ver su reacción.

El frasco de esmalte cayó sobre la mesa y se derramó por toda la superficie.

—¿Qué? No le importó el estropicio y no se molestó en limpiarlo.

—Espera... ¿qué acabas de decir?

La felicidad reflejada en su rostro hizo que esa noche horrorosa hubiera valido la pena. Había tenido que verla con otro chico y sufrir en silencio. Pero ver esa alegría lo hizo más soportable.

—Tu entrevista es el lunes que viene.

—¡Oh, Dios mío! —Se cubrió la cara y se manchó las mejillas con esmalte de uñas—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. —Por un instante olvidé todo mi dolor y me limité a disfrutar con su felicidad.

—¡Dios mío! ¡Hostia! —Se puso de pie y tiró la silla—. No me lo puedo creer.

—Yo tampoco. —Francesca cogió un paño y lo arrojó sobre el esmalte de uñas para absorber la pintura.

Se llevó las manos a la cabeza.

—No puedo creer que hayas hecho eso...

Haría cualquier cosa por ella. ¿Ahora lo tendría claro?

—Sólo quería ayudarte...

Se dejó caer en mi regazo y me rodeó el cuello con los brazos.

—Muchísimas gracias. —Enterró su cara en mi cuello, transfiriendo la laca de uñas a mis mejillas. Probablemente también me habría manchado la ropa, pero no me importó.

La abracé con naturalidad, asiéndola justo por encima de las caderas. Cerré los ojos y aspiré su aroma. Me inundó como una cálida marea. Su cabello me hacía cosquillas, acariciándome como antes. Sentirla en mi regazo era como estar en el cielo.

Añoraba esto.

Marie se apartó al darse cuenta de que había estado sentada encima de mí durante demasiado tiempo.

—No tenías por qué hacerlo.

—Pero quería hacerlo. —Y lo volvería a hacer.

—Prada es increíble —dijo—. No me molesté en enviar mi currículum porque pensé que no serviría de nada.

Ojalá le hubiera respondido eso a Stacy.

—¿Lo ves? Te dije que saldría algo bueno.

—Gracias a ti.

Me encogí de hombros con modestia.

—Te mereces lo mejor. Me alegro de conocer a alguien que pueda ayudarte.

Francesca limpió el desastre de la mesa y le dio a Marie un paño limpio.

—Me alegro mucho por ti y todo eso, pero tienes esmalte hasta en la cara.

—Vaya, gracias. —Marie cogió el paño y se fue al baño.

Francesca tiró a la basura el paño empapado en la laca de uñas.

—¿En serio, Axel?

—¿Qué? —Seguía con los ojos clavados en el pasillo, esperando a que

regresara.

—¿Vas a sentarte ahí y decirme que no la amas? —Me bloqueó la vista con los brazos en jarras y un mohín enfadado en los labios.

—Frankie, ahora no.

—¿Ahora no? —me soltó—. Axel, ¿qué demonios estás haciendo? Marie no es una chica cualquiera. Nunca te había visto hacer algo desinteresado en toda mi vida, así que esto tiene que significar algo.

—Me preocupo por ella.

Francesca me miró incrédula y dio una patada al suelo.

—Tú. La. Amas.

Me giré y me puse a mirar por la ventana, sin querer seguir escuchando toda esa mierda.

—Axel, no lo entiendo. Por favor, ayúdame a entenderlo.

—Marie es sólo una amiga, ¿vale? La gente puede romper y seguir siendo amigos.

—Vosotros no habéis roto.

«Entonces, ¿por qué está saliendo con ese tío?».

—Porque parece que estáis jugando al ratón y al gato. Cuando ella se mueve, tú te mueves. Es cierto que técnicamente no estáis juntos, pero vuestros pensamientos siguen conectados. Con sinceridad, no creo que tu relación sea muy diferente a la que yo tenía con Hawke.

No estaba en absoluto de acuerdo.

—Eso es comparar peras con manzanas. Él te dejó y todavía no sé por qué.

—Y tú rompiste con Marie y tampoco sé por qué.

—Ya te he contado el motivo. Marie y yo queremos cosas diferentes. Ella se merece algo que yo no puedo darle.

—Chorradas.

Estaba cansado de discutir con mi hermana, así que lo dejé correr.

—Debería irme ya. —Me levanté de la silla y me dirigí a la puerta.

—¿Sabes qué?

No me giré.

—Eres un cobarde, Axel. El cobarde más grande que he conocido jamás.

Me detuve en seco. No había nada más ofensivo que pudiera decirme. Nuestro padre había optado por el camino más fácil y nos había abandonado. Él era el verdadero cobarde. Compararme con él era dolorosamente insultante.

—¿Perdona? —Me volví lentamente sintiendo que me temblaban los brazos.

—Tienes miedo de amar a Marie porque temes perderla algún día. Es más fácil dejarla ir ahora, antes de que sea demasiado difícil. Eso te convierte en un cobarde. Vive tu vida y disfruta de todo lo que te ofrece. No pienses en el final antes de que comience.

—Cállate, Francesca.

—No voy a callarme —me espetó—. Todos perdemos a alguien de una manera u otra. La gente muere, Axel. Así es la vida. No puedes dejar de vivir sólo porque suceda. Sé que ambos hemos perdido a mucha gente, pero eso no significa que tengamos que dejar de amar por miedo.

—No sé de qué estás hablando. —Me volví hacia la puerta.

—Hawke me dejó. —Las lágrimas llegaban hasta su voz—. Prometió estar conmigo para siempre. Prometió que pasaríamos la vida juntos. Él era el definitivo, la única persona con la que quería estar para siempre. Pero se fue. Me abandonó y se marchó. Duele... muchísimo. Pero no dejé de vivir.

Ahora sí que estaba cabreado. Me giré y agarré la silla que tenía más cerca. La estrellé contra el suelo y la partí por la mitad.

—Intentaste suicidarte, Francesca. ¿O es que ya no te acuerdas? ¿Para ti todo fue sólo un borrón porque te tragaste el bote entero de analgésicos? ¿Sólo porque te disculpaste ya todo es agua pasada? ¿Qué diablos habría hecho yo si te hubiera perdido? ¿Y si te hubieras muerto? Eres lo único que me queda y eso no te impidió intentar acabar con todo. ¿Ahora quién es el puto cobarde?

Francesca mantuvo la cara seria, pero tenía los ojos anegados en lágrimas lejanas que delataban sus verdaderas emociones.

—No tienes ni idea de por lo que he pasado, Francesca. No tienes ni puta idea de lo que fue recibir esa llamada telefónica. Sentarme junto a tu cama y esperar a que despertaras. No te quedes ahí juzgándome por mis inseguridades. Es culpa tuya que las tenga. —Di media vuelta e intenté salir de allí lo más rápido posible.

Francesca se levantó al mismo tiempo.

—¿Sabes cómo arreglar todo eso? ¿Cómo borrar todo el dolor que sientes todos los días? ¿Quieres saber cómo deshacerte del dolor? Te lo voy a decir.

Abrí la puerta y me marché.

Ella me siguió a corta distancia.

—Ama a Marie y deja que te ella te devuelva ese amor. Eso lo arreglaré todo, te lo prometo. Ella llenará el vacío que tienes en el corazón. Te hará olvidar que te falta algo. Es la respuesta a todos tus problemas. No la alejes de ti.

Llegué a mi camioneta, pero no la rodeé. Me quedé allí, respirando con dificultad y luchando contra el dolor que sentía en mi interior.

Cuando Francesca se dio cuenta de que no me iba a ir a ningún sitio, bajó la voz.

—Venga, Axel. No tengas miedo.

—No tengo miedo.

—¿Te niegas a admitirlo?

Me giré y la miré.

—Cuando Hawke se fue, te desmoronaste por completo. Y no te ofendas, pero ya no eres la misma persona. Te hizo tanto daño que te volviste suicida. ¿Crees que quiero pasar por eso?

—No tendrás que hacerlo —dijo ella—. Marie no va a abandonarte.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé. Os veo juntos. Escucho a Marie hablar de ti. Te escucho a ti hablar de ella. Es muy parecido a lo que yo tenía con Hawke. No creía en almas gemelas hasta que apareció él. Sólo cuando él me miró a los ojos comencé a creer.

—Marie no es mi alma gemela —solté. No creía en esas chorradas del destino.

—¿Alguna vez has sentido algo así por alguien?

—Esa respuesta es irrelevante.

—No, no lo es, Axel. Eres totalmente diferente con ella. Marie no es sólo una chica más.

—Si fuera mi alma gemela, ya llevaríamos juntos mucho tiempo.

—Eso no es verdad.

Me estaba cabreando de verdad.

—Mira, no creo en tu estúpida mierda de abracadabra mágico y nunca lo creeré. No intentes hacer que vuelva con Marie llenándome la cabeza de gilipolleces. A lo mejor esa mierda te funcionaba con Hawke, pero no te va a funcionar conmigo.

—A lo mejor eres un cabezota y necesitas relajarte.

—Y a lo mejor eres tú quien necesita meterse en sus asuntos. —Rodeé la camioneta para alejarme de ella.

—Deja de perder el tiempo, Axel. Al final se irá con otro si sigues así.

—Debería acabar con otra persona. —Salté a la camioneta y encendí el motor. Pisé con fuerza el acelerador y derrapé antes de enfilear la calle. No me di cuenta de lo rápido que iba hasta que me salté un stop. Luego disminuí la

velocidad, sabiendo que estaba a punto de matarme si no me calmaba.

Tres son multitud
Marie

JASON SE BEBIÓ el café sin despegar los ojos de mi cara. Me miró atentamente, como si estuviera buscando algo que sólo podría encontrar en mis ojos.

—Hoy parece distraída.

Había oído discutir a Axel y Francesca la noche anterior sin poder evitarlo. Había esperado que la bronca acabara bien y él me pidiera que fuera suya para siempre. En lugar de eso, se fue.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Por ejemplo?

—Bueno... tengo una entrevista en Prada.

—¡Genial! —dijo—. No sabía que hubieras solicitado trabajo allí.

—Bueno, Axel me consiguió la entrevista. Conoce a alguien que trabaja en las oficinas.

—¿Es el mismo Axel que conocimos en la cena?

Asentí.

—¿El mismo Axel del que todavía estás colgada?

No vi la necesidad de negarlo.

—Sí.

—Para ser un tío que salió por patas cuando le dijiste que lo amabas, está muy interesado en tu bienestar.

—Es un tío complicado...

—Me da la sensación de que está tan colado por ti como tú por él.

Ojalá fuera así.

—Axel no quiere nada serio.

—¿Me estás diciendo que ese tío hizo todo lo posible por conseguirte una entrevista por la bondad de su corazón?

—Supongo...

—Creo que es más que eso.

—Tal vez... o tal vez no.

Dio otro sorbo a su café y continuó mirándome.

—No me importa si todavía sientes algo por él, ya que eres sincera al respecto, pero si vais a volver juntos, preferiría no perder el tiempo.

Tenía todo el derecho del mundo a sentirse así.

—Todavía siento algo por él y dudo que lo supere algún día. Pero no vamos a volver juntos, eso es definitivo.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Tiene novia. —Odiaba decirlo en voz alta. Y odiaba pensar en la mujer con la que estaba. Cuando me vio con Jason, pensé que a lo mejor se cabrearía, pero no mostró emoción alguna porque él también estaba viendo a otra.

—¿De verdad? —Ladeó la cabeza.

—Sí.

—¿No quiere estar contigo pero sí con otra?

—Esta chica no es del tipo que quiere algo serio...

—Ah... Ya veo por dónde vas.

—Pero lo comprenderé si estar conmigo te parece una pérdida de tiempo. ¿Quién quiere salir con una chica que está colada por otro? —Sabía que yo no lo haría.

—No es una pérdida de tiempo. Tu sinceridad me resulta muy atractiva. La gente siempre miente sobre ese tipo de cosas. Salen con uno para olvidar a otro. Que no me mientas sobre el tema es una novedad muy refrescante.

Mis labios dibujaron una sonrisa automática.

—Haces que parezca una tía genial y no una perdedora.

—Es que no eres una perdedora.

—Bueno... Gracias.

—Hace falta valor para decirle a un hombre que lo amas. Y hace falta valor para seguir siendo su amiga después de acabar de esa forma tan incómoda. Creo que te subestimas.

Era la primera vez que sentía algo más por Jason. Era el tipo perfecto y

estaba sentado justo delante de mí. Mi relación con Axel nunca iría a más y tenía que seguir adelante.

—Eres muy tierno.

—Ya. Mis amigos dicen que soy un calzonazos.

Me eché a reír y bajé la vista hacia mi café.

—No eres un calzonazos.

Terminó el resto de su café y luego estrujó el vaso hasta que lo convirtió en una bola que dejó sobre la mesa.

—¿Te apetece ir a un partido de baloncesto o algo así?

—Claro.

—Te invitaré a un perrito caliente con chile. —Me guiñó un ojo.

—Ooh... Y yo te invitaré a una cerveza.

NADA MÁS LLEGAR A CASA, SUPE QUE ALGO IBA MAL. FRANCESCA ESTABA sentada a la mesa de la cocina, pero tenía una mirada vacía en los ojos. La depresión llenaba el aire y me trajo a la memoria los espeluznantes meses en los que casi no había comido nada. ¿Se habría pasado Hawke por nuestra casa? ¿Le habría dicho algo?

—¿Qué ocurre? —No quería volver a recorrer el mismo camino siniestro, ese camino en el que no sabía si Francesca estaría al final.

—Nada. —Francesca jugueteó con un mechón de su largo cabello.

—¿Es Cameron?

—No. —Se lo enroscó nerviosamente en un dedo más antes de dejarlo caer sobre su hombro—. Mañana es el aniversario de la muerte de mi padre...

—Volvió a agarrar el mechón de cabello y comenzó a jugar con él otra vez.

—Ah... —Siempre se me olvidaban las fechas. Sabía que sólo había unas semanas de diferencia con su madre—. Lo siento.

—Cuando se acerca el día siempre pienso que estoy mejor que el año anterior, pero, cuando llega, me doy cuenta de lo equivocada que estoy. Nunca será lo mismo sin mis padres. Hasta el día de hoy, todavía espero que entren por la puerta.

Tomé asiento frente a ella. Mis padres todavía estaban vivos y nunca había perdido a nadie tan importante. Era imposible que entendiera cómo se sentía.

Sólo tenía a Yaya y a Axel en el mundo. Era comprensible que se sintiera sola.

—Estoy aquí. Puedo ir al cementerio contigo.

—No, no pasa nada —dijo rápidamente—. Quiero que venga Axel, pero nunca lo consigo.

Cuando Axel hablaba de su padre, su voz siempre estaba llena de amargura. Odiaba al hombre, pero no podía dejar de compararse con él.

—¿No ha ido nunca?

Francesca sacudió la cabeza.

—Ni siquiera fue al funeral.

«Joder, qué mal».

—Puedo ir sola. Ese no es el problema. Es que creo que Axel se está haciendo más daño al seguir furioso. Necesita perdonar a nuestro padre y dejar que se cierren las heridas. Cada vez que se lo digo, me dice que cierre la puta boca.

Sonaba totalmente a Axel.

—Te pediría que hablaras con él, pero no creo que vaya a servir de nada.

—Ya... —No quería meter la nariz en sus asuntos, y menos después de la bronca que había tenido con Frankie—. A lo mejor necesita más tiempo para superarlo.

—Han pasado siete años...

—Cada uno cicatriza las heridas a una velocidad distinta.

—Supongo. —Se recogió el pelo en una coleta y entró en la cocina—. Voy a preparar algo dulce... Es lo único que me hace sentir mejor.

Aniversario
Axel

«HOY HE LLAMADO para decir que estaba enfermo».

No me importaba si mi jefe se cabreaba o si cargaba de trabajo a un compañero. Era uno de esos días en los que lo único que quería era sentarme a oscuras y estar solo. No se me había olvidado la fecha.

El día del aniversario de mi madre, había visitado su tumba y le había llevado flores. Siempre reservaba tiempo para ir a verla, por muy ocupado que estuviera. Unas veces me encontraba con Francesca y otras veces no. Guardábamos luto de manera diferente, y nunca juntos.

Pero no iba a ir a la tumba de mi padre.

No había ido a su funeral y no lo había visitado ni una sola vez. Eligió irse voluntariamente, y no merecía mi simpatía ni mi compasión. Acabábamos de perder a nuestra madre y él decidió seguirla en lugar de cuidar de los dos niños que había tenido con ella. Podía entender su desesperación, pero no entendía su cobardía.

Intenté no pensar en ello viendo la televisión. Me tumbé con los pantalones de chándal y la camiseta, la misma ropa con la que había dormido. Mi teléfono estaba en algún lugar del dormitorio. No quería tenerlo cerca porque sabía que Francesca me llamaría. Me daría la lata para que fuera a visitar a papá, como todos los años.

No iba a hacerlo.

Estaba a punto de quedarme dormido cuando alguien llamó a la puerta.

La irritación se extendió de inmediato por todo mi cuerpo y apreté los dientes. Francesca sólo me llamaba por teléfono. Nunca venía hasta mi puerta. Me jodía que no entendiera que debía respetar mi espacio personal.

Me levanté y abrí.

—Te estás pasando de la raya...

Pero era Marie quien estaba al otro lado de mi puerta con un ramo de flores. No pareció sorprendida por mi estallido, como si sospechara que yo supondría que era Francesca.

—Hola...

—Hola... —La miré incrédulo, sin saber si realmente estaba allí.

—Perdona por molestarte... ¿Puedo entrar?

¿Dónde estaban mis modales?

—Claro. —La dejé entrar y luego cerré la puerta—. Perdona... Pensé que eras Francesca.

—No pasa nada. Lo comprendo. —Dejó las flores sobre la mesa. Entonces me miró fijamente, manteniendo más de un metro de distancia entre nosotros.

Estaba hecho un desastre y aún llevaba la ropa del día anterior. Tenía el cabello despeinado y ni siquiera me había cepillado los dientes.

—¿Cómo sabías que estaba en casa?

Se encogió de hombros.

—Un golpe de suerte.

Francesca debía haberle dicho qué día era. No había otra explicación. Si pensaba que podía llegar a mí a través de Marie, era una estúpida.

—He llamado para decir que estaba enfermo porque no me sentía bien.

Marie no se lo tragó.

—¿Tienes algún plan hoy?

Negué con la cabeza.

—Bueno, voy a ir al cementerio, por si quieres venir.

No iba a funcionar.

—No voy a ir. Pero gracias por pasarte por aquí.

No hizo ni intención de salir por la puerta después de que le insinuara que se marchara.

—Axel...

—Sé que todo esto es cosa de Frankie. He tomado una decisión y no voy a cambiar de opinión. Deberías irte.

—No me voy a ninguna parte. —Se cruzó de brazos y se mantuvo firme.

—Puedes quedarte si quieres, pero no voy a ir.

—Vale.

—Vale. —Me dirigí al pasillo—. Me voy a dar una ducha. Ponte cómoda.

DESPUÉS DE ASEARME, VOLVÍ A LA SALA DE ESTAR. MARIE ESTABA SENTADA EN un extremo del sofá con un vestido negro y zapatos de cuña. Tenía las piernas cruzadas y estaba viendo el programa que había dejado puesto antes de irme al baño. Dibujos animados.

—Soy como un niño, ya lo sé. —Me senté en el extremo opuesto del sofá, manteniendo una distancia prudencial entre nosotros.

—Eso no es lo que estaba pensando.

—¿De verdad?

Marie sacudió la cabeza.

—A mí también me gustan los dibujos animados. Crecí con ellos, ¿sabes?

Me recliné en el sofá, sintiéndome un poco mejor ahora que me había duchado y me había cepillado los dientes.

—Mis favoritos eran los Transformers. ¿Y los tuyos?

—Tiny Toons. —Sonrió al recordarlo.

—Una buena elección.

Cogió el mando a distancia y apagó la televisión.

Sabía lo que se avecinaba.

—Ven conmigo, por favor.

—No.

—Axel...

—He dicho que no. Él me abandonó... Nos abandonó a los dos.

—Lo sé —respondió con suavidad.

—No se lo pensó dos veces. Se pegó un tiro en la cocina, sabiendo que yo volvería del colegio y lo encontraría. ¿Qué clase de loco enfermo hace eso?

Sus ojos se entristecieron de pena, pero siguió insistiendo.

—Aun así...

—Nos dejó huérfanos. Nos dejó con Yaya, que acababa de perder a una hija. Era un puto gilipollas cobarde.

—Lo entiendo.

—No creo que lo entiendas. Todavía estaba aturdido por la muerte de mi madre cuando llegué a casa y vi sus sesos esparcidos por las paredes. ¿Crees

que no tengo esa imagen grabada para siempre en mi cerebro? Da igual cuántos años pasen, nunca lo olvidaré.

—Axel, era tu padre.

—Y yo su hijo, pero me dio la espalda. Ahora estoy haciendo lo mismo que él.

—Si sigues albergando toda esta ira, sólo vas a conseguir sentirte peor.

—¡Cierra la puta boca!

Marie me miró entrecerrando los ojos, y parecía a punto de abofetearme.

Comprendí que me había pasado de la raya.

—Perdona... No debería haber dicho eso.

—Joder, claro que no.

—Retiro lo que he dicho. —Me sentí culpable en cuanto pronuncié esas palabras. Marie no merecía que la tratara así—. Deberías irte... No tengo un buen día.

—No voy a ir a ninguna parte a menos que vengas conmigo.

—Entonces nos quedaremos viendo una pantalla negra de televisión el resto del día.

—Vale. —Marie se volvió hacia el televisor y guardó silencio.

Yo miré hacia la otra pared.

Pasaron varios minutos de silencio. Marie cruzó las piernas y luego las descruzó.

—Cuando estamos deprimidos, hacemos locuras —dijo—. Si hubieras llegado más temprano a casa, estoy segura de que habría cambiado de opinión. Estaba sufriendo enormemente y no sabía cómo superarlo. No estoy justificando sus acciones, pero ten en cuenta que estaba pasando por muchas cosas. Acababa de perder a su esposa, y se había convertido en el único progenitor de dos niños. Eso aterrorizaría a cualquiera.

—Mi madre no nos habría dejado solos. Si ella hubiera sabido lo que iba a hacer, se habría sentido muy decepcionada...

—Las mujeres son diferentes a los hombres.

—¿Qué clase de excusa es esa? —le espeté.

—Las mujeres son más emocionales y pueden gestionar mejor el dolor. En eso los hombres son distintos.

—No lo justifiques. Fue un cobarde y los dos lo sabemos.

—Tal vez —respondió. Me volví hacia ella—. Tal vez fue un padre de mierda por abandonaros a los dos. Pero aun así debes perdonarlo.

—No tengo que hacer nada. —Si él pudo quitarse la vida con tanta

facilidad, yo también podía olvidarme de él—. No soy de los que guardan rencor, pero esto es diferente. Yo nunca abandonaría así a nuestros hijos, aunque tú murieras... —Cerré los ojos con angustia cuando me di cuenta de mi estupidez. Había dicho algo de lo que nunca podría retractarme por mucho que lo intentara, y ahora esa frase resonaría para siempre. Marie la había oído, y yo la oí un millón de veces más. Me quedé atrapado en ese instante, reviviéndolo una y otra vez. Me giré para no tener que mirarla más. Me había humillado lo indecible, confesando sentimientos que ni siquiera estaba seguro de tener.

Marie no dijo nada. Se quedó callada como una tumba.

Miré otra vez hacia la pared, sintiendo que la tensión aumentaba. Era palpable y caldeaba el ambiente, quemándome la piel. Habría dado cualquier cosa por volver atrás, por enmendar lo que acababa de ocurrir.

Marie se levantó del sofá.

Espié sus movimientos por el rabillo del ojo. Probablemente agarraría sus flores y se iría. Después de lo que había dicho, muy posiblemente ya se había hartado de mí. La había hecho sentir tan incómoda que querría irse.

Se acercó lentamente a mi lado del sofá y su pierna tocó mi rodilla. Sentí su contacto contra mi piel.

Seguí de cara a la pared, negándome a mirarla a los ojos. Era consciente de su cercanía, incluso del ritmo de su respiración. Su aroma me inundó con matices de vainilla y miel. Mi corazón dejó de latir cuando la tuve tan cerca de mí.

Marie tomó mi cabeza con las dos manos, apoyándose en el respaldo del sofá. Luego se sentó a horcajadas sobre mis caderas, se deslizó sobre mi regazo y apretó su pecho contra el mío. Su frente acarició la mía.

Con un movimiento automático, deslicé las manos por sus muslos hasta que agarré sus caderas. Levanté su vestido por encima de los muslos, dejando a la vista la mayor parte de su piel. Llevaba braguitas rosas, pero no las miré.

El corazón me latía a mil.

Rodeó mi cuello con los brazos y mantuvo su cara apoyada contra la mía. Sus senos rozaron mi pecho y recordé la sensación de tenerlos contra mi piel desnuda cuando hacíamos el amor.

Mi cuerpo entero ardía de deseo. Su tacto invadió mis sentidos y me abrasó. Estaba incómodo con la situación, pero me sentía mejor de lo que había estado en mucho tiempo. El dolor y las molestias de mi cuerpo parecían haber desaparecido. Lo único que oía era el ritmo acompasado de nuestros

corazones y nuestra respiración.

Olvidé de qué estábamos hablando.

Acaricié con mis manos la pronunciada curva de su espalda. Amaba todas las líneas sinuosas de su cuerpo. Me recordaban a las montañas de los Alpes suizos, tan peligrosas como bellas.

Marie me levantó ligeramente la barbilla con sus dedos, forzándome a mirarla a la cara. Me miró a los ojos y vi una expresión en su rostro idéntica a la mía. Me acarició el pelo como hacía siempre.

La conexión que sentía con ella ahuyentaba toda mi ira y mi dolor. La amargura se evaporó como el vapor de una cazuela hirviendo. Lo único que sentía era la paz que me daba. Me envolvía como una manta cálida en una mañana de invierno. Era la mejor sensación que había experimentado jamás.

—¿Axel?

Cuando pronunció mi nombre, mi cuerpo entero se tensó. Se puso en alerta, listo para obedecer cualquier orden que recibiera.

—¿Cariño?

—Ven al cementerio conmigo. —No dejó de mirarme a los ojos, obligándome a obedecerla sólo con la mirada.

Seguía sin querer ir, pero tampoco deseaba negarme. En ese momento, Marie podía conseguir de mí lo que quisiera. Había caído en su hechizo y me manipulaba sólo con tocarme. Poseía esa clase de magia que afectaba a todos los que tenía a su alrededor. Me tentaba con su afecto, con la sensación de su cálida piel bajo mis dedos. Por un momento, me pareció que era mía.

Y eso consiguió que cediera.

—¿Axel?

Indefenso, obedecí.

—De acuerdo.

NI SIQUERA SABÍA DÓNDE ESTABA LA TUMBA. LO EXTRAÑO ERA QUE MARIE SÍ lo sabía.

Sostenía las flores en una mano mientras apretaba la mía con la otra. Al llegar a la lápida, se detuvo. Era una losa de mármol gris oscuro como el carbón con su nombre grabado. Mi nombre y el de Francesca aparecían en la parte inferior, diciendo que éramos su legado al mundo.

La miré y no sentí nada.

Marie me pasó las flores.

Las miré durante casi un minuto antes de cogerlas. Había un jarrón de piedra al lado de la lápida. Coloqué las flores allí y las arreglé un poco para que quedaran bonitas. Después me aparté y volví a mirar la tumba. Los restos de mi padre estaban justo debajo de mí.

Pero seguía sin sentir nada.

Marie enlazó su brazo al mío.

Cuando visitaba la tumba de mi madre, siempre iba solo. Nunca había nadie por allí, así que le contaba mi vida, las cosas que me habían sucedido. Le hablaba de Francesca y de lo que hacía. Aunque mi madre no podía oírme, yo le hablaba de todos modos. Por alguna razón, al hablar con ella me sentía mejor. Tenía la sensación de que aún estaba conmigo.

Pero ¿qué podía hacer ante la tumba de mi padre?

Marie estaba de pie a mi lado, en silencio. No me presionó para que hiciera algo. Estaba allí, consolándome.

Ver su nombre en la piedra me trajo muchos recuerdos. Recordé lo deprimido que había estado cuando le diagnosticaron el cáncer a mi madre. Empeoraba con cada semana que pasaba. Cuando murió, se le rompió el corazón. A pesar de lo mucho que lo odiaba, sí sabía una cosa.

Quiso de verdad a mi madre.

—Cuéntame tu mejor recuerdo de él.

—¿De mi padre? —susurré.

—Sí.

Busqué en mi memoria y pensé en muchas cosas. Antes de que mi madre enfermara, estábamos muy unidos. Hacíamos muchas cosas juntos.

—Íbamos mucho a pescar. A veces venía Francesca, pero normalmente íbamos solos él y yo. Me enseñó todo lo que sabía. Cuando cumplí diez años, me regaló una caña de pescar nueva. Era una de verdad, no de esas de críos pequeños. Pensé que era lo más genial del mundo.

Apoyó los dedos en mi brazo.

—Qué bien.

—También hay otras cosas... pero eso es lo que más recuerdo.

—Gracias por compartirlo conmigo.

Me quedé mirando la hierba que tenía bajo los pies, notando lo gruesa y alta que era. Era muy tupida y verde. El cementerio era hermoso. Mis padres habían sido enterrados en un lugar muy bonito.

—Intento cuidar de Francesca tan bien como puedo, pero a veces es difícil... No estoy seguro de que tú la hubieras aguantado tanto tiempo. —Las palabras se escaparon de mis labios como si tuviesen vida propia. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que ya había empezado—. La protejo y la alejaré de cualquier peligro, pero no me gusta hacerlo. Es mucho trabajo. Ya sabes cómo es...

Al oírme hablar con mi padre, Marie me acarició el brazo con dulzura.

—Entiendo por qué lo hiciste... pero eso no significa que estuviera bien. Francesca y yo nos sentimos solos, aunque nos tengamos el uno al otro. Simplemente no es lo mismo... no tener padres. —Sentí que se me humedecían los ojos, así que los cerré para impedir que brotaran las lágrimas—. Deberías haber recibido ayuda profesional. Deberías haber hablado con alguien. Deberías haber hecho algo...

Me dolía el pecho por todo el dolor que había reprimido a lo largo de los años.

—Te echo de menos.

Marie apoyó la cabeza en mi hombro, y sus lágrimas silenciosas resonaron en mi oído.

—Creo que estarías orgulloso de mí. Creo que te gustaría el hombre en el que me he convertido. Pero nunca lo sabré... porque te fuiste.

Marie ahogó un sollozo.

—Sé que debería superarlo. Sé que debería perdonarte. Pero es tan difícil...

Marie me apretó con más fuerza.

—Siento no haber ido a tu funeral. Siento no haberte visitado. Era demasiado difícil. Creo que me resultaba más fácil estar enfadado que admitir cuánto me duele que te hayas ido. No sabía qué más hacer... así que comencé a odiarte.

»Pero no te odio. Me odio a mí mismo por no haber visto las señales, por no haber hecho nada antes de que fuera demasiado tarde. Tal vez si lo hubiera hecho, ahora todavía seríamos una familia. Podrías haber asistido a mi graduación en la universidad. Y podrías ir a la de Francesca. —Dejé de hablar porque empezaba a ser demasiado difícil. Yo no era la persona más sensible del mundo. No me dejaba embargar por los sentimientos y, cuando sucedía, los reconocía a duras penas. Nunca lloraba. Y estar a punto de estallar en lágrimas me llenaba de ansiedad. Guardé silencio y esperé a que se disipara la agonía, a que atravesara todo mi cuerpo y desapareciera.

A mi izquierda oí crujir las hojas. Los pasos parecían ligeros, como si una persona menuda se acercara a nosotros.

Me volví y vi a mi hermana de pie con flores en la mano. Me miró como si me viera por primera vez en su vida. Fue la primera vez que me miró de verdad. El orgullo y la tristeza se apoderaron de su rostro, incapaz de creer que estuviera allí... con ella.

Caminó hacia mí sin soltar las flores. Sus ojos se anegaron de lágrimas que rodaron libremente por su rostro. Sus mejillas no se enrojecieron. Simplemente se humedecieron.

Marie se alejó para darnos un poco de intimidad.

Francesca se acercó a mi pecho y me abrazó con fuerza. Una vez allí, siguió llorando. Sus lágrimas empaparon mi pecho mientras su pequeño cuerpo se estremecía de dolor.

La abracé y noté que afloraban mis propias lágrimas, sintiendo el mismo dolor. Mi barbilla descansaba sobre su cabeza y lloraba por todo lo que habíamos perdido. Estábamos solos ella y yo contra el mundo. Daba igual lo mal que fueran las cosas, nos teníamos el uno al otro. No importaba cuánto peleáramos o cuánto nos odiásemos algunas veces. El amor que nos teníamos el uno al otro era totalmente incondicional. Lo superaríamos, como siempre.

CUANDO VOLVIMOS A MI APARTAMENTO, SÓLO QUERÍA UNA COSA.

A Marie.

No quería sexo. No quería correrme. No quería algo físico y sin sentido.

La quería a ella.

Cuando estábamos juntos, siempre hacíamos algo hermoso. Me sentía completo dentro de ella. Cuando nuestros cuerpos se movían al unísono, mi dolor se aliviaba. Caímos uno en brazos del otro, encontrando consuelo de la única manera que conocíamos.

Marie no era mi droga.

Era mi cura.

En cuanto se cerró la puerta y estuvimos solos, me lancé. Le agarré el cabello con fuerza y la sujeté contra la pared. Froté mi nariz contra la suya antes de besarla en los labios.

Su beso estaba lleno de dudas, como si no se sintiera del todo bien con la

situación. No me besaba como antes. Había más miedo que cualquier otra cosa.

Apreté mi cuerpo contra el suyo y la besé con más lentitud. Sentí sus labios en los míos. Lamí primero el labio inferior y después acaricié tiernamente con mi lengua el labio superior. Su boca era igual de suave que antes. Añoraba besarla, tocarla, adorarla.

Respondió a mi beso, separó los labios y me permitió entrar. Ahora que había abierto las puertas de mi alma, mis sentimientos brotaron inundándolo todo. La necesitaba más que nunca para curar ese dolor insoportable. Nunca me sentía más vivo que cuando estábamos juntos. Y nunca me sentía más en paz.

No era buena idea. Probablemente me arrepentiría por la mañana. Pero no pude contenerme. Deseaba pasar una noche con ella más que ninguna otra cosa. Quería olvidarme del día siguiente y de todo el sufrimiento que me traería.

La tomé entre mis brazos y la llevé al dormitorio. Nuestros besos seguían siendo lentos y llenos de ternura. Cuando nuestros labios se separaron, un ligero chasquido llenó el aire. Besarla era lo que más me gustaba porque Marie lo hacía francamente bien. Me encantaba la forma en que sentía su pequeña lengua contra la mía.

La desnudé lentamente, sin despegar mi boca de la suya. Quería ver su cuerpo, pero también deseaba seguir besándola. Bajé la cremallera de su vestido, que se quedó colgando suelto sobre su cuerpo. Entonces se lo quité, y luego las bragas, y el sujetador.

Me rodeó la cintura con sus piernas mientras me quitaba la camisa, besándome con la misma intensidad que antes. Luego deslizó sus manos hacia mis vaqueros, y desabrochó el botón para quitármelos.

Me desprendí del bóxer y lo aparté de una patada lo más rápidamente que pude. Lo único que deseaba era estar dentro de ella, hundirme en un mundo en el que la realidad no pudiera perseguirme. Ella era lo único que podía hacerme olvidar los fantasmas que me atormentaban.

Me coloqué encima de ella, dispuesto a sentir esa conexión, ese placer abrumador que me hacía olvidar todo lo demás. No quería follarla. Quería hacerle el amor y que ella me hiciera el amor a mí.

—Para. —Me puso una mano en el pecho.

Estaba a punto de penetrarla, pero me detuve cuando me lo pidió.

—¿Qué pasa, cariño?

—No puedo hacerlo. —Se echó hacia atrás, alejándose de mí.

Oculté mi decepción.

—¿Va todo bien?

—No puedo hacer esto sabiendo que tienes novia. No está bien.

«¿Novia? ¿Qué?».

—No tengo novia.

Dejó de vacilar y se enfadó.

—Axel, no me mientas. Es lo peor que puedes hacer.

—No estoy mintiendo. —Si tuviera novia, sería ella.

—Sé que estás saliendo con Alexia.

—¿Qué asco! —Me salió de forma automática. Era un cardo borriquero comparada con Marie—. No estoy saliendo... No he estado con ella desde antes de que nos enrollásemos tú y yo. ¿De dónde diablos has sacado esto?

—Entonces, ¿por qué estaba en tu apartamento hace unas semanas? —A pesar de su desnudez, en esos momentos Marie me parecía temible.

¿En mi apartamento? Alexia no había estado en mi apartamento desde...

—¿Cómo lo sabes?

—Vine a hablar contigo y me abrió la puerta.

¿Alexia abrió la puerta? ¿Por qué no me lo dijo? Nunca en mi vida había estado tan confuso.

—¿Por qué no pasaste? ¿Por qué no me dijiste que habías venido?

—Porque esa zorra me dijo que era tu novia y que yo no pintaba nada en tu casa.

—¿Qué? —le espeté—. ¿Dijo eso?

—Sí.

¿Por qué diría eso Alexia?

—Pero no es verdad.

—Bueno, ella pensaba que sí.

—La única razón por la que estaba allí era porque necesitaba un lugar para dormir. El novio de su compañera de piso estaba en su casa y le resultaba incómodo. Apareció en mi puerta y no pude rechazarla. Lo juro, no pasó nada. No sé por qué se inventó esa gilipollez.

La ira de Marie se disipó. Sus ojos ya no parecían tan amenazadores y su cuerpo se relajó.

—Entonces, ¿por qué me dijo eso?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Me ha invitado a salir un par de veces, pero la he

rechazado. Quizás se quería vengar de mí ahuyentándote.

—Sabía que habíamos roto.

No podía mentir sobre eso.

—Se lo conté... —Marie se cruzó de brazos—. Te lo juro, no quedo con ella ahora y tampoco he quedado con ella en el pasado. No te mentiría en algo así.

—Lo sé... —Seguía tapándose el pecho con los brazos, como si se sintiera expuesta.

A pesar de la discusión que acabábamos de tener, aún la deseaba. No había estado con nadie desde que rompimos, y me daba igual si ella había estado con Jason. Eso no cambiaba lo que sentía. Y si todavía estaba saliendo con él, tampoco me importaba. En lo que a mí concernía, era mía.

Volví a subir por su cuerpo y me coloqué encima de ella. Mis labios estaban a unos centímetros de los suyos. Estaba lo suficientemente cerca como para sentir mi aliento sobre su rostro. Su cuerpo se tensó una vez más cuando me acerqué a ella y lentamente apartó los brazos de su pecho, moviéndose hacia mis manos, apoyadas a ambos lados de su cuerpo.

La besé tiernamente, con la boca cerrada. Dejé que me inundaran las sensaciones, sintiendo sus tetas aplastadas contra mí. Su pecho se expandía y elevaba cada vez que tomaba aliento.

Posé mis labios sobre su oreja y la acerqué más a mí.

—¿Puedo hacerte el amor? —Antes me había dicho que me detuviera y no quería presionarla para que hiciera algo que tal vez seguía sin desear.

—Por favor.

Al oír esas palabras, un escalofrío me recorrió la columna. El ardor de su voz me llegó muy adentro, me hizo sentir vivo. Mi pene encontró su abertura sin dificultad. Sentí la humedad entre sus piernas y supe que todavía me deseaba.

Volví a poner la mano en su cabello, mi lugar favorito, y agarré unos mechones como si me pertenecieran. Lentamente me deslicé dentro de ella, disfrutando con la sensación familiar de su estrechez. Reconocí cada centímetro que recorría, porque había estado allí muchas veces. Me sentía bien, mejor que nunca. Habían pasado seis semanas desde la última vez que nos habíamos acostado, y mi cuerpo estaba disfrutando cada segundo de la experiencia.

Marie respiraba pesadamente, y cada exhalación brotaba de su pecho como un pequeño susurro. Sus manos se aferraron a mi espalda, atrayéndome

más hacia su interior. Me necesitaba tanto como yo la necesitaba a ella.

En cuanto estuve dentro de ella, me sentí mejor. No era el placer físico lo que me hacía sentir tan bien. Era muchísimo más que eso. Su aroma sanaba todos los sufrimientos y dolores de mi corazón. Se desvanecieron las cicatrices que marcaban mi alma. Reparó todas mis grietas, volviéndolas a unir. Era la mejor sensación que había conocido jamás. Desaparecieron todas esas noches en las que había dormido solo en la camioneta. Me pareció que nunca nos habíamos separado. Éramos sólo ella y yo, como si siempre hubiera sido así.

La besé en el mentón y el cuello mientras me movía dentro de ella, memorizando su sabor con mi lengua. Mis labios recorrieron cada centímetro de su piel, sabiendo exactamente dónde estaba cada parte sólo por el tacto. Enterré mi cara en su cuello y la escuché gemir por mí, extasiado por la forma en que me sentía dentro de ella. Me abría paso de forma deliciosa, dándole el tipo de placer que ella merecía.

Arrastró sus uñas por mi espalda, arañándome de una forma muy sensual. Al mismo tiempo jadeaba con fuerza, sin aliento por la excitación. Me tocaba por necesidad más que por deseo. Me hizo sentir amado sin pronunciar una sola palabra. Se preocupaba por mí de una manera que ninguna mujer había hecho antes. No me veía como al típico tío bueno que podía conocer en un bar cualquiera. Sentía que yo era algo más, algo que realmente valía la pena. Parecía que los dos habíamos olvidado la primera vez que habíamos follado. Era como si nunca hubiera sucedido. En realidad, nunca debería haber sucedido.

Debería haberle hecho el amor desde el principio.

Sueños
Marie

DURANTE LAS ÚLTIMAS SEMANAS, el cuerpo me había dolido como si hubiera sufrido un accidente de coche. Lo tenía hecho trizas, aplastado, roto sin posibilidad de reparación. Me dolía todo incluso cuando no me movía.

Pero ahora todo estaba arreglado.

Podía volver a respirar tranquila, sentir el aire entrando en mis pulmones y regresar lentamente a la vida. Toda la desesperación que pesaba sobre mis hombros parecía haber desaparecido. Ahora que Axel había vuelto a vida, acostado a mi lado en ese mismo instante, no tenía una sola preocupación en el mundo.

Axel me abrazaba fuertemente por la espalda, y su poderoso pecho rugía como un motor al ralentí. Con cada respiración se apretaba contra mí, y su arrullo me transportaba a un lugar en el que sólo existía tranquilidad. Esos pequeños detalles suyos, los gestos que hacía mientras dormía, me trajeron grandes recuerdos. Había vuelto a sentir la forma en la que suspiraba cuando encontraba la postura adecuada para dormir. A veces roncaba, pero sólo durante unos minutos antes de girar la cabeza y detenerse. Y nunca me soltaba en medio de la noche. Eso no había cambiado.

Tenía que levantarme para ir a la universidad. Ya me había saltado las clases del día anterior y Axel no podía faltar otro día a la oficina, aunque lo intentaría. Miré el reloj de la mesita de noche y comprendí que debía ponerme en marcha.

Pero era muy difícil alejarme de allí.

Axel se despertó un momento después. Parecía que su cerebro estaba programado para despertarse cuando se suponía que iba a sonar la alarma. Me miró, se inclinó y me besó en la mejilla.

—Buenos días preciosa.

—Buenos días.

Me besó en la nuca y luego en el hombro.

—Hacía meses que no dormía tan bien.

—Yo tampoco.

Me besó de nuevo en el hombro.

—Ojalá pudiéramos quedarnos en la cama todo el día

—Ojalá. Pero nuestras responsabilidades nos llaman.

—Vaya. —Me plantó un beso entre los omóplatos—. Tienes la piel más hermosa del mundo.

—Gracias...

—En realidad, toda tú derrochas belleza.

—Gracias otra vez.

Se inclinó y me plantó otro beso en la oreja.

—Me voy a dar una ducha. ¿Quieres venir?

—Debería irme a casa. Tengo allí todas mis cosas. —Tendría que traer una bolsa con mis cosas para poder quedarme allí los fines de semana. A esas alturas daba la impresión de que Francesca ya se bastaba y se sobraba ella sola. Estaría bien, tanto si seguía con Cameron como si estaba sola.

—Vale. —Salió de la cama y su fornido cuerpo me pareció más poderoso que nunca. Entonces se puso los bóxers y la camiseta—. Te acompaño a la puerta.

Me puse la ropa que había llevado la noche anterior e intenté no acobardarme ante el bochornoso espectáculo que estaba a punto de ofrecer. Francesca me acribillaría con un millón de preguntas y yo no tendría más remedio que responderlas sin hacerla vomitar.

Axel me acompañó a la puerta, y me miró fijamente mientras sujetaba mis mejillas. Sus pulgares descansaron en las comisuras de mis labios.

—Lo de anoche fue genial.

—Sí.

Apoyó su frente en la mía.

Gracias... por todo.

—No tienes que darme las gracias. Siempre estaré cuando me necesites.

—Lo sé. —Apoyó sus labios en mi frente y depositó en ella un dulce beso, como jamás me había dado antes. Sus labios se detuvieron allí un rato y sentí cómo ardían contra mi piel—. Y yo siempre estaré cuando tú me necesites.

CUANDO LLEGUÉ A CASA, FRANCESCA ESTABA A PUNTO DE MARCHARSE A CLASE.

—Cuéntamelo todo.

—¿Puedo entrar antes?

Se apartó y me siguió hasta la cocina.

—La misma ropa... cabello enmarañado... sonrisa estúpida... Es fácil atar cabos.

—Entonces átalos tú misma para no tener que hablar del tema.

—¿Hicisteis...? —No acabó la pregunta porque era demasiado incómodo decirlo en voz alta.

Asentí.

Francesca aplaudió.

—Ya era hora, joder. Os ha llevado una eternidad.

—Hay cosas por las que vale la pena esperar.

—Entonces, ¿volvéis a estar juntos?

—Sí.

—Genial. Ahora todo el mundo es feliz. ¿No te parece increíble?

Me serví una taza de café y le puse una nube de leche.

—Parece que todo vuelve a su cauce. Sabía que lo de ayer sería diferente. Quizás perdonar a tu padre consiguió que se relajara un poco.

—Tal vez —dijo Francesca—. Me alegra que lo convencieras para ir. Nadie podría haberlo logrado excepto tú.

Me preparé una tostada y me la comí de pie en la encimera.

—¿Qué hiciste exactamente?

—En realidad nada —dije—. Sólo le pedí que fuera.

—Mentira —respondió—. Tuvo que ocurrir algo más.

Recordé las palabras que me había dicho justo antes de eso. Se le escaparon sin querer, pero las oí.

—Dijo que él nunca abandonaría a sus hijos de esa forma. Y luego dijo que, si yo muriera, él se ocuparía de ellos...

—¿Tú? ¿Como si tú fueras la futura madre de sus hijos?

Asentí.

—¡Guau! —Aplaudió como hacía mucho que no lo hacía—. Es fantástico. Me alegra muchísimo que por fin se haya atrevido a decirlo. Salta a la vista lo que siente por ti.

A mí también me hacía feliz que finalmente lo admitiera.

—Al menos esta historia tiene un buen final.

—Un gran final —dijo—. Pero tengo la sensación de que esta historia aún no ha acabado. Miró la hora en la pantalla de la cafetera—. Quiero que me cuentes más cosas cuando vuelva a casa, ¿de acuerdo?

La miré con fastidio.

—Sí, mamá.

Me hizo una peineta antes de salir.

Terminé el café y tiré los posos al fregadero. Había una pila de platos sucios, y como estaba de buen humor, decidí adecentar la cocina. Después de meter los platos en el lavavajillas, miré por la ventanita que teníamos sobre el fregadero.

Hawke se acercaba cruzando el césped.

¿Qué demonios?

Rápidamente me sequé las manos y dejé el paño de cocina sobre la encimera.

«¿Qué querrá?»

Fui a la puerta y la abrí antes de que llamara.

—Acaba de salir. —Seguro que había venido por ella. ¿Qué otra razón podía tener?

—Hoy tampoco he venido por ella.

Evité que mi rostro delatara la decepción.

—¿Qué quieres?

Entró sin que lo invitara a pasar. Lo primero que hizo fue examinar el parche de yeso con el que había tapado el agujero de la pared. Lo palpó antes de volverse hacia mí.

—Escúpelo ya, Hawke. No quiero que apestes la casa.

—¿Perdona?

—La última vez que estuviste aquí, Francesca lo olió.

Su fría mirada cambió ligeramente. El pánico asomó a sus ojos.

—¿Supo que había venido?

—Le dije que había venido un albañil a arreglar la pared, y que debía usar la misma colonia que tú. Pero ella juraba y perjuraba que no era la colonia...

que era tu olor. —Si no hubiera sido testigo de primera mano de su relación con Hawke, habría pensado que se estaba volviendo loca. Pero tenían una extraña conexión en la que podían percibirse el uno al otro aunque no estuvieran en el mismo espacio al mismo tiempo.

—Joder. —Suspiró frustrado y abrió la puerta—. Hablemos fuera.

Lo seguí afuera.

—¿Qué pasa? Francesca puede volver en cualquier momento, así que date prisa.

—No vendrá. He esperado unos minutos para asegurarme.

Busqué su camioneta, pero no la vi por ninguna parte.

—¿Dónde está tu camioneta?

—Me he comprado un coche. Y está aparcado en la calle.

Ahora entendía por qué no lo había visto Francesca. Si hubiera estado dentro de su camioneta, ella lo habría visto de inmediato.

—Sólo quería saber cómo estaba. Le preguntaría a Axel, pero para él Francesca sigue siendo un tema delicado.

—Últimamente está mucho mejor. Parece que Cameron le gusta de verdad.

Sus ojos se apartaron rápidamente, tratando de ocultar el dolor que ardía en su superficie. Trató de quitárselo de encima, de enterrarlo dentro de sí, pero estaba claro que la noticia le molestaba.

—Quería decir ayer. En el aniversario de su padre.

¿Se acordaba?

—Estaba muy triste... como de costumbre.

—¿Fuiste al cementerio con ella?

—No, pero Francesca, Axel y yo llegamos allí a la vez.

—¿Axel fue? —Se metió las manos en los bolsillos.

—Sí... —«Gracias a mí».

Hawke entendió lo que significaba.

—Me alegro de que volváis a estar juntos.

—Ya somos dos. —Reprimí la sonrisa que pugnaba por aparecer en mi rostro porque parecía muy desgraciado. Simplemente no me parecía bien mostrar felicidad cuando él apenas se mantenía a flote.

—Entonces, ¿se encuentra bien?

—Sí. —¿Por qué le importaba tanto el aniversario del padre de Francesca y no el de su madre?—. Visitó a su madre hace dos semanas... —Tal vez se le había olvidado. O quizás simplemente no lo sabía.

—Lo sé. Estuve allí. Me pareció que estaba bien.

—¿Estabas allí? —le solté.

—No me vio.

¿Cómo pudo no verlo en un cementerio vacío?

—Si vas a seguir vigilándola, ¿por qué no vuelves con ella?

Hawke actuaba como si no hubiera escuchado ni una palabra de lo que había dicho.

—Ayer estuve todo el día atrapado en la oficina y no pude bajar. Pero me alegro de que esté bien. Si hoy ha ido a clase, no hay de qué preocuparse.

—Está bien.

—Vale... eso es lo que quería saber. Gracias por responder a mis preguntas.

Cosas como esta eran lo que me hacía odiarlo. No tenía derecho a controlar cómo estaba como si fuera de su incumbencia, y menos teniendo en cuenta la frialdad con la que la había abandonado. Era una paradoja incomprensible. La amaba, pero se negaba a estar con ella.

—Hawke, no vuelvas más por aquí. Lo digo en serio. —Al oír la amenaza se volvió hacia mí—. No se puede tener todo. No puedes largarte de la ciudad para dejarla atrás, y sin embargo creer que puedes formar parte de su vida. No puedes husmear y vigilarla desde una distancia prudencial. Si tanto te preocupa, vuelve con ella. De lo contrario, lo que estás haciendo es entrometerte en su vida.

Hawke no era tan impulsivo como Axel. Permanecía impasible sin importar lo enfadado que estuviera.

—No me estoy entrometiendo. No espero que entiendas lo que hay entre Francesca y yo. Que ya no estemos juntos no significa que no me preocupe por ella. Siempre lo haré. Ella no me ve y no tiene ni idea de que estoy aquí. Así que no hay problema.

—Te olió, Hawke. ¿Entiendes lo raro que es eso? Nada más poner un pie en casa lo supo. Estuve diez minutos intentando convencerla de que estaba loca.

Hawke retrocedió.

—Bueno, no volveremos a tener ese problema. Adiós, Marie.

—Adiós, Hawke —respondí con frialdad.

Dio media vuelta y se alejó caminando por la calle hacia dondequiera que hubiese dejado el coche.

En el fondo sabía que Hawke era buena persona. Se había molestado en venir para ayudar a Axel y, cuando se preocupaba por Francesca, seguía los

dictados de su corazón.

Pero siempre lo odiaría por lo que le había hecho a Francesca.

ME SENTÉ A LA MESA DE LA COCINA Y DEJÉ LAS PERSIANAS SUBIDAS, disfrutando de la hermosa puesta de sol frente a mi ventana. Tenía el portátil abierto en un artículo que estaba escribiendo, pero no me podía concentrar en él. Seguía pensando en Axel. El teléfono estaba a mi lado, y esperaba ansiosamente su llamada.

Quería verlo.

El coche de Francesca se acercó por la calle y se detuvo en el camino de entrada. Había tenido clase y turno de trabajo, así que llegaba más tarde de lo habitual. Cruzó el césped con su mochila al hombro y se acercó al porche.

La observé, recordando que Hawke había estado justo allí unas horas antes. Estaba constantemente a su alrededor, acechando entre las sombras sin ser visto, y ella no tenía ni idea de que la vigilaba.

De repente se detuvo delante del escalón, como si mirase algo que yo no veía. Se quedó quieta como una estatua y palideció. Luego miró a su alrededor, buscando algo invisible. Se quedó allí unos minutos, buscando y escuchando.

¿Lo sabía?

Tenía el rostro inexpresivo mientras se afanaba en encontrar algo con todos sus sentidos. Después de unos minutos, entró en casa con la cara aún pálida como la cera.

—Hola... ¿Estás bien? —Me levanté de la silla, preparada para cualquier cosa.

—Sí... Estoy bien. —Dejó la mochila sobre la mesa sin despegar los ojos de la ventana.

—Pareces un poco ida. ¿Has visto algo? —Era imposible que hubiera olido el aroma de Hawke ahí afuera. Habían pasado varias horas y el olor había desaparecido flotando en el aire primaveral. Era completamente imposible.

—Me había parecido que... —Sacudió la cabeza—. No importa.

—No. Cuéntamelo. —La primera vez que me había dicho que eran almas gemelas, había pensado que era una romántica sin remedio. No la creí, pero

ahora no estaba tan segura.

—Es difícil de explicar... ¿Alguna vez has entrado en una habitación o un lugar y has sabido que había algo distinto? ¿Qué todo está exactamente igual, pero en realidad no es así? El porche me ha parecido... diferente. Como si algo o alguien que no pertenecía al lugar hubiera estado allí.

Me crucé de brazos.

—Pues no, la verdad.

—Ha sido casi como... No importa. —Pasó a mi lado y se dirigió a la nevera.

—No, espera. Quiero saberlo.

—Vas a pensar que soy un bicho raro.

—Ya lo pienso. Pero cuéntamelo de todos modos.

Cogió una botella de agua y cerró la puerta de la nevera.

—Simplemente siento su presencia. Como si hubiera estado aquí o algo así.

—¿De quién hablas? —Esto no podía estar ocurriendo.

—Hawke...

Estaba oficialmente alucinada. ¿Cómo lo había sabido? ¿Cómo podía saberlo? Sólo había estado en el porche diez minutos. No había tenido tiempo suficiente para contaminar el aire, las plantas o cualquier otra cosa.

Pero de alguna manera lo sabía.

Tal vez había tenido razón todo el tiempo. Quizás lo que tenían iba más allá de la comprensión humana, algo realmente especial. Tal vez sus almas se originaron de verdad en el mismo lugar del espacio y se reencontraron en esta tierra. En cuanto se tocaron, quedaron conectados para siempre, estuvieran cerca o lejos.

AXEL NO ME LLAMÓ AYER Y ME PARECIÓ EXTRAÑO. ¿ACABÁBAMOS DE VOLVER juntos y no quería estar conmigo todo el tiempo? Lo extrañaba con locura, aunque acababa de estar con él. ¿Él no sentía lo mismo?

Tal vez estaba dándole demasiadas vueltas. Probablemente había tenido que trabajar hasta tarde porque tenía mucho retraso acumulado. Además de todo eso, debía prepararse sus propias entrevistas. La mía para Prada era al día siguiente por la tarde y estaba intentando no perder los nervios. Si

conseguía ese trabajo, toda mi vida cambiaría para siempre. Y si no lo conseguía, también.

—Me sorprende que Axel no esté aquí. —Francesca acababa de ducharse y secarse el cabello. Llevaba la cara lavada y se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta.

—A mí también.

—¿Va a venir esta noche? ¿O vas a ir tú allí?

—No he tenido noticias tuyas.

Francesca arqueó las cejas antes de entrar en la cocina y prepararse un sándwich de crema de cacahuete y mermelada.

—Qué raro. Pensé que no os separaríais ni un minuto.

—Ya somos dos. Seguro que llama.

Como si hubiera estado escuchando, mi teléfono se iluminó con un mensaje de texto.

—Allá vamos —dijo Francesca—. Comienza la historia de amor más grande de todos los tiempos...

Leí el mensaje.

Hola. ¿Puedo acercarme?

¿En serio necesitaba preguntar?

Por supuesto.

Tenemos que preparar la entrevista de mañana. Deseo con toda mi alma que lo consigas.

—Vaya...

—¿Qué? —preguntó Francesca.

—Quiere ayudarme a ensayar la entrevista para que consiga el trabajo.

—No estoy acostumbrada a ese lado tierno suyo. —Dio un gran bocado a su sándwich y se llenó de crema de cacahuete por todas partes.

Contesté a su mensaje de texto.

Ven cuando quieras.

¿Quieres que compre algo de cena por el camino?

Una pizza no estaría nada mal.

Hecho.

—Viene ahora y trae una pizza.

—Puaj y yupi —respondió Francesca—. No quiero tener que veros a los dos sobándoos todo el tiempo. Pero no me importa cenar pizza.

Me gustaba verla comer. Se había pasado meses sin probar bocado. Ahora había vuelto a ser la máquina trituradora de antes.

—Pues acostúmbrate. Me temo que habrá muchos besos.

—¡Puaj!

AXEL USÓ SU LLAVE PARA ENTRAR.

—Soy yo.

—El repartidor de pizzas —dijo Francesca con falso entusiasmo.

—Si eso es lo que creéis, será mejor que me deis propina. —Entró y dejó la caja sobre la mesa.

—¿Qué te parece esto como propina? —Francesca se volvió hacia él y le hizo una peineta.

Me levanté de la silla en cuanto entró Axel, deseando sentir su abrazo y un beso de esos que convertían mis rodillas en gelatina.

Axel pasó justo a mi lado y se dirigió a la nevera.

—Necesito una cerveza. —Cogió un botellín y lo abrió.

Era muy raro.

—Nunca he hecho una entrevista para un puesto de editor, pero supongo que harán las mismas preguntas de siempre. —Cogió un plato de papel de encima de la nevera y se dejó caer en la silla, sacando inmediatamente unas cuantas porciones de la caja.

Me quedé de pie torpemente, sin saber qué hacer.

Francesca nos miró a uno y a otro alternativamente, tan confusa como yo.

Axel sacó el portátil de la cartera y lo colocó sobre la mesa.

—Tengo un montón de información que podemos usar. Irás tan bien preparada que pensarán que los estás entrevistando tú a ellos. Levantó la vista hacia mí y me sonrió antes de volver a concentrarse en el ordenador.

Fue Francesca quien habló por fin.

—¿Así es como saludas a tu novia? ¿O es sólo porque estoy yo delante?

Axel la miró confundido.

—¿Qué?

—Acabas de entrar y ni me has dado un beso ni nada —protesté—. ¿Estás bien?

Axel nos miró, primero a una y luego a la otra, sin tener ni idea de lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué iba a hacerlo...?

Me crucé de brazos, comenzando a preocuparme por la posibilidad de que hubiera soñado todo lo de esa noche.

Francesca dejó de comer y comenzó a parecer incómoda.

—Acabo de recordar que tengo que ducharme... porque huelo mal. —Salió de la cocina lo más rápido que pudo sin correr.

Axel la miró irse antes de volverse hacia mí.

—Marie...

—¿Qué diablos está pasando? —Primero me había dicho que yo era la futura madre de sus hijos y luego se acostó conmigo. ¿Y ahora iba a actuar como si nada hubiera pasado?

—Pensé que los dos estábamos de acuerdo en que era algo de una sola noche. —Se puso de pie lentamente.

—¿Cuándo acordamos eso? —No podía bajar la voz porque estaba muy cabreada. En realidad, estaba más que cabreada.

—No ha cambiado nada. Sigo sin poder darte lo que necesitas...

—Dijiste que yo era la madre de tus futuros hijos.

«¿Quién diablos dice eso como si nada?».

—Mira, simplemente se me escapó. Estaba deprimido y hablaba por hablar...

—Y estabas siendo tú mismo, sincero y honesto. ¿Cómo puedes decir algo así, y no decirme que me amas? —No tenía ningún sentido. Estaba harta de toda esa mierda. Me estaba llevando otra vez por el mismo camino.

—Escúchame...

—Y luego te acostaste conmigo. Tú empezaste todo esto y actuaste como si realmente significara algo. —No podía dejar de hablar a gritos. A esas alturas, ya no me sentía herida. Estaba furiosa.

—Sí significó algo —protestó. —Por supuesto que sí.

—¿Y después volvemos a ser sólo amigos? ¿O lo que cojones seamos?

—Lo siento —dijo—. Pensé que sabías que era sólo cosa de una noche. Ese día lo había pasado muy mal y quería sentirme mejor...

—¿Usándome?

Sus ojos se oscurecieron con furia.

—No. No te usé, Marie.

—Me follaste, pero no quieres estar conmigo. Sí, me usaste. No soy un perro que se queda esperando hasta que quieras volver a jugar con él. Soy un ser humano con sentimientos, Axel. Te confesé que te amaba, que todavía te amaba, y me hiciste creer que tú sentías lo mismo. Y luego, al día siguiente, es

como si no hubiera pasado nada.

—Marie...

—¡Que te follen, Axel!

Respiró hondo, como si acabara de abofetearlo.

—He acabado contigo. Todo esto se acabó. —Lo señalé primero a él y luego a mí—. Hemos terminado oficialmente.

—Marie, no te he follado. Te hice el amor, como siempre hago contigo. No es lo mismo y lo sabes.

—Pero luego me echaste a un lado como si no importara. A mis ojos es lo mismo. —Cogí su ordenador, lo guardé en la bolsa y se lo estampé contra el pecho—. Largo de aquí, Axel.

—No fue así. Pensé que estábamos en el mismo barco.

Sentí deseos de abofetearlo y no parar.

—¿Qué barco es ese, Axel? ¿El barco de las putas? ¿Crees que me acuesto sin condón con cualquier hombre? Pensé que lo nuestro era especial, que había algo más, además de usarnos el uno al otro para sentirnos mejor. Me das asco, Axel.

—Marie, no fue así. No he estado con nadie más que tú. No puedo...

Levanté la mano para hacerle callar.

—No quiero escuchar tus excusas, Axel. Porque eso es lo que son, excusas.

Se colgó la mochila por delante del pecho.

—Sal. ¡Ahora!

Se quedó donde estaba como si fuera a decir algo más. Me sostuvo la mirada y después bajó los ojos. Un suspiro de frustración dirigido hacia mí escapó de sus labios.

—Adiós, Axel. —Era la última vez que lo miraría de esa manera. Era la última vez que permitiría que mi corazón lo amara. Daba igual cuánto me importara. Me negaba a que me tratara así. No era una chica a la que pudiera coger y dejar a su antojo. Yo valía mucho más, aunque él no pensara lo mismo.

Jodido
Axel

«ME ODIO A MÍ MISMO».

«De verdad. Me odio».

¿Cómo había podido equivocarme tanto? ¿Por qué me acosté con ella si sabía que todavía me amaba? ¿Por qué cedí a mis necesidades en lugar de anteponer las suyas? ¿Por qué tengo que joderlo todo una y otra vez?

Anoche pensé que estaba claro que era cosa de una sola noche. Y cuando dije eso sobre los niños... No tenía intención de que lo oyera. Desearía poder retractarme en lugar de dejar que se formara una idea equivocada.

En ese momento me sentí todavía peor que el otro día.

Marie era una de las personas más importantes para mí. La adoraba absoluta y patéticamente. Pero no podía darle lo que quería. Debí haberlo tenido en cuenta antes de volver a romperle el corazón.

Ahora me odiaba.

Y no la culpaba.

La última vez que hablamos estaba tan enfadada que no podía pensar con claridad. Me gritó y me echó de su casa. Su entrevista era ese mismo día y esperaba no habérsela fastidiado. Lo último que necesitaba era estresarse por culpa de un imbécil como yo.

Fui a su casa para ver si había llegado ya. Ahora que había tenido tiempo para calmarse, podríamos tener una conversación más tranquila que la última vez. Podría convencerla de que no intentaba utilizarla. Que estar con ella

significaba algo para mí. Siempre había significado algo para mí. No era sólo un cuerpo caliente en mi cama. Que hubiera permitido que pensara eso me dolió de una forma imposible de explicar con palabras. Todas esas noches que habíamos pasado juntos habían sido hermosas y sagradas. No podía dejar que las mancillara con una interpretación errónea de lo que había sucedido.

Llamé al timbre en lugar de entrar directamente como solía hacer. El coche de Marie no estaba en el camino de entrada, pero probablemente llegaría en cualquier momento.

Francesca abrió la puerta con cara de cabreo.

—No deberías asomar las narices por aquí en una buena temporada.

—Quiero hablar con ella en cuanto llegue.

—Pues nosotras no queremos hablar contigo.

Le daría un empujón para entrar si fuera necesario.

—Frankie, déjame explicártelo. Marie lo entendió todo mal.

—¿Qué es lo que no ha entendido, Axel? —Se cruzó de brazos, con un gesto extrañamente parecido al que ponía de niña cuando cogía algo de mi cuarto y se negaba a devolvérmelo—. Si no quieres volver a estar con ella, entonces lo ha entendido todo perfectamente. A menos que hayas venido para decir lo contrario.

—Creí que entendía lo que significaba esa noche.

—¿Y por qué lo creíste? —Francesca era ferozmente protectora de Marie. Si le hacía daño, me mataría.

—Porque fuimos a ver la tumba de papá... estaba hundido. Venga ya, ¿qué hace la gente cuando está deprimida? Normalmente se acuestan con alguien y se comen una bolsa de ganchitos.

—Y te aprovechaste de Marie porque sabías que aceptaría... porque te ama. Y eso es lo que te convierte en el ser humano más repugnante que ha conocido. —Escupía saliva por la boca de lo rápido que hablaba.

—No fue así...

—Eso fue exactamente lo que dijiste.

—No, no es verdad. Estás tergiversando mis palabras.

—No lo hago. Y eso es lo triste. Sabías exactamente lo que estabas haciendo y eso no te detuvo.

Seguimos discutiendo en la puerta de entrada y a esas alturas los vecinos ya debían estar oyéndonos.

—Mira, no me he acostado con nadie más que con Marie desde la primera vez que nos liamos. Siempre le he sido fiel, mientras estuvimos juntos y

cuando rompimos. No he estado acostándome con todo lo que se menea. Pensé que esa noche era sólo un respiro, un paréntesis en la distancia que mantenemos constantemente, pero, para mí, por supuesto que no es un pedazo de carne. Si sólo hubiera querido eso, podría haberlo conseguido con otra cualquiera. Marie es diferente. Con Marie...

—Tú. La. Amas. —Acompañó cada palabra con un pisotón en el suelo—. ¿Cuándo demonios te entrará en esa mollera microscópica que tienes? Lo llevas escrito en la cara. Lo demuestras con cada cosa que haces. Deja de arrastrar a mi amiga por el fango y admite lo que sientes por ella. Quédate con ella, Axel. No es tan difícil, joder.

—No la amo. —Me estaba cansando de repetir lo mismo.

Francesca se agarró la cabeza e intentó no gritar.

—Axel... Te juro por Dios que te voy a matar.

—Si la amara, lo admitiría. ¿Por qué iba a mentir?

—A lo mejor no entiendes lo que es el amor a pesar de tenerlo delante de las narices en este preciso instante.

—No puedo darle a Marie lo que se merece. No voy a perder el tiempo intentándolo.

—Así que, ¿vas a llevarla a rastras de una correa hasta que por fin decidas dejarla marchar? Axel, lo que le estás haciendo es mucho peor que cualquier otra cosa que pudieras hacerle siendo su novio.

Metí las manos en los bolsillos y me concentré en mirar hacia la calle, con la esperanza de que Marie llegara pronto a casa.

—Axel, está muy cabreada. En realidad, está fuera de sí. Nunca la he visto así de enfadada. Estás a punto de perderla para siempre. Le has roto el corazón demasiadas veces. Con sinceridad, creo es demasiado tarde aunque cambiaras de opinión ahora mismo. Va a salir con otros tíos, pero salir de verdad, y superará lo vuestro. Cuando despiertes de este estúpido sueño tuyo ya será demasiado tarde. Y entonces sabrás lo que es perder a alguien de verdad.

Mantuve los ojos fijos en la calle porque no quería seguir escuchándola. El coche de Marie apareció por la carretera y se fue acercando a medida que transcurrían los segundos. En lugar de meterse al camino de entrada, se detuvo justo en la acera. Nos echó un vistazo a través de sus gafas de aviador con un gesto evidente de enfado en sus labios apretados. Luego pisó el acelerador y volvió a irse.

—Vete a casa, Axel. —Francesca entró y me cerró la puerta en las narices.

Me quedé en el porche y vi cómo su coche aceleraba por la carretera. Cuando desapareció de la vista, supe que no volvería inmediatamente. No mientras yo estuviera allí.

Me senté en el escalón y apoyé los brazos sobre las rodillas. Me quedaría allí aunque tuviera que aguardar todo el día. Al final regresaría.

Y yo estaría esperándola.

MÁS TARDE ESA NOCHE, PARÓ EL COCHE EN EL CAMINO DE ENTRADA. PERO NO estaba sola.

Había un hombre en el asiento del copiloto, el mismo tipo con el que la había visto en el restaurante.

Salieron del coche y caminaron hacia la puerta. Marie se quitó las gafas de sol y apareció su mirada amenazadora. Pude leer en su expresión que quería verme muerto. Deseaba con toda su alma enterrarme para siempre a dos metros bajo tierra.

—Es muy molesto cuando la gente deja a sus perros en tu jardín...

Ignoré la pulla y pasé del tío con el que estaba.

—Marie, déjame hablar.

—Ya dijiste todo lo que quisiste ayer.

—Estabas enfadada y no me escuchaste.

—Ah, sí. Sí te escuché. —Su voz se elevó unas cuantas octavas—. Y no me apetece volver a escucharte. Ahora estoy con Jason. Bueno, nos vamos a mi habitación a follar. Así es como se hace, ¿verdad? —Pasó a mi lado y se dirigió a la puerta de entrada.

—Marie, por favor, dame cinco minutos.

—¿Por qué? —Se volvió y me fulminó con la mirada.

Jason estaba a su lado, pero se mantuvo al margen. Parecía que no quería tener nada que ver con la conversación, y tampoco parecía celoso de mí. Su actitud me hizo preguntarme qué clase de relación tenían en realidad.

—¿Por qué debería escucharte? —me soltó—. Puedes esperar a otro momento. Ahora mismo estoy ocupada y me viene muy mal.

—No quiero que eches un polvo con otro tío sólo porque estás enfadada conmigo.

—Bueno, y yo no quiero que me folles sólo porque estás deprimido. No

siempre conseguimos lo que queremos. —Metió la llave en la puerta y entró. Su cabreo era tan monumental que no atendía a razones. Ahora deseaba no haber ido. Si Marie no me hubiera visto en el porche, no habría invitado a Jason a entrar.

Me interpuse en el camino de aquel tío para que no entrara.

—Vete, por favor. Te llevo a casa.

—¿Qué? —Me miró como si estuviera loco.

—No puedes acostarte con ella. Mira cómo está. Venga, no estaría bien. No le hagas eso.

—Jason, no lo escuches —dijo Marie—. Entra.

—Por favor. —Llegados a ese punto, prácticamente suplicaba—. No está en su sano juicio. Sólo lo hace para vengarse de mí.

—Tío. —Me empujó hacia atrás—. Si realmente te importara tanto con quién se acuesta Marie, estarías con ella. No me das ninguna pena. —Pasó a mi lado y entró con ella.

Marie me lanzó una última mirada antes de cerrarme la puerta en las narices.

—Buenas noches, Axel.

Un nuevo día
Marie

TIRÉ el bolso a la mesa con tanta fuerza que se deslizó sobre la superficie y cayó por el lado opuesto.

Francesca bajó las persianas para que Axel no pudiera ver el interior de la casa. En su rostro había una mueca similar a la mía.

—Me dan ganas de abofetearlo...

Jason estaba allí con las manos en los bolsillos, callado.

—Es un gilipollas —bramé—. ¿Qué cojones pude ver en él?

—Intenté decírtelo desde el principio —dijo Francesca—. Pero ¿me escuchaste? No.

Ahora deseaba haberlo hecho.

—Vamos, Jason. A follar. —Lo agarré de la mano y lo empujé por el pasillo.

—Esto... Vale. —Me siguió a mi dormitorio y cerró la puerta al entrar.

Me bajé de los tacones y luego me quité la chaqueta.

—Venga, vamos a follar.

Jason se sentó al pie de la cama, todavía vestido. Me miró con ojos inexpresivos.

—¿Qué estás haciendo? —Agarré el dobladillo de su camisa e intenté quitársela.

—Marie, siéntate. —Me sujetó suavemente por las muñecas y me apartó las manos—. Vamos a hablar.

—¿Quieres que digamos cosas guarras? —Me senté a su lado y sentí que la cama rebotaba bajo mi cuerpo.

—No vamos a follar.

—¿Y por qué cojones no? —Había arrastrado a Jason a casa sólo con esa intención. Quería devolvérsela a Axel, herirlo de la misma forma que él me había herido a mí. Estaba cansada de dejar que me pisoteara, destrozándome una y otra vez.

—Marie, ¿de verdad quieres tener sexo conmigo? —Observó mi expresión, y en mis ojos ya veía mi respuesta—. Yo creo que no. Por mucho que disfrute del sexo, no quiero estar con una mujer que está pensando todo el tiempo en otro hombre.

Aparté la vista avergonzada.

—Y me da la sensación de que ha pasado algo entre vosotros.

No le había dicho a Jason que Axel y yo nos habíamos acostado la otra noche.

—Fui a su casa porque estaba atravesando un momento difícil. Una cosa llevó a la otra y me quedé a pasar la noche. Creí que volvíamos a estar juntos, pero para él fue solo un polvo de una noche. —Jason y yo no teníamos una relación de exclusividad, pero tenía derecho a saber dónde pasaba la noche... y con quién me acostaba.

No parecía herido o decepcionado, pero la noticia era importante para él.

—Marie, me gustas. Creo que eres bonita e inteligente. Lo pasamos muy bien juntos. Pero no quiero verme atrapado en este tipo de cosas.

No lo culpaba por sentirse así.

—Lo entiendo, Jason.

—No parece que la relación con Axel haya terminado. Nunca tendré una oportunidad en estas circunstancias. No soy un chico romántico, pero tampoco quiero seguir compitiendo contra un tipo al que nunca podré superar.

—Eso se acabó —dije—. Pero tienes todo el derecho a sentirte de esa manera. —Jason y yo nunca habíamos ido en serio, pero lo cierto es que la relación no había comenzado bien. Nunca tuvimos ninguna posibilidad porque no le di una oportunidad. En todo ese tiempo no había dejado de pensar en Axel. Seguía esperando que nuestro amor se reavivara, en lugar de concentrarme en el tío tan fantástico que tenía al lado.

—No entiendo lo que hay entre vosotros. Pero me da la sensación de que deberías olvidarte de él.

—Lo sé...

—Date un tiempo para que su recuerdo se desvanezca. Pasa página y encuéntrate a ti misma. Cuando estés preparada, llámame. Pero, por ahora, creo que lo más inteligente es retirarme.

—No te culpo. —A esas alturas Axel ya me había dejado tirada tres veces.

—¿Qué tiene ese tío, Marie?

Suspiré avergonzada porque no tenía una respuesta para aquello.

—No tengo ni idea.

—¿Tenéis muchas cosas en común?

—La verdad es que no.

—¿Te sientes muy atraída por él? ¿Es todo físico?

—Me atrae muchísimo. Pero no, no es en absoluto físico.

—Entonces, ¿qué es?

—Si lo supiera, te lo diría. Si pudiera describirlo, lo haría. Pero no puedo.

—Pero tienes que saber por qué lo amas.

Pensé que lo sabía. Pero ¿había alguna razón concreta para amar a alguien? ¿Era una combinación de cosas? ¿O simplemente una elección? Nunca antes me había enamorado, así que en realidad no lo sabía.

—Lo sé... y no lo sé.

—Bueno, pues no parece que él te tenga en mucha estima.

—Eso es verdad. —No lo podía negar. Axel me había robado el corazón en el instante en que nuestros labios se habían tocado por primera vez. Su compasión y su sensibilidad me habían conmovido. Cuando estábamos solos él y yo, todo parecía perfecto. Podía imaginarnos envejeciendo juntos, rodeados de nuestros hijos y nietos. Siempre que me imaginaba la cara de mi marido, aparecía Axel.

Pero había dejado bien claro que no sentía lo mismo.

—Marie, eres demasiado guapa e inteligente para cargar con un tío como él. Te sugiero que sigas adelante y lo olvides.

Me quedé mirando mis propias manos sobre mi regazo.

—No podría estar más de acuerdo.

—Deja de verlo y pasa página de una vez. Cuando ese día llegue por fin, vuelve a salir con otros chicos.

—Si consigo ese trabajo, me mudaré a Nueva York dentro de un mes.

—Ahí lo tienes. Hay muchos peces en el mar, especialmente en el mar de Nueva York.

Me eché a reír.

—Sí, probablemente tienes razón.

—Entonces... ¿amigos? —extendió la mano para estrecharme la mía.

—Me encantaría ser tu amiga. —Se la estreché y me separé de sus brazos.

—Estupendo. Me alegro de que hayamos aclarado todo esto.

—Yo también.

Paseó la vista por mi habitación, mirando mis estanterías y cómodas. Se detuvo en mi mesa de trabajo, que estaba en la esquina. Era de madera blanca, hecha a mano en estilo *vintage*.

—¿Qué quieres hacer ahora?

Me encogí de hombros.

—Podemos cenar. Yo invito.

—Tengo mucha hambre...

Había perdido el apetito desde que Axel me apuñaló en el corazón, pero parecía que lentamente regresaba.

—¿Qué te parece pizza y luego jugamos al minigolf?

Jason sonrió.

—Me parece genial.

AXEL NO APARECIÓ POR CASA DURANTE TODA LA SEMANA SIGUIENTE Y ME pareció bien, porque yo tampoco quería verlo. Necesitaba un descanso de él y de todas las situaciones melodramáticas que lo acompañaban. Cuando empezamos a salir no tenía intención de buscar marido, pero tampoco quería una aventura que no llevara a ninguna parte. Ahora comprendía que buscábamos cosas muy diferentes y necesitaba continuar con mi vida. Si Francesca podía pasar de Hawke, yo también podría superarlo.

—¿Estás bien? —Francesca me sirvió el plato de fajitas.

—Estoy mejor. —«Un poco mejor, al menos».

—¿Te ha llamado?

—No. Por suerte.

Se sentó frente a mí y dio un bocado a su fajita.

—Menos mal que entiende que necesitas espacio.

—En realidad, sólo entiende que no voy a volver a dejar que juegue conmigo.

Francesca comía con los ojos fijos en mí. No defendió a su hermano, a pesar de que era toda la familia que le quedaba. Eso significaba que se lo

merecía.

—Al menos tienes a Jason. Es majo.

—En realidad hemos dejado de vernos.

—¿Por qué?

—No se sentía cómodo con todo el asunto de Axel y, sinceramente, no puedo culparlo. No quería meterse en medio de algo tan complicado.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Tomó la decisión correcta. No tenía por qué aguantar todo esto.

—Bueno... Al menos ya falta poco para acabar la universidad.

—Sí. Entonces podré salir de aquí y no volver a ver a Axel nunca más.

Francesca me miró con tristeza antes de seguir comiendo.

—No puedo creer que el semestre esté a punto de terminar... y que vaya a aprobar.

EL teléfono sonó en la mesa y vi un número que no reconocí. El prefijo era de Nueva York.

Francesca se inclinó hacia adelante y lo miró.

—¿Crees que es de alguna empresa a la que enviaste el currículum?

—Eso espero. —Se me aceleró el corazón al mirar la pantalla. Podría ser que me contestaban de alguna revista, o a lo mejor era otra negativa.

—¿Y si es de Prada?

—Ahora me estás poniendo nerviosa de verdad.

—Tú puedes, venga. —Dejó la fajita en el plato—. A por ello.

Respiré profundamente antes de responder.

—Diga. Soy Marie...

—Marie, llamo de Prada. Soy Hilda. Tuvimos una entrevista la semana pasada.

Tapé el receptor y susurré a Francesca.

—Es de Prada.

Francesca empezó a tamborilear en la mesa de la emoción.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

Volví a ponerme el teléfono en la oreja.

—Encantada de volver a hablar con usted, Hilda. Muchas gracias por reunirse conmigo la semana pasada. —Los modales se me activaron como si hubiera puesto el piloto automático.

—El placer fue mío, señorita Prescott. La llamo porque nos gustaría que viniera para hacerle otra entrevista.

Me tapé la boca con la mano para no empezar a gritar.

Francesca se puso de pie, desesperada por saber lo que me decía.

Bajé la mano.

—Me encantaría.

—Estupendo. Sé que la aviso con poco tiempo, pero ¿estaría disponible mañana?

Tenía clase de Economía, pero me daba igual.

—Estoy libre.

—Estupendo. Nos vemos a las dos.

—Muchas gracias, Hilda. A las dos entonces.

—Adiós. —Y colgó.

—¡Ay, Dios mío! —Me puse a dar saltos como una loca y tiré la silla. Después de toda la mierda por la que me había hecho pasar Axel, necesitaba buenas noticias.

—¿Qué ha dicho? ¡Cuéntame!

—He pasado a la segunda entrevista. —Dejé escapar un grito.

—¡Dios! ¿Lo dices en serio?

—¡Sí!

—Sabía que ocurriría. Vas a conseguir ese trabajo.

—Dios, espero que sí.

—¿Cuándo es?

—Mañana.

—Joder, casi no tienes tiempo. ¿No tienes clase?

—¿Qué más da? Tampoco voy a perderme nada importante.

—Es verdad.

Empecé a caminar de un lado a otro.

—¡Ay, Dios! No voy a poder dormir esta noche.

—Yo tampoco.

—Voy a tener que tomarme un Valium o algo así.

—O Lorazepán si lo tuviéramos.

Me fui a mi habitación.

—Tengo que elegir la ropa y cambiarme un millón de veces.

—Deja que te ayude. —Dejamos de cenar y fuimos juntas a mi habitación para hacer lo que se nos daba mejor. Entre las dos elegimos el mejor conjunto con los zapatos adecuados. Como estaba emocionada por otra cosa, dejé de pensar en Axel por un momento. No duró mucho, pero ese corto espacio de tiempo me proporcionó algo de paz.

AUNQUE YA HABÍA HECHO UNA ENTREVISTA, ESTABA HECHA UN MANOJO DE nervios. La pierna no paraba de temblarme y el corazón me latía a mil. Había muy pocas cosas en la vida que deseara de verdad, y en ese momento el trabajo en Prada encabezaba la lista.

Hilda me hizo algunas preguntas más sobre mis intereses como escritora y dónde me veía en los cinco años siguientes. Se interesó por mi ropa, señalando los zapatos de Prada que me había puesto. Y entonces la entrevista acabó.

—Gracias por venir hoy. Estoy encantada de ofrecerle esto. —Sacó un sobre de su cajón y me lo tendió arrastrándolo por la mesa—. Creo que comprobará que ofrecemos un salario muy competitivo con algunos beneficios. Piénselo bien y vuelva a verme.

Me quedé mirando el sobre sin cogerlo, incapaz de creer lo que acababa de decir.

—Genial... ¿Qué? —Me dedicó una sonrisa amistosa y señaló el sobre—. ¿Me está ofreciendo el puesto? —Había hecho muy pocas entrevistas de trabajo, y menos aún para trabajos de mi verdadera profesión. ¿Así era como contrataban a la gente? ¿Con una carta?

—Sí. Por eso la hemos citado hoy.

Tomé el sobre con manos temblorosas y lo abrí. La carta mostraba mi salario anual, junto con mi plan de pensiones, mi número de días de asuntos propios y mis vacaciones.

«¡Ay, Dios!»

—Necesitaremos su respuesta dentro de una semana —continuó Hilda—. Espero contar con usted para trabajar en Prada.

No sé cómo conseguí conservar la calma y no ponerme a gritar.

—Lo acepto.

—¿Está segura de que no desea pensarlo unos días?

—Completamente. —No iba a encontrar un trabajo mejor. Era exactamente lo que quería. No necesitaba tiempo para pensarlo—. Puedo comenzar al día siguiente de acabar la universidad.

Hilda sonrió.

—Me alegra ver las ganas que tiene de empezar.

—Muchas gracias por darme esta oportunidad. No la decepcionaré.

—Stacy no tenía más que buenas palabras sobre su valía. Personalmente,

me importa más el entusiasmo, la personalidad y la determinación de una persona que la universidad a la que haya asistido o sus notas. Está claro que comparte la misma pasión por la moda que todos nosotros. Creo que va a encajar muy bien.

De nuevo sentí unas ganas irrefrenables de gritar.

—Muchísimas gracias. —Me levanté y le estreché la mano.

—Nos vemos el mes que viene. —Me dedicó una sonrisa amistosa antes de volver a sentarse.

Me despedí con la mano y me marché con la cabeza alta y los hombros erguidos. Cuando salí del edificio y llegué a mi coche en el aparcamiento, por fin solté el grito que había estado reprimiendo todo ese tiempo. Llamé a Francesca.

—¡Ay, Dios! ¡Me lo han dado! El puesto es mío. Oficialmente ya trabajo en Prada. —Solté las palabras lo más rápido que pude. Sonaba un poco incoherente, pero Francesca lo entendería.

—¡Hostia puta! Me alegro mucho por ti.

—Lo sé... yo también.

—Mueve el culo y ven a toda pastilla para salir a celebrarlo.

—Voy para allá.

—¡NO ME LO PUEDO CREER! —EXCLAMÓ FRANCESCA—. HAS CONSEGUIDO UN trabajo así y ni siquiera has acabado la universidad.

—Yo tampoco me lo creo. —Acababa de terminar mi tercer margarita y no me hacía falta otro.

—Eso significa que vas a tener que alquilar algo rápidamente. Más bien a toda velocidad.

—Lo sé. Pero no creo que sea un problema encontrar un buen piso. Me pagan un pastizal. —Mi salario me iba a permitir llevar el estilo de vida que quería. Ya no tendría que compartir piso y me seguiría quedando dinero para salir unas cuantas veces a la semana—. Pero se me va a hacer raro no vivir contigo...

—Lo sé. —Francesca hizo un puchero para expresar la pena que sentía—. Será muy raro.

—No más muffins a media noche.

—Tranquila, puedo seguir preparándotelos a toneladas, aunque no los tendrás recién hechos a las tres de la madrugada.

—¿Qué vas a hacer tú? —Pensaba seguir pagando el alquiler hasta que Francesca encontrara a otra persona con la que compartir la casa.

—No creo que me quede aquí.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida.

—De todas formas, siempre he querido mudarme a Nueva York. Ahí es donde voy a abrir mi pastelería. Tendría que empezar a buscar el local. Además, ya nada me ata a este lugar.

—¿Qué hay de Cameron? —Creía que les iba bien.

—Me gusta y todo eso, pero no estoy dispuesta a quedarme por él. No sé lo que piensa hacer después de la graduación. No parece muy motivado para hacer nada.

—¿Eso significa que vas a romper con él?

—Nueva York está demasiado lejos para ir y volver todos los días. Así que sí.

—Ah... —Había tenido la esperanza de que surgiera algo más de esa relación. Ni siquiera se había acostado con él. Era evidente que estaba con Cameron de rebote, pero pensé que le sacaría algo de provecho.

—Creo que podemos seguir siendo amigos. De todas formas, él tampoco se tomaba lo nuestro muy en serio. Más bien creo que me estaba ayudando en un momento difícil.

—¿Y qué sacaba él de todo eso?

Una mirada de culpabilidad apareció en su rostro.

Me olvidé completamente de mi trabajo.

—¿Hicisteis...?

Asintió.

—¿Te acostaste con él?

Volvió a asentir.

—Culpable.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No lo sé. Estabas en medio de toda esa mierda con Axel y no me pareció el mejor momento para hablar sobre mi vida sexual.

—Siempre es un buen momento para hablar de esas cosas.

—Pues eso, lo hicimos.

—¿Cuántas veces?

—Si te soy sincera, lo hemos estado haciendo mucho.

—Es genial. —Era más que genial. Que estuviera acostándose con alguien era una señal clara de que todo iba bien. Todavía podía presentir a Hawke cuando andaba cerca, pero ese poder parecía innato en ellos. Nada se lo podría arrebatar—. ¿Qué tal el sexo?

—La primera vez fue terrible. No podía dejar de pensar en Hawke. Los comparaba todo el tiempo y luego me embargaba una sensación de añoranza. Fue sólo sexo, de esa clase en la que intentas que el otro se corra rápidamente para llegar tú al orgasmo y acabar. Con Hawke... era totalmente distinto. Pero después de la primera vez, dejé de pensar en ello. Ahora ya no lo pienso nunca.

—Es una noticia fantástica.

—Me gusta Cameron. Es un tío genial y tiene mucho que ofrecer. Pero creo que ambos entendíamos qué tipo de relación teníamos. No iba a durar para siempre y los dos vimos llegar el final. Pero no pasa nada. Disfrutamos mucho mientras duró.

¿Por qué no podía verlo yo de esa forma tan saludable? ¿Por qué no podía tomarme mi relación con Axel de la misma manera? Tenía que ser una estúpida y enamorarme de él como una idiota.

—Al menos te divertiste.

—Sí, esta relación me ha ayudado mucho. Siempre me sentiré agradecida a él. Me ha aguantado muchas tonterías.

—Qué tierno...

—Él también tenía sus propios problemas y creo que lo he ayudado un poco. Ha sido mutuo.

—Entonces... ¿eso significa que las dos nos mudamos a Nueva York!
—Estaba más que lista para largarme pitando de allí. No quería estar en la misma ciudad que Axel si podía evitarlo. Quería mudarme a la gran ciudad y conocer a todos esos otros peces del mar. Quería encontrar a un gran tipo que me quisiera de la misma forma que yo lo querría a él. Quería encontrar un marido, alguien de quien enamorarme—. Podemos volver a compartir piso.

—Ni hablar —replicó Francesca—. Tienes que tener tu propia casa. Te lo mereces.

—¿A dónde vas a ir tú?

Se encogió de hombros.

—Ya me las apañaré. Se me da bien resolver problemas.

Para mis adentros, no dejaba de pensar en Hawke. Íbamos a vivir en la misma ciudad que él. Si viviendo aquí nosotras y él allí seguía apareciendo

sin razón aparente, fijo que también lo veríamos en Nueva York.

—¿Y qué pasa con él...?

Me respondió inmediatamente, como si tuviera la respuesta ensayada.

—Nueva York es mucho más grande que Myrtle Beach. Dudo que nos encontremos. Allí viven más de ocho millones de personas.

No tenía nada claro que fuera a ser así.

—Mientras a ti no te importe...

—No te voy a decir que lo he superado del todo. —Se quedó callada durante casi un minuto antes de continuar—. Pero... estoy bien. —dijo, mientras asentía con la cabeza como si estuviese de acuerdo consigo misma—. Estoy bien de verdad. Puedo imaginarme con otros hombres, y me veo teniendo una relación seria con alguien algún día. Aún estoy dolida por la forma en que me dejó, pero si él es feliz, me alegro por él. Una parte de mí siempre lo amará, pero lo he superado. Estoy lista para empezar el siguiente capítulo de mi vida.

Llevaba mucho tiempo esperando escuchar esas palabras.

—Me alegro por ti.

Cogió la copa y la sostuvo en alto.

—Un brindis.

Levanté mi copa a pesar de que estaba vacía.

—Por dos de las chicas más peleonas de la historia.

—Por nosotras. —Choqué mi copa con la suya.

—Y por todos los corazones que vamos a romper en la Gran Manzana.
—Se bebió su margarita de un trago.

—Por nosotras.

ERA DIFÍCIL CONCENTRARSE EN LAS CLASES CUANDO TENÍA UN TRABAJO esperándome. No parecía que importara mucho si sacaba sobresalientes o suficientes. Hilda me había dicho que le daba igual la nota. A mí tampoco me importaba demasiado.

No sé cómo, pero conseguí seguir adelante y concentrarme. Me entró un caso grave de *universitis acabaditis* y no conseguía curarme. En sólo dos semanas me graduaría por todo lo alto y me largaría de esa ciudad.

Mi vida parecía haberse encarrilado por fin.

Tenía que embalar todas mis cosas lo más rápido posible, y necesitaba encontrar un lugar donde vivir. No me iba a quedar en Myrtle Beach ni un segundo más de lo necesario. Quería encontrar un apartamento de un dormitorio que fuera un poco más grande que un armario escobero. Y tenía que empezar a separar mis cosas de las de Francesca para hacer la mudanza. Habíamos vivido juntas tanto tiempo que en ese momento no sabía de quién era cada cosa.

—¿Ya estás con la mudanza? —Francesca me vio colocar las cajas detrás del sofá.

—Lo voy haciendo por fases. Es mejor que hacerlo todo de una vez, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que estás muy emocionada. —Me dedicó una sonrisa, de esas que dejaban claro cuánto se alegraba por mí.

—Bueno... Sí que lo estoy.

Francesca señaló hacia su portátil abierto sobre la mesa.

—He encontrado algunos apartamentos que a lo mejor te gustan. Están cerca de tu trabajo, así que no tendrías que usar el transporte público. Casi seguro que podrás ir andando.

—Gracias, Frankie.

—De nada.

Apilé la siguiente caja sobre las demás. Estaba llena de ropa vieja que ya no me ponía. La que había debajo estaba a rebosar de zapatos. Los sofás eran de Francesca, así que tendría que comprarme muebles cuando encontrara apartamento.

—Frankie, en serio, creo que deberías vivir una temporada conmigo.

—Tranquila, chica. Estaré bien.

—Venga, es lo más lógico. Sólo será temporal. Quédate conmigo unos meses mientras arrancas con la pastelería. No sé mucho de negocios, pero sí sé que abrir una tienda no es moco de pavo.

—No quiero cargarte con más cosas. Ya me has aguantado durante cuatro años.

—Han sido más de cuatro.

—Sabes lo que quiero decir. —Se puso una mano en la cadera—. Ya es hora de que tengas un poco de intimidad.

—No te lo estaría pidiendo si no quisiera que te vinieras conmigo. Así no tendrás que alquilar a la carrera algo que no te gusta. Puedes esperar un poco y no preocuparte por ganar suficiente para el alquiler y esas cosas.

—¿Estás segura?
—Sí. —La miré a los ojos mientras contestaba—. Sin ninguna duda.
—En ese caso, me iré a vivir contigo... otra vez.
—¡Yupi! —Le di un abrazo—. Además, así no estaré tan sola. Tendré a alguien con quien compartir la aventura.
—Siempre me tendrás para compartirlo todo. —Se separó y me apretó las muñecas—. Ahora vamos a elegir piso.

SABÍA QUE ESTE DÍA TENÍA QUE LLEGAR, NO HABÍA FORMA DE EVITARLO. ERA LA vida misma. Axel era el hermano de Francesca y no tendría más remedio que verlo de vez en cuando.

Sólo tenía que hacerme a la idea.

Entró y de inmediato vio las cajas apiladas detrás del sofá. Había algunas más en la encimera llenas de utensilios de cocina que no necesitaríamos en las siguientes semanas. Su mirada se transformó al mirar alrededor y notar los cambios.

—¿Vais a poner un mercadillo?

—No. —Cogí un rotulador y escribí el contenido en el lateral de la caja. Acababa de guardar los platos y las cazuelas. De todas formas, apenas usaba la vajilla. Los platos de papel eran mi perdición.

Axel volvió a mirar la sala de estar antes de girarse hacia mí.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Nos mudamos. —Presioné la tapa del rotulador hasta que hizo clic. Luego pasé a su lado como si no existiera—. No te quedes en medio, por favor. Tengo mucho que hacer.

—¡Eh, alto ahí! —Se interpuso en mi camino y me impidió pasar—. ¿Os mudáis? ¿A dónde?

—A Nueva York.

—¿Te dieron el trabajo?

Por un segundo había olvidado cómo había logrado esa entrevista. Axel me la había conseguido. Si no hubiera sido por él, todavía seguiría buscando trabajo. A pesar de su generosidad, seguía muy cabreada con él. Me había hecho mucho daño.

—Sí.

—Es genial... —En lugar de sentirse feliz, parecía muy desgraciado—. Sabía que lo lograrías. —Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta antes de volver a mirar las cajas.

—Gracias por ayudarme... —Tenía que decirlo y acabar de una vez. Mostrarle gratitud me resultó más difícil de lo que había imaginado.

—De nada.

—Bueno... tengo que seguir con esto. —Di un rodeo para pasar.

—Espera. —Otra vez se puso en medio—. ¿Cuándo te mudas?

—Dentro de una semana y media. Me voy justo después de la graduación.

—Es un poco repentino.

—Empiezo a trabajar el lunes siguiente. Así que tengo que darme prisa.

—Me sigue pareciendo precipitado.

—No me importa. De todos modos, quiero salir de aquí.

«Por tu culpa».

Se frotó la nuca y continuó mirándose.

—Son muchas cosas de golpe.

Me sentía aliviada por mudarme. Ya no tendría que ver a Axel. Si la suerte no me abandonaba, no tendría que volver a verlo en mucho tiempo.

—Bueno, tómatelo con calma, pero en otro sitio. —Cogí el siguiente cartón de la mesa y monté la caja.

—¿Jason se va contigo...?

Quise mentir.

—No.

—¿Y qué le parece todo esto?

No me apetecía decirle que habíamos roto. Quería que creyera que me acostaba con todos los hombres de la ciudad y que él ya no me importaba una mierda.

—Dejamos de vernos.

—Ah...

—Porque era lo que lo dos queríamos. Seguro que conoceré a alguien en Nueva York. —Axel se metió las manos en los bolsillos—. ¿Has venido por alguna razón? Porque tengo mucho que hacer.

—Quería ver cómo estaba Francesca...

—Bueno, pues ha salido. Y está bien. Ya no es necesario que te preocupes por ella. Por cierto, se viene conmigo.

—¿Qué? —dijo bruscamente.

—Se muda conmigo a Nueva York. Va a vivir conmigo una temporada

hasta que ponga su plan en marcha.

Volvió a frotarse la nuca.

Cuando acabé de llenar la caja, la levanté.

—Ya sabes dónde está la puerta. Tengo que hacer las maletas. —Entré en mi habitación y saqué la ropa de los cajones. Esperaba que me siguiera, que dijera algo más sobre el repentino cambio de planes. En mi interior, en algún lugar recóndito bajo multitud de capas de escepticismo, aún tenía la esperanza de que me pidiera que me quedara o me preguntara si podía venir conmigo. Cuando oí que la puerta de entrada se abría y se cerraba, supe que no iba a suceder.

Me había dejado marchar.

Desvío
Axel

MARIE SE IBA.

Le había conseguido esa entrevista de trabajo porque sabía cuánto lo deseaba. Escribir para Prada e ir a trabajar todos los días a ese hermoso edificio le haría muy feliz. Tener un trabajo que le gustaba de verdad le daría sentido a su vida. En lugar de empezar como becaria por unos céntimos, comenzaría desde arriba. Eso era exactamente lo que quería para ella.

Pero tenía que despedirme.

Sabía que, con el tiempo, yo también trabajaría en Nueva York, pero no sabía cuánto tardaría en conseguirlo. Y seguro que Francesca ya no estaría viviendo con ella cuando lo lograra. No tendría una excusa para ir a verla. Nunca nos encontraríamos en una cafetería o en el metro. Sería casi imposible cruzarme en su camino por azar.

Nunca la volvería a ver.

Al comprender lo que se me venía encima sentí como un puñetazo en el pecho. Ya la había perdido dos veces, las dos por culpa de mi estupidez. Pero esta vez era distinto. La iba a perder del todo, como amiga y como amante.

¿Qué iba a hacer sin ella? Ya no podría dormir a la puerta de su casa, porque no estaría allí. No podía quedarme todo el tiempo abrazado a su bufanda, porque sería bastante siniestro. Mi mundo entero sería diferente, y la única chica que realmente me importaba ya no estaría en él.

Me asusté de verdad.

ENTRÉ EN SU CASA SINTIÉNDOME DÉBIL. NO VI EL COCHE DE MARIE EN LA entrada, así que sabía que no estaba. La graduación era al día siguiente y no la había visto en una semana. Ni una sola de las veces que intenté hacerme el encontradizo lo conseguí. La echaba muchísimo de menos y me quedaba paralizado minutos enteros. ¿Iba a dejar que se fuera sin despedirme? ¿Podía dejar que se marchara sin decirme adiós?

—¿Qué pasa? —Francesca tenía el cabello recogido en una coleta y llevaba un chándal. La casa estaba vacía porque ya se habían llevado casi todos los muebles al apartamento que habían alquilado en Nueva York, pero parecía más pequeña en lugar de más grande.

—Sólo me he pasado para ver si necesitabais algo... —Eché un vistazo a las paredes desnudas, intentando aspirar lo que quedaba de la esencia de Marie. Muy pronto ya no podría oler su perfume. No me encontraría sus cosas desperdigadas por mi apartamento, esas cosas que me recordaban a ella.

—Bastante bien —contestó Francesca—. Me queda muy poco por recoger.

—Estupendo. —Como no había muebles, me senté en el suelo y me apoyé contra la pared. Doblé las rodillas y apoyé los antebrazos sobre ellas. Un suspiro profundo y deprimente escapó de mis labios.

Francesca dejó de escribir en la caja y se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra que había delante de mí.

—¿Estás bien?

Me encogí de hombros y me negué a mirarla a los ojos.

—Axel, si quieres decirle algo, ahora es el momento.

—¿Y qué puedo decir? —Miré por la ventana hacia el patio trasero. El césped había crecido casi treinta centímetros porque las chicas no lo cortaban. Yo se lo habría cuidado, pero no teníamos cortacésped.

—La verdad.

No me molesté en negarlo.

—Axel, se va este fin de semana. A una ciudad nueva con gente nueva. Marie seguirá con su vida y perderás tu oportunidad para siempre. Si hay algo que quieras decirle, habla claro ahora.

—¿Y qué voy a decirle? —Tragué el nudo que se me había formado en la garganta—. ¿Que no quiero que se vaya?

—Que la amas y quieres estar con ella.

Me negué a mirarla a la cara.

—Axel, ¿cuánto tiempo más vas a seguir mintiéndote a ti mismo? ¿Cuánto tiempo más vas a pasar convenciéndote de que eres como papá? No lo eres.

Sacudí la cabeza.

—Vale. Sigue pensando eso. Pero entonces debes superar lo de Marie y olvidarte de ella. Fin de la conversación.

—Nunca la olvidaré...

Me miró fingiendo irritación.

—Pues sé sincero de una puta vez. La amas, admítelo. Lo llevas escrito por toda la cara. Está más claro que el agua. Marie hizo que perdonaras a papá, algo que yo fui incapaz de conseguir en todos estos años. Te hace feliz. Se nota cuando estáis juntos. Te ha convertido en un hombre mejor. Antes eras incapaz de mantener la polla guardada en los pantalones más de un minuto y, desde que apareció ella, le eres fiel aunque ni siquiera estéis juntos. Axel, esa es la verdad.

Aún era incapaz de reconocerlo.

—En resumidas cuentas, ¿puedes vivir sin ella?

Cada vez que me imaginaba el cielo, ya no era azul. Cuando me imaginaba compartiendo la cama con otra, me deprimía más que en toda mi vida. Cuando intentaba pensar en mi felicidad, no existía. Sabía que nunca querría a ninguna otra mujer como a Marie. Lo que compartíamos era especial, fuera lo que fuera. No era algo que pudiera surgir con nadie más.

—Sí... pero no quiero.

Los ojos de Francesca se suavizaron.

—Entonces ve a hablar con ella. Todavía está cabreada por lo que ocurrió, pero si dices lo correcto, podrías conseguir que lo olvidara y te perdonara.

¿Alguna vez me perdonaría después de lo que había hecho? No solo la había herido una vez, sino dos.

—¿Por qué ha roto con Jason?

Pillé a Francesca con la guardia baja al cambiar tan rápidamente de tema.

—Estaba cansado de competir contigo.

¿Marie le había contado lo que sentía por mí?

—Y no se acostaron... por si te lo preguntabas.

Sentí un gran alivio, el más grande de mi vida. No estaba bien que me sintiera así después de haberle hecho tanto daño, pero era la verdad. No quería que estuviera con otro que no fuera yo.

—Pero todo eso cambiará en cuanto se mude a Nueva York. Estoy segura de que ya está lista para seguir adelante y olvidarse de ti lo más rápido

posible. Esta es tu última oportunidad. Literalmente.

Estaba atrapado en una encrucijada y no estaba seguro de qué camino tomar. Si la dejaba ir, volvería a mi existencia miserable y solitaria. Siempre pensaría en ella, por mucho tiempo que transcurriera. Me preguntaría qué estaría haciendo, con quién estaría saliendo y si era feliz. Si intentaba hacer que nuestra relación funcionara, podría tener todo lo que ansiaba. Pero también podría explotarme en la cara.

—¿Axel?

—¿Eh?

La puerta de entrada se abrió y entró Marie.

—Ese apartamento que hemos alquilado parece que encoge cada vez que metemos un mueble. —No miró hacia donde estábamos sentados porque estaba enviando un mensaje de texto a alguien. Se detuvo cerca de la mesa de la cocina y terminó el mensaje antes de dejar el bolso—. Al menos tiene buenas vistas. —Cuando se dio cuenta de que estábamos sentados en el suelo, ladeó la cabeza—. ¿Va todo bien?

Francesca se volvió hacia mí, preguntándome en silencio qué iba a hacer.

Todavía no lo sabía, así que no reaccioné.

Francesca se puso de pie y agarró su bolso.

—Tengo que ir a comprar... aspirinas. —Salió y nos dejó a solas. La tensión se acumulaba en la sala de estar con cada segundo que transcurría.

Me miró con todas sus defensas levantadas como si fueran una muralla.

Yo seguía atrapado en mis miedos. Cada vez que amaba a alguien, lo perdía. Si perdía a Marie, no sabría qué hacer. Pero si no hacía nada, la perdería de todos modos.

Me puse de pie y me acerqué a ella. Cuando la tuve cara a cara, vi las pecas que resaltaban en su rostro. Apenas se distinguían bajo el maquillaje, pero si miraba con suficiente atención, allí estaban. La forma de sus labios siempre me había llamado la atención. Eran gruesos y sensuales, aún más cuando los apretaba contra mi boca. Sus ojos verdes eran inconfundiblemente hermosos. Echaba de menos la forma en que solían mirarme, como yo si fuera alguien que valía la pena contemplar.

—¿Tienes un minuto?

—Sí. Pero sólo uno. —Se cruzó de brazos, manteniendo las distancias.

Ahora que había llegado la hora de la verdad, estaba aterrorizado. No lo había pensado detenidamente y tampoco había ensayado lo que iba a decir. Exponer a alguien tus sentimientos más personales era mucho más fácil en

teoría que en la práctica. De hecho, era aterrador. Una frase equivocada podía echarlo todo a perder.

—Te pido perdón por todo lo que te he hecho. Perdón por la forma en que te herí en más de una ocasión. Lamento mucho no haberte tratado bien.

Marie me miró inmisericorde.

—Ojalá pudiera volver atrás.

—Pero no puedes, Axel.

Intenté ignorar su actitud cruel. Si le daba muchas vueltas, me daría por vencido y me iría.

—La primera vez que nos enrollamos no significó nada para mí. Fue buen sexo sin tener que trabajármelo. Pero, después de aquello, lo único que deseaba era volver a tenerte. Eso nunca me había pasado. —No era lo más romántico que se podía decir, pero era la verdad—. Después te conocí mejor. Pasamos más tiempo juntos y, a medida que transcurrían las semanas, quería algo más además de acostarme contigo. Deseaba tu afecto, tus palabras y cualquier cosa que pudieras ofrecerme. Creo que incluso entonces... ya había algo. Pero me asusté.

»Todas las personas a las que he amado se han ido. Primero fueron mis padres. Después Francesca, lo único que me queda, estuvo a punto de tener el mismo final. Mi mejor amigo se mudó a una ciudad diferente. Sobreviví a todo eso, logré encontrar una razón para seguir viviendo. Pero si te pierdo, si te pierdo de verdad, no podría volver a respirar. Estaría más destrozado de lo que puedas imaginar. Así que pensé que mantenernos a distancia resolvería el problema. Si no te tenía, no podía perderte. De esa forma era menos doloroso. Pero todo el tiempo que hemos estado separados... he sido muy desgraciado.

Marie seguía con los brazos cruzados sobre su pecho, pero la rabia se apagó en sus ojos. No podía aferrarse a su ira, no para siempre.

—Ahora que te vas de verdad, sé que las cosas serán diferentes. No podré verte siempre que quiera. No podré usar a Francesca como excusa para pasar por aquí y contemplarte. No podré aliviar el dolor de mi corazón estando a tu lado. Me acabo de dar cuenta de que estoy a punto de perderlo todo.

Marie seguía con rostro inexpresivo, ocultando sus emociones bajo una máscara. Se negaba a poner sus cartas sobre la mesa hasta que no lo hiciera yo.

—No quiero perderte, Marie. No puedo soportar la idea de no volverte a ver. No quiero que pases página con otro chico ni volver a estar con una mujer diferente cada fin de semana. Me haces más feliz de lo que nunca pensé que

fuera posible y no quiero perder eso. Así que, por favor, dame otra oportunidad. Quédate conmigo. Por favor.

Marie cruzó los brazos con más fuerza aún.

—Te prometo que esta vez será diferente. Prometo que no me va a entrar el pánico y no me voy a ir. Me quedaré contigo. Seré el novio que mereces. Cuando lo organice todo, me mudaré a Nueva York y podremos estar juntos...

—No. —Marie dio un paso atrás—. Axel, no. —El rechazo me dolió—. Estoy cansada de que me arrojes de un lado a otro como si fuera un juguete. Unas veces me quieres y otras no. No soy un perro. Soy una persona con sentimientos. Estoy buscando un hombre que me trate con respeto. Y ese no eres tú.

—Sé que en el pasado cometí muchos errores, pero esta vez será diferente.

—Dices eso hasta que te encuentres el primer bache en el camino. Y entonces volverás a desaparecer. Solo estás diciéndolo ahora porque tienes miedo. La chica siempre dispuesta a follar contigo va a estar en una ciudad diferente, así que no podrás usarla cuando te dé la gana. Axel, no soy estúpida. Esto no tiene nada que ver con tus sentimientos hacia mí. Simplemente te asusta que las cosas estén cambiando.

—Eso no es verdad.

—La historia siempre se repite. —Marie apartó la vista, contemplando la sala de estar vacía—. Ya has jugado bastante conmigo. En este juego siempre pierdo yo, y no voy a volver a tirar los dados. Prefiero arriesgarme con otra persona, con un hombre de verdad que pueda...

—Te amo. —Las palabras me quemaron la garganta al salir. Era la primera vez que le decía eso a alguien que no fuera de mi familia. Me dolió, pero en el buen sentido. En el fondo de mi mente sabía lo que sentía por Marie. Había estado allí mucho tiempo, casi desde el principio. Sentía algo especial por ella, algo que no podría sentir por ninguna otra mujer. Ella me completaba, me entendía y me amaba. Cada vez que me imaginaba la cara de mi esposa, aparecía Marie. Era la futura madre de mis hijos, la mujer con la que envejecería y a la que le seguiría haciendo el amor cuando nuestros cabellos se tornaran grises. Era mi amor para siempre.

Marie respiró profundamente mientras sus ojos se suavizaban, mostrando claramente que no esperaba que dijera eso.

—Te he amado durante mucho tiempo, probablemente más de lo que tú me has amado a mí. Simplemente me aterraba decirlo... pero ya no tengo miedo. Por favor, dame otra oportunidad para hacer las cosas bien, para ser lo que

siempre has querido de mí. —Había desnudado mi alma ante ella y ahora era completamente vulnerable. Había desvelado la verdadera naturaleza de mi corazón, que sólo latía por ella. No me había acostado con nadie más porque mi cuerpo le pertenecía exclusivamente a Marie. Ni siquiera cuando tuve la libertad de estar con otras quise hacerlo. La única mujer a la que amaba era ella, desde el principio—. Sé que he tardado mucho tiempo en aclararme. Que te he hecho sufrir meses de tortura, casi un año entero. Pero ahora estoy listo para ser lo que deberíamos haber sido desde el principio.

Bajó lentamente los brazos hasta unir sus manos delante de su cintura. La ira que había en sus ojos unos minutos antes había desaparecido por completo. Ya no me odiaba, ya no me guardaba rencor por las cosas que le había hecho.

Ahora podríamos avanzar y comenzar de nuevo. Se mudaría a Nueva York y yo me uniría a ella en cuanto encontrara trabajo allí. Iría los fines de semana para estar juntos hasta que llegara ese momento. Tendríamos que pasar una temporada separados, pero lo superaríamos.

—No.

Escuché la palabra, pero no la asimilé. Mi cerebro se negó. Era una respuesta que no había predicho, por lo tanto no era posible. Marie me amaba. Era obvio en todo lo que hacía. Me perdonaría. Tenía que perdonarme.

—¿Qué?

—Lo siento, Axel. —Tenía los ojos anegados en lágrimas—. Ya me has roto el corazón dos veces y no quiero pasar por eso una tercera vez. Estoy demasiado cansada para dar a lo nuestro otra oportunidad... aunque me ames. En algún momento te asustarás y volverás a salir corriendo. Puedo ver el final antes incluso de que empiece. Ya he pasado por ello dos veces y no voy a volver a intentarlo. Mi corazón no podría soportarlo más.

Me quedé allí de pie, sin palabras. Le había abierto mi corazón, pero no había sido suficiente. La había cagado demasiadas veces. Ya no podía confiar en mí. No se creía nada de lo que salía por mi boca. Me veía como a un niño que grita demasiadas veces que viene el lobo.

—No lo digo para hacerte daño —susurró—. Simplemente ya no creo en nosotros.

Bajé los ojos hacia el suelo porque no soportaba mirarla. Me había partido el corazón en dos y luego había hecho añicos las dos mitades. Cada vez que tomaba aliento, el dolor me asfixiaba irremediabilmente. Nunca había sentido ese tipo de angustia. Había perdido a mis padres de forma brutal y casi perdí a mi hermana. Pero esto... Esto era un nuevo nivel de dolor.

—Lo siento, Axel. Estoy preparada para pasar página y comenzar de nuevo. —Regresó a la mesa y recogió sus cosas. A pesar de que esa casa había sido su hogar, se fue sin mirar atrás.

Me quedé clavado en el sitio, mirando al suelo. La sangre se agolpaba en mis oídos y resonaba como un tambor lejano. Ahora que lo único que me importaba me había abandonado, me di cuenta de que no tenía nada. El sentimiento de pérdida me ahogó como el océano helado en pleno invierno. Si hubiera comprendido antes mis sentimientos, podría haber evitado todo esto. No habría perdido algo tan precioso para mí, tan vital para mi supervivencia.

Yo era el único culpable y eso hizo que me sintiera aún peor.

A PESAR DEL DOLOR, ME NEGUÉ A PERDERME LA GRADUACIÓN DE MI HERMANA. Nuestros padres no estarían allí, así que tenía que ir. Yaya ya había llegado y vitoreaba a Francesca como la que más, pero sabía que mi presencia significaba mucho para ella.

No quería mirar a Marie. No porque la odiara o no quisiera volver a verla. Sabía que la añoranza me ahogaría. ¿Cómo podría estar en el mismo sitio que ella y no atraerla hacia mí para abrazarla? ¿Cómo iba a mantener las manos quietas? Incluso en ese momento, después de todo lo que había pasado, seguía pensando que era mía.

Francesca atravesó el estrado y recibió su diploma. Cuando giró la borla de su birrete, grité y aplaudí. Yaya gritaba a pleno pulmón, orgullosa de su única nieta.

Francesca no se graduó con matrícula de honor porque apenas había conseguido aprobar el último semestre, y era una pena. Pero lo había logrado y eso era lo que contaba. Estaba muy orgulloso de ella.

Unos minutos más tarde, Marie subió al estrado. Parecía un rayo de sol con su hermoso cabello rubio y su piel impecable. Se acercó al decano de la universidad y tomó su diploma antes de bajar del estrado. Entre la multitud surgieron numerosos aplausos, y supe que provenían de hombres que ni siquiera la conocían.

Aplaudí más fuerte que nadie.

—Voy a buscar a Francesca —dijo Yaya—. Tengo que hacerme una foto con ella.

—Creo que van a...

Yaya se había ido, casi empujando al gentío para que la dejaran pasar.

Me giré hacia el otro lado y vi a los recién graduados bajar del escenario para reunirse con sus familias. Mis ojos buscaron el rostro de Marie, no el de Francesca. Pero por azar me topé con una cara que no esperaba ver.

Hawke.

Entorné los ojos para intentar distinguir si realmente era él. Tenía el mismo cabello y la misma altura, y llevaba el mismo tipo de ropa. Se había puesto gafas de aviador como las que acostumbraba a usar en los días soleados.

Tenía que ser él.

Me abrí paso entre los asistentes porque necesitaba confirmar que era él de verdad. Cuando llegué a su lado, el hombre se volvió hacia mí. Me miró durante unos instantes antes de girar sobre sus talones y desaparecer entre la multitud.

—¡Hawke! —Eché un vistazo por encima de las cabezas del público y traté de encontrarlo en el mar de familias que se habían congregado allí, pero ya se había ido.

¿Era él de verdad?

—¡Lo conseguí! —Francesca corrió hacia mí y me abrazó—. Lo he logrado de verdad.

Me olvidé de Hawke y le devolví el abrazo.

—Enhorabuena, Frankie.

Apoyó su cara contra mi pecho y me apretó la cintura.

—Muchas gracias. No lo habría logrado sin ti.

—¿Para qué son los pesados de los hermanos mayores? —Puse mi mejor cara porque era su día. No quería ser un aguafiestas a causa de Marie. Tenía el día siguiente para eso, y todos los días que vendrían después.

Yaya se acercó a nosotros.

—¿Cómo la has encontrado antes que yo?

Me encogí de hombros.

—Es cosa de hermanos. —Más bien porque Hawke me había conducido hasta ella.

Yaya abrazó a Francesca con tanta fuerza que la pobre soltó un chillido.

—Estoy muy orgullosa de ti, cariño.

—Gracias, Yaya.

—Quiero haceros muchas fotos —dijo Yaya, y le plantó dos besos en las mejillas.

—Buena idea.

Marie se acercó a nosotros con el cabello y el maquillaje perfectos. Subida a los tacones parecía alta, varios centímetros más que de costumbre. De cerca era aún más hermosa. Contemplarla me provocaba dolor físico.

Me miró con la misma expresión que el día anterior. Había sufrimiento en su rostro, como si rechazarme no fuera en absoluto placentero. Y, si miraba con suficiente atención, todavía veía amor escondido en sus ojos.

—¿Te puedes creer que por fin nos hayamos librado de este sitio?

—Lo sé —dijo Francesca—. ¡Y nos vamos a Nueva York!

—¿Nos haces una foto, Yaya? —preguntó Marie.

—Buena idea. —Sacó su iPhone, aunque todavía no sabía usarlo muy bien—. Acercaos más. —Levantó el teléfono y tomó la foto.

Fue en ese momento cuando comprendí que no volvería a ver a Marie. Y si la veía, no sería por mucho tiempo. Asimilar la realidad era más doloroso que cualquier otra cosa.

—Frankie, ¿te importa sacarnos una foto? —Lo único que tenía de Marie era su bufanda, que no tenía intención de devolver. Pero quería algo más, algo que pudiera contemplar.

—Claro... —Cogió mi teléfono con expresión triste.

Marie me miró sorprendida.

Me puse a su lado y me quedé allí de pie, incómodo, deseando tocarla, pero sin saber si debía hacerlo. Cuando estaba tan cerca de ella, su perfume me embargaba. Sentía su respiración. Veía el hermoso brillo de sus ojos. Le pasé el brazo alrededor de la cintura, apoyándolo con naturalidad en su cadera. La atraje hacia mí, deseando poder hacerlo todos los días. Su brazo se enganchó a mi cintura y sonrió a la cámara. Yo hice lo mismo.

Francesca tomó la foto y me devolvió el teléfono.

—Ha quedado muy bien.

—Gracias. —Fue difícil soltarla. En realidad fue muy doloroso. Me alejé de ella con el corazón apesadumbrado, sabiendo que nunca podría volver a tocarla. Me metí el teléfono en el bolsillo y decidí mirar su foto en otro momento. Tendría algo que podría atesorar en los años venideros.

Marie parecía triste después de hacerse la foto. Era incapaz de fingir felicidad ni siquiera por un momento. La culpa y el dolor inundaban sus rasgos. Nunca tuve intención de herirla en ese día tan especial, pero al menos sabía que sentíamos lo mismo.

Los dos éramos desgraciados sin el otro.

Bienvenidos a Nueva York
Marie

—¿QUÉ tal tu primer día? —preguntó Francesca, sentada a la mesa de la cocina que habíamos traído de nuestra antigua casa. Era demasiado grande para el pequeño apartamento de Nueva York, y las sillas apenas cabían a su alrededor. Estaba mirando papeles y planos.

—Estupendo. —Me quité la chaqueta y la puse en el respaldo del sofá. Todo mi vestuario era de Prada. Era una ganga gracias a mi descuento del cuarenta y cinco por ciento para empleados. Además, probablemente me lo habría comprado de todos modos—. Los compañeros son todos muy amables. Y mi oficina tiene una ventana con vistas a la ciudad. Es un millón de veces mejor de lo que me había imaginado.

—¡Alucinante! —sonrió Francesca.

—Tengo unas ganas enormes de volver al trabajo mañana.

—Eso desaparecerá rápidamente, por mucho que te guste.

—¿Cómo va la búsqueda? —Francesca había comenzado a buscar un local para abrir su negocio.

—He encontrado un edificio que hace esquina en la Quinta con Lexington. Está realmente bien situado y las cristaleras son perfectas. Tiene muchísima luz natural. Antes era un restaurante, así que tiene la distribución adecuada. Pero si lo consigo tendré que reacondicionar la trastienda para agrandar las cocinas.

—Déjame ver. —Me apreté en la silla a su lado.

—Está aquí. —Francesca señaló la X roja que había pintado en el plano—. Es un lugar de paso para turistas y clientes habituales, y no tendría competencia a mi alrededor.

—Perfecto.

—Tengo unas cuantas fotos. —Me pasó su teléfono.

Hojeé las fotos y comprendí que el local necesitaba una buena remodelación.

—Me parece que la obra te va a costar mucho dinero.

—Lo sé —respondió con un suspiro—. Pero la ubicación es perfecta. Y en la universidad me enseñaron que la ubicación es lo más importante.

—Es verdad.

—Además, sé exactamente cómo quiero que sea. Sólo tengo que encontrar un contratista que esté dispuesto a hacer realidad mi idea a un precio razonable.

—¿Cuánto cuesta el alquiler?

—No muy caro.

—¿Cuánto tiempo tienes para decidirte?

—Una semana.

—Bueno, ¿tienes otra opción?

—Unas pocas. —Francesca me pasó los papeles y me dejó echar un vistazo. Se sentó allí en silencio, tamborileando con los dedos sobre la mesa mientras yo los estudiaba con calma. Cuando el ritmo aumentó, comprendí que se estaba impacientando—. Así que... ¿Axel es de verdad cosa del pasado?

No esperaba que me lo preguntara, al menos no en ese momento. Me pilló desprevenida.

—Sí.

—¿Qué ha pasado entre vosotros dos?

Francesca había deducido gran parte de la historia.

—Quería volver conmigo, pero le dije que no. Me ha hecho daño demasiadas veces y en este momento no confío en él. Solo quiero pasar página y encontrar a un tío con el que las cosas salgan bien a la primera.

Francesca dejó de tamborilear con los dedos.

—Sin ánimo de ofender, Marie, el romance no funciona así. No existe eso de conocer a un chico y que todo salga bien al primer intento. Las relaciones son complicadas y hay que trabajarlas.

—Bueno, normalmente no son tan complicadas como lo mío con Axel.

—Probablemente no... pero no creo que sea razón suficiente para no estar

con él.

Dejé caer los papeles sobre la mesa.

—¿De verdad lo estás defendiendo?

—No... Sí. —Se encogió de hombros—. Creo que es un idiota que confunde el culo con las tómporas, pero sé que te quiere. Ha sufrido mucho y le resulta difícil adaptarse a algo así. Pero el hecho de que por fin se diera cuenta debería tener algún valor.

Sacudí la cabeza, decepcionada.

—Me arrastró por el fango durante ocho meses.

—Lo sé... pero no se acostó con nadie más.

—Eso da igual.

—No da igual —protestó—. No es nada típico de Axel. Te fue fiel a pesar de que no estaba comprometido contigo. Aunque es verdad que hizo muchas estupideces, también hizo muchas cosas muy tiernas por ti.

—¿A qué viene todo esto? —pregunté enfadada—. Hace unas semanas estabas de mi parte.

—*Estoy* de tu parte. Y también creo que Axel podría hacerte feliz de verdad si le dieras otra oportunidad.

Estaba cansada de darle oportunidades.

—Si le diera otra oportunidad, ya sé lo que sucedería. En algún momento cambiaría de opinión y volvería a largarse. Se asustaría de algo y huiría como alma que lleva el diablo. Con él siempre habrá riesgo de fuga. Ya no confío en él, Frankie. Esa es mi conclusión. —Francesca se dio media vuelta, renunciando a discutir—. Sé que para ti todo esto es muy incómodo porque es tu hermano. Podemos comportarnos como personas civilizadas cuando estemos juntos. Así que no te preocupes, no te vamos a arrastrar en medio de nuestros problemas. Dentro de unos meses será como si nada hubiera sucedido.

—Eso no es lo que me preocupa. Sólo quiero que los dos seáis felices, y creo que tenéis que estar juntos para lograrlo.

—Déjalo ya, Frankie. —No conseguiría sacarme a Axel de la cabeza hasta que ella dejara de hablar de él.

—Vale. —Reunió todos los papeles y los guardó en una carpeta—. Ya lo decidiré más tarde.

TARDÉ DOS SEMANAS EN SENTIRME REALMENTE CÓMODA EN LA OFICINA. LA novedad del edificio se desvaneció con el tiempo y me cansé de levantarme a las siete de la mañana todos los días. Pero seguía feliz con mi trabajo.

Todavía tenía a Axel en la cabeza, pero era más fácil no pensar tanto en él inmersa en un lugar nuevo. Nada me lo recordaba y mis días transcurrían experimentando cosas nuevas para variar.

Me apunté a un gimnasio que había a la vuelta de la esquina de mi oficina y encontré una cafetería de camino al trabajo. Normalmente la cola no era muy larga y me servían rápidamente. Nueva York era diferente a cualquier otro lugar que hubiera visitado. No importaba qué hora del día fuera, la gente iba y venía constantemente.

Llegué a casa y dejé mis cosas.

—¿Qué tal el trabajo? —Francesca acababa de preparar la cena.

—Bien. —Solté un suspiro de agotamiento.

—Ya te avisé de que te hartarías. —Puso la comida sobre la mesa. Eran tacos y arroz.

—Sí. Ya me lo dijiste. —Me quité los tacones de un puntapié y me senté con ella a la mesa—. ¿Cómo va lo de la pastelería?

—Voy a presentar mi oferta mañana y espero conseguir el local.

—Genial —dije—. Ojalá lo consigas.

—Eso espero.

—¿Cómo lo deciden?

—Eligen el negocio que es más probable que vaya a funcionar.

—¿Qué importa eso?

—Porque un negocio popular significa que pueden cobrar un alquiler más alto. Son un poco codiciosos.

Me comí los tacos y me bebí una Corona. Tener a Francesca viviendo conmigo era agradable porque limpiaba el apartamento, hacía la colada y tenía la cena en la mesa todos los días cuando llegaba a casa. Era como tener una esposa ama de casa, pero sin el sexo.

—¿Cuánto crees que costará remodelar el local?

Francesca se estremeció.

—Mucho. Tendré que pedir un préstamo grande de verdad.

—Eso asusta.

—También voy a necesitar que alguien me avale porque no tengo nada que presentar como garantía.

«Axel».

—Decidiré el próximo paso cuando tenga el local. No tiene sentido comerme la cabeza con eso ahora.

—Lo conseguirás, Frankie. Seguro que los propietarios echan un vistazo a tu plan de negocios y reconocen que será todo un éxito.

—Eso espero.

COMO YO ERA LA QUE PAGABA EL ALQUILER, ME HABÍA QUEDADO CON EL dormitorio. Francesca dormía en el sofá. Tenía la ventaja de la televisión. Podía verla hasta que se quedaba dormida. Yo no podía permitirme ese lujo en mi habitación.

Aunque estaba agotada, no conseguía dormirme. Daba vueltas en la cama, sintiendo que las sábanas frías se me pegaban al cuerpo. Cada treinta minutos miraba la hora y comprobaba lo tarde que era. Luego gruñía y vuelta a empezar. Cuanto más tardaba en conciliar el sueño, más ansiosa me sentía. Era un círculo vicioso que no conducía a nada.

Entonces mi teléfono sonó.

Nadie me llamaba tan tarde por la noche, excepto una persona. Pero no tenía ningún motivo para hacerlo. Cogí el teléfono y vi el nombre de Axel en la pantalla. El corazón me dio un vuelco y apenas podía respirar. Justo cuando había dejado de pensar en él por unos instantes, se arrastraba de vuelta a mi mente. Podía silenciar la llamada e intentar volver a dormir, pero no lo hice.

Quería contestar el teléfono.

Nada bueno saldría de aquello, pero era incapaz de detenerme. Lo deseaba demasiado.

Descolgué el teléfono y no dije nada. Simplemente me quedé sentada con el teléfono en el oído.

Él tampoco dijo nada, aunque sabía que estaba allí.

Me quedé mirando al techo y sentí cómo la sangre se me agolpaba en los oídos. Latía dolorosamente, disminuyendo mi capacidad auditiva.

—Hola... —Su voz profunda atravesó la línea, masculina y hermosa. Vaciló como si no supiera por qué había llamado.

—Hola... —Mi voz brotó más alta de lo que me habría gustado. La emoción surgió en contra de mi voluntad.

Se quedó callado de nuevo, sin decir nada más.

Escuché su respiración regular, sabiendo que estaba acostado en la cama igual que yo. Aunque me había marchado de Myrtle Beach y lo había rechazado, lo echaba de menos. Lo añoraba con locura.

Y siempre lo añoraría.

Continué escuchando su respiración, encontrando consuelo en aquel sonido delicado. Los latidos de mi corazón se sincronizaron con su respiración, recordando todas esas noches en las que habíamos dormido abrazados. Extrañaba sus hábitos a la hora de dormir. Si estuviera conmigo en ese momento, mis sábanas no estarían frías.

Me llevé el osito de peluche al pecho mientras me mantenía en línea, deseando abrazarlo a él en lugar de a un muñeco. No estaba claro por qué había llamado, pero sospechaba que no tenía ninguna razón. Simplemente había cedido a su deseo y había pulsado mi nombre en la pantalla.

El hecho de hablar por teléfono con él me hizo sentir mejor, consiguió que lo añorase un poco menos. Traté de fingir que estaba a mi lado, durmiendo junto a mí igual que antes.

—Te echo de menos. —Su voz no tembló, pero delataba su necesidad. La emoción era cruda, palpable a través del teléfono.

—Yo también te echo de menos. —No debí decirlo, pero cuando me di cuenta de mi error ya era demasiado tarde. Las palabras me habían brotado instintivamente. Esa noche mi corazón había tomado las riendas.

Después de una larga pausa, volvió a hablar.

—¿Qué tal en Prada?

—Bien... Todavía me gusta.

—¿Te tratan bien?

—Sí. Tengo mi propia oficina con vistas, y suelo almorzar en la sala de descanso. Tendré que vigilar mi peso.

—No es verdad. Eres guapa sea como sea.

El corazón me dejó de latir un segundo.

—¿Te gusta la ciudad?

—Sí. Es diferente, pero por ahora me gusta.

—¿Mi hermana no te molesta?

—No —dije soltando una risa—. Nunca.

—Dale tiempo.

Volví a reír.

Se calló, escuchándome respirar.

—¿Cómo va todo?

—Normal. —Por la forma en que lo dijo, no sonaba muy bien.

—¿Has tenido suerte buscando trabajo?

—He hecho unas cuantas entrevistas. Una es para Florida. Ya veremos cómo van las cosas.

Me pregunté si querría mudarse a Florida para vivir lo más lejos posible de Nueva York. En un lugar nuevo nada le recordaría a mí.

—¿Estás saliendo con alguien? —Hizo la pregunta con vacilación, como si no estuviera preguntando precisamente eso.

No había tenido ninguna cita, y tampoco lo había buscado. Nueva York era una ciudad nueva para mí y todavía me estaba aclimatando.

—No.

Su respiración se aceleró ligeramente.

—¿Y tú? —No sabía muy bien por qué se lo preguntaba cuando ya sabía la respuesta.

—No. Pero sí le eché la bronca a Alexia por todas esas gilipolleces que te contó.

—Más vale tarde que nunca, ¿no?

—Es una psicópata. No me extraña que su novio la dejara.

Me puse de lado y me coloqué el teléfono debajo de la oreja para escuchar su respiración.

—¿Te va bien? Siempre puedes llamarme si necesitas algo.

—Estoy bien. Francesca y yo nos las arreglamos solas.

—¿Cómo va su búsqueda de local para la pastelería?

Me sorprendió que todavía no lo supiera. Estaba claro que no habían hablado.

—Cree que ha encontrado el lugar perfecto. Va a presentar una oferta mañana, y a ver qué pasa.

—Me alegro por ella. Espero que lo consiga.

—Seguro que sí. A la gente buena le pasan cosas buenas.

—Es verdad. —No colgó, a pesar de que no tenía nada más que decir. Escuchó mi respiración a la vez que yo escuchaba la suya—. Lamento haberte llamado. Echo de menos hablar contigo. Me resulta raro no tenerte cerca para hacerlo.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Todavía voy a vuestra antigua casa, a pesar de que sé que no estás allí.

Abracé el oso de peluche contra mi pecho.

—Y tengo tu bufanda... La guardo en el primer cajón.

Había perdido la bufanda roja y verde y no la encontraba. Creía que cuando recogiera todas mis cosas, aparecería. Ahora ya sabía dónde había terminado.

—Me preguntaba dónde estaría.

—Ya no necesitas seguir buscando.

Hablar con él era más difícil de lo que esperaba. Mi corazón ansiaba viajar a través del teléfono y tocarlo. Mis manos anhelaban su cuerpo. Quería rodearlo con mis brazos y no soltarlo jamás. La añoranza me consumía y oscurecía todo lo demás.

—Debería dejarte... —Tenía que colgar el teléfono antes de que me derrumbara y me rindiera a las lágrimas. Lo último que necesitaba era que supiera cuánto lo extrañaba, que alejarme de él había sido lo más difícil que había tenido que hacer.

—Perdona por mantenerte despierta. Buenas noches, Marie.

—Buenas noches, Axel.

En lugar de colgar, se mantuvo al teléfono. Su respiración era un sonido distante, casi silencioso.

—Te amo.

Sus palabras resonaron en mi mente indefinidamente. Durante muchísimo tiempo había soñado con oírlas y ahora las había escuchado dos veces. Eran hermosas, pero de una forma muy dolorosa. Me quemaban, me dejaban cicatrices. En lugar de producirme alegría, sólo me traían dolor.

—Yo también te amo.

Opciones
Axel

HABÍA SOLICITADO trabajo por todas partes. Al principio me concentré en Nueva York, pero ahora que Marie se había mudado allí, no estaba seguro de querer vivir en la misma ciudad. Deseaba verla, por supuesto. Quería estar cerca de ella. Pero probablemente eso me pondría las cosas más difíciles.

No me quería cerca.

Si viviéramos en la misma ciudad, nos encontraríamos de vez en cuando en Starbucks y nunca lo superaría. No pasaría página y no podría volver a encontrar la felicidad. Lo mejor que podía hacer por el bien de ambos era mudarme a algún lugar lejano.

Me había rendido a mi debilidad y la había llamado. Necesitaba desesperadamente escuchar su voz, oírla respirar. Me estaba volviendo loco sin esos sonidos. Incapaz de dormir, había cedido a lo único que me hacía sentir bien de verdad.

Habían pasado otras dos semanas y me estaba quedando vacío. Necesitaba a Marie para superar un día más. La añoranza crecía en mi interior y me comía vivo. Lo único que quería era abrazarla y terminar con el sufrimiento.

A veces me preguntaba si podría recuperarla si lo intentaba con más ahínco. ¿Y si decía algo que le hiciera cambiar de opinión? ¿Si hacía algo para que se lo volviera a pensar? Cuando le dije que la amaba, me contestó con las mismas palabras. Eso tenía que significar que había esperanza.

Pero, si de verdad había esperanza, ¿se habría ido? ¿Habría rechazado mi

amor? ¿O en realidad no había ninguna esperanza y sólo estaba viendo lo que quería ver?

No lo sabía.

Después del trabajo recibí una llamada que complicó aún más las cosas.

—Axel, soy Henry, de Worldwide Investments. Nos conocimos hace unas semanas.

Sabía exactamente quién era. Dirigía una gran compañía de inversiones en Manhattan. Era una de las firmas más grandes de la ciudad. Del país, en realidad. Había solicitado el puesto dando por hecho que me rechazarían, así que, cuando me llamaron para la entrevista, me sorprendió muchísimo. Y cuando pasaron tres semanas y no supe nada de ellos, simplemente asumí que habían seleccionado a otro para el trabajo.

—Hola, Henry. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Muy bien —respondí—. Y aún mejor porque espero que esta llamada sea para darme buenas noticias.

Henry se echó a reír.

—Así es. Contratamos a otra persona para el puesto que solicitó, pero no era el perfil de empleado que buscaba la empresa. Al parecer, mintió en su currículum.

«Qué idiota».

—He revisado y verificado completamente su solicitud. Dado que usted era nuestra segunda opción, me gustaría ofrecerle el trabajo.

Ni siquiera me sentí insultado por sus palabras. Era el segundo mejor, pero no me importaba. Ahora estaba en primera línea.

—Vaya. Es genial.

—Entonces, ¿sigue interesado?

Había decidido cambiar de planes y regresar a Florida. Todavía tenía allí muchos amigos de la universidad. Y allí no habría ni rastro de Marie. Podría volver a salir de fiesta y pasar página con otras chicas. Pero ahora que me estaban ofreciendo el trabajo de mi vida, algo que nunca había esperado lograr tan temprano en mi carrera, no podía decir que no. Sería estúpido hacerlo.

—Por supuesto.

—Estupendo. ¿Cuándo puede venir a hablar de los detalles?

—Estoy disponible cuando desee. —No iría a trabajar si fuera necesario.

—¿Qué le parece mañana? Le pido disculpas por las prisas, pero necesitamos ocupar el puesto lo antes posible. Como el candidato anterior no

encajó, andamos justos de tiempo.

—De acuerdo. Puedo ir mañana. —Habría preferido avisar con dos semanas en mi trabajo actual porque era lo más profesional, pero si no tenía otra opción tendrían que aguantarse. De todos modos, me pagaban una mierda.

—Estupendo. Le espero.

—Lo mismo digo. —Después de colgar, me dejé caer en el sofá y sentí que mi cuerpo se rendía al subidón de adrenalina. Acababa de conseguir el trabajo de mis sueños, que me había llovido literalmente del cielo. Estaba a punto de hacer el petate y volver a mudarme a Florida cuando me llegó esta oportunidad.

Era como si estuviese destinado a suceder.

FRANCESCA ME LLAMÓ POR TELÉFONO.

—Oye, ¿tienes un minuto?

Me paré en la acera cerca de donde había aparcado el coche. La gente pasaba de largo, hablando por sus teléfonos o sorbiendo café de vasos de plástico.

—Sí. ¿Qué pasa? —No había hablado con ella desde que se mudó a Nueva York. Había caído en una profunda depresión y no había tenido ganas de hablar con nadie, ni siquiera con mi hermana.

—No quiero cargarte con esto, pero no sé qué más hacer.

La seriedad de la conversación hizo que me olvidara por completo de lo que me rodeaba. Siempre que alguien a quien yo quería tenía problemas, allí estaba yo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué pasa?

—Aceptaron mi oferta por el local para la pastelería. Pero la obra que tengo que hacer es increíblemente cara. Me conceden el préstamo, pero necesito que alguien me avale. —Sabía perfectamente lo que me estaba pidiendo.

Era algo muy serio. Si la pastelería se hundía, me quedaría atrapado pagando su crédito. Tendría que seguir pagándolo yo. Era aterrador—. Necesito ver tu plan de negocios antes de aceptar.

—Vale. —No lo discutió—. Gracias, Axel.

—No he dicho que sí.

—No. Pero sé que lo harás.

FRANCESCA AÚN VIVÍA CON MARIE, ASÍ QUE LA VERÍA. ERA LA ÚNICA VENTAJA de toda la situación. Había pasado casi un mes desde la última vez que había posado los ojos en ella. Habíamos hablado por teléfono, pero hacía ya tanto tiempo de eso que estaba desesperado por volverla a ver.

Llamé a la puerta y esperé a que abriera Francesca.

—Hola. Has venido muy rápido. —Cerró la puerta cuando entré y me acompañó a la sala de estar. La mesa de la cocina estaba colocada contra la ventana porque no había mucho espacio.

Miré a mi alrededor esperando ver a Marie, pero no estaba.

—¿Por qué vas vestido así?

Llevaba uno de mis trajes de marca.

—Vengo de una entrevista de trabajo.

—¿De verdad? —Se sentó a la mesa y me miró con los ojos muy abiertos—. ¡Qué emocionante!

—Y me lo han dado. —Tomé asiento frente a ella.

—Todavía mejor —soltó—. ¿Dónde?

—Worldwide Investments. Es la compañía más grande de Nueva York. Cuando me lo ofrecieron, no pude rechazarlo.

—¿Querías decir que no ibas a...?

—Había planeado mudarme a Florida. —No necesitaba explicarle por qué. Francesca lo entendía.

Asintió con una mirada triste en los ojos.

—Pero no pude rechazarlo, así que tengo que buscar apartamento.

—¡Qué emocionante! Me alegro por ti.

—Gracias.

—Y me alegra que no te vayas a mudar a Florida. Eso está muy lejos...

—Como si me fueras a echar de menos.

Me miró a los ojos.

—Pues en realidad sí.

Momentos como esos eran muy escasos. A veces, no estaba seguro de que fueran reales.

—Bueno... desembucha.

Francesca respiró hondo antes de organizar sus papeles.

—Si dices que no, no te guardaré rencor. Sin presión. Solo te lo he pedido porque...

—No tienes a nadie más —repliqué. Se encogió de hombros—. Así que todo depende de mí. Sin presión ni nada...

—Axel, si dices que no, ya se me ocurrirá otra cosa. Siempre hay otra forma. Puedo trabajar unos años y ahorrar algo de dinero. Sinceramente, no es para tanto.

—Venga, vamos a ello.

Abrió la carpeta y comenzó su discurso. Estaba claro que lo había ensayado y le aterrizzaba que no aprobara el modelo en el que había empleado tanto tiempo. Normalmente a mi hermana no le importaba mi opinión, pero esta vez sí. Permanecí en silencio y escuché con atención cada palabra que decía.

LA PUERTA DE ENTRADA SE ABRIÓ.

—He comprado comida china.

—Gracias —respondió Francesca—. Me encantan los rollitos de primavera. —Acababa de terminar de contarme su modelo de negocio y estaba esperando las críticas.

Cuando Marie me vio en la mesa de la cocina, dejó caer la bolsa de comida.

—Mierda.

Me levanté inmediatamente y recogí la bolsa antes de que se derramara algo en su interior. Por suerte, ese día me había puesto mi mejor traje y me había peinado con esmero. Me erguí completamente y la miré, hipnotizado por las exquisitas facciones de su rostro. Estaba absolutamente preciosa, como siempre. Deseé trazar las líneas de sus labios con mi lengua. Sólo de pensarlo sentí escalofríos.

—Hola...

Marie cogió la bolsa con manos temblorosas.

—Hola...

—Lo siento, debería haberte avisado —se excusó Francesca.

—Sí, no habría estado mal —respondió Marie con sarcasmo.

La miré de arriba abajo, advirtiendo su ropa de marca.

—Estás muy guapa.

—Gracias. —Sus mejillas se ruborizaron levemente, delatando su nerviosismo al tenerme tan cerca.

Después de cuatro semanas separados, había creído que sería inmune a su presencia, pero me volví a equivocar. Mi cuerpo ardía de calor y tenía las manos paralizadas por no poder tocarla. Sentí la llama habitual entre nosotros a punto de abrasarnos.

Marie se aclaró la garganta y me rodeó para pasar. Puso la comida sobre la mesa y le lanzó a Francesca una mirada furiosa.

—Esto... ¿Qué estáis haciendo?

—Le estaba explicando mi modelo de negocio. Tengo que firmar el préstamo mañana.

—¡Ah...! —Marie hizo un gesto de asentimiento, comprendiendo la situación.

—Axel acaba de conseguir un trabajo en Nueva York —prosiguió Francesca—. Parece que se va a mudar aquí.

—Qué bien... —Marie respiró hondo, como si fuera la peor noticia de la historia.

Me metí las manos en los bolsillos para no abalanzarme sobre ella.

—Frankie, me gusta cómo has enfocado el negocio y creo que promete. Pero necesito una tarde para pensarlo.

—Me parece bien —replicó Francesca—. Tómame tu tiempo.

Había llegado el momento de marcharme, pero no quería irme. Sólo había visto a Marie unos minutos. Quería pasar más tiempo con ella.

—Bueno, ya hablaré contigo después. —Salí con la esperanza de que Marie me siguiera. Cuando la puerta se cerró a mi espalda, me quedé esperando a que se volviera a abrir. Por alguna razón, había creído que cambiaría de opinión cuando me viera. Sabía que ella me deseaba tanto como yo. Seguía obsesionado con ella, enamorado.

Y creía que ella sentía lo mismo por mí.

YA QUE ESTABA EN LA CIUDAD, DECIDÍ QUEDAR CON HAWKE.

—¿Te mudas aquí? —Hawke no ocultó su alegría—. Tío, es alucinante.

Las cosas no son lo mismo sin ti.

—Sí... Estoy deseando mudarme. —En realidad, era mentira.

Terminó su cerveza y luego me miró con más atención.

—Me da la sensación de que hay un montón de mierda en tu vida y no estoy seguro de querer saberlo.

—No quieres, ya te lo digo yo.

Se frotó el mentón con los dedos, acariciando un vello más espeso de lo habitual.

—Al menos dime que Marie y tú seguís juntos.

—Rompimos.

Se estremeció.

—Venga, tío.

—Me porté como un gilipollas y lo estropeé. Cuando intenté recuperarla, me dijo que habíamos terminado para siempre. Estaba cansada de que no dejara de putearla.

—No la culpo...

—Así que la perdí... otra vez.

—Lo siento, tío.

No podía dejar de pensar en sus preciosas piernas bajo la falda. No hacía más que imaginarme su cabello sedoso acariciando mis labios. La añoraba hasta la locura.

—Ahora no sé qué hacer. Me voy a mudar aquí y así nunca lo superaré.

—¿Por qué querrías superarlo?

—¿No me has escuchado?

—¿Quieres a esa chica o no?

Ya le había dicho dos veces que la amaba. Y la segunda vez, ella también me había dicho que me correspondía. Nunca me había sentido tan vivo como en ese momento.

—Sí.

—¿Ella siente lo mismo por ti?

Asentí.

—Me lo dijo hace unas semanas.

—Entonces recupérala, Axel. Pon a trabajar tu encanto y haz que vuelva contigo.

—No es tan sencillo...

—¿Qué importa eso? Si es la definitiva, no la dejes marchar. Demuéstrale que vas a quedarte para siempre. Asegúrate de que sepa que no te vas a ir a

ninguna parte.

Incluso así no estaba seguro de conseguirlo.

—¿Qué otra posibilidad tienes? —preguntó—. ¿Acostarte con todo lo que se menea y esperar que vuelvas a sentir algo parecido por otra? Déjame que te dé un consejo por experiencia propia. Sólo vas a sentir eso una vez. No volverá a suceder.

Sabía que estaba hablando de Francesca, pero no quería ir por ese camino.

—Lo pensaré...

Hawke dejó el tema cuando vio que ya era suficiente.

Recordé que lo había visto en la graduación de Francesca. Se había dado media vuelta y había desaparecido antes de que pudiera acercarme más. Ni siquiera en ese momento estaba completamente seguro de haberlo visto.

—¿Estuviste en la graduación?

—¿Qué graduación?

Su respuesta era un claro indicio de que había ido.

—No te hagas el tonto. Sabes perfectamente que Francesca acaba de graduarse. Que actúes como si no lo supieras me demuestra a las claras que estuviste allí, aunque intentes confundirme.

Mantuvo una expresión impenetrable, como siempre.

—No estuve.

—Los cojones.

—¿Por qué querría ir a su graduación?

—Porque eres el tío más raro que conozco. Por eso. —Seguía vigilándola desde la distancia para asegurarse de que estaba bien, a pesar de que llevaban un año separados. No tenía ningún sentido y nunca lo entendería.

—No soy raro.

—¿Por qué no admites que estuviste allí?

—Porque no estuve —dijo con toda la caradura del mundo.

—¿Por qué me mientes?

—¿Qué tal si dejamos el tema? —replicó—. De ahí no va a salir nada bueno.

—Vale. —Hawke se transformaba cuando hablábamos de Francesca—. ¿Qué tal el trabajo?

—Francamente bien. Me largué de esa antigualla de agencia y he empezado mi propia compañía de inversiones.

—¿Qué? —¿Cuándo había ocurrido todo eso?

—No tengo oficina. Lo hago todo desde mi teléfono, y me reúno con los

clientes en Starbucks y sitios así. Pero estoy ganando mucho dinero. Cuando mis clientes ganan con mis inversiones, se lo cuentan a sus amigos, y también ellos acuden a mí. En realidad, es como una bola de nieve.

—Guau... Es impresionante.

—Gracias. Me gusta ser mi propio jefe. Espero que el negocio siga creciendo al mismo ritmo.

Ojalá tuviera yo esa confianza en mí mismo. Aunque quería ganar dinero, prefería tener un horario fijo y luego irme a casa. No me atraía la idea de cargar con el peso de toda una empresa sobre mis hombros. El estrés y yo no combinábamos muy bien.

—Felicidades. Quizás un día tengas tu propia empresa con oficinas y todo.

—Creo que sí. Tal y como van las cosas, creo que puedo lograrlo este año.

Entonces debía irle muy bien. Empezar un negocio de la nada era mucho más difícil de lo que la gente pensaba, y estaba seguro de que Hawke trabajaba día y noche para conseguirlo.

—Me lo tendrás que enseñar cuando lo consigas.

—A lo mejor podrías venir a trabajar para mí.

Me eché a reír.

—Paso. Ni en sueños dejaría que fueses mi jefe.

Hawke también se rio.

—Tienes razón. Sería un puto desastre, seguro.

—Uno muy grande.

Hizo una seña al camarero y pidió otra cerveza.

Yo estaba todavía con la primera y no quería pasarme. Tenía mucho en qué pensar.

Se aclaró la garganta antes de hacer su siguiente pregunta.

—Bueno... ¿y cómo está?

Hawke preguntaba por ella cada vez que nos veíamos, así que su pregunta no me pillaba por sorpresa.

—Le va muy bien. Ahora vive con Marie hasta que encuentre apartamento.

No pareció sorprendido. Era como si ya lo supiera.

—¿Todavía sigue saliendo con ese tío?

—¿Cameron? Rompieron al final del semestre. Lo dejaron como amigos.

Hawke asintió y agarró el asa de la jarra de cerveza.

—Ha estado buscando un local para abrir la pastelería y acaba de conseguir uno muy bueno. Mañana firma los papeles del contrato, pero las obras cuestan un ojo de la cara. Me ha pedido que le avale el préstamo. Su

modelo de negocio tiene una pinta estupenda, pero todavía estoy dándole vueltas. No tiene a nadie más que a mí. En cualquier caso, lo más probable es que la avale, pero me da pánico, la verdad. Si su negocio se hunde, estaré endeudado hasta las cejas durante muchos años. —Francesca tendría éxito en cualquier cosa que emprendiera, así que en realidad tenía muchas probabilidades de que su pastelería fuera genial. Pero siempre existía la posibilidad de que fracasara.

Hawke me miró entrecerrando los ojos.

—¿Tienes que avalarla?

—Sí. Supongo que no es suficiente con la seguridad que ella puede aportar al banco.

Se cruzó de brazos, sin dejar traslucir sus pensamientos.

—Estoy seguro de que todo va a salir bien, pero... nunca se sabe.

—Su pastelería va a ser un bombazo. Todo lo que toca Francesca cobra vida. No tengo ninguna duda de que tendrá éxito.

«Ojalá tuviera yo esa confianza».

Abrió la cartera y sacó un talonario.

—Quiero que me hagas un favor.

Miré el talonario de cheques arqueando una ceja.

—No estoy seguro de a dónde quieres llegar, pero no me gusta.

—No es que quiera alardear, pero este año he ganado mucho dinero. Y quiero ayudarla.

—Por favor, dime que es una broma.

Apretó el botón de su bolígrafo y lo apoyó sobre el papel.

—Pues no. ¿Cuánto dinero es?

—Hawke, podrías perderlo todo.

—No lo creo. Sé que le va a ir de lujo.

—Pero no puedes saberlo.

—Pues lo sé, tío. Tenemos que conseguir que su sueño se haga realidad.

Ha nacido para ello.

Me froté la nuca.

—Aunque aceptara tu dinero, ¿cómo vamos a hacerlo? No puedo decirle de dónde lo he sacado y sabe perfectamente que no tengo un montón de dinero escondido por ahí.

—Deja que te cuente lo que vamos a hacer. Le dirás que has conseguido un préstamo personal del banco. No hace falta que sepa que el dinero es mío. Y, como se supone que está a tu nombre, tiene que darte el dinero a ti para

devolverlo. Luego tú me das el dinero a mí todos los meses. Si su negocio va mal, que no lo hará, Francesca no perderá nada y tú tampoco. Yo puedo asumir el golpe.

¿Estaba loco?

—No vamos a hacer eso.

—Sí vamos a hacerlo.

—Aunque su negocio fuera un éxito, tardaría veinte años en devolverte el dinero.

—No pasa nada.

—Es una inversión malísima para ti.

—No estoy invirtiendo para ganar dinero. Estoy invirtiendo en ella.

Visto así, tenía menos sentido todavía.

—A ver si lo entiendo. ¿Estás dispuesto a darle a Francesca cientos de miles de dólares para arrancar con su negocio a pesar de que podría fracasar y perder todo tu dinero, pero no quieres estar con ella? ¿Soy el único que piensa que se te ha ido completamente la olla?

—Axel, déjalo.

—No. En serio, no lo entiendo.

—Entonces no lo intentes. —Arrancó el cheque y lo deslizó sobre la mesa—. Haz lo que hemos hablado.

Miré el cheque que estaba sobre la mesa.

—En cuanto se lo entregue, ya no podrás recuperarlo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro.

—Si alguna vez necesitas el dinero para una emergencia, te habrás quedado con el culo al aire.

—También lo sé. Prefiero mil veces ver cómo ella le saca partido a tener el dinero muerto de risa en el banco.

Sacudí la cabeza con incredulidad antes de coger el cheque.

—Esto es de locos...

Se encogió de hombros.

—No me parece una locura tan grande.

—Porque *estás* loco.

LLAMÉ A LA PUERTA Y ME ENCONTRÉ CARA A CARA CON FRANCESCA.

—¿Todavía estás en Nueva York? —Estaba en pijama con el pelo recogido en un moño despeinado.

—Sí. Tenía una reunión con un banquero que conozco. Se me ha ocurrido una forma de obtener el préstamo sin tener que avalarlo. Además, así el interés es mucho más bajo.

—Fantástico —dijo ella—. Supongo que debería haberte pedido que hicieras eso desde el principio.

—Pero el préstamo es personal y tiene que estar a mi nombre. Me pagarás a mí todos los meses y yo me ocuparé del resto. —Esta era la parte más arriesgada. A lo mejor Francesca no estaba dispuesta.

—Pero entonces sólo tú tendrías que responder por el dinero si las cosas salen mal...

—Eso no me preocupa. Sé que su negocio va a ser un éxito y, además, gano una pasta gansa en mi nuevo trabajo. Tampoco es para tanto.

—Axel, no es justo que corras todo el riesgo y no saques nada en limpio del asunto.

—No me ofrecería a prestártelo si no quisiera. Así que acéptalo.

Francesca se cruzó de brazos.

—Venga, Frankie. Me lo prestan al mejor interés posible y no necesito avales ni mierdas de esas. Creo de verdad que es la mejor manera de hacerlo.

Todavía no estaba totalmente convencida. Se mordió la mejilla por dentro de la boca.

—Bueno, ya he presentado los papeles para el préstamo, así que está hecho. Acéptalo.

—Axel...

—Tampoco es para tanto. Sé que tu pastelería va a ser increíble. No estoy arriesgando nada. —Eran las palabras de Hawke, no las mías. Pero tenía que decirlas, de lo contrario mis actos no tendrían ningún sentido.

—Axel... Te lo agradezco infinito. Ni siquiera sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Vamos a firmar el contrato mañana para que podamos transformar ese lugar en la pastelería de moda de Manhattan.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se abanicó con la mano para disipar la humedad.

—Por favor, no llores. —La miré casi suplicando—. No quiero verte llorar.

—Entonces déjame abrazarte. —Se apoyó en mi pecho y me apretó con

fuerza—. Muchísimas gracias, Axel. Da igual por dónde nos lleve la vida, siempre cuidas de mí.

Le di unas palmaditas en la espalda y eché un vistazo a su apartamento. Marie apareció vestida con unos *leggings* y un jersey holgado. Llevaba el cabello recogido y la cara sin una pizca de maquillaje. Era preciosa incluso con ropa de estar por casa. Pensé en el consejo de Hawke. Me había dicho que intentara recuperarla con todas mis fuerzas. Cuando la vi eso fue lo único que deseé hacer.

Porque no podía imaginar mi vida sin ella ni un solo día más.

Noche de cita
Marie

ACABABA de cerrar la puerta de mi oficina cuando Hawke me llamó.

¿Cómo había conseguido mi número?

Nunca antes me había llamado.

Giré la silla hasta quedarme frente al ventanal.

—¿Qué quieres esta vez?

Oí cómo soltaba una carcajada a través del teléfono.

—Yo también me alegro de hablar contigo.

—Francesca está bien. Ahora mismo está trabajando en su pastelería.

Nada que informar.

—En realidad hay algo sobre ese tema que quiero comentar contigo.

¿Podemos quedar?

—¿No podemos hablarlo por teléfono? —Los tacones me estaban matando y me moría por quitarme los zapatos. Sí, eran muy bonitos y muy caros, pero con el tiempo acabarían costándome la salud.

—No. Tengo que decírtelo en persona. ¿Podemos vernos en el italiano que hay entre la Duodécima y Broadway?

No había estado nunca allí, pero sabía que era un restaurante elegante.

—¿De verdad es tan importante?

—Confía en mí. Querrás oír lo que tengo que decir. Te veo en treinta minutos. —Colgó antes de que pudiera añadir una palabra más.

Obviamente sabía que Francesca llevaba un tiempo viviendo en Nueva

York, y también sabía que vivíamos juntas. El tío tenía una forma increíble de vigilarla sin dejarse ver. Hawke podría abandonar el sector financiero y trabajar para la CIA sin problema.

LO VI EN UNA MESA CERCA DE LA VENTANA Y ME SENTÉ. ALLÍ ESTABA, VESTIDO con traje y corbata como si acabara de salir de trabajar.

—Me alegro de verte —saludó con cortesía—. Estás preciosa, como siempre.

Me senté y dejé el bolso encima de la mesa.

—Eres un lameculos.

—No soy del tipo al que le gusta ir besando culos. Bueno, sí lo soy. Pero de una forma distinta. —Me guiñó un ojo.

—Guarro.

—Venga, te pido algo de beber. —Hizo una seña con la mano al camarero y pidió una botella de vino para la mesa.

—¿Es una cita? —le solté, sin comprender a qué venían las velas, el vino y los cumplidos.

—Si quieres que lo sea...

No me gustaba esa versión de Hawke. Era un tío muy raro.

—¿De qué querías hablar?

Eché un vistazo a la puerta de entrada y luego se volvió hacia mí.

—Antes de nada, ¿cómo estás?

—¿Que cómo estoy? —pregunté incrédula.

—Sí.

—He estado mejor. Preferiría estar en casa dándome una ducha caliente.

«En lugar de estar aquí sentada escuchándote».

Asintió.

—Sí, yo también he tenido un día de mil demonios. He fundado mi propia compañía de inversión y es bastante estresante. Aunque lo disfruto la mayor parte del tiempo.

—Genial, pero no te he preguntado.

Hawke ocultó cualquier ofensa que hubiera sentido. Me había convencido para que fuera hasta allí, pero no parecía importarle mi opinión sobre ningún tema. No tenía sentido.

—¿Te sigue gustando trabajar en Prada?

—Sólo llevo un mes. De momento, sí.

Volvió a mirar hacia la puerta.

—¿Estás esperando a alguien?

—No... Estaba echando un vistazo.

—¿Podemos dejarnos de toda esta mierda e ir directamente al grano?

—pregunté—. ¿Hay algo que quieras decirme de Francesca? —Con suerte, me diría que quería volver con ella. Pero con el tiempo que había pasado, me parecía bastante improbable.

—Sí... Francesca. —Asintió lentamente—. Hay algo de lo que quiero hablarte. —Sus ojos salieron disparados hacia la entrada.

Hawke era el típico tío fuerte y silencioso. No era propio de él hablar tanto y dejar que sus ojos vagasen al mismo tiempo. Por lo general, resultaba intenso hasta el punto de hacer sentir incómodo a cualquiera.

—¿A qué estás jugando?

Alguien se acercó a nuestra mesa y se detuvo justo a mi lado.

—¡Vaya! —soltó Hawke—. ¡Qué coincidencia! Se puso en pie, pero dejó la silla separada.

Allí estaba Axel, tan confuso como yo.

—Siéntate. —Hawke lo agarró del brazo y lo obligó a sentarse—. Bueno, tengo que salir pitando. Wall Street nunca duerme. ¿Que os parece si vosotros os quedáis a cenar, aprovechando que la mesa ya está reservada? —Levantó el pulgar en señal de victoria antes de irse.

Me había engañado totalmente para ponerme en esa situación.

Axel lo vio salir con mirada irritada.

—Te juro que no he tenido nada que ver con esto. —Vestía un traje azul oscuro con una corbata celeste. Le sentaba a la perfección y se ajustaba como un guante a sus anchos hombros y su delgada cintura.

—Lo sé. —Si Axel estuviera mintiendo, lo habría sabido. Hawke nos había engañado a los dos. Ahora íbamos a compartir una cena que a ninguno de los dos le apetecía—. Me dijo que necesitaba hablar sobre Francesca.

—A mí me dijo lo mismo.

—Nos ha engañado a base de bien.

—Sí, le ha salido redondo. —Axel se quedó mirando la copa de vino que había sobre la mesa—. ¿Ha bebido de aquí?

—No. De hecho, no ha tocado nada.

Agarró la copa y dio un trago.

—Bueno, al menos sabe elegir el vino.

Yo también di un sorbo y me quedé impresionada.

Axel me miraba desde el otro lado de la mesa, contemplándome con dulzura. Antes me miraba así todo el tiempo, como si pudiera ver a través de mí y llegar a mi alma.

Le mantuve la mirada hasta que no pude más y tuve que apartar los ojos. A veces esa mirada me recordaba todas esas noches que intentaba olvidar.

Cogió la carta y echó un vistazo.

—Bueno, ya que estamos en un restaurante tan exclusivo, ¿por qué no pedimos?

No quería que Hawke ganara, pero tampoco me gustaba mostrarme grosera. Probablemente había hecho la reserva con el único propósito de reunirnos en ese lugar.

—Claro.

Me pasó la carta.

—No he comido nunca aquí, pero he oído hablar muy bien de este sitio.

—Yo también.

Abrió su carta y se puso a estudiarla. Aprovechando que estaba concentrado en ella, admiré las hermosas facciones de su rostro. Se acababa de afeitar y tenía la mandíbula limpia. Sus labios eran delgados, pero yo los sentía llenos cada vez que lo besaba. Sus ojos azules me recordaban a una cala poco profunda a la orilla del océano. Eran más luminosos que la mayoría de los ojos de color azul, con un brillo único.

Aparté la mirada antes de que levantara la vista.

El camarero llegó y nos tomó nota. Cuando se alejó, nos limitamos a mirarnos. Me sentía incómoda por tenerlo tan cerca en un lugar tan romántico. Me recordaba a todas las veces que habíamos salido a cenar y a lo que hacíamos después de esas cenas. Echaba de menos la forma en que su sudoroso pecho se frotaba contra el mío cuando disfrutábamos con el sexo. Y echaba aún más de menos cuando nos acurrucábamos juntos.

Axel parecía estar pensando lo mismo, pero no sentía ninguna vergüenza por hacerlo. Sus brazos descansaban en los reposabrazos y me miraba abiertamente, como si se contentara con eso aunque no cruzáramos una sola palabra durante toda la noche.

—¿Qué tal el trabajo? —Yo quería cambiar el tono de la velada. Ya había decidido que no volveríamos juntos y no iba a cambiar de opinión. Axel probablemente sólo me quería porque no podía tenerme.

—Bien. Me gusta.

—¿Te sientes a gusto allí?

—Casi siempre sí. Prácticamente trato únicamente con mis clientes. No me relaciono mucho con mis compañeros.

—¿Eso te gusta? ¿O no te gusta?

—Me gusta —respondió—. Ya hablo bastante con los clientes. No necesito más conversación.

—¿A qué te dedicas?

—Hago lo mismo que antes. Diseño carteras de inversión y decido cómo vamos a invertir el dinero de los clientes. Sin embargo, Worldwide es diferente, ya que es una compañía mucho más grande y con mejor reputación. Los clientes invierten dinero a gran escala, por lo que las ganancias y pérdidas son mucho mayores y eso puede llevarme a la cima o arruinarme.

—Entonces es más estresante.

—Sí, supongo.

—¿Cómo te pagan? ¿Trabajas a comisión?

—Sí y no. Tengo un salario base que recibo independientemente de lo que gane. Pero luego se suma la comisión de lo que gano invirtiendo.

Después de hacerle todas las preguntas que se me ocurrieron sobre su trabajo, no tenía nada más que decir. Quería que la cena fuera lo más aséptica posible, pero me estaba quedando sin temas seguros.

—Acabo de escribir un artículo sobre el desfile que se ha celebrado aquí en Nueva York. Era un artículo muy divertido.

—Sí, lo leí. Estaba genial.

¿Lo había leído?

—Ah...

—He leído todos tus artículos. Eres una escritora magnífica.

Justo cuando pensaba que había elegido un tema seguro, me salió el tiro por la culata.

—Gracias...

Continuó mirándome fijamente a los ojos, como si no hubiera ninguna otra cosa que quisiera hacer en ese momento.

Sentí que me resbalaba y volvía a caer en el mismo agujero del que me había costado tanto trabajo salir. Cuando me llamó por teléfono y me dijo que me amaba, le contesté que yo también. Aquello fue un gran error, y en ese momento me estaba metiendo en una situación complicada una vez más.

—Lo que has hecho por Francesca es muy tierno.

—No es nada del otro jueves —respondió, quitándole importancia, como si fuera algo que se hiciera todos los días.

—¿De qué estás hablando? Has asumido todo el riesgo.

—Pero lo va a lograr. Así que no hay nada de lo que preocuparse.

—Y también me parece muy tierno que tengas tanta confianza en ella.

Axel se frotó la nuca, un gesto instintivo cuando se sentía incómodo.

—Mi hermana es mi familia. Las familias siempre se mantienen unidas.

Que se mostrara tan humilde al hablar del tema le daba mayor atractivo si cabe. Siempre había sabido que Axel tenía un gran corazón. Le tomaba mucho el pelo a su hermana, pero acudía en cuanto ella lo necesitaba.

—De todas formas, lo que has hecho me parece increíble.

Axel tomó la copa y bebió un buen trago de vino.

Me crucé de brazos y recé para que el camarero viniera pronto con la comida. No tenía hambre, pero estaba deseando que terminara la cena. No había sido buena idea que Axel y yo nos sentáramos tan juntos, de ninguna manera.

Por fin el camarero nos trajo la comida y nos sirvió más vino. Me sentí aliviada de tener algo que hacer, aparte de mirarlo fijamente y ver cómo me devolvía la mirada. Axel me hacía sentir cómoda de una forma muy arriesgada. Si bajaba mucho la guardia, las cosas podían tomar un cariz peligroso.

Dio unos cuantos bocados y luego miró mi plato.

—¿Qué tal tu comida?

—Deliciosa. ¿Y la tuya?

—Bien. Repetiría. —Comía con modales perfectos, algo que sólo hacía cuando estaba en público. Cuando estábamos solos él y yo, ponía los codos en la mesa e incluso cogía la comida con los dedos.

Mastiqué lentamente y esperé a que el camarero nos trajera la cuenta. Tenía suficiente dinero en efectivo para dejarlo sobre la nota y marcharnos cada uno por nuestro lado. Era posible que Axel le hubiera pedido a Hawke que organizara todo esto, pero tenía la sensación de que no era el caso.

—Hawke siempre mete las narices donde no le llaman... —Una vez había hecho todo el viaje hasta Myrtle Beach sólo para que volviéramos a estar juntos. Su estrategia habría funcionado si esa zorra de Alexia no hubiera abierto la puerta del apartamento de Axel y no hubiera dicho que era su novio.

—¿Qué quieres decir?

Como Axel no sabía que Hawke había hecho ese viaje, y tampoco sabía

nada del resto de sus visitas, comprendí demasiado tarde que había metido la pata al mencionarlo.

—Simplemente me parece extraño que haya organizado todo esto...

Axel se encogió de hombros.

—Sólo quiere que sea feliz. —Terminó de cenar antes que yo. Se lo había comido todo y había dejado el plato limpio.

—¿Y estar conmigo te hará feliz?

Su mirada se volvió grave, y sus ojos y su boca se ensombrecieron a la vez.

—Tú eres lo único que me hace feliz.

Bajé la vista rápidamente hacia mi plato para no enfrentarme a su mirada. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Mi corazón latía más rápido de lo que mi cuerpo podía soportar, y una oleada de calor me recorrió de los pies a la cabeza.

Llegó la cuenta.

Alargué la mano con un movimiento rápido para poder pagar.

Axel llegó antes.

—Buen intento. —Puso el dinero sobre la cuenta y lo dejó en el extremo opuesto de la mesa, donde yo no podía alcanzarlo.

Quise protestar. Si pagaba él, conseguiría que pareciera una cita. Pero si se lo discutía, tendríamos que seguir allí más tiempo. Era mejor irnos antes de que hiciera algo estúpido.

—Estoy lista. —Dejé la servilleta en la mesa y me puse de pie.

Axel hizo lo mismo y me miró de arriba abajo con todo el descaro.

—Estás preciosa.

Me coloqué el pelo detrás de la oreja.

—Gracias. —Me lo decía casi cada vez que me veía. Como sucedía tan a menudo, no siempre sabía qué decir excepto lo obvio—. Y gracias por la cena.

—El placer ha sido mío.

Salimos del restaurante y nos detuvimos en la acera. Nos miramos a la cara para despedirnos. Ya casi era libre de irme a casa. Lo único que tenía que hacer era decir adiós y todo habría terminado.

—Supongo que ya te veré.

—He encontrado apartamento. —Actuaba como si no hubiera oído lo que acababa de decir.

—¿Un apartamento?

—Sí. Está a unas manzanas de aquí. Tuve suerte, porque un amigo mío me lo reservó. Encontrar un buen apartamento en esta ciudad es casi imposible.

—Me alegro por ti. Qué bien que ya te hayas establecido.

—¿Puedo enseñártelo? —Se metió las manos en los bolsillos, pero seguía siendo una amenaza. Sus hermosos ojos azules eran irresistibles. Lo que más me gustaba de él eran los hombros. Eran amplios y poderosos. Me gustaba agarrarlos con fuerza cuando lo montaba contra el cabecero de la cama.

—Eh... —Sabía que era una idea terrible. No debía entrar sola en su apartamento. Pasaría algo malo, porque no sería capaz de controlarme. Dormir sin nadie en mi cama noche tras noche me hacía sentir muy sola, y mucho más al saber que no podía estar con el hombre al que amaba. Si Axel me arrinconaba en una esquina, me temía que tomaría sin dudar el camino más fácil—. Tengo que irme a casa, de verdad. Seguro que Francesca tiene la cena en la mesa.

—Pero si ya has cenado.

—Sí... —Tenía toda la razón—. Pero me toca lavar los platos.

—Seguro que los puedes lavar más tarde. —Dio un paso adelante, presionándome en silencio.

Antes no era tan directo. La última vez que hablamos sobre nuestra relación, él se había echado atrás y me había dejado ir. Pero ahora las cosas parecían diferentes. Era como si yo fuera la presa y él el depredador.

—Axel, de verdad, no es buena idea. Ni siquiera deberíamos haber cenado juntos.

—Te prometo que no voy a hacer nada —dijo suavemente—. Sólo quiero enseñarte mi apartamento, eso es todo.

—Entonces, ¿por qué tienes tantas ganas de enseñármelo?

Se encogió de hombros.

—Pensé que éramos amigos. ¿No hacen estas cosas los amigos?

—Supongo. Pero tú y yo nunca lo seremos.

Era la primera vez que dejaba que el dolor se reflejara en sus ojos.

—Me gustaría que eso cambiara. Sólo te pido que me dediques un poco de tiempo. Te prometo que no me guardo ningún truco en la manga. No voy a besarte.

—¿Prometido?

—Prometo que ni siquiera te voy a tocar.

Axel no rompería una promesa que me hubiera hecho a mí, así que sabía que sus palabras eran ciertas.

—En ese caso, me encantará verlo.

ME ENSEÑÓ TODO EL APARTAMENTO, MOSTRÁNDOME LA COCINA, LA SALA DE estar y los dos dormitorios. Era mucho más grande que el apartamento que yo compartía con Francesca, y tuve que admitir que me dio un poco de envidia.

—Este lugar debe costar una fortuna.

—No es barato. —Regresó a la sala de estar con las manos todavía en los bolsillos—. Pero quería tener un apartamento agradable en caso de que tuviera que recibir a clientes.

—No hay duda de que los vas a impresionar. —Los muebles eran de cuero negro con superficies de cristal. Estaba decorado en tonos oscuros que proyectaban un aura masculina. Tan pronto como entré, supe que allí vivía un soltero. Saber que no intentaría nada me hizo sentir más cómoda, pero aún notaba un cosquilleo en la nuca.

Dio la vuelta a la sala de estar y regresó junto a mí, deteniéndose a medio metro de distancia.

—Está a pocas manzanas de la oficina, así que puedo ir andando.

—Eso es muy cómodo. Yo voy andando a trabajar todos los días. No hay nada mejor.

—Es verdad, no lo hay. —Me miró como lo había hecho en el restaurante. La intensidad de su mirada era evidente, y tenía sus pensamientos puestos en mis labios. Sus manos no se movieron de los bolsillos de sus vaqueros, pero sus ojos ya me tocaban por ellas—. Gracias por venir.

—Claro... sin problema. —De repente, mi voz se tornó débil y mi cuerpo cálido. Cada vez que estaba cerca de mí, se me secaba la boca. Tenía una habilidad innata para intimidarme con sólo una mirada. Toda mi fuerza de voluntad, que de repente me parecía ridículamente pequeña, quedó eclipsada por la suya.

Sus ojos se deslizaron hasta mis labios, examinando cada curva y la forma exacta en que se abrían. Sin pronunciar una sola palabra, me dijo lo que deseaba, me recordó que todavía pensaba en nuestra conversación telefónica nocturna.

Lo único que me mantenía a salvo era la promesa que me había hecho.

—Debería irme... —Aunque dije las palabras, no me fui. Mis pies estaban

anclados al suelo como las raíces de un árbol.

—Marie, no quiero pasar página. No quiero perder el tiempo tratando de encontrar a otra cuando sólo hay una mujer con la que quiero estar. Puede que esto no fuera lo que sentía en el pasado, pero es lo que siento ahora.

—Me dijiste que no intentarías nada...

—Prometí que no te tocaría. No estoy rompiendo esa promesa.

—Sigues diciendo estas cosas...

—Este es un país libre, ¿no? Libertad de expresión.

—Axel, te dije que habíamos terminado...

—No hemos terminado hasta que ya no estemos enamorados. La última vez que te lo pregunté, todavía me amabas. Y yo sigo enamorado de ti. Tenemos la oportunidad de hacer que funcione. Pero primero tienes que perdonarme.

—No es por no perdonarte. Simplemente no confío en ti.

—Entonces conseguiré que confíes en mí. Pero tienes que darme una oportunidad.

Amaba a Axel con todo mi corazón, pero no quería volver a ser tan desgraciada. No me había herido una vez, sino dos.

—Lo siento...

—Vamos, cariño. Ahora que te he perdido, entiendo por fin lo que quiero de verdad. No voy a estropearlo otra vez. Te lo prometo.

—O tal vez sólo quieres volver conmigo porque no puedes tenerme.

—No es eso. —Lo dijo con calma, como si ya hubiera considerado esa posibilidad. Dio un paso hacia mí.

Retrocedí instintivamente. No quería estar más cerca de él de lo necesario. Si nos acercábamos demasiado, nuestras llamas se unirían y podrían explotar.

Dio un paso más y me obligó a retroceder de nuevo. Cada vez que venía hacia mí, yo me alejaba. Cuando toqué la pared con la espalda, comprendí que ya no podía seguir retrocediendo. Estaba acorralada y no tenía escapatoria.

Axel dio el último paso y se detuvo directamente frente a mí. Nos separaban unos centímetros. Me miró a la cara y sus ojos estudiaron mis labios de nuevo. Entonces hizo algo inesperado. Se quitó la chaqueta y la arrojó al suelo a su espalda.

—¿Qué estás haciendo?

Sin separar sus ojos de los míos, se quitó la corbata y luego se desabrochó la camisa. Con cada botón que soltaba, descubría un poco más de su fuerte pecho. Dejó al descubierto los músculos que había bajo su ropa. De repente, mi lengua me parecía demasiado grande para mi boca y mi corazón demasiado

pequeño para bombear toda la sangre que exigía mi cuerpo. Unas gotitas de sudor aparecieron en mi nuca y humedecieron la pared cuando me pegué a ella.

Desabrochó la hebilla del cinturón y se quitó los pantalones, para luego alejarlos de una patada. Sus zapatos siguieron el mismo camino. A continuación, jugó con el elástico de sus calzoncillos antes de bajárselos.

En lugar de apartar la vista como debería haber hecho, miré exactamente donde no debía. Su pene estaba largo y duro, excitado ante la perspectiva de volverme a tener esa misma noche. Estaba de pie ante mí, sólo con los calcetines puestos, aunque conseguía que me parecieran tremendamente sensuales. Con su metro noventa de altura, rezumaba masculinidad. Apoyó los antebrazos contra la pared a ambos lados de mi cabeza antes de inclinarse hasta que su rostro se detuvo a escasos centímetros del mío. Invadió mi espacio vital sin tocarme.

Ahora sabía exactamente lo que estaba tratando de hacer. No podía tocarme, pero eso no significaba que no pudiera seducirme de otra forma. Intentaba conseguir que me derrumbara, que me rindiera a lo que ambos deseábamos.

Tenía que salir de allí.

—Tengo que irme.

No se movió.

Me deslicé hasta el suelo y maniobré torpemente a su alrededor, tratando de no tocar ni ver nada. Intenté zafarme gateando hasta que pude levantarme nuevamente. Ahora que no estaba pegada a él, podría marcharme.

Entonces me di cuenta de que me faltaba el bolso.

Axel se apoyó contra la pared con mi bolso entre las manos. A pesar de que era rosa chillón, conseguía que pareciera masculino. Dentro tenía el carnet de conducir, dinero y mi teléfono. No podía irme sin él.

—¿Lo necesitas?

—Sí. —Extendí la mano y me negué a mirar a ningún sitio que no fueran sus ojos.

—Ven a por él. —Se fue por el pasillo con el bolso.

Mis ojos se posaron en su culo, duro como una roca. Era hermoso y prieto, apetitoso como para darle un bocado. Me sonrojé, sintiendo una oleada de calor que me llegó hasta las orejas. Estaba consiguiendo excitarme y lo odié por ello.

—No puedes robarme mis cosas para conseguir que me quede. —Aunque

no era la mejor idea, lo perseguí por el pasillo hasta la puerta de su dormitorio.

Me lo encontré acostado en la cama con la cabeza apoyada en unas almohadas. Estaba allí gloriosamente desnudo, la fantasía de cualquier mujer, la imagen perfecta del prototipo con el que podrían fabricar a todos los hombres. Tenía mi bolso sobre su pecho y los brazos caídos a los costados sobre la cama.

—Es todo tuyo.

Me acerqué con los brazos cruzados.

—Esto es patético.

—¿Patético porque funciona?

Estaba funcionando, pero me negaba a admitirlo.

—¿Qué vas a conseguir obligándome a ir hasta tu cama? ¿Una noche de sexo y que desaparezca a la mañana siguiente?

—Antes que nada, no te estoy obligando a que hagas nada. El acto sexual es bastante explícito y no hay posibilidad de que te engañe para que lo hagas. En segundo lugar, no quiero una noche de sexo en la que te hayas ido cuando despierte a la mañana siguiente. Quiero tener sexo contigo todas las noches y despertarme contigo todas las mañanas.

Sus dulces palabras hicieron mella en mi determinación, y me rebelé contra esa sensación.

—Dámelo.

—Ven a buscarlo, cariño.

—Eres ridículo, ¿lo sabías?

—Tú eres la que sigue intentando conseguirlo.

Me moví rápida como una serpiente y se lo intenté arrebatarse a toda velocidad.

Pero Axel era más rápido. Lo levantó por encima de su cabeza y ya no podría alcanzarlo a menos que reptara sobre él.

—Has estado cerca, cariño.

—Esto se está convirtiendo en una estupidez. —Me arrastré sobre la cama y sobre su pecho para agarrar el bolso. Si tenía que tocarlo, que así fuera. Mis rodillas rozaron su piel dura, e incluso esa leve caricia me hizo arder. Pero mantuve la mente concentrada en el juego y fui a por el bolso.

Axel me agarró por el hombro y me hizo rodar bajo su cuerpo, inmovilizándome para que no pudiera escapar.

—¿Pero qué demonios? Prometiste que no me tocarías.

—Tú me has tocado primero y eso me permite romper la promesa. ¿Cómo puedo no tocarte si me estás tocando tú a mí?

—Eres un gilipollas. —Intenté quitármelo de encima a patadas, pero no pude.

Apretó su rostro contra el mío mientras sus dedos se enredaban en mi cabello.

—Si quieres que me levante, lo único que tienes que hacer es pedírmelo. —Me quitó el bolso de la mano y lo arrojó al suelo—. Pídemelo. —Acarició mi nariz con la suya antes de que sus labios bajaran deslizándose hasta mi barbilla. Me besó la piel suavemente y después descendió hacia el cuello. Sus besos eran más sensuales que agresivos. Su cuerpo me dijo que se moría por arrancarme la ropa y poseerme en ese preciso momento, pero su beso decía lo contrario—. ¿Puedo desnudarte? —Me miró a los ojos y esperó la respuesta.

Había perdido.

—Sí...

Me quitó la ropa prenda a prenda, besando cada centímetro de mi cuerpo que quedaba desnudo. Me quitó la falda y toda la ropa que aún conservaba, hasta que estuve completamente desnuda bajo su cuerpo. Entonces sus labios viajaron deslizándose entre mis piernas, besándome de esa forma que hacía que las mujeres gimieran.

Arqué la espalda y me aferré al cabecero mientras él me hacía cosas increíbles. Rodeó mi clítoris con su lengua y luego lo chupó con agresividad. Jadeé ruidosamente, dejando escapar de mi garganta gemidos de placer. Sus caricias me hacían sentir fuera de este mundo. No me había acostado con nadie desde hacía casi dos meses y estaba comenzando a volverme loca. Axel me dio exactamente lo que ansiaba con todo mi cuerpo.

Cuando me llevó al clímax, grité su nombre tan alto que temí que sus vecinos nos oyeran y se quejaran a la primera oportunidad que tuvieran. Fue como si hubiera prendido un cartucho de dinamita y lo hubiera hecho explotar dentro de mí, abrasándome desde dentro de una forma increíble.

Mi vista se nubló y lo único que podía sentir era un placer infinito. Estaba en el séptimo cielo y veía estrellas y lucecitas de colores. Me elevé como una pluma impulsada por el viento hasta que lentamente volví a la tierra y mis sentidos se relajaron.

Axel se arrastró hasta la almohada, acomodándose a mi lado con los labios cubiertos de mi humedad. En lugar de tumbarse sobre mi cuerpo y prepararse para el gran final, apagó la lámpara de su mesita de noche y la

oscuridad inundó su dormitorio.

—¿Qué estás haciendo?

Rodeó su cintura con una de mis piernas y me atrajo hacia sí. Su mano recorrió mi espalda hasta descansar entre mis omóplatos con unos mechones de mi cabello enlazados a ella.

—Me voy a dormir.

—¿Te has tomado todas esas molestias para seducirme y rechazas el sexo?

—No te he seducido para follar. Te he seducido para que durmieras conmigo.

—Entonces, ¿por qué has continuado hasta que me he corrido?

—No quería ponerte caliente y dejarte a medias.

Todo este tiempo había pensado que le entendía, pero en realidad no tenía ni idea. Había jugado conmigo, y muy bien.

—¿Lo único que quieres es dormir conmigo?

Asintió.

—Es lo que más me gusta. Todas las noches, cuando me voy a la cama, me gustaría que estuvieras conmigo. —Acercó los labios a mi frente y me plantó un beso solitario—. Antes disfrutaba durmiendo contigo todas las noches, hasta que lo tiré todo por la borda. Ahora me paso las noches dando vueltas y más vueltas, perdido en las pesadillas que antes ahuyentabas tú. Tenía lo más hermoso del mundo y lo estropeé. Si me das otra oportunidad, nunca volveré a dar por sentado que te tengo para siempre.

Cuando decía cosas bonitas como esa, era incapaz de mantenerme firme. No podía guardar las distancias y mi cuerpo ya no respondía a mis órdenes. Su cama era cómoda y él lo era aún más. Quise quedarme así para siempre... con él.

CUANDO DESPERTÉ A LA MAÑANA SIGUIENTE, ME DI CUENTA DE LO QUE HABÍA hecho. Estaba otra vez en el punto de partida. Me tenía comiendo de su mano, bailando al son que él tocaba. Si no tenía cuidado, me vería en la misma posición que antes. Mi corazón latiría por él y, cuando se diera media vuelta y se largara, me lo rompería en mil pedazos.

Salí de la cama y me vestí con el mayor sigilo. Axel no se movió y continuó durmiendo en la misma postura que antes. Era una hora intempestiva

en la que no debería haber nadie despierto que me pudiera ver. Agarré el bolso y llevé los zapatos de la mano hasta la puerta de entrada. Tenía el pelo hecho un desastre, al igual que el maquillaje.

Entonces recordé que no le había dicho a Francesca dónde iba a estar. Probablemente estaba aterrorizada. Saqué el teléfono del bolso y miré los mensajes. Como esperaba, había intentado saber qué era de mí más de una vez. Cuando llegué a su último mensaje, me di cuenta de que ya se lo había imaginado.

Axel me dijo que te quedabas a pasar la noche. Tendremos que hablar de todo esto cuando llegues a casa...

Gruñí y volví a guardar el teléfono en el bolso. Luego salí de allí tan rápido como pude, ya que no quería que Axel se despertara e intentara impedir que me marchara.

PARA MI SORPRESA, FRANCESCA YA ESTABA DESPIERTA CUANDO LLEGUÉ AL apartamento.

Estaba sentada a la mesa de la cocina, revisando los planos de la pastelería. Ya habían comenzado la remodelación de la pequeña tienda y en unas pocas semanas estaría lista para abrir.

—Suéltalo ya.

—Tengo que enrollarme con un tío esta noche. —Necesitaba encontrar un chico y pasar página sin volver la vista atrás. Lo único que podía quitarme a Axel de la cabeza era otro hombre. Mientras estuve con Jason, funcionó.

—Espera, ¿qué? —Se dio la vuelta y me miró, con el cabello recogido en un moño suelto y los párpados aún pesados por el sueño—. ¿Qué diablos ha ocurrido?

—Axel es historia. He acabado con él.

—Uf... Entonces, ¿por qué has dormido allí?

—Porque me engañó.

—¿Te engañó para que te quedaras dormida?

—Es complicado —alegué—. Lo que sí sé es que necesito pasar página desde ya. De lo contrario, seguirá persiguiéndome.

—¿Te acostaste con él? Quiero decir, ya sabes...

—Nos enrollamos un rato. Dijo que no quería follar, sólo que durmiera

con él.

—Acojonante...

Nunca había oído a Francesca pronunciar esa palabra al hablar de Axel.

—No dejes que te arrastre a su terreno.

—Vamos, Marie. Nunca he visto a Axel esforzarse tanto por nada en toda su vida. Creo que por fin ha sentado la cabeza y está preparado para una relación como la que tú quieres.

—O eso cree él. En cuanto me vuelva a tener, se aburrirá y se largará, como siempre.

Me miró fingiendo enfado.

—No se marchó porque se hubiera aburrido. Se fue porque estaba convencido de que no te amaba. Pero las dos sabemos que no era más que un mecanismo de defensa para no sufrir, por culpa de todas las personas a las que ha perdido. Ahora que lo has ayudado a enfrentarse a sus miedos, todo debería ir bien.

—Eso es lo que tú crees... pero quién sabe.

Francesca me lanzó una mirada irritada.

—Ahora estás haciendo exactamente lo mismo que hacía él antes. Intentas encontrar alguna razón para no estar con él porque te hizo daño.

—¿Y me culpas a mí?

—Creo que deberíais dejar atrás el pasado y volver juntos.

—Es más complicado que todo eso.

—Bueno, pienso que...

—Frankie, me da igual lo que pienses. Es mi problema, no el tuyo. Voy a buscar un tío esta noche y voy a pasar página de una vez por todas. —Me fui por el pasillo para no tener que ver la mirada de cabreo en su rostro. Sabía que la había hecho enfadar, pero en ese momento me daba igual.

Me daba igual todo.

Escabullirse
Axel

CUANDO ME DESPERTÉ a la mañana siguiente, se había ido.

Se me había escabullido entre los dedos y se había marchado de mi apartamento sin cerrar la puerta con llave al salir. Como ya llegaba tarde a mi nuevo trabajo, no tenía tiempo para llamarla y pedirle explicaciones. No me gustó despertar solo. Hizo que pareciera que la noche anterior no había significado nada para ninguno de los dos.

Y eso no era cierto.

Llegué a trabajar justo a tiempo para reunirme con un nuevo cliente. Tenía todo el día ocupado con reuniones, una detrás de otra, y no tuve tiempo de llamar a Marie. Quería hablar de la noche anterior para asegurarme de que no estaba huyendo de mí.

Pensándolo con calma, las palabras de Hawke tenían mucho sentido. Si amaba a esa mujer y quería estar con ella, tenía que hacer las cosas bien. No podía dejarla ir porque al final Marie pasaría página y acabaría con otro.

Yo era quien debía acabar junto a ella.

Había estado con muchas mujeres en mi vida. La época que viví en Florida, lo único que hacía era ir de fiesta, follar y estudiar. Durante mi estancia allí me había dedicado a acumular relaciones sexuales y a adquirir experiencia. Pensé que ese era el motivo por el que Marie significaba tanto para mí. Era la primera mujer con la que había deseado acostarme más de una vez.

Eso tenía que significar algo, ¿no?

Nunca había pensado en el matrimonio y los hijos. De hecho, ni se me había pasado por la cabeza. Pero con Marie era capaz imaginar un futuro, uno que deseaba de verdad. Me veía pasando toda mi vida con ella. La imaginaba teniendo a mis hijos. Ese tipo de pensamientos nunca antes había tenido cabida en mi cerebro.

Así que debía escuchar a mi instinto.

Tenía que recuperarla. No estaba seguro de cómo iba a hacerlo, pero encontraría la manera.

JUSTO CUANDO ESTABA A PUNTO DE LLAMAR A MARIE, APARECIÓ EL MENSAJE DE Francesca en la pantalla.

Marie se está comportando como una mocosa malcriada. Ha contactado con un tío por Internet y ha quedado con él.

¿Qué demonios? ¿Cómo lo había hecho tan rápido?

No le digas que te lo he contado.

No era una conversación adecuada para mensajes de texto. La llamé y oí cómo descolgaba al primer tono.

—¿Ha quedado con un tío? ¿Con quién?

—No lo sé. Acaba de recogerla y se han ido.

Joder, no había perdido el tiempo.

—¡Dios, qué pesadilla!

—No me digas. Está tan decidida a alejarse de ti que ha hecho una estupidez.

—Muy grande. —Me quedé en la calle, a la puerta de mi edificio con la mano en el bolsillo. Había creído que dormir juntos lo arreglaría todo. Cuando estaba con ella desaparecía todo el dolor. Pero estaba claro que aún me guardaba mucho rencor.

—¿A dónde han ido?

—A ese restaurante tailandés que hay al lado de su oficina.

Era nuevo en la ciudad, pero más o menos sabía de qué sitio me estaba hablando.

—Aunque creo que no deberías intervenir. Sólo te lo estoy contando para que estés prevenido.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Dejar que termine la noche con ese tío y luego hablar con ella mañana? —No pensaba dejar que un gilipollas cualquiera tocara a mi chica.

—No lo sé, pero irrumpir en medio de la cena probablemente empeore las cosas.

Gruñí al teléfono y comencé a caminar de un lado a otro.

—Frankie, ¿qué hago? Quedarme de brazos cruzados no es una opción.

—No sé... tendrías que estropear la velada sin estropearla en realidad, ¿sabes?

—No —espeté—. No lo sé.

—¿Qué pasa si te los encuentras por casualidad e improvisas algo a partir de ahí?

—Supongo que podría hacer algo así... —No tenía ni idea de qué hacer cuando llegara—. De todas formas, ¿por qué me ayudas?

—Porque parece que a Marie se le ha ido la olla y estoy empezando a hartarme de todo eso.

—¿Que se le ha ido la olla?

—Si de verdad no quisiera estar contigo, el tema tendría un pase. Pero está más claro que el agua que todavía está enamorada de ti. No estar con alguien simplemente por principios me parece ridículo.

Al menos tenía a mi hermana de mi lado.

—Entonces, ¿vas a ir al restaurante? Probablemente ya estén allí.

—Sí... —Suspiré al teléfono—. Deséame suerte.

—Buena suerte. —No detecté ni una pizca de esperanza en su voz.

ENTRÉ EN EL RESTAURANTE Y LOCALICÉ SU MESA AL FONDO. MARIE TODAVÍA llevaba puesta la ropa de trabajo, pero tenía un aspecto impresionante, como siempre. Habría estado guapísima incluso con un mono de apicultor.

Me coloqué la corbata mientras iba preparándome para la conversación. Seguro que la mierda acababa llegándome hasta las orejas y Marie se cabrearía todavía más conmigo, pero tenía que hacer algo. Ya le había hecho daño bastantes veces y me lo merecía. Pero quería acabar con esa tortura.

Caminé hacia su mesa, tratando de parecer lo más calmado posible.

Marie me vio acercarme y, en cuanto se dio cuenta de que era yo, sus ojos

llamearon de furia. En ese momento deseó asesinarme.

Seguí adelante y me detuve cuando llegué a su mesa. Para mi desgracia, su pareja era un tipo bastante guapo. Tenía la complexión de alguien que se dedicara a cortar troncos por deporte y su traje dejaba claro que ganaba un montón de pasta.

Marie quería matarme. Pero matarme de verdad.

El tipo me miró vacilante, como si no supiera si era un camarero o un amigo.

Marie no se dignó a dirigirme la palabra. En lugar de eso, me amenazó en silencio.

Ahora que estaba allí, no sabía qué hacer. Marie me estaba asustando un poco y tenía mis dudas de poder noquear a su acompañante si las cosas llegaban a mayores. Tenía que estropearles la velada de alguna forma sin arruinarla realmente.

¿Cómo iba a hacerlo?

Entonces se me ocurrió una idea. No me gustaba mucho. De hecho, me produjo náuseas. Pero a situaciones desesperadas, medidas desesperadas.

—¡Hola, joder! —Me salió una voz aguda y entusiasmada—. Me alegro mucho de verte por aquí. Acabo de salir de Prada y pensé en pasar a cenar.

La rabia de Marie desapareció de inmediato. Nunca la había visto tan desconcertada.

—¿Quién es tu amigo? ¡Está macizo! —Di un paso hacia su acompañante y le dediqué una sonrisa.

Al instante Marie se puso rígida.

—Charles.

—Un placer conocerte, Charles. —Apoyé la mano en su hombro y se lo apreté.

El tipo se puso tenso, pero no se apartó.

—No os importa que cene con vosotros, ¿verdad? —Me senté al lado de Charles y acerqué mi silla a él.

Marie estaba que se subía por las paredes. Sus mejillas se tornaron rojas e intentó cubrirse la cara.

—Y qué te cuentas, Charles... ¿tienes novio? —Solo haría esto por una persona. Si Marie no fuera el amor de mi vida, ni hartado de whisky haría algo parecido. Pero no se me ocurría otra manera de ahuyentarlo.

—La verdad es que soy heterosexual. —Afirmó confuso, haciendo un gesto a Marie—. Por eso he salido con ella.

—Ah... Ya veo. —suspiré decepcionado—. Pero ¿cómo puedes saber realmente cuáles son tus preferencias si no lo pruebas todo? —Me acerqué más a él, rozándole el muslo con el mío.

Se apartó inmediatamente, incómodo.

La cara de Marie se iba poniendo más roja por momentos.

—¿Sabes a quién me recuerdas? —El chico no levantaba la vista de la carta—. A uno de los *boys* de Chippendales, el club de *striptease* de tíos. Está buenísimo... —¿Cuánto tiempo tenía que seguir hostigándolo para que tirara la toalla?

Finalmente, Marie se recuperó lo suficiente para hablar.

—Axel, si no te importa, nos gustaría estar solos.

—¡Venga, mujer! —Le puse la mano en la muñeca a aquel tío—. Sólo estoy siendo amable.

El pobre chico apartó la mano violentamente.

—Marie, tengo que irme. Tal vez podamos vernos en otra ocasión. —Se puso de pie, abrochándose el traje antes de marcharse a toda prisa, expresando la ira acumulada con el movimiento de sus hombros.

Mi plan había funcionado.

Marie se giró hacia mí.

—¿Qué coño te pasa?

Me deslicé en la silla vacía y volví a hablar con mi voz normal.

—¿Qué coño te pasa a ti? ¿Me despierto y te has ido?

—Lo de anoche fue un error.

—¿Qué? No hicimos nada.

—Simplemente lo fue —me espetó—. No vamos a volver juntos, así que déjalo ya.

—No lo voy a dejar hasta que me des otra oportunidad.

—Sólo me quieres porque no puedes tenerme. —Levantó tanto la voz que las mesas de alrededor nos oían con toda claridad.

—No. Te quiero porque sé que debo casarme contigo.

Abrió los ojos como platos, a punto de salirse de las órbitas, y dejó de respirar.

Ya no me asustaba decir cosas así. Mi relación con Marie me había dado pánico porque sabía lo mucho que significaba para mí incluso al principio. Tenía el poder de destruirme. Me había dado cuenta hacía mucho tiempo. Pero ahora ya no me daba miedo. De hecho, lo que me asustaba era perderla.

—Se supone que debo estar contigo el resto de mi vida. Eso es lo que está

destinado a suceder.

—¿Destinado a suceder? —Su voz brotó como un susurro, ya no gritaba como antes.

—No estoy diciendo que crea en el destino o en las almas gemelas como Francesca. Pero sí sé que tú eres la única mujer para mí. Eres la única que me ha hecho sentir así. Y no quiero parecer un cabrón, pero he estado con muchas. Desde el principio sabía que había algo especial en lo nuestro. No he podido dejar de pensar en ti desde la primera vez que nos acostamos. Y cada vez que te tengo cerca, el corazón se me pone a mil. Lamento haberlo estropeado tantas veces, pero la única razón por la que te alejé era porque estaba asustado. Tenía miedo de perder a la mujer que amaba, así que era más fácil no tener nada que perder. Pero ahora que sé cómo es mi vida sin ti, me doy cuenta de que es mejor amar y perder que no haber amado nunca. —Cuando Marie no hizo nada excepto mirarme, supe que estaba llegando a su corazón—. Marie, por favor, dame otra oportunidad. Estoy aquí ahora y estoy dispuesto a darte lo que quieras. Seré el mejor novio del mundo. Estaré aquí todos los días. Estaré a tu lado cada mañana cuando te despiertes. Y, cada vez que me digas que me amas, yo también te lo diré. —Desnudé mi alma y la dejé a la vista. Me exponía al éxito o al fracaso. Quería a esa mujer tan desesperadamente que arriesgué el cuello para hacerlo realidad. En mi corazón sabía que estaba destinada a ser mía. Si la perdía para siempre, me arrepentiría toda la vida. Me puse muy tenso al ver que no decía nada durante varios minutos—. ¿Marie?

Continuó mirándose sin hacer nada, y sus ojos no delataban sus sentimientos. Su respiración se había acelerado. Su pecho subía y bajaba a un ritmo muy rápido. Tenía las manos debajo de la mesa, donde yo no podía verlas, pero sospechaba que las movía inquieta.

—Cariño, estoy pidiendo una última oportunidad. Eso es todo.

Siguió en silencio.

Si la perdía, no sabría qué hacer. No podría volver a mi vida anterior, a follar sin sentido con extrañas. No podría estar con ninguna que no fuera ella. Mi existencia sería hueca y vacía.

—Te amo.

El corazón se me detuvo cuando escuché esas hermosas palabras. De las mesas contiguas nos llegaban rumores de conversaciones tranquilas. Para cualquiera que nos observara, parecería que estábamos manteniendo una conversación normal. Pero en realidad, todo nuestro mundo estaba cambiando.

Nunca antes había respondido a esas palabras. Era mi oportunidad.

—Yo también te amo.

Sus ojos lloraban, pero sin derramar lágrimas. Su pecho siguió subiendo y bajando de forma desbocada. Estábamos en un lugar público, por lo que trató de mantener sus emociones bajo control, aunque cada vez le costaba más.

Me incliné sobre la mesa para estar lo más cerca posible de ella.

—¿Una oportunidad más? —Extendí la mano hacia ella con los nudillos sobre la superficie.

Marie miró mi mano durante casi un minuto antes de colocar suavemente la suya sobre la mía.

—Sí.

Había dicho que sí.

No me lo podía creer.

Lo había conseguido. De alguna manera, lo había logrado.

Marie era mía.

Me llevé su mano a los labios y la besé.

—No te volveré a hacer daño. Te lo prometo.

Asintió.

Apreté sus nudillos contra mi boca mientras la miraba.

—¿Cenas conmigo?

Se aclaró la garganta, conteniendo la emoción.

—Ya que estamos aquí...

—Será nuestra primera cita, nuestra última primera cita.

SIN HABLARLO, FUIMOS A MI APARTAMENTO. TODO ESTABA EXACTAMENTE IGUAL que cuando se había ido por la mañana. A pesar de que no había tenido sexo en casi dos meses, no estaba ansioso por abalanzarme sobre Marie.

Simplemente quería estar con ella.

Cuando la puerta se cerró y estuvimos solos, tomé su cara entre mis manos y le di un beso lento. Me sentí transportado al sentir su boca en la mía. La suavidad de sus labios no tenía parangón con nada que hubiera sentido antes. La apreté entre mis brazos y profundicé en el beso, presionándola contra la pared. Automáticamente hundí la mano en su cabello y la cerré en torno a unos mechones. Me encantaba agarrarla de esa manera, haciéndola mía.

Sus manos se movieron hacia mi camisa y la desabotonó de arriba abajo. Sus dedos se deslizaron despacio sobre mi piel, deleitándose con calma mientras me desnudaba.

Lentamente fuimos al dormitorio dejando un reguero de ropa detrás de nosotros. La había visto desnuda la noche anterior, pero estaba ansioso por contemplarla de nuevo. Esta vez era mía de verdad. Después de hacer el amor, seguiría allí a la mañana siguiente. Eso era lo que más me gustaba de todo.

La deposité en la cama, con sus piernas ya alrededor de mi cintura. Todavía llevaba los calcetines puestos, pero no me molesté en quitármelos. A ella tampoco pareció importarle. Cuando bajé la vista, no vi a una rubia buenorra con grandes tetas. Vi a una mujer hermosa que anhelaba conservar para siempre. Nunca en mi vida había sido una persona romántica, pero ahora sí lo era... con Marie.

Mi pene encontró su abertura, como siempre, y presioné suavemente para entrar, haciendo que se ensanchara a mi paso como había hecho cientos de veces. En lugar de besarla, contemplé su reacción. De nuevo me miraba de aquella forma. No había otra cosa que no fuera amor en sus ojos, dedicada por entero a mí y a aquel momento.

Me encantaba estar dentro de ella. No había palabras para describir la sensación. No sólo porque era placentero, sino porque significaba algo más. Yo era y sería el único hombre que la poseería de esa manera. Quería pasar el resto de mis noches así, con una sola mujer. Un año antes no habría comprendido lo que significaba ese momento. Pero ahora era incapaz de imaginar una vida diferente.

Se balanceó abrazada a mí en la cama.

—Te amo. —Puso sus manos en mi cabello y acercó mi rostro al suyo. Sus labios estaban entreabiertos a causa de su respiración pesada. Cuando pronunció esas palabras, me parecieron lo más sensual del mundo, mejor que ninguna conversación subida de tono que hubiera tenido nunca.

—Yo también te amo, cariño mío.

ENTRAMOS EN EL APARTAMENTO DE MARIE COGIDOS DE LA MANO.

Francesca estaba viendo la televisión en el sofá y, cuando nos oyó entrar, se dio la vuelta.

—Oye, ¿dónde estabas...? —Se detuvo a mitad de la frase cuando vio que íbamos de la mano—. Ya era hora, joder. —Se levantó del sofá y se acercó a nosotros—. Pensé que no iba a llegar nunca este día.

Rodeé la cintura de Marie con mi brazo.

—Sólo hemos pasado a recoger sus cosas. Se va a venir a pasar la semana conmigo.

—Genial —dijo Francesca—. Me quedo el apartamento para mí sola sin tener que pagarlo. Me siento como un ama de casa de los años cincuenta.

—Pues mantenlo limpio. —Marie entró en su habitación y comenzó a meter sus cosas en una bolsa de viaje.

Le miré el culo hasta que desapareció de mi vista.

—Bueno, ¿cómo lo hiciste?

Me volví hacia Francesca.

—¿Hacer qué?

—Quitarte a ese tío de en medio.

—Ah, eso... Le tiré los tejos. —Francesca entrecerró los ojos—. Me hice pasar por gay. Funcionó a las mil maravillas.

—Creo que se suponía que tenías que pelearte por ella. Ya sabes, hacer algo romántico.

—Bueno, el tío era enorme. Intentar seducirlo era mucho más fácil.

Francesca se tapó la boca e intentó no reírse.

—¿Y qué ocurrió después?

—Le dije lo que sentía... No me guardé nada.

—¿Y eso era...?

—Eres muy cotilla, ¿lo sabías?

—Mira, si no me lo cuentas tú lo hará Marie.

A veces se me olvidaba que eran muy amigas.

—Que es la única mujer de mi vida. Eso era todo lo que necesitaba oír.

Francesca sonrió de oreja a oreja.

—Ay, qué bonito... —La miré con incredulidad—. Os vais a casar, ¿a que sí?

Me encogí de hombros.

—Hoy no. Pero algún día sí.

—Guau... —Volvió a aplaudir—. ¡Marie va a ser mi cuñada! ¡Dios mío, seré la tía de su bebé!

—No nos dejemos llevar... Por ahora sólo va a pasar la semana conmigo.

—Lo que sea —replicó—. Voy a empezar a guardar revistas de bodas y a

buscar fotos... ¡Va a ser genial!

—Lo que tú digas.

Marie regresó con la bolsa al hombro.

—Creo que lo llevo todo.

Se la cogí para llevársela.

—Vamos. Tenemos mucho que contarnos para ponernos al día.

—¡Qué bien! —Francesca se llevó las manos al pecho.

—Cállate ya. —Abrí la puerta y salí.

Marie abrazó a Francesca.

—Supongo que te veré cuando vuelva.

—Que te diviertas. —Francesca se apartó y apretó las muñecas de Marie—. Quiero que me lo cuentes todo con detalle cuando vuelvas.

—Hecho.

Agarré a Marie de la mano y la saqué de allí antes de que Francesca se autoinvitara. Esas dos eran uña y carne, y tenía que separarlas antes de que Marie le dijera que se viniera.

EN LUGAR DE VER LA PELÍCULA, NOS ENROLLAMOS EN EL SOFÁ. SE SENTÓ A horcajadas sobre mis caderas con los brazos alrededor de mi cuello. Me besó con fuerza en la boca, metiéndome la lengua antes de que nuestros labios se rozaran.

Ya le había levantado la falda y le tenía agarrado el culo desnudo. Froté contra sus bragas mi polla erecta a través de los pantalones. Con la cabeza apoyada contra el respaldo del sofá, la besé como un adolescente cachondo. Los besos seguían siendo mi parte favorita.

El horno comenzó a pitar

Marie se apartó con los labios hinchados.

—El pollo está listo.

En este momento la comida me daba igual.

Se levantó de mi regazo y se arregló la falda, ocultando su hermoso trasero a mi vista. Luego desapareció en la cocina para ver cómo iba la comida.

Eché un vistazo a las llaves y la cartera sobre la mesa, y a continuación me levanté y abrí la puerta de entrada.

—¿A dónde vas? —me preguntó Marie desde la cocina.

—A ninguna parte, cariño. —Levanté el felpudo y cogí la llave que guardaba allí por si acaso se me olvidaba la mía. Cerré la puerta y luego fui a la cocina.

Marie acababa de terminar de preparar la cena cuando entré.

—Quiero que tengas esto. —Sostuve en alto la llave—. Puedes entrar y salir cuando quieras. —Yo quería que estuviera en mi casa todo el tiempo. Todos los días, cuando salía de la oficina, tenía que ir a recogerla y luego la llevaba a mi apartamento, ya que no podía entrar por su cuenta. Ahora Marie podría dormir hasta más tarde cuando yo me fuera a trabajar y cerrar la puerta cuando saliera. Si alguna vez quería venir porque sí, podría entrar.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Me estás dando la llave de tu casa?

—Sí. —La coloqué en su mano y cerré sus dedos en torno a ella.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. —Le habría pedido que se mudara conmigo si no fuera tan pronto.

Marie dejó la llave en la encimera.

—Gracias. Te daría la mía, pero...

—No la quiero. —No cuando Francesca aún vivía allí. No quería entrar sin que ella lo supiera.

Marie me agarró por la pechera de la camisa y tiró de mí para darme un beso.

—Gracias. Es muy considerado por tu parte.

—Soy un tipo considerado. —Lo era por ella.

El timbre de la puerta sonó e hizo añicos el momento.

Me miró arqueando una ceja.

—¿Esperas a alguien?

—No. —Nadie sabía que vivía allí—. Probablemente sea una niña scout vendiendo galletitas. —Fui a la puerta y miré por la mirilla. Para mi sorpresa, ahí estaba Hawke.

Abrí la puerta.

—Vaya, ¿qué haces aquí?

—Hola a ti también. Me invitaste a venir y conocer tu apartamento.

—¿De verdad? —No lo recordaba—. ¿Cuándo?

—Hace unas semanas. No he tenido tiempo hasta ahora. —Miró por encima de mi hombro y vio a Marie, y entonces una lenta sonrisa cubrió poco a poco su rostro—. Parece que estás ocupado...

—Esto... sí. —Ahora era yo quien sonreía.
Me dio una palmadita en la espalda.
—Bien por ti, tío. ¿Quedamos a tomar una cerveza mañana si estás libre?
—Sí, te pongo un mensaje.
Hawke saludó por encima de mi hombro.
—Encantado de verte, Marie.
—Lo mismo digo —respondió con una sonrisa.
Cerré la puerta y volví con ella.
—Se alegra por nosotros tanto como Francesca.
—Qué bonito... —Terminó de preparar la cena y me pasó un plato—.
Nuestros mejores amigos desean que seamos felices. Y hasta donde yo sé, eso los convierte en buenos amigos.

—NO HE PASADO POR MI APARTAMENTO EN TODA LA SEMANA. TENGO QUE IR.
—Se había echado la bolsa al hombro con cara de remordimiento. Cada vez que intentaba llegar a la puerta, la sujetaba.
—Quédate. —La agarré por el brazo y la atraje hacia mí. Nuestra semana juntos había pasado en un abrir y cerrar de ojos. Recordaba cada momento y, sin embargo, el tiempo se había esfumado en una loca nebulosa.
—No tengo ropa.
—Usa la mía.
Me miró fingiendo irritación.
—No puedo ponerme ropa de hombre para ir a trabajar.
—Tú conseguirías que mi ropa fuera sexy.
—Y no tienes nada de Prada.
—¿Realmente te despedirían por no llevar nada de la marca? —La agarré por la parte baja de su espalda, deseando tenerla de nuevo en mi cama.
—No he visto a Francesca en una semana. Necesito ver qué tal está.
—Mi hermana está bien. —Y si no fuera así, ¿a quién le importaba?
—Ya no me queda ropa interior.
—De todos modos, no la necesitas. —Subí la mano por debajo de su falda hasta que llegué a las nalgas.
Me dio una palmada juguetona en el brazo.
—Te veo después, ¿vale?

—¿Volverás dentro de unas horas? —¿Podría sobrevivir unas pocas horas sin ella?

—Estaba pensando que tal vez vuelva mañana por la noche.

—¿Qué? —grité—. Es demasiado tiempo.

—No puedo abandonar a Francesca y dejar mi apartamento.

—Entonces iré yo.

Marie se estremeció.

—El apartamento ya es demasiado pequeño. Podemos pasar una noche separados.

—Habla por ti.

Tomó mi cara entre sus manos y me dio un beso lento.

—Sal con tus amigotes. Haz algo con Hawke.

—Hawke no es tan sexy como tú.

—Eso espero.

—Y su polla es un obstáculo insalvable.

Me miró fingiendo irritación.

—Usa la imaginación. —Me besó en la mejilla antes de salir.

«Mierda».

Me sentí muerto por dentro en cuanto Marie abandonó mis brazos. Había estado enamorado de ella todo el tiempo, pero entonces comprendí que estaba completamente obsesionado.

—Ponme un mensaje cuando llegues a casa. —Asomé la cabeza por la puerta y la vi alejarse por el rellano.

Siguió caminando, pero miró por encima de su hombro.

—Vale.

—Y envíame otro antes de irte a la cama.

—Tal vez sí, tal vez no.

HAWKE Y YO NOS ENCONTRAMOS EN UN BAR QUE RETRANSMITÍA DEPORTES PARA ver el partido de baloncesto.

—Entonces... ¿cuánto tiempo me vas a hacer esperar? —Tenía los ojos fijos en la televisión.

—¿Me invitas a una cerveza y crees que con eso ya me has seducido? —dijo sonriendo—. ¿Qué pasó con Marie?

—Seguí tu consejo y fui a por ella.

—Eso no parece nada romántico... Suena más bien siniestro.

—Ya sabes lo que quiero decir. No me rendí.

—Bien por ti. —Dio un trago a su cerveza—. Me sorprende que no estés con ella ahora.

—Estaría con ella si no se hubiera ido a casa. Dijo que quería pasar un rato con Francesca o una gilipollez parecida.

—Ya veo —contestó con una risita—. Has quedado conmigo porque no tienes nada mejor que hacer.

—Eh, corta el rollo. Estoy enamorado. Cuando estás enamorado, sólo piensas en esa persona. Es como si respirase sólo para poder sobrevivir y volver a verla. No espero que lo entiendas.

De repente, el ambiente se puso tenso.

Me di cuenta de mi error.

—Perdona...

—Da igual —dijo—. Sé exactamente lo que quieres decir.

Me quedé mirando la cerveza, sintiéndome idiota por lo que había dicho.

—Me alegro por ti, tío.

—Gracias...

Chocó su botellín contra el mío.

—Disfruta de cada momento.

—Eso haré.

Se concentró en el partido durante unos minutos antes de volver a sacar su tema favorito.

—¿Cómo está? —Casi nunca se refería a Francesca por su nombre.

—Bien. Deseando que terminen las obras.

—¿No ha hecho más preguntas sobre el dinero?

—Le dije que era todo cosa mía. Me sentí un poco cabrón llevándome todo el mérito, pero a Marie le pareció muy tierno.

Hawke se echó a reír.

—A lo mejor te he ayudado a volver con ella.

—Ya lo hiciste con esa cena que nos organizaste.

—¿Qué puedo decir? Me encanta hacer de celestina.

Saqué el teléfono del bolsillo y lo puse encima de la mesa. Si Marie me enviaba un mensaje, lo sabría de inmediato.

—¿Alguien especial en tu vida? —Antes Hawke solía hablarme de las chicas que visitaban su cama. Me lo contaba con todo lujo de detalles, pero

desde que Francesca entró en su vida, había dejado de hablar del tema.

—Nunca hay nadie especial.

—Ya lo sabes... Sólo porque no funcionara con Francesca no significa que no puedas contarme cosas de otras. —Era incómodo, pero teníamos que dejarlo atrás. Había aceptado que nunca volverían a estar juntos y, como Francesca parecía estar bien, su ruptura ya no me parecía importante. Poco a poco, las cosas volvían a ser como antes.

—De verdad que no hay nada que contar. Anoche conocí a una chica en el metro. Hablamos un poco y se quedó a pasar la noche. Nos despedimos esta mañana.

—¿Por qué estabas en el metro?

—Tenía que visitar a un cliente en Brooklyn.

—¿Y eso es todo? ¿No la volverás a ver?

—Sinceramente, ni siquiera me acuerdo de cómo se llamaba. Era algo exótico, uno de esos nombres imposibles de pronunciar. —Lo dijo con amargura, como si su conquista lo hiciera sentir peor en lugar de mejor.

—Si eres así de desgraciado, ¿por qué no...?

—No sigas por ahí, por favor. —Levantó la mano para acallarme—. Ella y yo nunca volveremos a estar juntos, aunque viva en la misma ciudad. Así son las cosas.

—Lo aceptaría... si no estuvieras tan deprimido sin ella.

Bajó la vista hacia su cerveza.

—No la merezco y nunca la mereceré. Fin de la historia.

—No sé... Sigues haciendo muchas cosas por ella.

—Es distinto. Podría darle la luna y seguiría sin merecerla.

No sabía por qué seguía sacando el tema si lo entendía cada vez menos.

—Un día se casará y se olvidará de mí por completo. Y seré feliz cuando llegue ese día.

Últimamente Francesca había estado mucho más contenta, y estaba seguro de que algún día encontraría a un buen hombre. Pero sospechaba que nunca olvidaría a Hawke, por mucho tiempo que transcurriera. Sabía que yo no me olvidaría de Marie, pasara lo que pasara entre nosotros.

—Avísame cuando hayáis terminado con la remodelación. Me gustaría verlo.

—Claro. Todavía tardarán unas semanas.

—Mantenme informado.

No dejaba de mirar mi teléfono, esperando que Marie me enviara un

mensaje cuando se fuera a la cama.

Hawke advirtió mi comportamiento.

—La clave de la paciencia es hacer algo mientras esperas.

—¿Es tan obvio?

—Axel, lleva un año siendo obvio.

Florece el amor
Marie

—QUÉ RARO VERTE POR AQUÍ. —Francesca se burlaba de mí cada vez que entraba por la puerta. Estaba en casa de Axel más que en la mía, así que no me sorprendía.

—Debes estar disfrutando mucho. Tienes el apartamento para ti solita.
—Tiré la bolsa de la ropa sucia al sofá.

—Te puede parecer así, pero en realidad no. La verdad es que resulta solitario...

Me sentí un poco culpable.

Apagó el televisor.

—¿Todo sigue genial con Axel?

—Perfecto. —No había otra forma de describirlo. Me trataba como a una reina, me mimaba como a una diosa y me miraba como si fuera la obra de arte más hermosa que el mundo había visto jamás.

—Ya te lo dije. —Había una mirada triunfal en sus ojos. Le encantaba tener razón y asegurarse de que todos lo supieran.

—Vale... Tenías razón. Tú ganas. —No tuve problema en reconocerlo porque era muy feliz.

—Lo tienes comiendo de tu mano, joder. —Sacudió la cabeza—. Nunca he visto a un hombre tan entregado.

Hawke había estado muy entregado a ella mientras estuvieron juntos.

—¿Qué te cuentas tú?

—Conocí a un tío la otra noche. Salimos a tomar unas copas y nos quedamos en su casa. —Francesca estaba volviendo a ser ella misma por fases. Ahora estaba casi igual que antes de que Hawke entrara en escena.

—¿Cómo ha ido?

—Es muy atractivo y muy bueno en la cama, pero no veo que lo nuestro vaya a ninguna parte.

¿Se había acostado con él? Había vuelto al mercado por la puerta grande.

—¿Por qué no?

—Es un vendedor de perritos calientes. —Francesca se estremeció—. No me parece nada sexy.

—Tú quieres abrir una pastelería.

—Es distinto. Mi tienda no estará en una furgoneta aparcada en la calle. Y los vendedores de perritos calientes se hurgan la nariz...

—¿Quién lo dice?

—No sé... La gente.

—Si no te gusta, ¿por qué te acostaste con él?

—No me enteré de lo de los perritos calientes hasta después. Si me lo hubiera dicho antes... probablemente no nos habríamos acostado.

Me eché a reír.

—No sabía que fueras tan tiquismiquis.

—No lo soy. Pero eso no me pone cachonda, qué quieres que te diga.

—Bueno, ¿y cuándo abres la pastelería?

—No sé... Aún faltan unas cuantas semanas como mínimo. Ahora tengo que empezar a buscar empleados.

—No puedes dejar escapar la oportunidad.

—Sí... Simplemente no sé por dónde empezar.

—Bueno, yo puedo ayudarte. Y Axel también.

—Cuando dices ayudar, ¿te refieres a ayudar de verdad? —preguntó con sarcasmo—. ¿O a estar metiéndoos mano todo el rato?

—Oye, ¿quieres ayuda o no? —repliqué con los brazos en jarra, haciéndome la importante.

Francesca sabía que no estaba en posición de poner pegas.

—Admito toda la ayuda que pueda conseguir.

—¿Ya sabes cómo la vas a llamar?

Bajó los ojos hacia sus manos por un segundo antes de volver a mirarme.

—«La Chica de los Muffins».

Recordé cuando Hawke la llamaba así. Con el tiempo lo había acortado a

«Muffin». No estaba claro si había elegido ese nombre por él o porque pensaba que era muy apropiado. Y no pregunté.

Francesca respondió sin que yo dijera nada.

—No puedo olvidarme de ese nombre. Le va como anillo al dedo y suena bien. He de ser sincera y sí, el nombre siempre me recordará a él, pero eso no es malo. Cuando pienso en él, ya no me duele.

—Por si te interesa, a mí me gusta.

—A mí también.

—Tiene un aire a pueblecito en medio de la gran ciudad. A la gente le gustará.

—Probablemente.

—Es una buena estrategia de marketing.

—Entonces... ¿cuándo creéis que podríais echarme una mano?

—Bueno, ahora mismo estoy libre. Y sé que, si llamara a Axel, vendría en un abrir y cerrar de ojos.

Francesca se echó a reír.

—Para hacerte un chupetón en el cuello.

—Será de muchísima ayuda. De nosotros tres, es quien más ganas tiene de que el negocio te vaya bien. —Había pedido un crédito a su nombre sólo para ayudarla a arrancar. Si eso no dejaba claro que creía en ella, no sabía qué otra cosa lo haría.

—Pues llámalo.

TRABAJAMOS EN EL APARTAMENTO DE AXEL PORQUE ERA CUATRO VECES MÁS grande que el mío. Había mucho más espacio y nuestros codos no chocaban.

—Me gusta esta chica. —Axel sostuvo en alto el currículum—. Ha trabajado cuatro años en una pastelería. Tiene experiencia en pastas, galletas, pasteles... Todo lo que se te ocurra.

—¿Y tartas de boda? —preguntó Francesca.

Axel revisó la solicitud.

—No parece que...

—Qué raro. —Francesca cogió otra porción de pizza de la caja—. No puedo creer que no haya ni una sola persona con experiencia en tartas.

—Tal vez los más experimentados ya trabajan a tiempo completo en otra

pastelería —dijo Axel—. No has publicado ningún anuncio para puestos de jornada completa.

—Bueno, lo haré en un futuro. Es que en este momento no me lo puedo permitir.

—Sólo te lo comento... —Levantó ambas manos y se echó hacia atrás—. No puedes esperar que la gente más competente solicite el puesto si no ofreces salarios competitivos.

—Lo mío es una pastelería, no una compañía de inversión —protestó Francesca.

—Da igual. —Axel siguió repasando el montón de solicitudes—. Este tío es bueno. Ha trabajado como cocinero en unos cuantos restaurantes y luego como chef en un café muy exclusivo del centro. Creo que será bueno para la parte de almuerzos de la pastelería, los sándwiches, canapés y esas cosas.

Cogí su solicitud y la leí.

—Sobre el papel suena genial.

—De acuerdo —dijo Francesca mientras masticaba—. Contratado.

Axel agarró otra carpeta y se la dio a Francesca.

—Estos son todos los proveedores que he podido encontrar que vendan los ingredientes que necesitas. Harina, azúcar, huevos, etc. Si compramos a granel, el precio es bastante barato.

Francesca echó un vistazo a los productos.

—Me importa más la calidad que la cantidad.

—Son buenos —argumentó Axel—. Son proveedores de todos los grandes restaurantes de Italia. El envío te saldrá por un pico, pero tus productos serán tan deliciosos que dará igual.

Francesca asintió mientras seguía leyendo.

—¿Y los gastos de envío?

—Son un poco caros... —Axel se encogió de hombros—. Pero merecerá la pena.

Sentí que no estaba contribuyendo con nada, pero en realidad no tenía nada que aportar. A Axel y a Francesca se les daban bien los números. A mí, las palabras.

Mientras Francesca estaba ocupada con la lista, Axel se volvió hacia mí. Me dirigió una mirada ardiente y empezó a frotar su pierna contra la mía por debajo de la mesa. Era capaz de leer en su mirada como en un libro abierto.

Francesca no levantó la vista.

—Por favor, no empieces a besarla.

—¿Cómo lo has sabido? —soltó Axel, sorprendido.

—Te lo noto. —Francesca seguía pasando páginas—. Vale. Me parece bien. Con toda la competencia que hay en la ciudad, tengo que ofrecer algo diferente. Un producto de calidad es la clave.

Axel siguió observándome, pero su mirada afectuosa había desaparecido.

—Tengo una gran idea.

—¿Qué? —Sospechaba que su idea tenía que ver conmigo.

—Marie, ¿puedes escribir algo sobre «La chica de los muffins» para la inauguración? —preguntó—. ¿Aunque sólo sea un párrafo? Millones de mujeres leen lo que publica Prada.

—No puedo escribir lo que me dé la gana. Si fuera así, tendría el mejor trabajo del mundo.

—¿Tal vez podrías hablar con tu jefe? —preguntó Axel.

—No llevo suficiente tiempo para jugarme el cuello así. —Me volví hacia Francesca—. Lo siento. Sabes que si pudiera lo haría.

—De verdad que no pasa nada —contestó—. No te guardo rencor.

Axel guardó silencio sin dejar de pensar.

—Bien —dijo Francesca—. Voy a llamar a todos estos para hacerles una entrevista y poner en marcha la pastelería. Tendremos que hacer el primer pedido de ingredientes para que llegue a tiempo. Y necesitamos una estrategia de marketing. No tiene mucho sentido abrir una pastelería y que nadie se entere.

—Seguiré pensando.

—Sí —asintió Axel—. Ya se nos ocurrirá algo.

FRANCESCA SE MARCHÓ Y YO ME QUEDÉ CON AXEL. NO TUVE ELECCIÓN, PORQUE Axel se negó a dejarme ir. Me quería a su lado en todo momento, y no es que me pareciera mal.

—¿Y si te llevo a cenar? —Axel me sentó en su regazo en el sofá—. A un sitio bonito. Puedo meterte mano en el baño.

—Qué romántico...

—Venga, ¿tienes hambre?

—Un poco. Pero no me apetece salir. —Me senté a horcajadas sobre sus caderas y le masajé el pecho.

—Por mí no hay problema. —Sonrió de oreja a oreja—. Puedo pedir otra pizza.

Llevaba demasiado tiempo sin comer comida casera. Desde que había empezado mi nuevo trabajo y volvía a estar con Axel, lo único que hacíamos era comer y follar.

—¿Podemos preparar algo aquí?

—Claro... pero no tengo nada.

—¿Nunca vas a la compra?

—No, a menos que necesite papel higiénico y cerveza.

—Bueno, tendré que hacer más visitas al supermercado.

—Tienes una llave...

—¿Me la diste para eso?

Se encogió de hombros.

—Puede que esa sea una de las razones.

Me crucé de brazos.

—Cariño, sabes que estoy bromeando. —Me atrajo hacia él y me besó en el cuello—. Siempre te puedo comer a ti.

—Dudo que sea muy nutritiva.

—No estoy de acuerdo. —Axel siguió besándome.

Alguien llamó a la puerta y rompió la magia del momento.

—¿Crees que es Francesca?

—No. Probablemente sea Hawke. —Suspiró antes de levantarme y devolverme al sofá.

—¿Para qué habrá venido?

—Le he pedido ayuda.

«¿Ayuda para qué?».

—¿Qué pasa, tío? —Axel le dio una palmada antes de dejarlo entrar—. Gracias por pasarte.

—No hay por qué darlas. —Se dirigió a la sala de estar con las manos en los bolsillos—. Hola, Marie.

—Hola. —A pesar de su comportamiento considerado, nunca podría volver a mirarlo de la misma manera. Había herido profundamente a Francesca, dejándola tirada como una colilla. Como su mejor amiga, me resultaba imposible olvidar el dolor que había dejado a su paso.

—Me alegro de que vosotros dos volváis a estar juntos. —Se sentó en el otro sofá y se desabrochó la chaqueta.

—Gracias. Yo también.

Axel saltó al sofá y aterrizó en el cojín que había a mi lado.

—¿Cómo va el asunto? —preguntó Hawke.

«¿Qué asunto?».

—Ya tenemos proveedor, empleados, el nombre y casi todo lo demás —explicó Axel—. Pero nos falta algo esencial.

¿Por qué le contaba detalles de la pastelería a Hawke? ¿Como si formara parte del negocio?

—¿Qué es lo que falta? —preguntó Hawke.

—El marketing —dijo Axel—. Ninguno de nosotros tiene ni idea de qué hacer. Si fuera una ciudad pequeña, valdría con abrir la pastelería. Pero en una gran ciudad como esta, tenemos que hacer algo. Esperaba que tuvieras alguna idea o algún contacto que pudiera ayudarnos.

—Espera un momento —protesté—. Estoy confusa. ¿Por qué participa Hawke en esto? La última vez que lo hablamos, el negocio era de Francesca, y no necesita su ayuda para levantarlo. Le va bien sin él y no hace falta que intervenga.

Hawke permaneció sereno.

—Marie, sólo quiero ayudar.

—No necesita tu ayuda. Nos tiene a nosotros. —Hawke no me había hecho nada a mí personalmente, e incluso había intentado volvernos a unir a Axel y a mí dos veces. Pero yo era leal a mi amiga.

—Cariño. —Axel deslizó la mano sobre mi muslo—. No pasa nada.

—¡No! Sí que pasa —solté—. Francesca puede valerse por sí misma. No necesita que nadie haga nada por ella. Así que llévate tus contactos a otra parte. No necesita tu compasión.

Hawke sacudió la cabeza ligeramente.

—No es por pena, de eso puedes estar segura.

—Cariño, déjalo. —Axel bajó la voz a pesar de que Hawke seguía oyéndolo todo—. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti en qué? —grité—. Hawke no forma parte de esto. Yo soy su mejor amiga y tú eres su hermano, el que obtuvo el préstamo para darle el dinero a ella. ¿Qué ha hecho Hawke? Nada, joder. Entonces, ¿por qué está aquí?

Axel suspiró antes de volverse hacia Hawke, comunicándose con él en silencio.

Hawke se limitó a negar con la cabeza.

¿Qué me estaba perdiendo?

—¿Qué más da? —preguntó Axel—. Si podemos hacer algo más para ayudar a Francesca, deberíamos intentarlo.

—Te aseguro que ella no querría la ayuda de Hawke. —Francesca había superado lo de ese hombre, al menos en su mayor parte, y sabía que no querría que él se involucrara en su negocio.

—Axel no me lo pidió —le explicó Hawke—. Me ofrecí yo.

—Vale que te intereses por ella y te asegures de que está bien, pero esto es diferente —protesté—. Es justo lo que dije antes. No se puede tener todo. No puedes no estar con ella y seguir metiéndote en su vida, y mucho menos sin su conocimiento.

—¿Te parecería mejor si se lo dijera? —Hawke no lo preguntó con frialdad, pero su enfado bullía bajo la superficie—. ¿Que supiera que estoy allí constantemente, impidiéndole seguir con su vida? ¿No es mejor que me oculté entre las sombras para que nunca piense en mí?

Visto así, me quedé sin argumentos.

—Lo único que quiero es que Francesca tenga éxito —dijo Hawke—. No hay otro motivo. No tiene por qué saber que he estado implicado. Y nadie saldrá herido.

—Me sigue pareciendo que la estoy traicionando. —Yo era más leal a Francesca que a ninguna otra persona en mi vida.

—No la traicionas —dijo Axel—. Sabes que yo también protejo mucho a Francesca. No estaría haciendo esto si no creyera que está bien.

Hawke me miró, esperando a que aceptara.

Como ambos me habían dado argumentos convincentes y yo iba a perder hiciera lo que hiciera, acepté.

—Está bien.

Axel se frotó la nuca como si estuviera nervioso.

—Vale. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Tengo una amiga en el *New York Times* —dijo Hawke—. Creo que puedo conseguir que escriba un artículo. Pero tendrá que probar la comida y los pasteles, de lo contrario no habría nada de lo que escribir.

¿Cómo conseguía ese tipo de contactos?

—¿Cómo te las vas a arreglar para que una periodista del *New York Times* escriba sobre una insignificante pastelería de Manhattan?

Hawke no me miró a los ojos. Sacó el teléfono y se puso a buscar en sus contactos.

—Lo que quiero decir es que tendrás que pensar en una historia

convinciente, Axel. Le pediré que no mencione mi nombre y finja que os conocéis.

—Eso puedo hacerlo —dijo Axel.

—Supongo que Francesca puede prepararlo todo en el apartamento —continuó Hawke—. De forma que no necesite el obrador de la pastelería.

—Seguro que sí —asintió Axel.

—Genial —remató Hawke—. La llamaré mañana.

—¿Se te ocurre algo más? —preguntó Axel.

—Conozco a un tipo que dirige una tienda de *cupcakes* Sprinkles —dijo Hawke—. Puedo pedirle que haga una promoción cruzada con su pastelería. Es cliente mío desde hace un año y tenemos buena relación. Si le reduzco una de mis comisiones, probablemente acepte.

—Sueno perfecto. —Obtener la atención de los clientes habituales de otra pastelería era como un regalo caído del cielo. Si Francesca conseguía eso y además se publicaba el artículo, el éxito estaría garantizado—. Parece que todo va a ir genial.

—Seguro que sí —dijo Hawke—. Ofreceré sus muffins, pasteles y café en mis reuniones con clientes. Cuando se interesen por la comida, y seguro que lo harán, les daré su tarjeta.

Estaba empezando a comprender lo vital que era la ayuda de Hawke. Como trabajaba con personas muy diferentes, principalmente con las más ricas de Nueva York, tenía los contactos adecuados. Ahora me sentía un poco culpable por haberme enfadado.

—Excelente —exclamó Axel mientras se frotaba las manos—. Parece que tenemos el plan perfecto en marcha. Será la pastelería con más éxito de la ciudad.

Hawke se echó a reír.

—Más bien del país.

CUANDO SONÓ EL DESPERTADOR, AXEL ME APRETÓ LA CINTURA Y COMENZÓ A derramar besos por mi hombro. Me besó en el cuello y después en el surco que dibujaba mi columna. Me despertaba en silencio, y sus labios me tranquilizaban más que el sonido irritante del despertador.

—Odio trabajar. —Antes me emocionaba ir a Prada todos los días. Pero

ahora, cuando tenía que levantarme por la mañana, apenas podía salir de la cama. Tenía un hombre fantástico que compartía mi lecho y encontraba aún menos motivos para levantarme.

—Déjalo. —Presionó sus labios contra mi frente.

—Necesito comida. —Mantuve los ojos cerrados porque todavía estaba demasiado adormilada para abrirlos.

—Puedo alimentarte.

—Necesito ropa... zapatos. ¡Dios, necesito zapatos!

Se rio en mi oído.

—Puedo comprarte todo eso.

—No... —Por fin abrí los ojos y me senté—. Me gusta comprármelos yo. Lo que pasa es que no me gusta trabajar para conseguirlos.

—Bueno... podrías trabajar para mí. —Me atrajo a su pecho y besó el mío.

—Cocina y limpia para mí. Cuida de mí. Y te pagaré por todo el trabajo que hagas.

—Suenas a curro de ama de casa.

—Lo es. Y tengo una vacante.

Puse los ojos en blanco y salí de la cama.

—Paso.

Axel se quedó tumbado con las sábanas arrugadas en torno a la cintura. Su pecho duro y sus brazos cincelados me invitaban a volver, llamándome en silencio desde la cama.

—Venga. Serías un ama de casa fantástica.

—Ni de coña. Sería la peor.

—¿Y eso? Además, ya cocinas y limpias para mí.

Me acerqué al lavabo y cogí el cepillo de dientes.

—Ahora empieza a darme la sensación de que no bromeas.

—¿Quién ha dicho que estuviera bromeando? —Escudriñó mi expresión en el espejo.

Era difícil creer que hubo un tiempo en el que era incapaz de decirme que me amaba. Ahora me lo decía todas las noches antes de irnos a la cama. Y me lo demostraba cada segundo del día.

—Me voy a la ducha.

—¿Puedo entrar contigo?

—Por supuesto que no. —Entré en el baño y abrí el grifo. El agua cálida resbaló sobre mi cuerpo, haciéndome reaccionar.

Axel entró un momento después. Cogió una pastilla de jabón y empezó a

frotarme con ella, enjabonándome toda la piel. Masajeó mi cuerpo, haciendo que me adormeciera cuando lo que intentaba era despertarme.

—Nunca habría imaginado que eras de los pegajosos.

—¿Pegajoso? —preguntó—. No soy pegajoso.

—No has pillado el matiz.

—Sólo soy un hombre enamorado de una mujer. —Me giró y me levantó, sosteniéndome contra la pared de la ducha—. ¿De verdad eso es algo malo?

—No. —Lo rodeé con mis brazos.

—Esperaba que dijeras eso. —Me sujetó por el culo, besándome lentamente mientras la lluvia de la ducha se deslizaba por nuestros cuerpos. El agua arrastró el jabón y el tiempo pasaba. Íbamos a llegar tarde al trabajo, pero a ninguno de los dos parecía importarnos.

—NO ME LO PUEDO CREER. —FRANCESCA ESTABA SENTADA EN LA PASTELERÍA, rodeada de dulces bellamente dispuestos en vitrinas estancas—. He hecho cuatro bandejas de todo, sólo para asegurarme de que eran perfectos.

—Todo será perfecto. —La pastelería estaba casi acabada. Ya tenía todos los mostradores y se habían rematado los obradores, pero faltaban los suelos de la trastienda. La fiesta de apertura era en dos semanas y se estaba agotando el tiempo.

—¿Y si no le gustan? —preguntó Francesca.

—Le gustarán —le aseguré—. Dime una sola persona que haya probado tus dulces y no le hayan gustado.

—Ya, pero si no les gustan, no me lo dicen —protestó ella.

—Yo te lo diría —dije sinceramente.

—Yo también —añadió Axel.

Francesca siguió mirando por la ventana, esperando a que llegara la periodista.

—Axel, ¿cómo demonios lo conseguiste? ¿De qué la conoces?

Se encogió de hombros.

—Conozco a mucha gente en mi trabajo.

—Pero eso significa que la acabas de conocer —dijo—. ¿Cómo conseguiste que te hiciera este favor?

Me sentía mal por Axel. Estaba convirtiéndose en el foco de atención en

este asunto.

—¿Qué puedo decir? —soltó con despreocupación—. Soy encantador.

Francesca dejó el tema, así que supuse que se lo había tragado.

Una mujer se acercó a la puerta con una blusa rosa y una falda ajustada. Llevaba el cabello peinado en grandes bucles que le caían sobre el pecho. Era la viva imagen de la palabra *despampanante*. Tenía el cuerpo perfecto, las piernas perfectas... todo perfecto. Estaba más claro que el agua de qué la conocía Hawke. Y me entraron náuseas sólo de pensarlo.

La periodista echó un vistazo a su alrededor antes de acercarse a nuestra mesa.

—Frankie, la tienes en el bote —susurré—. Ten confianza.

Caminó hacia nuestra mesa como si fuera la dueña del local.

—Tú debes ser Francesca —dijo mientras extendía la mano.

—Sí... La chica de los muffins. —Francesca puso la mejor de sus sonrisas y no parecía en absoluto nerviosa—. Gracias por venir.

—No hay de qué —respondió con voz áspera—. Me llamo Amy, y sólo he oído cosas buenas de ti. —Se volvió hacia Axel, entornando los ojos.

—Me alegro de volver a verte —saludó Axel, adelantándose y estrechando su mano—. Gracias por acercarte.

—Por supuesto —respondió—. Siempre es agradable verte, Axel.

Axel me rodeó con su brazo.

—Esta es mi novia. La amo.

Francesca intentó no reírse.

Yo no me pude contener.

—Pero la gente me llama Marie. —Estreché su mano—. Creo que te va a impresionar todo lo que ha creado Francesca.

—Seguro que sí. —Amy tomó asiento y se colocó el cabello sobre un hombro con un movimiento que pareció totalmente natural.

Axel continuó abrazándome por la cintura, casi exprimiéndome.

Francesca le sirvió una taza de café.

—¿Cómo lo tomas?

—Me gusta solo —repuso Amy.

Francesca le pasó la taza y luego colocó los pasteles sobre la mesa. Uno a uno, fue explicando cada creación, detallando los ingredientes y el proceso de elaboración.

Amy los probó todos y, a juzgar por su expresión, parecía realmente sorprendida con cada bocado. Los saboreó y luego dio un sorbo al café.

—Con sinceridad, estoy impresionada.

La cara de Francesca se iluminó.

—Llevo haciendo pasteles toda mi vida. Nunca pensé que mi sueño de tener una pastelería se fuera a hacer realidad, hasta ahora.

—Con un producto tan bueno como este, estoy segura de que te irá bien.
—Cogió su cuaderno y tomó algunas notas.

—¿Te gustaría que te enseñara el local? —preguntó Francesca—. No está totalmente acabado, pero lo esencial ya está.

—Me encantaría —dijo Amy—. Mientras, puedo hacerte algunas preguntas más.

Francesca llevó a Amy detrás de los mostradores, indicándole el lugar en el que se colocaría todo. A continuación, la condujo a la trastienda y le mostró los obradores y el equipamiento para elaborar tartas de boda.

Axel se tranquilizó sólo cuando Amy desapareció de nuestra vista.

—Ya puedes relajarte.

—¿Qué? —preguntó inocentemente.

—No pasa nada si te parece muy sexy.

—No me lo parece —protestó. Lo miré con incredulidad—. ¿Qué? No es verdad.

—Entonces, ¿por qué te echas encima de mí? —pregunté.

—Simplemente no quiero que pienses que creo que es sexy. —Lo miré fingiendo enfadarme—. Sé que es bonita y no quería que pensaras que me gustaba.

—Pero piensas que es sexy, porque has notado que lo es.

—Y no quería que ella se me insinuara. He visto la forma en que me ha mirado al entrar.

La conversación era una estupidez, así que dejé el tema.

—Como quieras.

—No te estoy mintiendo.

—Pues suena como si fueras culpable. No me importa si miras a otras mujeres. Yo miro a los hombres.

—Pero no miro... —De repente, cerró la boca—. ¿Qué? ¿Miras a otros chicos?

—A veces —admití, encogiéndome de hombros.

—Yo no miro a otras mujeres.

—Ya, claro...

—Marie, no te estoy mintiendo. —Se puso a la defensiva e incluso se

enfadó un poco—. Mira, siempre te digo la verdad. Y te estoy diciendo que no lo hago.

Esa parte era cierta. Él nunca mentía y no tenía ningún motivo para empezar a hacerlo en ese momento.

—Está bien. Te creo.

—Y tienes que dejar de mirar a otros tíos. Sólo puedes tener ojos para mí.

Nunca pensé que me parecería atractivo alguien tan celoso, pero en Axel sí me gustaba.

—Vale. Dejaré de hacerlo.

—Lo digo en serio —insistió—. Nada de comértelos con los ojos.

Lo miré con cara de incredulidad porque estaba siendo ridículo.

Amy y Francesca regresaron unos minutos después.

—Sé que aún no he escrito el artículo, pero ten la seguridad de que va a ser muy positivo. —Amy le estrechó la mano—. Ha sido un placer conocerte, chica de los muffins.

—Muchísimas gracias. —Francesca le abrió la puerta.

—Y puedes contar conmigo como cliente. —Amy le guiñó un ojo antes de salir.

Francesca cerró la puerta y volvió con nosotros.

—Ha ido muy bien.

—Te dije que ibas a arrasar —le recordé, sin molestarme en ocultar mi triunfo.

—Me ha dicho que le gustan mucho los dulces y cree que la pastelería es muy bonita —dijo Francesca—. Tengo un buen presentimiento.

—Pero no contrates a tíos buenos —dijo Axel sombríamente—. Porque parece que a Marie le gusta mirar.

Francesca regresó a la mesa y lo recogió todo.

—¿Le has contado lo de Hawke? —me preguntó.

No tenía ni idea de qué estaba hablando, así que la miré completamente perdida.

Axel entornó los ojos.

—¿Perdona?

—Lo de que Marie estaba loca por él antes de que él y yo nos conociéramos. Iba a The Grind varias veces a la semana y Marie...

—Para... de... hablar... ¡Ya! —De todas las cosas que me imaginaba que podía decir Francesca, eso era lo último. Como nunca había vuelto a surgir el tema, había creído que la historia había quedado enterrada en el pasado.

Aparentemente no era así.

La expresión de Axel no cambió, pero en su interior se barruntaba tormenta. Si no le gustaba que mirase a tíos buenos desconocidos, seguro que se tomaba mucho peor que me recreara en su mejor amigo.

—Hawke no...

Francesca no se había dado cuenta de la bomba tan devastadora que acababa de soltar.

—Sí. Se lo había adjudicado para ella antes de que Hawke y yo empezáramos a hablar.

Le dirigí una mirada cargada de veneno.

—Frankie, cierra la puta boca.

—¿Qué? —preguntó inocentemente—. ¿Cuál es el problema? Eso fue hace mucho tiempo.

Axel se frotó la nuca antes de agarrarse la sien.

—A ver si lo he entendido... ¿Primero te gustaba Hawke?

—Primero no —protesté—. Solía venir a The Grind y me parecía guapo. Eso es todo. Nada más.

—Pero querías invitarlo a salir. —Axel ni siquiera me miraba. Tenía la cabeza a punto de explotar.

Por fin Francesca lo pilló.

—No te puedes enfadar por eso, Axel. Fue hace mucho tiempo, antes incluso de que Marie y tú os volvierais a ver.

—No te metas —me espetó.

Francesca sabía que debía dejarnos a solas. Recogió sus cosas y salió de la pastelería, dejándonos las llaves para que cerrásemos cuando termináramos, aunque en el fondo no había necesidad de cerrar con llave. No había nada que robar.

Una vez solos, Axel estalló.

—¿Así que lo deseabas a él? ¿Él era el que te gustaba al principio, pero no lo conseguiste?

—Estás sacando las cosas de madre. No lo invité a salir y él nunca me invitó a mí. No existió eso de que no pudiera conseguirlo. Cuando Francesca empezó a salir con él, no me importó lo más mínimo.

Se levantó de la silla y empezó a caminar de un lado a otro en silencio.

¿De verdad se había enfadado por eso?

—Te gustaba mi mejor amigo, no yo.

—Axel, en ese momento ni siquiera habías entrado en escena. No sabía ni

que os conocíais.

—Eso da igual.

—No, no da igual. —Entendía por qué se sentía mal, pero su reacción era desproporcionada y no me gustó nada—. Estoy segura de que te has fijado en más de una amiga mía y has pensado que eran guapas.

—No, nunca me he sentido atraído por ninguna de ellas. ¿Cómo te sentirías si las mirara de arriba abajo?

—No me importaría.

—Sí, sí que te importaría —me gritó—. No te quedes ahí sentada actuando como si te diera igual. —Me lanzó una mirada sombría antes de volver a caminar de un lado a otro.

—Axel, cálmate.

—¿Calmarme? —siseó—. Acabo de descubrir que la mujer a la que amo se fijó primero en mi mejor amigo. ¿Cómo crees que me siento?

—No pasó nada, Axel. No hemos hablado de ello ni una sola vez. No nos relacionamos, literalmente.

—Pero esa no es la cuestión. Lo querías a él en tu cama, no a mí.

—No era una competición, Axel. Tú ni siquiera estabas.

—Pero empezamos a salir a las pocas semanas de eso. Vamos, que básicamente saliste conmigo de rebote.

Me entraron ganas de gritar porque todo el asunto era lo más ridículo del mundo.

—Estás exagerando.

—Tal vez. O a lo mejor es que simplemente no lo entiendes. —Pasó rápidamente a mi lado y salió en tromba por la puerta principal.

—¡Axel!

Siguió adelante, decidido a alejarse de mí lo más rápido posible.

Traición
Axel

—¡ABRE la puta puerta! —La aporreé con los puños tan fuerte como pude.

Finalmente, la puerta se abrió. Hawke estaba de pie con un chándal. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiera pasado toda la noche dando vueltas en la cama. Estaba sudoroso, con el pecho desnudo.

—¿Qué cojones te pasa?

Irrumpí en su apartamento sin que me invitara a pasar.

—¿Que qué me pasa? Tú. Eso me pasa. —Lo empujé con fuerza contra la pared.

Hawke chocó contra ella, pero no me devolvió el golpe. Sus ojos delataban la rabia sedienta de sangre que crecía en su interior.

—Lo voy a dejar pasar porque estás cabreado por algo. Pero tócame otra vez, hijo de puta, y te arrepentirás.

—Marie. Tú le gustaste primero.

Su enfado desapareció instantáneamente, dando paso a la confusión.

—¿De qué estás hablando?

—Ibas a The Grind todo el tiempo y le gustabas mucho. Marie quiso invitarte a salir, pero Francesca se adelantó. —Estudié su rostro, tratando de averiguar si él sabía algo del asunto.

Tenía una expresión impenetrable.

—Sabías que ella estaba coladita por ti.

—Axel, fue hace mucho tiempo.

—No lo puedo creer... —Di un paso atrás, sintiendo náuseas.

—Mira, no pasó nada. Nunca me invitó a salir y yo nunca la invité. Le había echado el ojo a Francesca desde el principio. No quiero ofender a Marie, pero no tenía nada que hacer.

—Le gustabas mucho... antes de gustarle yo.

—¿Y tú no has deseado a otras mujeres antes que a Marie? —preguntó incrédulo—. ¿Qué tienes, cinco años?

—Es diferente. Tú eres mi mejor amigo.

—Fue solo un capricho, Axel. Pensaba que yo era guapo y hasta ahí llegaban sus sentimientos. Ahora a duras penas soporta estar en la misma habitación que yo. Hace mucho que ya no me ve así. En cuanto Francesca y yo empezamos a salir, Marie se olvidó de mí.

Seguía sintiéndome como una mierda.

—¿Cómo supiste que le gustabas?

Hawke se llevó las manos a las caderas.

—No sé... Me miraba mucho. Cada vez que pedía se quedaba callada, y soltaba una risita con cada frase que le decía. Cosas así.

Hawke y yo no nos parecíamos en nada, así que pensar que Marie se había sentido atraída por él me hacía dudar de mi aspecto. Me crucé de brazos y me apoyé contra la pared.

—Axel, no seas así. —Se acercó a mí cuando tuvo la seguridad de que me había calmado—. Te lo estás tomando a la tremenda.

—¿Cómo te sentirías tú si a Francesca le hubiera gustado uno de tus amigos antes de fijarse en ti?

Como siempre, su actitud cambió en cuanto la saqué a colación.

—No me habría hecho ninguna gracia. Pero lo habría superado. Porque lo que ella y yo teníamos era mucho más fuerte que la atracción física que pudiera haber sentido por otra persona. No tienes motivos para sentirte amenazado por mí, Axel. Lo que vosotros compartís es real. Os amáis y queréis pasar el resto de vuestra vida juntos. ¿Cómo es posible que te preocupe cualquier otro con el que haya estado Marie? Tú eres el hombre al que ama.

A pesar de esas palabras tan emotivas, seguía muy cabreado. Me sentía traicionado, como si alguien me hubiera apuñalado por la espalda. No esperaba ser el primero y único en la vida de Marie, pero había creído que se había fijado sólo en mí, y no en mi mejor amigo.

—Tengo que irme... —Me volví hacia la puerta—. Perdona por haberte

molestado.

—Vamos, Axel.

Seguí caminando.

—Buenas noches.

Hawke me persiguió hasta el rellano.

—Olvídalo. Te has cabreado por nada.

Encorvé los hombros y me sentí un millón de veces más pesado. Tenía el estómago revuelto. Me sentía como si me hubieran arrancado de cuajo los brazos y las piernas. Me dolía todo. Era como si Marie me hubiera engañado a pesar de que no había hecho nada. Se me cayó el mundo encima.

ME MANTUVE ALEJADO DE MARIE TANTO COMO PUDE. NO CONTESTÉ A SUS llamadas y no volví a mi apartamento, porque sabía que tenía una llave. Terminé registrándome en un hotel con una maleta.

No estaba preparado para hablar con ella.

Me dejó mensajes de voz y de texto, y todos quedaron sin respuesta. Eliminé la mayoría sin haber leído siquiera lo que decían. Llegó el fin de semana y seguía cabreado. Me sentía herido, como si alguien me hubiera clavado una navaja en los pulmones.

Al finalizar la semana dejó de llamar. Quizás había entendido por fin que necesitaba tiempo. Asfixiarme con sus disculpas no cambiaría lo que sentía. Pero tampoco sabía qué podría cambiarlo. Si hubiera sido otro y no Hawke, tal vez las cosas habrían sido diferentes. Era el típico playboy atractivo del que todas se quedaban colgadas. Había creído que Marie sólo se había sentido atraída por mí, que nunca se había fijado en él.

Francesca estaba a punto de inaugurar la pastelería y comprendí que no podía ignorarla para siempre. Necesitaba mi ayuda y mi apoyo. Si me perdía el día de la inauguración, lo lamentaría toda la vida.

La llamé la noche antes del gran día.

Contestó al teléfono con frialdad.

—¿Qué quieres?

Supe de qué lado estaba Francesca.

—¿Todo listo para mañana?

—Sí. —Me estaba tratando con indiferencia glacial.

—¿Me necesitas para algo?

—No.

—Venga, Frankie. Quiero que mañana todo salga bien.

—Y así será. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer. —Colgó antes de que pudiera decir una palabra más.

Me tumbé en la cama y me quedé mirando al techo.

Se acabó
Marie

HABÍAMOS TERMINADO.

Había creído que todo era genial y perfecto, pero tuvimos que encontrarnos con ese bache en el camino. Axel se había enfadado por algo que había sucedido antes de que nos acostáramos por primera vez, así que era incapaz de cambiarlo. Y me pareció muy injusto que me lo echara en cara.

Aun así, me sentía culpable por hacerle daño.

Axel desapareció del mapa. No regresó a su apartamento y no contestaba a mis llamadas y mis mensajes. Estaba meridianamente claro que nuestra relación había terminado. Fue hermoso mientras duró, aunque nunca me habría imaginado que yo sería la razón por la que acabaría por no funcionar.

Me pilló por sorpresa.

A pesar del dolor en el que estaba sumida, esboqué una amplia sonrisa para Francesca. Iba a abrir su pastelería y quería apoyarla en todo lo que pudiera. Ese día mi dolor no tenía la más mínima importancia. Su mayor sueño se iba a hacer realidad.

Llegué al local a las siete de la mañana con una taza de café en la mano. Francesca celebraba su gran inauguración, cortando la cinta ante las cámaras de los periodistas que habían sido avisados gracias a Hawke. No esperaba que Axel apareciera por allí. En condiciones normales, no se lo habría perdido por nada del mundo. Pero, dado que yo también estaba allí, sabía que él se mantendría alejado.

Los empleados ya habían entrado y se afanaban dando los últimos retoques a los pasteles que se pondrían a la venta tan pronto como se abrieran las puertas. Los clientes se paseaban por el exterior, esperando para tomar sus tazas de café gourmet. Me hice a un lado y contemplé la escena como una espectadora más.

Entonces lo vi.

Axel estaba en el lateral de la entrada vestido con traje y corbata, como si planeara ir a trabajar después de la gran inauguración. Tenía los ojos clavados en mí y me miraba con intensidad. Su expresión era indescifrable.

Aparté la vista, negándome a encontrarme con su mirada. Me había dejado con una frialdad increíble por algo terriblemente estúpido. Sí, hubo una época en la que me había sentido atraída por Hawke, pero eso no me convertía en una mala persona. Me había apartado y había dejado que se lo quedara Francesca porque sabía que estaban predestinados el uno para el otro.

Pero Axel no quería olvidarse del tema.

Caminó entre el gentío, acercándose lentamente hacia mí.

No lo miré y seguí sorbiendo mi café, esperando a que Francesca cortara la hermosa cinta amarilla atada entre las puertas.

Cuando llegó a mi lado, el aire cambió a nuestro alrededor. Sentí la tensión en el ambiente, y también la ira y la tristeza.

Sin mirarlo a la cara, le dije:

—Hoy es el día de Francesca. Lo que quieras decir puede esperar hasta otro momento.

Se quedó a mi lado con las manos en los bolsillos.

—Sólo quería disculparme por mi comportamiento. Ha sido infantil, inmaduro y estúpido.

Lo último que me esperaba era una disculpa. Me había parecido que estaba demasiado enfadado para pensar con claridad.

—No debí ignorarte de esa forma. Ha estado mal.

No podía hacer otra cosa que no fuera perdonarlo, así que eso fue lo que hice.

—Te perdono. —Di otro sorbo al café y seguí mirando a la multitud. Parecían ansiosos por abandonar la calle y entrar en la bonita pastelería.

Axel agarró mi café y lo arrojó a la basura.

—¡Eh!

Me dio la vuelta para mirarme a la cara.

—Te compraré otro. Pero ahora quiero que me mires.

—¿Por qué? —Me solté de un codazo—. Para lo que hay que ver...

—Has aceptado mi disculpa, pero no parece que lo hayas hecho de corazón.

—La he aceptado de verdad. Pero ¿qué esperas que haga? ¿Que te sonría y te abrace? Cuando las parejas rompen, se mantienen alejados el uno del otro.

—En ese momento estaba haciendo una excepción sólo porque era el gran día de Francesca.

—En realidad, sí. —Tomó mi rostro con ambas manos, acariciándome como solía hacer—. Me puse celoso y dejé que los celos me dominaran... Fue algo estúpido. Nunca antes había tenido una relación seria, así que nunca había sentido celos de nadie. Ahora sé lo que son. Lo reconozco, fue un error por mi parte echártelo en cara. En realidad, fue estúpido. Quiero que sepas que lo siento y que he aprendido de mi error.

Sentí que me derretía bajo sus caricias, como siempre.

—Si sigues cabreada conmigo, lo entenderé. No debí haberte ignorado así. Eso es de lo que más me arrepiento.

Su rechazo frío había sido muy doloroso. Lo que más.

—Cariño, ¿me perdonas?

—No sé... Acabas de romper conmigo. No puedo volver a barrerlo todo debajo de la alfombra... otra vez.

Axel entrecerró los ojos.

—¿Que he roto contigo? ¿De qué estás hablando?

—Como me has ignorado durante toda la semana, era lo único que podía suponer.

Cerró los ojos y suspiró como si estuviera sufriendo.

—No... no era eso. Sólo necesitaba tiempo para pensar. Marie, no te dejaría aunque me engañaras. Soy patético, ya lo sé. Pero no me engañes ahora que lo sabes, por favor. Es la verdad. Cariño, nunca te volveré a dejar por muy cabreado que esté. Lamento haberte asustado.

Me sentí aliviada de haberlo interpretado mal.

—Por favor, dime que todavía eres mía. —La sinceridad de su voz me rompió el corazón.

—Siempre.

Presionó su frente contra la mía y cerró los ojos, liberando un profundo suspiro de alivio.

—Lamento haber roto la promesa que te hice. No tenía intención de hacerlo.

—Axel, es normal que las parejas discutan. Ocurre todo el tiempo. No me prometas algo así. Pero puedes prometerme que lo resolveremos juntos... siempre.

Volvió a abrir los ojos.

—Sí, supongo que esa promesa es mejor.

Acuné su rostro entre mis manos y lo besé.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Me besó de nuevo antes de presionar sus labios contra mi frente—. Tanto que a veces me asusta. —Sus brazos me rodearon formando una jaula de acero, y me abrazó contra su pecho.

—A mí también me asusta.

—Eh, si habéis terminado ya, voy a abrir la pastelería. —Francesca estaba de pie, sosteniendo unas tijeras gigantes. Nos miró a los dos con cara de malas pulgas, porque estábamos besuqueándonos en la esquina de su local.

—Perdona. —Agarré la mano de Axel y nos unimos a ella ante las puertas de la pastelería. Axel sostuvo la cinta y se aseguró de que estuviera bien firme para que le resultara más fácil cortarla. En cuanto se puso de acuerdo con los fotógrafos, Francesca cortó la cinta.

Y «La Chica de los Muffins» abrió por fin.

El siguiente paso
Axel

ESTABA AGRADECIDO de que Marie me hubiera perdonado mi pequeño berrinche. Me había enfadado más rápido de lo que pretendía, y las palabras me salieron a borbotones. Antes de darme cuenta, estaba hasta las cejas de mierda. Marie podría haber roto conmigo y habría tenido toda la razón del mundo.

Pero no lo hizo.

Como todos los domingos por la noche, recogió la ropa sucia y los zapatos en su bolsa de lona. Era un ritual que realizábamos todas las semanas. Se preparaba para regresar al apartamento que compartía con Francesca, y dormiría solo hasta que volviera a ser fin de semana.

Odiaba eso.

—Cariño, no te vayas. —La agarré por las caderas y la arrastré otra vez hacia la cama—. No soporto que te vayas.

—Yo también lo odio. —Estaba tumbada debajo de mí.

—Entonces quédate. —Cada vez que me despedía me dolía más. Quería compartirlo todo con ella... compartir mi vida. Le sujeté el pelo con la mano, haciendo todo lo posible para seducirla.

—Axel, necesito lavar la ropa y prepararme para el trabajo.

—Tengo lavadora y secadora.

—Pero tengo otras cosas que lavar, como las sábanas.

—Si ni siquiera duermes en ellas.

—Esa no es la cuestión.
—Entonces déjame ir a tu casa. —Si tenía que levantarme una hora antes para llegar a tiempo, me daba igual. Valdría la pena.
—Francesca todavía vive allí.
—Échala. Ahora tiene trabajo.
—Puede quedarse todo el tiempo que quiera. —replicó. Gruñí por lo bajo—. Cariño, sé que esto es una mierda. Pero no es el fin del mundo. Para mí lo era.
—Lo mejor de esta relación es tenerte a mi lado cada segundo del día. ¿Cómo se supone que voy a dormir si no estás conmigo? No es lo mismo.
—Lo sé, pero tenemos responsabilidades.
—¿A quién le importa?
—Aquí no me puedo concentrar en mis artículos.
—Entonces convertiremos la habitación de invitados en una oficina. Puedes trabajar aquí cuando quieras.
—No me dejarías. Estarías dándome besos en el cuello y metiéndome mano todo el tiempo.
Sonreí.
—Como si no te gustara que lo haga.
—Claro que me gusta. Ese es el problema.
Estaba cansado de suplicar al final de cada semana. Cuando dijo que era muy pegajoso, había dado en el clavo. Estaba apegado... a ella. Ella me hacía feliz y no deseaba estar en ninguna otra parte, sólo con ella. ¿Tan raro era?
Se revolvió bajo mi cuerpo y se puso de pie.
—Lo siento, Axel.
No me gustaba nada cuando no me salía con la mía.
—Deja que te acompañe a casa. —No me hacía gracia que volviera sola andando a su casa por la noche. Aunque llamara a un taxi o fuera por calles bien iluminadas, me hacía sentir inquieto.
No se opuso a que la acompañara, una postura inteligente.

CAMINÉ A SU LADO HASTA SU PUERTA Y ME PREPARÉ PARA EL INEVITABLE ADIÓS.

—Lo he pasado muy bien este fin de semana.

—Yo también.

Le rodeé la cintura con los brazos y apoyé las manos en la parte baja de su espalda. Habíamos salido a cenar y a tomar unas copas el viernes por la noche, y al cine el sábado. El domingo nos habíamos quedado en casa haciendo el amor sin parar. Pero el fin de semana había terminado.

—Quiero que todos los días sean fin de semana.

—Me parece que todo el mundo quiere lo mismo.

Tomé su rostro entre mis manos y le di un beso lleno de ternura. Cuando nuestras bocas se tocaban me sentía vivo, como si fuera capaz de hacer cualquier cosa. Me fortalecía llenándome de vida y pasión. Nunca había besado a otra mujer que me hiciera sentir así.

Se apartó y frotó su nariz contra la mía.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Abrió la puerta y entró. Me despidió con un gesto rápido antes de cerrar.

Me quedé allí, mirando su puerta como un tonto. Metí las manos en los bolsillos de forma distraída y sentí el dolor en mi pecho en cuanto desapareció. Ahora volvería a mi apartamento vacío, ese que no compartía con nadie, e intentaría dormir un poco a pesar de que sabía que sería inútil.

Y comprendí cuánto deseaba que no fuera así.

Prefería dormir junto a su puerta que irme solo a casa.

Nunca había tenido ningún problema en vivir solo. Pero, en cuanto sentí esa conexión con Marie, ya no quise que se fuera. Quería estar con ella para siempre. Cuando llegara a casa del trabajo, quería que estuviera esperándome allí.

Quería que estuviera siempre allí.

Abrí la puerta y entré, sin pensar en lo que estaba haciendo.

Se habían puesto a charlar en la sala de estar. Marie estaba de pie, apoyada en el respaldo del sofá, y se volvió hacia mí cuando se dio cuenta de que había entrado sin llamar.

—Axel, ¿va todo bien?

—Llama, gilipollas —me soltó Francesca.

Me acerqué a ella, haciendo caso omiso de lo que acababa de decir mi hermana.

—Vente a vivir conmigo.

Francesca se tapó la boca y ahogó un grito.

Marie se quedó quieta en estado de shock, con los ojos muy abiertos.

—Sé que es un poco precipitado, pero no me importa. Quiero que estés en

casa cuando vuelva todos los días. Estoy cansado de verte recoger tus cosas y regresar a este apartamento con Francesca. Estoy cansado de compartirte. Por favor, múdate conmigo. —Era la solución perfecta para todos mis problemas. Quizás era demasiado pronto para proponerlo, pero podría funcionar. Muchas parejas se mudaban juntas antes de casarse. Marie y yo nunca habíamos hablado de ello, pero sabía que ella era la mujer con la que pasaría el resto de mi vida—. Francesca puede quedarse con el apartamento y así sólo tendrás que trasladar tus cosas a mi casa. De todos modos, ya pasas allí todo el tiempo. —Tenía toda la lógica del mundo.

Francesca miró a Marie y esperó a que respondiera.

Su silencio me puso nervioso. ¿No estaba preparada? ¿Tenía dudas? ¿Era por la pelea que habíamos tenido unas semanas antes?

—¿Cariño? —Si decía que no, me haría muchísimo daño. Pero haría todo lo posible por ocultar el dolor de mi rostro.

—Sí.

Toda la ansiedad acumulada abandonó mi cuerpo al oír esa única palabra. Una sonrisa se abrió paso en mi rostro y me sentí ligero como una pluma. Había dicho que sí de verdad. Me acerqué y la abracé con fuerza.

—Sí, me mudaré contigo.

—¡Qué bonito...! —Francesca nos miró desde el sofá—. Mi hermano... el romántico sin remedio.

—Cierra el pico. —Agarré una almohada y se la tiré a la cara.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Marie se echó hacia atrás y me miró a la cara.

—Total, completa e innegablemente.

—Estaré contigo todos los días...

—Eso espero.

Finalmente, Marie sonrió, sintiendo la misma felicidad que yo.

—Entonces, hagámoslo.

EPÍLOGO

Axel

—ESTOY NERVIOSO, como si estuviera en el puto infierno, joder. —Seguí caminando de un lado a otro del apartamento, revisando el bolsillo de mi chaqueta una y otra vez.

Hawke me miraba con una sonrisa en su rostro.

—Cálmate.

—Cálmate tú.

Hawke arqueó una ceja.

—Si estuviera más tranquilo, estaría dormido.

Me froté la nuca, sintiendo que el corazón se me iba a salir del pecho.

—Llegará a casa en cualquier momento y saldremos hacia el aeropuerto.

—Limítate a hacerlo exactamente igual que como lo hemos ensayado.

—¿Y si la cago? —Iba a destrozar el suelo del apartamento si seguía caminando de esa forma.

—No lo harás.

—No me conoces muy bien...

—Piénsalo de esta manera: da igual lo que digas o lo mal que lo hagas, ella contestará que sí.

—¿De verdad lo crees? —Eso era lo único útil que me había dicho.

—Sí.

Se escucharon pasos al otro lado de la puerta.

—Mierda, está aquí. Joder, actúa con naturalidad. —Me acerqué a Hawke y le pasé el brazo por los hombros.

—¿Crees que esto es naturalidad? —susurró. Me apartó el brazo.

Marie entró.

—Estoy contentísima de haber terminado el trabajo y que nos vayamos de vacaciones. —Levantó los brazos y se puso a bailar.

Me limité a mirarla, demasiado nervioso para hacer nada más.

Hawke me dio un codazo en el costado.

—Sí... Estoy emocionadísimo. —Me sentía tan emocionado que mi corazón estaba a punto de desfallecer.

—Cojo mis cosas y nos vamos. —Caminó hacia mí y me dio un gran beso—. Muchísimas gracias por llevarme de viaje.

—De nada, cariño. —Le di un azote juguetón en el culo, tratando de actuar con normalidad.

Se alejó por el pasillo y entró en el dormitorio.

Otra vez empecé a morir de miedo.

—Joder, no puedo hacerlo. Voy a estropearlo todo.

—No vas a estropear nada. —Me agarró por los hombros para tranquilizarme—. Mira, ella te ama. Lleva dos años viviendo contigo. Si no se ha ido todavía, ya no lo hará nunca. ¿De acuerdo?

Asentí con un gesto.

—El anillo es magnífico y tú eres un hombre estupendo. No va a decir que no.

Necesitaba todos los ánimos que pudiera darme para ganar confianza.

—Gracias. Mierda, pedirle a alguien que se case contigo es difícil.

—Sí que lo es —dijo—, pero lo vas a hacer muy bien.

MARIE Y YO ACABAMOS DE CENAR EN EL RESTAURANTE CON VISTAS AL MAR. EL sol estaba a punto de ponerse sobre el horizonte, haciendo que el cielo brillara con tonalidades púrpuras y rosáceas.

La adrenalina empezó a correr por mis venas.

—¿Quieres dar un paseo por la playa?

—Claro.

No había nadie allí, era perfecto. La tomé de la mano y la guie hacia la arena, caminando lentamente junto a ella. Las olas se estrellaban en la playa y la brisa le agitaba el cabello. Marie tenía los ojos fijos en el horizonte,

contemplando el sol que desaparecía lentamente.

No había estado tan aterrorizado en toda mi vida. No me asustaba que dijera que no. Pero tenía miedo de no hacerlo bien. ¿Y si se me caía el anillo y luego no lo encontrábamos? ¿O si le ponía el anillo en la mano equivocada? ¿Y si no lloraba? Había tantas cosas que podían salir mal...

Caminamos en silencio, admirando el paisaje. Sabía que tenía que hacerlo pronto, antes de que el sol desapareciera por completo. Después Marie no vería el anillo y perdería mi oportunidad. Ya lo había pospuesto lo suficiente.

—Gracias por venir conmigo.

—No tienes que darme las gracias —dijo con una sonrisa—. ¿Pasar una semana en el paraíso con el amor de mi vida? A mí me suena a la mejor semana de la historia.

Cuando decía cosas así, todo el miedo que pudiera sentir abandonaba mi cuerpo.

—Eres lo mejor que me ha pasado. Lo sabes, ¿verdad?

Me dedicó una sonrisa deslumbrante, de esa clase de sonrisas que derriten el corazón.

—Sí, creo que sí.

Dejé de caminar y la miré a la cara, dejándome llevar por el momento.

—Cuando me imagino la vida sin ti, no tengo vida, sólo una existencia sin sentido. Nunca supe lo feliz que podía ser hasta que le di una oportunidad al amor. Todo ese vacío que sentía antes ha desaparecido. Me arreglaste... Me volviste a reconstruir.

Me miró con ojos llenos de ternura, conmovida por mis palabras.

—Me has dado una vida que nunca pensé que podría tener. Ahora tengo a la mujer más hermosa del mundo que me ama, me cuida y me aguanta. Y permites que yo haga lo mismo por ti. Me considero el hombre más afortunado del mundo.

—Axel...

Yo podía, claro que sí.

Me arrodillé y saqué la cajita al mismo tiempo, tal como había ensayado durante casi una semana entera.

Ahogó un grito en cuanto se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —Se agarró el pecho.

—Marie Prescott, ¿te quieres casar conmigo? —Abrí la cajita para dejar a la vista el diamante solitario con el que había personalizado el anillo especialmente para ella. No me temblaron las manos cuando se lo ofrecí,

porque sabía exactamente cuál iba a ser su respuesta.

Y, justo como esperaba, Marie comenzó a llorar.

—Axel... Sí. Pues claro. Sí.

Deslicé el anillo en su dedo anular izquierdo y sentí cómo resbalaba suavemente. Le quedaba perfecto.

—Es precioso. —Palpó el aro con su mano libre y se le saltaron las lágrimas cuando el diamante atrapó la luz.

Me puse de pie y de nuevo la miré desde arriba, notando que yo también tenía los ojos húmedos. Me había imaginado que ella lloraría, pero no había esperado sentirme embargado por la misma emoción.

—Gracias por decirme que sí.

Me rodeó con sus brazos y me abrazó con fuerza, llorando en silencio.

—Te amo, Axel.

Apoyé mi mentón sobre su cabeza mientras la abrazaba contra mí. Las olas se estrellaban en la orilla y las gaviotas graznaban sobre nosotros. A pesar de que había otras personas en la isla, me pareció que estábamos solos ella y yo. Le había pedido a Marie que pasara el resto de su vida conmigo y ella había dicho que sí.

—Yo también te amo.

POSTFACIO

Espero que hayas disfrutado leyendo VIERNES tanto como yo disfruté escribiéndolo. Significaría muchísimo para mí que dejaras una breve reseña. Es el mejor apoyo que puedes dar a un escritor.